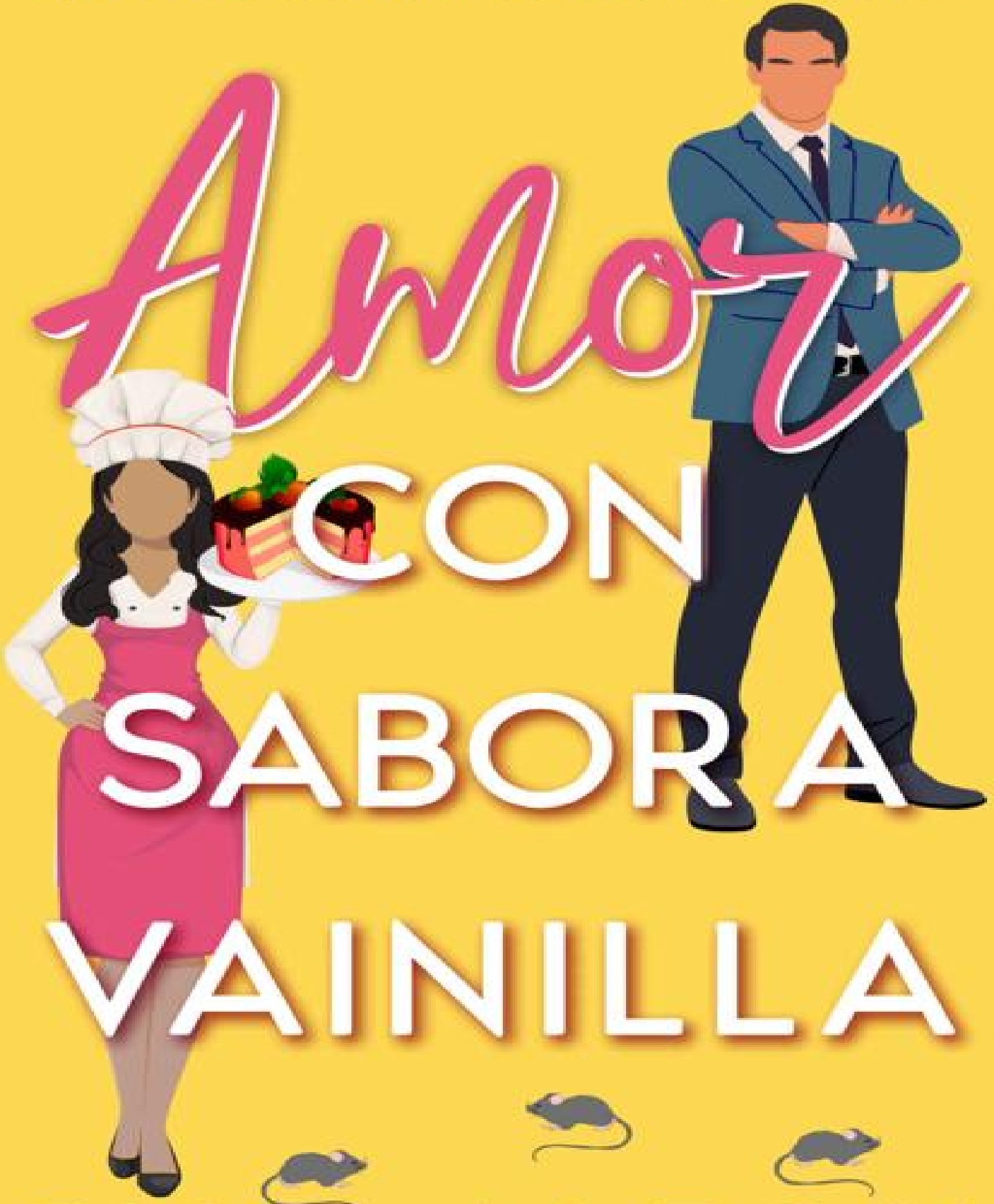
UNA DULCE COMEDIA ROMÁNTICA DE ENEMIGOS A AMANTES

Amor con sabor a vainilla



EVA ALTON

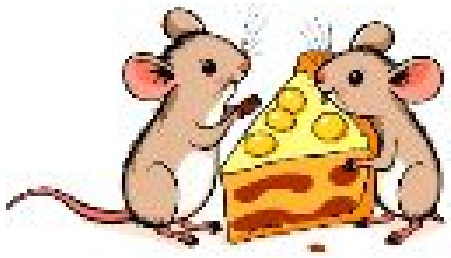
Amor con sabor a Vainilla



Una comedia romántica de enemigos a amantes

HISTORIAS DE AMOR Y CAFÉ – LIBRO 4

EVA ALTON



© 2025 Eva Alton
Todos los derechos reservados
Registration number: 7YbmcoiRv1GqWTu7

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, productos, eventos y situaciones descritos en ella son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es pura coincidencia. Las marcas comerciales, nombres de empresas, redes sociales, celebridades, productos o lugares mencionados en esta obra son propiedad de sus respectivos titulares. Su inclusión se realiza exclusivamente con fines narrativos y no implica ningún tipo de asociación, patrocinio, respaldo ni recomendación por parte de dichas entidades. Cualquier receta mencionada en este libro se presenta con fines recreativos o como parte de la ambientación ficticia de la historia. La autora no se responsabiliza del resultado de su ejecución ni de posibles errores, omisiones o daños derivados de su uso.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, almacenarse o transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro— sin el permiso previo por escrito de la autora o la editorial. Esta es una obra independiente publicada por Bralton Books.



HISTORIAS DE AMOR Y CAFÉ – LIBRO 4

Elogios de la crítica sobre Eva Alton:

«Una historia que me hizo sentir de todo: risa, emoción y esperanza. ¡Y los personajes secundarios son adorables!»

«Con el estilo fresco y entrañable de Eva Alton, esta novela se devora en un suspiro. Es ligera, divertida y te conquista con su entrañable pandilla de personajes»

«Me he reído muchísimo. La pareja protagonista es muy peculiar, él es adorable… ¡No puedo esperar a la siguiente entrega!»

«Fresca, dinámica, divertida y rápida. Se lee sin darse cuenta y te hace pasar un rato estupendo. Un gran acierto.»

«Cada historia del Carpi Café es sencillamente fantástica.»

«Un romance que te hará sonreír. Los protagonistas tienen una química increíble, y su historia celebra el amor por los libros. Una lectura romántica y sencilla, perfecta para desconectar.»

Vega siempre ha soñado con tener su propia pastelería, un rincón acogedor en Barcelona donde la tradición y la nostalgia se mezclen con el aroma del azúcar y la vainilla.

Lo que no esperaba era que, justo enfrente, se encontrara la oficina de Sebastián Montiel: un empresario de éxito, enemigo declarado de los dulces... y el hombre que, años atrás, arruinó su gran oportunidad.

Él vive entre gimnasios y negocios de lujo. Ella, entre tartas de galletas y masas de croissant. No podrían ser más distintos… ni más propensos a chocar.

Cuando una inesperada crisis amenaza el sueño de Vega, los caminos de ambos vuelven a cruzarse de la forma más insospechada.

Y a veces, lo que empieza como una guerra fría puede acabar derritiéndose en el momento menos esperado.

¿Podrá una cucharada de azúcar cambiar el rumbo de dos vidas?

Una comedia romántica dulce y llena de sabores deliciosos, perfecta para quienes creen que las mejores historias se cocinan a fuego lento... y, por supuesto, con mucho amor.

~ Historias de Amor y Café ~

Te invito a leer **gratis** *Amor en el apagón,*

Una historia romántica exclusiva solo para suscriptores del club VIP de Eva Alton**.**

Una noche oscura y un apagón en Barcelona llevan a Sophie y David a encontrarse en el Carpi Café.

Lo que empieza como una pausa tranquila se convierte en una chispa de amor inesperada.

Únete al club VIP y recibe *Amor en el apagón* gratis.



Otros Libros de Eva Alton:

Historias de Amor y Café
Amor a pie de página
Amor en construcción
Mi compañero de piso imperfecto
Amor con sabor a vainilla
El horóscopo del desamor

Serie Serenata Nocturna
Iris – Hechizo de Sangre
Selena – Luna de Lobos
Mina – Espíritus de Sombras

Fantasía Histórica
Notas Ocultas

Serie Los Vampiros de Emberbury
Bruja Extraviada
Espejo de Bruja
Mascarada de Brujas
Elementos de Bruja
El Beso Azul Cobalto
La Ayudante del Vampiro

Únete al club exclusivo de lectoras VIP de Eva Alton y disfruta de una novela gratis. Más información al final de este libro.

Para Riccardo, que me ayudó a hornear esta historia tan dulce.

Banda sonora de la novela

Esta es la banda sonora de la novela ***Amor con Sabor a Vainilla***: canciones antiguas, alegres, nostálgicas y, a menudo, románticas…

Estas canciones acompañan a Vega entre masas, hornos encendidos y decisiones que podrían cambiarlo todo. Son como un bizcocho esponjoso de la abuela: reconfortan, hacen sonreír… y a veces te sacan una lagrimita. Perfectas para escuchar mientras cocinas, recuerdas momentos bonitos o simplemente… disfrutas de este libro.

https://spoti.fi/4lD1myH

«Los postres son
el cuento de hadas de la cocina.»

— Anónimo

«La vida es como un merengue francés:
si lo sacudes demasiado,
todo se desmorona.»

— Vega Soriano (pastelera)



Nota de la autora: En este libro se mencionan decenas de postres deliciosos. Es posible que no los conozcas todos, pero no te preocupes: tras el último capítulo he preparado algunos extras para que puedas ver fotos de los postres de Vega, junto a alguna que otra receta. Y, ahora sí: *bon appétit!*



Prólogo

Cuaderno de Recetas de Vega

He decidido que voy a escribir un libro.
Pero no uno de historias románticas y sosas, con personajes que se pasan doce capítulos mirándose fijamente, como si tuvieran mayonesa en la cara. Nadie tiene tiempo para leer eso, así que voy a escribir algo útil.
Un libro de recetas.
Habrá mucha mantequilla, azúcar, y sentido común. Cosas que te ensucien las manos de masa y te llenen la barriga de gloria. Será una recopilación de mis recetas favoritas, con anotaciones personales, curiosidades que casi nadie sabe y, si lo considero necesario, alguna que otra observación impertinente.
Y vamos a empezar por algo fácil, porque la vida ya es bastante complicada por sí sola, aunque no estés a punto de abrir tu primer negocio en solitario.

1. CRÈME BRÛLÉE

¡Oh, la *crème brûlée*! No te dejes engañar por su nombre, que significa literalmente "crema quemada". Si alguna vez has probado esta crema sedosa, sabrás el indescriptible placer que produce romper la costra de azúcar quemado con la cuchara (mucho mejor que una noche con mi ex, si te soy sincera).

El origen de estas "natillas con sombrero" es supuestamente francés, pero se sospecha que realmente nació en España, donde se la conoce como **"crema catalana"**. Pero eso no se lo digas a los franceses, a no ser que quieras comenzar una larga disputa entre vecinos (a mí me gusta llevarme bien con mis vecinos, por motivos que explicaré más adelante).

Preparar una buena *crème brûlée* es bastante fácil, pero requiere mucha paciencia y una cocción lenta al baño maría.

Más o menos, igual que abrir una pastelería nueva y esperar a que entre ese bendito primer cliente que puede cambiar tu vida para siempre … o hundirte en ese 25% de negocios que fracasan en el primer año.

¿Seré uno de ellos? ¿Quién será la primera persona que entre a disfrutar de mis dulces? Supongo que muy pronto tendré la respuesta a todas mis preguntas… Veamos qué me depara el destino.

1

Vega

El aire ya huele a pasteles recién horneados, he conseguido poner la cafetera en marcha y todo sería perfecto si no fuera porque mi archienemigo acaba de cruzar la puerta de mi recién inaugurada pastelería.

Tomo aire y me aliso el delantal sobre mi vestido azul a topos, con su falda de vuelo que me hace sentir como un ama de casa de los cincuenta cuando salgo del obrador con una pirueta, cargando bandejas humeantes y llenas de delicias.

La luz dorada de la mañana, del color de la mantequilla derretida, entra por los ventanales de mi pastelería, iluminando los estantes llenos de croissants dorados, *éclairs* relucientes y tartas que parecen salidas de un cuento de hadas con boina parisina. Aquí todo huele a amor y a vainilla: hasta yo. Las cinco mesas, aunque algo dispares, están impolutas. Las he decorado con botes de mermelada vacíos a los que les puse un lazo y llené de margaritas (truco: las ideas para decorar bodas con bajo presupuesto sirven también para montar pastelerías). Los botes hacen juego con los tiestos de helechos colgados en hilera sobre la pared blanca y rugosa, y he añadido una guirnalda de luces doradas para darle un toque hogareño.

Estoy muy orgullosa de mí misma.

Aunque parecía imposible, gracias a mi tenacidad (y a un préstamo de mi madre), *Dulce Sencillez* está oficialmente abierta.

Mi local está preparado para afrontar las hordas de clientes golosos que se pelearán por entrar y ser los primeros en probar mis especialidades de repostería francesa.

Solo hay un pequeño detalle.

Hordas, lo que se dice *hordas*, no hay muchas.

De hecho, solo hay una persona sentada en una de las mesas: mi madre, que ahora mismo está haciendo un cactus de ganchillo con ojos y boca. Al parecer, ahora les llaman *amigurumis*, pero no sé pronunciarlo, así que los sigo llamando *muñecos de ganchillo*, como si fuera una de esas señoras que no saben pronunciar el nombre moderno de su nieto.

Han pasado dos horas desde que mi madre me hizo la foto subiendo la persiana (tuvimos que hacerla tres veces, porque no le salía el flash). Luego giré el cartel de "Cerrado" a "Abierto" y nos planteamos abrir una botella de champán, pero no nos apetecía champán para desayunar, así que aplaudimos y nos quedamos mirándonos con una sonrisa tonta, en espera de la avalancha de clientes.

Y así han pasado ya dos horas.

Dos horas, tres minutos y... cinco segundos de espera *eteeerna.*

Y no es que me importe; yo sé que el éxito duradero se construye despacio, como las pirámides, como las parejas que llegan a las bodas de oro, y como esa torre *croquembouche* de doscientos profiteroles que una vez preparé para una fiesta (no se derrumbó hasta que la cortaron, así que fue un éxito).

Pero en serio: no me puedo creer que, justo ahora, acabe de sonar la campanita de la puerta y haya entrado él.

¡Él!

Sebastián Montiel.

No está solo. Junto a él hay otro hombre trajeado, bastante menos atractivo que él, pero con cara de ser mucho mejor persona.

Pero vamos, eso no es difícil cuando el primero en cruzar el umbral es el diablo vestido de Tom Ford.

Bajo el umbral de mi puerta de cristal se encuentra el hombre que estuvo a punto de arruinar mi vida y mi fantasía de tener mi propia pastelería.

Por su culpa, mi sueño casi se fue al traste. Y si no fuera porque mi madre me rescató con su préstamo de emergencia, ahora mismo estaría llorando y comiendo galletas en cadena en la trastienda de la cafetería donde trabajaba al llegar a Barcelona.

—¿Es vuestro primer día? —pregunta el hombre que acompaña a Sebastián Montiel.

El extraño es bajito, con poco pelo y la camisa mal abotonada, como si hubiera salido de casa con prisa, o medio dormido. Me recuerda un poco a una tortuga, pero sonríe con amabilidad y mira los pasteles casi con lujuria, lo cual me hace decidir de inmediato que me cae bien.

—Sí, acabamos de abrir —respondo con mi sonrisa más profesional, ignorando deliberadamente a Montiel, que está ahí, con las manos en los bolsillos de su pantalón perfectamente cortado y mirándose las puntas de los zapatos relucientes. Tuerce un poco el labio, como si el suelo de mi pastelería no estuviera lo suficientemente limpio para sus estándares. Desde luego que no lo está, porque acaba de entrar un pedazo enorme de escoria humana.

Su compañero, en cambio, está pegado a la vitrina con ambas manos, como un pez limpiapeceras. Me recuerda a un niño, observando los pasteles con cara de querer probarlos todos. Por suerte, no ha venido con su madre, así que puede que los compre todos, si tengo suerte.

—¿Qué me recomiendas? —me pregunta el hombrecillo con los ojos brillantes.

—Bueno, a este lado —señalo a mi izquierda— tenemos especialidades francesas: croissants de mantequilla caseros, *pain au chocolat, éclairs, macarons* de distintos sabores… Los de pistacho son espectaculares.

—Tentador… —dice el hombre, y se me escapa una sonrisa de ternura—. ¿Y la otra vitrina? ¿Qué son esos?

Hago una pausa. Llevo meses planeando esa segunda vitrina. Es algo que no he visto en ninguna otra pastelería, y menos en una como esta.

Es algo mío, urdido entre mi madre y yo durante largas noches de soñar despiertas, esperando a que llegase este momento.

Pero, no sé por qué, ahora que el primer cliente me pregunta, me entra un poco de vergüenza.

—Pues son… —Trago saliva—. Digamos que son las recetas de mi infancia… ¿de nuestra infancia? Tartas y postres caseros, como los

que preparaban nuestras madres y abuelas. Cosas sencillas, pero reinventadas.

Los ojos del hombre se desvían hacia el primer estante, donde reposa la estrella de la vitrina, cubierta de chocolate brillante. Montiel bosteza.

—¿Eso de ahí es… tarta de galletas? —pregunta el hombre con una expresión de nostalgia absoluta.

Asiento, emocionada.

Creo que lo entiende; que conecta con lo que estaba tratando de hacer cuando planeé todo aquello.

—¡Exactamente! Tarta de galletas remojadas con capas de chocolate. La típica de los cumpleaños de los noventa. ¿La has probado alguna vez?

Su cara se ilumina.

—¡Cientos de veces! Mojábamos las galletas entre mis hermanos y yo, y mi madre hacía las claras a punto de nieve. Me gustaba decorarla con Lacasitos —dice con voz soñadora.

—Nosotros preferíamos coco rallado —respondo, dejándome llevar—, aunque esta versión tiene un toque especial, con esencia de vainilla. ¿Quieres probarla?

—¡Sí! —dice sin dudar—. Y un café con leche, por favor.

Entonces se vuelve hacia Sebastián, que está mirando su reloj con aspecto aburrido.

A decir verdad, está mirando *sus dos relojes.*

¿Será posible? ¡Lleva dos! Uno en cada muñeca. Los dos sumamente grandes. Uno analógico y otro digital.

¿Quién en su sano juicio hace eso?

Solo alguien como Sebastián Montiel, que piensa que su tiempo es demasiado valioso para escuchar historias sobre tartas decoradas con Lacasitos.

—¿Tú quieres algo, Sebas? —le pregunta su amigo.

Sebastián alza la mirada y en ese instante nuestros ojos se encuentran de manera inevitable.

En su rostro se dibuja algo parecido al reconocimiento. Casi juraría que se pone un poco pálido.

Carraspea, mira a un lado y a otro.

Especialmente hacia la puerta.

Y al final, con la voz más seca del mundo, dice:

—Un café solo.

Por supuesto. Dios nos libre de que pruebe alguna de mis tartas. O algo que no sea light, keto o bajo en grasas, porque este hombre es un maldito amargado que solo come polvo de proteínas. Y lo dejó más que claro cuando estaba en el jurado del concurso en el que participé (y que perdí, gracias a él). Odia los dulces, odia la felicidad, y creo que también me odia a mí.

Es el maldito Grinch de la repostería.

Mi Grinch particular.

—¡Sentaos! Ya os lo llevo a la mesa —digo con fingida alegría.

Cuando decidí lanzarme y abrir el negocio, supe enseguida que no podría permitirme un empleado hasta muchos meses más tarde. Decidí que los clientes llevarían los pedidos a la mesa ellos solos, mientras yo atendía en el mostrador. Pero dada la afluencia imparable de clientela, creo que les puedo llevar yo el desayuno, y así me libro de tener que mirar a Sebastián Montiel poniendo cara de asco durante cinco minutos más.

Preparo los cafés mientras trato de no mirarlos demasiado. Me concentro en recordar las instrucciones que me dio el tercer dueño de la cafetera cuando se la compré, después de que su bar quebrara. Me he preguntado si eso no traerá mala suerte para un negocio nuevo, pero el precio era imbatible y mi presupuesto ajustado. Y, además, se llama Fátima (creo que antes ponía Faema, pero alguien modificó el logo y me parece muy cuco). Y, además, ¿quién se resistiría a una cafetera con nombre propio?

Consigo que Fátima arranque, saco los dos cafés y corto ceremonialmente el primer trozo de la tarta de galletas. Me estremezco de placer contenido al ver las capas horizontales de chocolate y galleta, perfectamente alineadas. Antes de llevársela, la decoro con un poco de nata montada y unos *sprinkles* arcoíris. Finalmente, llevo la bandeja a su mesa, feliz de mi primer pedido.

¡Ni siquiera me tropiezo!

Estoy en racha.

Mi madre asiente, como animándome, y me da un poco de reparo, pero aun así lo sirvo todo con una sonrisa y regreso sutilmente detrás del mostrador.

No miro atrás, porque me da igual si a Sebastián Montiel le gusta o no mi café.

Me importa un comino.

Vale, quizás miro un poco, de reojo.

Su amigo está devorando la tarta como si no hubiera comido en una semana.

Sebastián, en cambio, da un sorbo a su café, hace una mueca de asco y lo aparta con una expresión de total desprecio.

Me parece escuchar que susurra "Este café es una basura".

Pero me da igual.

En serio, me da igual.

Eso que me sale por las orejas no es humo, de verdad.

Su amigo le ofrece un poco de tarta, pero él niega con la cabeza sin siquiera mirarla. Está demasiado ocupado mirando un vídeo en el móvil.

No esperaba menos.

No puedo más. Me doy la vuelta, cojo una concha *madeleine* y me la meto entera en la boca. Es eso o ponerme a llorar en público, y no pienso hacerlo.

Es mi primer día.

Mi primer pedido.

Mi primer café.

El otro hombre se lo termina todo, rebaña el plato y luego se despide de mí con la cabeza. Ambos se levantan y salen. La campanita suena al cerrarse la puerta, y por fin suelto el aire, sintiendo un alivio monumental.

Mi madre levanta los dos pulgares.

—¡Qué buena onda! Fue bien, ¿no, *mija*? —dice ilusionada.

—Genial, mamá —respondo, porque no veo la necesidad de preocuparla con mis paranoias.

Me encargo de que no vea la taza de café aún llena de Montiel, y lo llevo todo al fregadero.

Ella, feliz y despreocupada, regresa a su cactus de ganchillo, ajustándose las gafas doradas sobre la nariz.

Bueno, ahora sí, esperemos al *verdadero primer cliente.*

Decido que estos dos no cuentan, que eran solo de prueba.

Miro por la ventana y los veo cruzar la calle.

Y entonces entran en el edificio justo enfrente de mi pastelería.

Parpadeo.

No.

No puede ser.

Mi primer cliente del día, el hombre al que más odio en Barcelona, no solo ha rechazado mi tarta, sino que trabaja justo enfrente de mi local.

Es oficial: el universo me odia.

2

Sebastián

Vaya día.

Nada más llegar a la oficina tenía un mensaje urgente de Rafael, mi socio. A partir de ahí, todo ha ido cuesta abajo.

Me paso la mano por la cara, resoplando, mientras miro la gran pantalla de la sala de reuniones emitiendo los vídeos de nuestra competencia más desleal, Café Txanchullo. Jamás pensé que nadie tomaría en serio a una empresa con ese nombre, y me gustaría decir que nadie en su sano juicio se tragaría lo que dicen esos vídeos que acabo de ver, pero, a juzgar por la caída en picado de nuestras ventas, la gente es imprevisible, y vamos a tener que hacer algo.

—¿Bajamos a tomar algo y hacemos un poco de *brainstorming*? —propone Rafael, cuyo estómago lleva ya un rato emitiendo rugidos cavernarios.

—Bien. Pero al Bar Plaza no vuelvo. La última vez casi me envenenan.

—No seas exagerado. Era solo un poquito de espuma en el vaso.

—¡Era espuma de detergente! ¡En mi café!

—Al menos lo fregaron —replica con alegría Rafa—. Es mucho más de lo que se puede decir del Bar Paco.

—¿Cuál de ellos?

—El que está al lado del bar Los Amigos.

—¿Es que todos los bares tienen que llamarse igual en esta ciudad?

Se ríe, pero yo suspiro y lo sigo al ascensor. Si fuera por mí, bajaría por las escaleras, pero Rafa se cansa fácilmente. Sospecho que tiene algo que ver con el hecho de que persigue a varios niños menores de ocho años en cuanto entra a su casa, pero prefiero no preguntar, porque una vez empieza a hablar de sus hijos, ya no para.

—¿Has visto la pastelería nueva? ¿Y si vamos ahí? No se llama Bar Paco —dice Rafa, señalando un local de aspecto rústico y sospechosamente acogedor al otro lado de la acera—. Parece que ya está abierta. Han sido rápidos, ¿verdad?

Me encojo de hombros.

—Pues las cosas hechas deprisa nunca son buenas. Además, una amiga de Loreta quería ese local, y se negaron a alquilárselo. Seguro que es algo turbio.

—¡Qué va, pero si es monísimo! Míralo, parece la casita de Hansel y Gretel. Y hacen tartas. Será un descanso de los bocadillos de longanizas.

—Vamos donde quieras. Yo estoy de ayuno intermitente, de todos modos.

—Tú lo que estás es de amargura intermitente, tío.

Me paro en seco.

—¿Pero tú has visto esos vídeos? ¿Qué esperas, que esté dando saltos de alegría?

Rafael se pone serio y frunce el ceño frente a la puerta del local nuevo. Por la ventana se ve a una mujer sentada en una de las mesas, y también a una chica de espaldas tras el mostrador, con delantal, vestido, y una figura de curvas deliciosas.

—Sí, claro que he visto esos vídeos —responde Rafael, su buen humor desvanecido—. Te los mandé yo, ¿recuerdas? Pero hemos capeado peores temporales, y también saldremos de esta. Vamos a entrar ahí, me voy a pedir algo dulce para alimentar el cerebro y buscaremos ideas. Eso siempre se nos ha dado bien. Y esta vez no será distinto.

Relajo un poco los hombros, algo más calmado tras las palabras de Rafa. Él se entretiene hablando con la dependienta del vestido de vuelo, pero yo estoy demasiado ocupado devanándome los sesos y buscando la manera de frenar el desastre.

Saco el móvil y lo miro de nuevo.

En la pantalla, un supuesto agricultor afirma que gracias a Café Txanchullo por fin recibe un sueldo justo en su pueblo de la Colombia más remota. Solo que su acento es andaluz, el vídeo está grabado en la estación de Atocha (palmeras incluidas) y, según mis

investigaciones, Café Txanchullo ni siquiera trabaja con productores colombianos. Su café proviene exclusivamente de cultivos industriales, no es orgánico, no hay datos sobre sus empleados, y los programas sociales que afirman tener… simplemente no existen.

Los nuestros sí. Llevamos diez años dejándonos la piel en este negocio y reinvirtiendo los beneficios en nuestros empleados. Ha sido un camino duro, lleno de tropiezos, pero hemos llegado lejos y hemos conseguido dar buenos trabajos a mucha gente.

Los comentarios bajo el vídeo de Café Txanchullo dejan claro que los espectadores no son tontos, y que han descubierto el engaño. Y eso sería fantástico, pero resulta que ahora han empezado a ensañarse también con nosotros, y corre la voz por las redes de que somos tan mentirosos como nuestra competencia.

—Si te fijas, dice casi lo mismo que nuestro anuncio —murmuro —. Nos lo han copiado todo, desde el eslogan hasta el embalaje. El tipo hasta lleva el mismo sombrero…

Malditos plagiadores sin escrúpulos. Primero nos robaron los clientes con sus precios de risa, y ahora que se ha destapado todo, nos están arrastrando con ellos al fondo. Y nos están hundiendo, a nosotros y a nuestros caficultores de comercio justo.

Rafa ni siquiera ha escuchado mi comentario; está demasiado ocupado decidiendo qué tomar, pegado a una vitrina llena de croissants y tartaletas.

Mientras tanto, yo sigo dándole vueltas a cómo lavar la imagen de Cafés Montiel.

¿Lo negamos todo?

Eso sonaría a excusa barata; como admitir una culpa que no tenemos.

¿Lanzamos una nueva campaña mostrando el negocio por dentro?

¿Desaparecemos de redes hasta que pase la tormenta?

—¿Tú quieres algo, Sebas? —pregunta Rafa.

Levanto la mirada, buscando algo que no rompa mi ayuno de dieciséis horas. Y entonces mis ojos se cruzan con una mirada oscura, tan intensa y misteriosa como el chocolate más negro. Una

mirada que rezuma mala leche y que, ahora que lo pienso, me suena de algo.

Tiene el pelo largo y negro, recogido con un turbante. Su rostro es moreno, de rasgos algo exóticos y pómulos acalorados. El vestido de vuelo, anticuado pero elegante, acentúa su cintura de avispa y sus caderas generosas.

Y entonces, la imagen me llega de golpe.

Oh, no.

La final de ese concurso de repostería.

Isaac, mi amigo el periodista, me convenció para que fuese, con la excusa de que sería una "fantástica promoción" para nuestro café. Pero no: fue un desastre. Todo terminó en un fin de semana bochornoso en el que podría haber hecho cosas mucho más productivas, y encima quedé como un cascarrabias delante de la audiencia. El ganador ya estaba elegido de antemano y yo solo representaba un papel (el del juez malo, porque nadie lo quería). Y los votos estaban amañados desde el principio.

Lo pasé fatal, y Vega quedó la última.

Y a juzgar por su expresión asesina, creo que ella también se acuerda.

—Un café solo —contesto discretamente, y me retiro en dirección a la mesa.

—No me gusta este sitio —murmuro cuando Rafael se acerca.

—¿Puedes dejar de gruñir, aunque sea cinco minutos? —responde él, acomodándose.

—Lo haría, pero todavía no hemos resuelto lo de esos vídeos que nos están difamando.

—Yo no puedo pensar con la barriga vacía —responde, justo cuando la chica nos trae los cafés y los pasteles. Espera a que se aleje antes de continuar—. Mira, ya solo con ver esta tarta se me acaba de ocurrir una idea genial.

Guarda silencio, y sospecho que me va a soltar una bomba que no quiero oír. Lo miro, expectante, y él asiente.

—Necesitaremos a Loreta —dice finalmente.

Mi estómago se cierra de golpe en cuanto menciona a mi novia… prometida… ni siquiera estoy seguro.

—¿Loreta? ¿Por qué?

—Ella tiene cientos de miles de seguidores. Podría intentar promocionarnos un poco.

Suspiro, negando con la cabeza.

—No, no. Sabes que Loreta no puede hacer eso. Solo hace reseñas de verdad. No postea por dinero, solo lo hace de manera espontánea y sincera, porque la gente confía en ella y…

Rafa deja la cuchara en el aire.

—¿Perdón? ¿Quieres decir que tendría que mentir para promocionarnos? ¡Nuestro café es el mejor de toda Europa, y lo sabes!

—Sí, ya, pero…

—¡Por todos los diablos, Sebas! ¡Estás a punto de casarte con ella! ¿Tan difícil le sería hacernos este pequeño favor? Publica veinte veces por semana. ¡Nadie notaría un par de *reels* más!

A decir verdad, yo creo que publica más de cincuenta veces por semana. Ya no recuerdo la última vez que salimos a cenar y no tuve que esperar quince minutos hasta que se quedó contenta con la foto que le tomé posando con la comida. Pero Loreta es una persona complicada, y a veces es mejor buscar soluciones más sencillas (o sea, que no impliquen discutir con ella).

—Pero la idea no es mala —digo, porque Rafa sigue mosqueado —. Le preguntaré si conoce a algún otro *influencer* que quiera hacer una colaboración con nosotros.

Rafa pone los ojos en blanco y sigue devorando su desayuno.

Mientras tanto, la chica de la pastelería está reorganizando sus dulces con unas pinzas plateadas. Se aparta un mechón de pelo y, sin darse cuenta, le queda un rastro de nata en la punta de su nariz.

Por un instante, casi sonrío.

Le da un aspecto bastante gracioso.

—Como quieras —masculla Rafa—. Buscaremos a otro, vale, pero sería más fácil si lo hiciera Loreta. Después de todo, vive a tu costa. Podría hacer algo por ti de vez en cuando.

—Loreta no vive a mi costa. Ella es una Caballero-Wright, y su familia tiene…

Rafa resopla.

—Su familia es una panda de vagos endogámicos que viven de rentas y no han dado un palo al agua en su vida.

Solo le falta añadir: *"Igual que ella".*

Cuando Rafa se pone así, no lo soporto. Pero no me gusta discutir con él. Aunque a veces no tengamos la misma visión del mundo, hemos conseguido cooperar bien durante casi una década.

Tomo mi taza de café y doy un sorbo.

Sabe a quemado. Y encima está frío.

Lo escupo en la taza, y se me escapa un juramento.

Desde luego, una vez te acostumbras al café que hacemos nosotros, ya no puedes beber ninguno más. Tu vida queda arruinada para siempre, en cierto modo.

Aparto la taza a un lado.

Mejor me hago uno en la oficina, y de paso escapo de esta pastelería antes de que la dueña me envenene.

3

Vega

El primer día de Dulce Sencillez no es para tirar cohetes, pero yo sé que estas cosas requieren tiempo, y no me desanimo (todavía).

El resto de la semana no es mucho mejor, y termino las jornadas comiéndome las toneladas de pasteles que sobran cada noche, porque me da demasiada pena tirarlos.

El viernes amanezco con la esperanza de que entren más turistas y padres con niños, pero los únicos que vienen sin falta son Sebastián Montiel y su amigo, Rafael. Es increíble que solo tenga dos clientes habituales, aparte de mi madre, y uno de ellos sea el hombre a quien más odio en la ciudad.

Sinceramente, no me lo explico.

¿Por qué vienen justo aquí? El único que come es el amigo, mientras el engreído señor Montiel ocupa una silla y solo pide agua embotellada. Ni siquiera acepta un vaso, como si dudase de mi capacidad de usar el lavavajillas.

Vale, a lo mejor duda porque me ha visto pelearme con Fátima (la cafetera, sí) un par de veces, pero eso es una cuestión aparte. Fátima tiene carácter. Es una anciana cascarrabias con complejo de diva, y no siempre tiene ganas de hacer lo que se le pide. En teoría, basta con llenar el cacillo y elegir la cantidad de café que necesitas. *Teóricamente.* Pero Fátima, algunos días, decide que hoy está generosa y te saca un café tamaño ballena azul XXL. Otras veces, parece decirte: "¿Quién te crees que eres para darme órdenes?" y te escupe una gota, como si te estuviera castigando por hacerla mover sus turbinas, o lo que sea que tengan las máquinas de café por dentro. A veces quisiera ser tan decidida como mi cafetera, y echar de aquí a Montiel, o derramarle un *café noisette* por la cabeza.

Pero no lo hago por dos motivos:

1. Su amigo come más que tres personas juntas, y quiero que siga viniendo.
2. No sé si lo he mencionado, pero solo tengo dos clientes habituales, y las cafeterías vacías dan un poco de yuyu.

Y tampoco es muy bueno pensar que, si termino cerrando en números rojos, jamás podré devolverle a mi madre el dinero que me prestó para poder abrir, y ella lo necesita.

Así que aquí estamos: es viernes, son las ocho, acabo de cerrar y me han sobrado un montón de cosas otra vez. Ya no me entra ni un solo dulce más, y eso no es decir poco, teniendo en cuenta que hace siete años gané el concurso de Zampatartas en el pueblo de Francis, mi amiga la de Albacete.

Cuando llego a casa, me encuentro a mi madre en la cocina, llenando un táper con ensaladilla rusa.

—¿Cena de vecinas? —le pregunto, mientras me acerco a fregar los cacharros que ha dejado en la pila.

—Ajá. —Asiente—. Nos la vamos a pasar padrísimo. ¿Vienes? Aunque supongo que estás bien cansada, ¿verdad?

Lo único que me apetece es desplomarme en el sofá a ver lo peor que den en la tele, pero me siento en deuda porque estoy viviendo en su casa y trato de ayudar en todo lo que puedo.

Es un hecho que soy un poco mayorcita para seguir viviendo con mi madre, pero me digo que es solo temporal.

Si el mundo fuera perfecto, yo ahora estaría en París, casada con dos hijos, y sería chef de repostería en algún restaurante pijo.

Iba por buen camino para conseguir mi plan, e incluso terminé la escuela Cordon Bleu de pastelería con la nota máxima. Pero entonces mi madre se cayó por las escaleras, se rompió la cadera y tuve que regresar a Barcelona a cuidar de ella.

Gracias a Sophie[1], una amiga que hice en París, conseguí un trabajo en el Carpi Café, una cafetería moderna en el centro. Y a través de ese trabajo temporal, también conseguí un novio (Elton) aunque gracias a Dios ni me casé ni tuve dos hijos con él, pero

aprendí mucho sobre relaciones y sobre lo que (no) quiero tener en mi vida. Por ejemplo, un novio con alergia al compromiso que fantasea con su propio negocio mientras se gasta todo lo que gana en videojuegos y criptomonedas raras.

—Hoy tenemos fiesta "de traje" —dice mi madre, aplastando la ensaladilla en su táper con orgullo, para que quepa lo máximo posible.

Cuando mi madre dice "de traje", no significa que tengas que ponerte elegante, sino que cada uno debe traer lo que quiera de casa. Vamos, lo que aquí llamamos una cena "de sobaquillo", pero ella es incapaz de pronunciar esa expresión sin reírse.

—Bien. Te acompaño —le digo con pocas ganas.

—¿En serio quieres venir?

—Bueno, ¿qué más da si quiero o no? —respondo, ordenando la pila antes de fregar, porque no soporto que los platos estén mezclados con los cubiertos.

Ella se apoya en la encimera de la cocina y niega con la cabeza.

—¡No tienes ganas de ir! Haces esto porque tú no confías en que vaya sola.

En realidad, desde que se rompió la cadera camina con bastón porque se ha vuelto un poco inestable. Vivimos en un apartamento sin ascensor, y cada vez que mamá sube y baja me da tiempo a ver siete vídeos de Instagram mientras espero a que descanse en cada rellano. Sinceramente, no me gusta que salga sola cuando está oscuro, ni menos aún, que tenga que regresar a medianoche y subir por su cuenta cargando tápers y bolsas.

—Estás cansada, mi corazón —insiste con dulzura—. Quédate aquí, en la casa.

—Nah. Me vendrá bien tomar el aire y ver gente —digo para convencerla—. Además, me han sobrado un montón de pasteles. Seguro que las chicas se alegrarán.

Termino de fregar, vuelvo a ponerme la chaqueta y salimos. Conseguimos afrontar LA BAJADA DE LAS ESCALERAS con bastante agilidad (solo cinco vídeos esta vez).

—Sé que soy lenta como una tortuga*, ¡pero de que llego, llego!* —dice mi madre cuando alcanza, triunfal, la planta baja.

La asociación vecinal no está lejos, y se encuentra en un local algo destartalado, enfrente de un parque olvidado por los jardineros públicos en el que ya nunca hay niños jugando, pero sí muchos perros haciendo pipí a todas horas y farolas a punto de derrumbarse debido al óxido (y al pipí de perro). En este momento, en el parque hay solo dos adolescentes. Uno está sentado en una moto y el otro fuma con los pies encima de un banco, con cara de hastío.

—¡Esta juventud majadera necesita educación en casa! —comenta mi madre, que siempre dice lo mismo cuando ve jóvenes fumando o diciendo palabrotas.

—Mamá, a su edad tú eras modelo para peluquerías, llevabas minifalda, fumabas y te pintabas los labios de rojo. A la abuela le encantaba contar esa historia.

—Sí, bueno, ¿y qué? —repone—. Pero yo me pasaba el día trabajando, no tirada en un sillón rascándome la panza sin hacer nada.

Eso es verdad. Mi madre trabajó desde los dieciséis hasta conseguir su sueño de ser azafata internacional. Fue la más lista y eficiente de su promoción, y saltó de continente a continente sin parar durante quince años. Solía salir de fiesta como una campeona y no se perdió ni un detalle de la movida de los ochenta. Aunque ella lo niegue, lo pueden confirmar sus articulaciones quejumbrosas, y las migrañas que arrastra desde 1997 y que la obligaron a retirarse tras mi nacimiento.

—¡Vega, Lupita! ¡Qué alegría veros! —nos recibe Consuelo, agitando un plato de papel lleno de patatas fritas como una bandera de bienvenida.

—¡Pero si es nuestra niña, la pastelera francesa! —grita Charo, detrás de ella. Justo a tiempo aparece Toñi, la más joven del grupo y actualmente en su fase "me tiño las canas de violeta porque estoy de vuelta de todo".

—¡Te hemos comprado un San Pancracio para la tienda! —grita Toñi, y sale corriendo a buscarlo.

—¡Qué bien veros, chicas! —respondo abrazándolas una a una, aunque lo de "chicas" es un poquito generoso.

Están todas jubiladas, pero tienen el triple de energía que yo y han montado una fiesta con música de Nino Bravo a todo volumen y una mesa larga de tablones y caballetes cubierta con manteles de papel, estilo boda campestre.

Aunque a primera vista se parezcan, es fácil distinguirlas:

- Charo: la rubia, la del vino y la que canta más alto que el altavoz.
- Consuelo: sabiduría con patas cortas, y adicta al crochet (fue la que metió a mi madre en ese vicio).
- Toñi: exprofe de mates, rebelde tardía, pelo violeta y posiblemente más lista que Einstein.

En una esquina están Günther y Paco, jugando al parchís como si les fuera la vida en ello. Se han quitado los audífonos para sobrevivir a Nino Bravo, así que ni se han enterado de que hemos llegado.

—¡Ensaladilla! —exclama Toñi, dando una palmada, y luego se gira hacia las cajitas de papel con el logo de Dulce Sencillez—. ¿Y eso qué es?

Sonrío.

—Esto es especial para vosotras, por cuidar tan bien de mi madre —les digo mientras lo abro todo.

Un coro de "¡Ohhh!" y "¡Aaaah!" se superpone a los estribillos de Nino Bravo. Las tres mujeres se arremolinan a mi alrededor, como adolescentes a punto de ver la foto de mi nuevo novio, y yo empiezo a abrir los paquetes.

—¡*Chuchos* franceses! —exclama Consuelo—. ¡Mis preferidos!

—Son *éclairs*, pero… —trato de corregirla, aunque sé que es una causa perdida y para ella seguirán siendo *chuchos* para siempre.

Nadie en esta ciudad llama *éclairs* a los *éclairs*, y yo estoy empezando a aceptarlo.

—¿Pasamos directamente al postre? —propone Toñi, lanzándose sobre las tartaletas de frambuesa.

Günther y Paco se acercan a husmear las palmeritas de hojaldre con aire disimulado.

—Voy a abrir el cava —propone Charo, que antes tenía una bodega y siempre es la encargada de traer la bebida.

Descorcha la botella y todos aplauden. Nos sentamos los siete a lo largo de la mesa, compartiendo comida, bebida y risas.

—Entonces, ¿estás contenta con el nuevo local? —pregunta Toñi, sorbiendo su cava.

Me encojo de hombros, con una sonrisa a medias.

—Creo que sí. El alquiler es un poco caro, pero era eso o elegir otro menos céntrico, y encima en un *cul-de-sac*. ¿Te acuerdas, mamá, cuando fuimos a verlo?

Mi madre asiente, alargando la mano para coger un hojaldre.

—¡Ay, no, mija! Si hasta había cacas de ratón en la entrada. Yo nomás puse un pie ahí y dije: "Aquí ni loca abrimos nada".

—Uf, menos mal que elegiste este —comenta Consuelo, frunciendo el ceño—. Las plagas son difíciles de combatir... Y en un callejón no pasaría ni un alma.

—¿Y no pudiste contratar a esa diseñadora italiana tan buena? —pregunta Toñi, sirviéndose un poquito más de cava—. Charo te dio el número, ¿no?

Mi madre suelta una carcajada antes de que pueda contestar.

—¡Qué diseñadora ni qué nada! —dice, agitando la mano—. Mi hija sola se las arregló bien bonito, con sus propias manitas. ¡Ya verán, ya verán!

—Pues sí. ¡Qué ganas de ir y echarle un vistazo! —exclama Charo, y abre el táper de la ensaladilla—. ¿Qué parada de metro es?

Le paso unos palitos y me lanzo sobre las tostas de jamón serrano y queso, mientras le explico cómo llegar a la pastelería desde nuestro barrio.

Es una buena velada, y me alegro de haber ido. Esta pandilla siempre me hace reír, por muy mal día que haya tenido.

—¿Sabes, Vega? —dice Toñi, cuando estamos todos tan llenos que vamos a reventar—. Deberías enseñarnos a hacer estos pasteles. Mis hijos alucinarían.

Me río un poco.

—¡Demasiado complicado! Además, la profe eres tú.

—Yo solo sé hacer ecuaciones y natillas de sobre —protesta Toñi, y luego se apoya en la mesa, con esa cara severa que conserva de cuando daba clases en el instituto—. ¡Tienes que enseñarnos! Te pagaremos si hace falta.

Me retuerzo las manos, dudando. Llevo un tiempo planteándome compartir todo lo que sé. He pensado en un libro de recetas, pero de momento solo he conseguido escribir una, con todo el ajetreo de la pastelería.

—Vega no tiene mucho tiempo libre ahora —me defiende mi madre.

—¡Pero podríamos pasárnoslo tan bien! —dice Charo, sirviéndose más cava (creo que ya está un poco piripi)—. ¿Os lo imagináis? Comiendo masa cruda del bol… Untándonos el cuerpo de fresas con nata, como si fuéramos adolescentes traviesas...

—¡Charo! —la reprende Consuelo, santiguándose—. ¡En los cursos de pastelería no se hace eso!

Pero la otra levanta el largo pelo rubio con aire provocativo, dejando ver todas las canas medio grises por debajo.

—¡Chicas! —digo, conteniendo la risa—. Me encantaría, pero como dijo mi madre, estoy a tope con el negocio nuevo. Lo pensaré, pero de momento, habrá que esperar a que todo se estabilice un poco.

—¡Te convenceremos! —dice Toñi, mientras intenta ponerme más cava en el vaso—. Ven, que con esto se te aclaran las ideas.

—¡No, no! Que mañana me levanto a las cuatro —digo, tapando el vaso con la mano.

—Deberías salir más y divertirte —insiste Charo—. La juventud son dos días. Que me lo digan a mí.

Me cuesta bastante, pero al final convenzo a mi madre para que nos vayamos antes de las doce. Los otros siguen con la fiesta y un par de vecinos bajan más tarde, para unirse al resopón y el baile.

Cuando salimos, los dos chicos de la moto siguen en el parque; se les han unido unos cuantos más. No hablan mucho entre ellos; casi todos miran el móvil, cada uno el suyo, como si tuvieran asuntos muy importantes que resolver. Mi madre se agarra el bolso al verlos, en un acto reflejo.

—¿Sabes lo que sería bonito? —me dice con aire soñador, caminando a trompicones con ese bastón que tanto odia—. Que hicieras ese curso de cocina, pero no solo para los de la asociación. Un curso para todos los del barrio, de todas las edades. Para unir a los más jóvenes y a los… ejem, menos jóvenes, y ponerlos a hacer pasteles juntos. ¿Te imaginas? En vez de estar ahí, fumando en un banco del parque y mirando el celular como hipnotizados, podrían estar aprendiendo una habilidad útil.

No puedo evitar reírme.

—Lupita Hernández, la eterna soñadora —le digo, sacudiendo la cabeza—. ¿Tú te crees que esos chavales se apuntarían a un curso de pastelería francesa con vosotras? Vamos, mamá, ¡ves demasiadas series de la tele!

—¿Y por qué no? ¿Se lo has preguntado?

—Tú misma acabas de agarrarte el bolso como si fueran a robártelo. Eso ya dice mucho de lo que piensas de ellos.

—Pero todos podemos cambiar. Mejorar. Aprender. ¿Por qué no? Mírame a mí.

Cuando dice eso, apoyada en el bastón con una mueca de dolor mientras se agarra la cadera con la otra mano, no suena muy convincente. Pero sé a qué se refiere. Mi madre es la mujer que un día vio un anuncio de que buscaban azafatas en el periódico, y no paró hasta conseguir su sueño de volar. Lupita Hernández era (o es) una fuerza de la naturaleza, aunque con más achaques de los que le gustaría admitir.

—Bueno, ya veremos —le digo—. De momento, tenemos que encontrar la manera de atraer más gente a la pastelería. Si eso sale bien, ya pensaremos en nuevas locuras.

—A lo mejor el curso te ayudaría a que se corriera la voz sobre tu negocio —dice ella, deteniéndose a buscar las llaves en el bolso, ya frente al portal.

—¡Claro! Pero mi negocio está a siete paradas de metro de aquí, y los moteros de diecisiete años no son mi público objetivo, que yo sepa.

—¿Y quiénes lo son? —pregunta, agarrándose de los barrotes de la puerta para subir el primer escalón del portal.

La miro entrar y no contesto.

De momento, los únicos que entran son Montiel y su amigo, y uno de ellos solo pide agua.

Sigo a mi madre por las escaleras, algo preocupada por no saber aún la respuesta a esa pregunta. Espero ser capaz de encontrarla antes de que se me acabe el dinero.

4

Sebastián

El viernes por la tarde todavía no he conseguido ponerme de acuerdo con Rafael acerca del plan a seguir para limpiar nuestra imagen. En redes, nos siguen acusando de que nuestra empresa es una farsa, de la misma calaña que Café Txanchullo, y consecuentemente, las ventas siguen cayendo en picado. Hemos probado un par de campañas de contraataque, pero ninguna funciona.

Nuestra nueva rutina consiste en cruzar la calle y tener reuniones informales en la pastelería de enfrente, porque Rafael está obsesionado con los pasteles de esa chica. A mí no me hace mucha gracia ir ahí cada día, teniendo en cuenta que cada vez que entro, la dueña me lanza miradas asesinas, pero Rafael puede ser muy insistente. Y, hablando de insistencia, sigue empeñado en que hable con Loreta para que haga un post sobre nosotros, pero yo sé que ella me va a dar largas y se va a negar en redondo.

Y, aparte de eso, hay algo más.

Algo que me niego a reconocer en voz alta.

Odio pedir ayuda. Y odio, aún más, la idea de que Loreta piense que me va mal, o que no soy lo suficientemente exitoso para estar con alguien como ella.

Los Caballero-Wright como ella solo se juntan con gente de su clase, y me ha costado mucho llegar a este nivel socioeconómico desde la nada, con el sudor de mi frente.

De lavaplatos a magnate del café hay un buen trecho, y el camino es cuesta arriba.

Pero si su familia se entera de que estoy teniendo problemas, empezarán a mirarme por encima del hombro.

Más aún que ahora, quiero decir.

Suena una alarma en el reloj digital (el que me regaló Loreta) y recuerdo que hemos quedado a cenar esta noche, y voy a llegar tarde. No me va a dar tiempo a regresar a casa. Ni siquiera voy al gimnasio, y eso que para mí es sagrado. En vez de eso, voy corriendo a buscar el coche y pongo el GPS en busca de la arteria barcelonesa menos atascada a esta hora (ninguna) y me dirijo hacia el noroeste, dirección Tibidabo.

Una manifestación me tiene parado durante veinte minutos entre Diagonal y Gracia, y entretanto me llegan cuatro mensajes de Loreta:

«¿Dónde te has metido?»

«Llevo media hora esperándote.»

«Voy por el segundo bloody mary.»

Y el peor de todos:

«Si no vienes, llamo a mi hermana para que me haga compañía.»

Como llame a su hermana soy capaz de dar la vuelta y volver a casa, aunque tenga que atornillar una hélice al techo de mi coche para escapar del atasco.

Su hermana, Hortensia Caballero-Wright, es la arrogancia personificada, en versión rubia con tacones. Solo habla de clubs de equitación, comidas con gente que usa tirantes bajo la chaqueta del traje y de sus perros Corgi (iguales a los de Isabel II, pero con más *pedigree*, obviamente).

Loreta se le parece mucho físicamente, pero tiene más ambiciones que Hortensia. O, al menos, tiene intereses que van más allá de comprar sillas de montar y camas de cristales Swarowski para corgis.

Giro hacia la entrada del aparcamiento y llamo por el interfono.

—Sebastián Montiel —digo—. Tengo una reserva en el restaurante.

Un silencio incómodo sigue a continuación.

—Perdone, señor. No tenemos ninguna reserva a ese nombre.

Parece ser que ir de jurado a concursos de la tele no te da tanta fama como Isaac pensaba, después de todo.

—¿Quizás a nombre de la señorita Caballero-Wright? —pregunto.

—Ah, ¡por supuesto! La señorita Caballero-Wright está ya en su mesa. Pase, por favor. Lo están esperando.

La barrera se abre, aparco a toda pastilla y entro en el restaurante resoplando.

Loreta no me ve; está de espaldas, sentada a una mesa de dos junto a los grandes ventanales de suelo a techo que dan al jardín. Lleva una blusa negra y sencilla, con un escote pronunciado que deja a la vista parte de su espalda. Sus cabellos, teñidos con discretas mechas rubias, caen con una naturalidad premeditada sobre los hombros. Sujeta una copa con un líquido rojo, y está enfrascada en su teléfono. Si miro su Instagram seguro que tiene una historia con todo lo que ha tomado mientras yo no estaba, y el hashtag *#esperandoaunidiota.*

—Loreta, disculpa —murmuro, inclinándome para besarla.

Pongo una mano sobre su hombro, redondeado y precioso. Loreta es siempre tan elegante, tan sofisticada…

En ese momento, se da la vuelta. Tiene el ceño fruncido, las mejillas sonrosadas de tantos bloody marys y cara de estar a punto de arrancarme la cabeza.

—¿A ti te parece normal llegar a esta hora, Sebastián? —me grita, bufando con impaciencia—. ¿Tú sabes a qué hora habíamos quedado? ¿Sabes lo ocupada que estoy? Tenía un vídeo en directo con Marta Martita, y hemos tenido que terminar antes para que yo pudiera llegar aquí a tiempo.

Ni que hubiera cancelado una reunión con el presidente del gobierno, pero bueno.

—Yo… lo siento mucho, cariño —suspiro, apartando la otra silla para sentarme—. Se me complicó el día.

—¿Tan difícil es comprar granos de café a distancia y pedir a tus empleados que los repartan? —dice, con su mejor tono de princesa consentida.

Trago saliva. Tomo aire. Podría explicarle que mi trabajo es ligeramente más complejo que hacer directos sobre bikinis y pareos con su amiga Fulana Fulanita (o como se llame), pero decido ser respetuoso con su ocupación… y conservar mi salud mental. Porque

yo ya sé que Loreta es así. Tiene temperamento y le gustan las cosas bien hechas. No tolera los fallos, y lo supe desde el primer día.

Tomo su mano, decorada con la delicada pulsera de oro y diamantes que le regalé en nuestro primer aniversario.

—Loreta, mi amor, lo siento —susurro—. ¿Qué tal si olvidamos lo ocurrido e intentamos disfrutar de esta cena?

Frunce los labios, todavía ofendida, y me lanza la carta con dramatismo.

—Échale un vistazo al menú degustación —ordena, aún indignada —. Ya les dije que el mío lo adapten a la dieta keto estricta. Sin pan, sin pasta, sin azúcar, sin frutas dulces. Han dicho que no hay ningún problema.

Miro la lista, que contiene doce o quince platos, y al menos cuatro postres. Se me hace la boca agua al pensar en las tostas de mantequilla de hierbas con tomatito seco y parmesano… Pero no. Hoy ni siquiera he ido a hacer pesas. Y seguro que esas tostadas no son tan buenas como parece.

—Claro, buena idea —le digo, asintiendo—. Que nos lo preparen todo keto. Es lo bueno de este sitio, que se adaptan a todo. Aunque sea caro, vale la pena pagar por el buen trato.

Loreta hace una mueca. Hay ciertas palabras prohibidas en su mundo: palabras como *dinero, caro, pagar o cuánto cuesta.*

Aunque, curiosamente, cuando habló de casarnos, no tuvo problema en informarme de que el anillo debía costar al menos tres sueldos juntos.

Espero que no vuelva a sacarme el tema esta noche, porque es lo único que me falta hoy para…

—Cariño —me dice, mirando los farolillos del jardín con ojos soñadores—, ¿te acuerdas de *eso* que hablamos hace un par de meses?

Se me hace un nudo en el estómago.

Vale. Pues parece que sí me va a sacar el tema, después de todo.

—No sé a qué te refieres. ¿Lo de comprarnos un perro? Pero un corgi no, por favor, que ladran demasiado.

Se ríe, jugueteando con su minúsculo pendiente de oro, y niega con la cabeza.

—Dijiste que me lo pedirías oficialmente pronto.

No. Esta noche no, por piedad.

—Bueno —repongo—, ya lo hablamos ese día, y acordamos que…

—Sebastián… —Pone los ojos en blanco—. Hay que pedirlo de verdad. Con anillo, de rodillas, como debe ser. Y fijar una fecha ya. Porque si no, yo estoy confundida. Fíjate que esta mañana fui con mi hermana a probarme vestidos de novia, y tengo un problema gravísimo. No sé si la ceremonia será en primavera o en verano. ¿Cómo esperas que imprima las invitaciones?

Abro la boca, pero no sale nada.

Ahora soy yo el que está confundido.

Me sacó el tema del matrimonio hace un par de meses, y le dije que me encantaría casarme con ella en el futuro, si las cosas iban bien. Pero desde ese día, no ha parado de planear nuestra futura boda y presionarme para que sea… dentro de cinco minutos.

El camarero llega y me pone un bloody mary. Me lo bebo de un trago.

—¿No es un poco pronto para decidir todo eso, cariño? —digo cuando la bebida me devuelve la capacidad de hablar—. Además, tú misma lo has dicho. Primero debo pedírtelo oficialmente.

Ella enarca las cejas.

—Bueno, supongo que me lo pedirás este verano, cuando vayamos a Nueva York, ¿no?

Parpadeo.

—¿Cómo sabes eso?

Ella sonríe.

—Rafael no es muy bueno guardando secretos…

Genial. Gracias, Rafa.

—Vaya.

Me quedo callado. El camarero regresa, esta vez con algo que parece marisco, aunque es difícil adivinarlo.

—Señores, les presento nuestros buñuelos de ostras con caviar imperial y sherry —dice.

Loreta se pone pálida.

—¿Buñuelos? —exclama, mirando la diminuta masa dorada, acomodada en un lecho de caviar y brotes de alfalfa dentro de la

cáscara de la ostra—. ¿Quiere decir… masa frita?

—Es una masa finísima que nuestro chef sumerge ligeramente en aceite de oliva extravirgen durante tres segundos para crear una costra perfectamente crujiente y satisfactoria —explica el camarero, orgulloso.

Oh-oh. A Loreta le está latiendo la vena de la sien, y sus ojos dicen a gritos: "Usted no sabe quién soy yo". Este pobre hombre no tiene ni idea de lo que le espera. Ufff, y ahora creo que a Loreta le asoma un hilillo de humo por las orejas. Se pone firme, saca pecho y sus ojos azules se vuelven redondos, oscuros y enormes.

—Creo que no me entendió antes —dice, con furia contenida—. Le expliqué que hay ciertas cosas que no comemos. ¿Cómo se le ocurre traernos buñuelos *fritos?*

—Yo… —El camarero la mira atónito—. Disculpe, señora…

—¡Señorita!

Se frota la mano *sin anillo* y me lanza otra mirada de odio a mí.

—Es una fritura mínima, sin gluten… —explica el pobre hombre.

—¿Y qué tengo que ver yo con el gluten? ¡Le dije que seguimos una dieta keto estricta!

—Yo… lo siento. Fue un malentendido. Keto, claro… Ahora mismo se lo cambio.

Loreta sacude la cabeza mientras el camarero se escapa, cabizbajo.

—Es increíble —dice—. No entienden ni las instrucciones más simples. Por eso nunca llegarán a nada más que trabajar en un restaurante.

Me muerdo la lengua, porque sé perfectamente lo que es trabajar en restaurantes. Lo hice durante años cuando llegué a Barcelona. Las jornadas interminables, los sueldos miserables, los clientes prepotentes…

Pero me lo trago.

Porque ya bastante he tenido hoy con Café Txanchullo como para sumarle a eso una discusión con Loreta.

—Bien, cariño —dice Loreta, retornando a su personalidad angélica después de un breve *momento demonio*—. Yo creo que

mejor en primavera, así se hará más corta la espera. Y el verano es difícil de sobrellevar para la parte Wright de la familia.

Loreta empieza a divagar, y mi mente regresa al problema con Café Txanchullo.

—Los estilos de primavera dan más juego para elegir velos y capas… —dice, aunque la oigo muy lejana—. Estaba pensando en el Castillo de Cerdanyola… ¿O quizás algún convento con encanto? Pero no de esos con muebles viejos de colegio, y monjes por ahí, ¿sabes a qué me refiero? Y podríamos pagar a algunas monjas para que nos hagan pasteles de huevo, porque eso da una imagen caritativa, y queda bien en la prensa…

La palabra *pasteles* se filtra en mi mente, y la asociación automática es la chica de la pastelería, con sus curiosos vestidos de vuelo y su cara de asesina en serie. Si no me mirase con ese gesto de mala leche, sería bastante guapa, la verdad. Pero bueno; al menos tiene carácter. Y es bastante graciosa cuando le habla a su cafetera…

—Te veo distraído —dice Loreta, tomando mi mano a través de la mesa—. ¿Estás bien, cariño?

Sacudo la cabeza y aprieto su mano de vuelta.

—Oh, sí. Sí. Por supuesto. No te preocupes —digo, aflojándome un poco la corbata—. Es solo que he tenido un día muy duro.

—Bien, entonces qué opinas, ¿contratamos al chef Solsonès, o mejor algún francés, que le dé un aire más internacional al evento?

Parece que su tiempo de atención para mí se ha agotado.

—Cariño, el que tú quieras —digo, algo molesto por lo rápido que ha descartado mi malestar.

—Pero tú también debes participar en los preparativos —protesta.

Quizás porque estoy de mal humor, o quizás porque ya no sé cómo resolver el peor de mis problemas, me lanzo y le suelto la idea de Rafa sin más miramientos.

—Amor mío, ¿tú me harías un favor?

—¡Claro que sí! —responde contenta, probablemente pensando que es algo relacionado con la boda—. ¿Qué necesitas?

—Tenemos un problemilla con la publicidad de Cafés Montiel, y nos sería de gran ayuda si pudieras darnos un empujoncito con un

par de posts en tus redes. Después de todo, tú tienes tanta gente que te sigue, y…

Se pone pálida y le hace una seña al camarero para que le ponga más vino.

—Ah, pensaba que sería otra cosa —responde mortificada, centrándose el colgante de diamante sobre el cuello—. Eso no puede ser. Ya sabes que yo no hago colaboraciones con empresas. Todo lo que publico es auténtico, sincero…

—Pero, mi amor, ¿es que no te gusta nuestro café?

Pestañea, como si ni siquiera se hubiera parado a pensarlo.

—Sebastián, claro que me gusta. Pero yo no puedo promocionar un *café* —lo dice como si "café" fuera una palabrota—. Es una sustancia adictiva y excitante, que no casa con los principios de dieta keto activa que promuevo.

—¡Pero tú tomas mi café todos los días!

—¡Pero no hace falta que ellos lo sepan!

Suspiro, desesperado.

Ese café paga nuestro apartamento, sus extensiones, sus uñas y sus bolsos de diseño.

—Da igual —le digo—. No importa.

—Claro, cariño. Aparte de eso, estoy aquí para lo que necesites —responde sonriendo—. ¡Debemos separar el trabajo del placer! Hoy es viernes por la noche, y toca lo segundo.

Le sonrío débilmente. Es cierto. Es viernes por la noche y supongo que mis problemas seguirán ahí el lunes, de todos modos. Y mejor será que disfrute de esta cena, que me va a costar más de quinientos euros.



Cuaderno de Recetas de Vega

TARTA TATIN

Dicen que la Tarta Tatin nació de un error: las hermanas Tatin olvidaron poner la masa debajo de las manzanas y decidieron hornearla al revés. La tarta salió bien, e incluso les gustó más que la que pretendían hacer.

Moraleja 1: A veces los errores llevan a descubrimientos maravillosos.

Moraleja 2: No todos los errores terminan en éxito. Por ejemplo: poner la pastelería justo enfrente de la oficina de Sebastián Montiel fue un error, y no existe posibilidad alguna de que lleve a nada bueno.

5

Vega

El lunes empieza con buenas ventas, y comienzo a preguntarme si ese San Pancracio que me regalaron las amigas de mi madre de verdad está funcionando (aunque, según Consuelo, ya no es lo mismo, porque antes le ponían una moneda de veinticinco pesetas en el dedo alzado, y ahora, como los euros no llevan agujerito para el dedo, el pobre santo ha perdido parte de sus superpoderes).

Moneda en el dedo o no, yo ya he vendido todos los croissants y todavía no son ni las diez de la mañana. No sé cuándo podré hacer más, pero ese es el menor de mis problemas. Lo importante es encontrar un San Pancracio más grande. Más grande y más efectivo. Quizás en versión tamaño estatua de la libertad.

A las diez y media entran Sebastián y Rafael, como suelen hacer últimamente. Sospecho que la única razón de que vuelvan es que Rafael está enamorado de mi tarta de galletas. Desde luego, no es porque Sebastián esté enamorado de mis tartas. Ni de mí. Ese último pensamiento hace que se me escape una carcajada diminuta, que disimulo con una tos.

—¡Buenos días! —los saludo, dedicando mi sonrisa más radiante a Rafael e ignorando a Sebastián adrede.

Montiel, tan caballeroso como siempre, me devuelve la jugada mirando sus relojes. Con tanto reloj, me recuerda al conejo de Alicia en el país de las maravillas, el que siempre llegaba tarde. Aunque es mucho más alto que un conejo, y sin duda pasa muchas horas en el gimnasio, a juzgar por lo bien entallada que le queda la camisa.

—¿Qué os pongo, chicos? —pregunto, pero ya me he girado hacia la vitrina de dulces nostálgicos (se nos ocurrió bautizarla así el sábado) y estoy sacando la tarta de galletas con chocolate avainillado.

—Lo de siempre —responde Rafael, guiñándome el ojo.

—¿Y usted también? —le pregunto a Sebastián. Le hablo de usted adrede, a ver si le molesta.

Alza la vista y nuestros ojos se cruzan. No recordaba que tuviera los ojos tan grises: como un día de tormenta, o como el cielo justo antes de que te caiga un rayo encima. Le hacen juego con la corbata. ¿Quién demonios usa corbata en el siglo XXI?

—Lo de siempre, sí, gracias —responde con tanta frialdad que empiezo a pensar que el color de sus ojos se debe al hielo cortante de su corazón.

Solo me quedan dos mesas libres, y su preferida está ocupada. Esto es nuevo, y me gusta.

Les llevo su pedido y sigo atendiendo gente. Sorprendentemente, siguen entrando más. Estoy alucinando.

Me parece ver por el rabillo del ojo cómo Rafael sale a la calle a atender una llamada y Sebastián se queda solo, con su botella de agua.

Estoy sirviendo una mesa, y me agacho para dejar los platos.

Sebastián no para de mirar a un lado y a otro. Tiene un comportamiento realmente extraño. Si no fuera porque es medio famoso, y según las malas lenguas, también millonario, diría que está a punto de robarle la cartera a alguien. Pero claro, en su situación, eso es poco probable.

Sin embargo, no puedo soportar la curiosidad. Finjo no prestarle atención y me giro hacia una de las vitrinas, cargando la bandeja ya vacía. Él no lo sabe, pero veo su reflejo a la perfección en el cristal.

Y, entonces, cuando piensa que nadie lo ve…

¡ZAS!

Le roba un trozo de tarta a su socio.

NO PUEDE SER.

¿Sebastián Montiel, el hombre que parece alimentarse solo de aire filtrado y agua de ósmosis inversa, acaba de ROBAR un trozo de tarta?

¿Un trozo de MI tarta?

No me lo puedo creer.

Si no fuera muy poco profesional, lo señalaría con el dedo como en un juicio medieval y gritaría:

> *«¡Este hombre, con los mofletes más llenos que un hámster con la tenia, me hizo perder un concurso de postres y por su culpa ahora le debo miles de euros a mi madre!»*

Pero claro, soy una persona adulta.

Así que, en vez de eso, me esfuerzo por recoger mi mandíbula del suelo (casi se me cae del shock) y finjo no haber visto nada.

Su socio regresa, pero la cosa no termina ahí.

En ese instante entra una mujer en la pastelería, y los saluda a ambos. Bueno, a Rafael lo saluda, pero a Sebastián le da un morreo que parece que estén solos en su sofá de casa.

Primero: esa mujer tiene porte de duquesa, y parece sacada de la portada del *¡Hola!* Y lleva gafas de sol, ¿por qué? ¿Tan fuertes son mis bombillas?

Segundo: la ropa que lleva puesta probablemente cuesta más que toda la que hay en mi armario. Y si yo me pusiera un abrigo tan blanco como ese, antes de la hora de comer ya sería gris con motitas de chocolate. Me apuesto lo que quieras que no se sienta en el metro llevando eso.

Tercero: esta mujer tiene aspecto de no comer nada, absolutamente nada, de lo que preparo en este local. O básicamente *nada*, en general. Nada de nada. Está tan delgada que con mi falda podría hacerse trece vestidos. O unas cortinas para su mansión de lujo con estanque y cisnes…

—Buenos días —dice la recién llegada, cuyas mechas rubias parecen cabello de ángel, del que se usa en la ensaimada de Mallorca.

—Eh…

Vaya. Se ha levantado de la mesa y ahora está enfrente de mí, mirando mis tartas.

—¿Qué puedo tomar? —me pregunta, y cuando parpadea eso parecen paipáis, más que pestañas.

—Pues…

Pues… ¿cualquier cosa, menos los cactus porque son de ganchillo y los ha hecho mi madre?

—Tengo una dieta especial —continúa—. Necesito algo sin harinas y sin azúcar, y las únicas grasas que tomo son aguacate Hass y aceite de coco orgánico.

Ay madre.

Otra que ha venido a por un vaso de agua.

¿Y qué puñetas es un aguacate Hass?

Seguro que de eso no tengo.

—¿Te apetece un café? —le digo sonriendo, para que no se note que estoy aterrada.

Tuerce el labio, decepcionada.

—Está bien. Un café solo, por favor.

Me giro y le doy un par de golpecitos a Fátima. He descubierto que le gusta que la saluden, y así funciona mejor. Mientras estoy de espaldas, apretando el botón y girando la taza para que salga el café con espumita, la mujer de revista me pregunta:

—¿Te importa si hago un par de fotos de los pasteles y las comparto?

—Uy, no, claro que no. ¡Haz todas las que quieras!

Ojalá haga muchas, las publique en redes y la gente empiece a venir en peregrinación hasta aquí desde Lourdes. Aunque lo más probable es que se las envíe a su nutricionista, como prueba de que resistió a la tentación.

Le doy el café y continúo atendiendo a la gente que entra. Ella se sienta en la mesa de Sebastián y charlan un rato.

Cuando terminan, los tres se marchan. Solo Rafael se despide de mí. Sin embargo, una vez se va la mujer elegante, Sebastián se gira desde la puerta y me mira, y hay algo raro en su expresión.

¿Me está pidiendo ayuda?

¿Necesita ir urgentemente al baño?

Casi parece… desesperado.

Pero no, imposible. Los millonarios no se desesperan. ¿Por qué iban a hacerlo? Y menos, teniendo millones en el banco y a una chica como esa colgada del brazo. Una mujer que representa todo lo

que yo nunca seré, ni aunque me opere hasta el ángulo de los codos.

Suelto el aire, aliviada de que se hayan marchado. La pastelería se ha quedado casi vacía entretanto, pero me viene bien un respiro, y además tengo que limpiar esas mesas por si entra alguien nuevo.

Justo en ese momento, un repartidor de comida de Broom-Broom-Food aparca su moto junto al ventanal de mi tienda.

Entra con el casco puesto y se me acerca caminando con las piernas separadas, como un cowboy a punto de disparar. ¿A quién he visto caminar así antes?

—¡Veguita! —me dice, y entonces me queda claro.

Solo hay una persona del mundo que use ese diminutivo, que por cierto siempre he odiado, y es…

—Elton. Qué alegría verte —digo sin ningún entusiasmo.

Se quita el casco y ahí está, con su barbita de rompecorazones y su nariz torcida por demasiadas peleas en bares ("empezaron ellos", según él).

—¡No me lo puedo creer! —dice—. ¡Has abierto tu pastelería!

Pero luego me mira, entorna los ojos y dice:

—Ah, espera. Tú solo eres la dependienta, ¿verdad? ¿Quién es el dueño?

Que alguien me sujete.

—La dueña soy yo, Elton.

Su cara de sorpresa es un poema.

—Vaya, Veguita. Quién lo diría.

—¿Vienes a comprobar el registro de la propiedad o a comprar algo?

Elton sonríe, mostrando solo la fila de dientes de arriba, que son los que tiene rectos. Pero yo sé muy bien que tiene todos los de abajo torcidos. Lo he besado demasiadas veces para no haberme dado cuenta.

Los dientes de Elton son como una metáfora de él mismo: solo muestra lo bueno. Pero, por debajo, está todo mal y torcido.

—Pues mira, ya que estás, dame unos churritos de esos…

—¿Churritos? —repito, horrorizada.

—Sí, esas cosas largas con cremita blanca… A ti siempre te gustaron mucho los churros, ¿no? Bien largos…

—¡Elton, por el amor de Dios! Para. Y, además, son *éclairs*. ¿Tan difícil es? Lo pone en el cartel, bien grande.

—Pues ponme dos *Leclercs* de esos —dice, sacando un billete arrugado como si me estuviera haciendo un favor—. Para un cliente.

Me cuesta creer que a este hombre le dejen trabajar para Broom-Broom-Food, pero, ¿quién soy yo para juzgar?

—Y, por cierto, que sepas que yo también estoy empezando un negocio. Aparte de ser *trader* —añade, inflando el pecho—. Ahora vendo líquidos premium para vapeo. ¿Te gustaría probarlos?

—No, gracias, no me interesa comprar alquitrán con sabor a fresa química. Prefiero las fresas de verdad. ¿Tu *cliente* no querrá también una tartaleta?

Elton niega con la cabeza, repasándome de arriba abajo. Mientras tanto, envuelvo los éclairs a la velocidad de la luz, le cobro y deslizo la bolsa hacia él como si estuviera a punto de explotar.

Elton se toma su tiempo y me mira con ojos entrecerrados. ¿Está tratando de seducirme? No es suficiente con que me haya sacado dinero en el pasado con sus "grandes ideas de inversión", no. Ahora también pretende venderme humo. Literalmente.

—Creo que, a partir de ahora, nos vamos a ver mucho más a menudo, preciosa —dice, inclinándose de más sobre el mostrador para coger su pedido.

Arjjjjj.

Nota mental: encargar un cartel de "Reservado el derecho de admisión" y, si es posible, electrificar el pomo de la puerta.

Por fin, Elton sale, y yo apoyo los brazos sobre el mostrador, con la cabeza encima.

La tarta de galletas me llama.

Hoy me he ganado un buen trozo.

6
Sebastián

Esta semana he tratado de volver a sacarle a Loreta el tema del vídeo, pero siempre me cambia de tema y se escabulle. Al final, se me ocurre invitarla a almorzar conmigo y con Rafael, porque sé que él tiene más probabilidades de persuadirla que yo. Es absurdo, pero así funcionan las relaciones: cuanta más confianza tienes con alguien, más fácil te resulta decirle que no. Aunque, siendo honesto, creo que a Loreta siempre le ha sido muy fácil decirme que no, incluso cuando apenas nos conocíamos.

Rafael y yo entramos en la pastelería. Loreta llega tarde, pero cuando es ella la que llega tarde "está justificado". No seré yo quien se queje hoy; además, sé que ha tenido que cambiar la hora de su clase de pilates (¿o era crioterapia facial?) para reunirse con nosotros.

—¿Has estado hablando con contabilidad? —le pregunto a Rafael, en cuanto nos sentamos.

No hace falta que responda. Su cara lo dice todo. Mi estómago ruge porque no he desayunado. Y no he desayunado porque no había comida en casa, aunque me convencí de que estaba haciendo otra vez ayuno intermitente.

—Sí —admite, frotándose la sien—. Y los resultados son… Bueno, ya lo sabes.

Mi estómago suelta otro rugido, esta vez tan fuerte que hasta Rafael se da cuenta. Maldita sea, ¿por qué demonios Loreta es incapaz de hacer algo tan simple como un pedido de supermercado? Ambos nos repartimos las tareas domésticas, y eso forma parte de las suyas. Su única labor es hacer clic en la app y seleccionar la hora de entrega. Pero, por tercer día consecutivo, se le ha olvidado.

—La gente está sin dinero —dice Rafael encogiéndose de hombros—. Y nuestro producto es un lujo.

Aprieto los labios. Sé que tiene razón. Siempre quisimos crear algo excepcional, un negocio que ayudara a quienes lo producían y, al mismo tiempo, fuera accesible para todos. Pero es una utopía; cada día más, con el rumbo que está tomando el mundo últimamente.

—No se puede tener todo —suspira Rafael—. Los precios han subido, igual que en todas partes. Y eso significa que nuestro público es cada vez más selecto… y reducido.

—Al final hemos terminado vendiendo exclusividad —añado—. No es lo que queríamos hacer, pero a veces las cosas no salen como uno espera. Pero la exclusividad implica renombre, y lo estamos perdiendo.

—Ya, pero mira: nos ha ido muy bien durante los últimos cinco años. Y, además, seguro que la palabra "exclusivo" nos ayudará a convencer a Loreta —dice Rafael, guiñándome un ojo.

Antes de que pueda responder, Vega aparece con la bandeja.

Hoy lleva un vestido blanco de vuelo, con puntitos negros, y al agacharse, se le ve una buena parte del escote, redondo y generoso. Me deja el vaso de agua delante sin mirarme. Siempre hace lo mismo. Es casi entrañable, una especie de ritual entre nosotros, una guerra silenciosa en la que competimos a ver quién es más maleducado y pasivo-agresivo.

Debería irritarme. Pero, por algún motivo, me hace gracia. Casi ha empezado a gustarme eso de venir cada día y provocarla, pidiendo solo un vaso de agua solo por ver su cara furiosa cuando lo hago.

La observo mientras deja el café de Rafael con un movimiento preciso y mecánico. Lleva el pelo recogido de cualquier manera, con una cucharilla larga en lo alto de la cabeza, haciendo de pinza improvisada. Sus manos son rápidas, seguras, sin un solo temblor, y sus mejillas morenas están ligeramente coloreadas, probablemente por el calor del horno... o la rabia contenida de tenerme delante otro día más.

El teléfono de Rafael empieza a vibrar por la mesa y él suelta un resoplido.

—Uy, uy… creo que es Sara —dice con cara de puro terror—. Ya estaba enfadada esta mañana cuando me fui, porque los tres críos están enfermos, y la he dejado sola con ellos. Mejor me voy fuera, o toda la pastelería se enterará de que soy un monstruo sin corazón y con fobia a los gérmenes.

Se levanta apresurado y sale, dejándome solo.

Delante de mí, una estupenda milhojas de crema descansa sobre el plato de Rafael. La ha partido en trocitos perfectamente proporcionados, como si me estuviera invitando a probarla.

Miro la milhojas.

Si uno de esos trozos desapareciese, sería imposible detectarlo.

Pero no, ni pensarlo.

Aunque Rafael ha salido…

Y la milhojas está ahí.

Y huele a gloria bendita…

No, no puedo hacer eso.

¿O sí? ¿Quién va a impedírmelo?

Me siento como si tuviera un ángel en un hombro y un diablillo en el otro.

Miro a un lado y a otro. Vega está ocupada atendiendo otra mesa. Nadie me va a ver.

¿Tal vez solo un bocado? Para evaluar la calidad del producto. Para evitar que Rafael muera envenenado, con las arterias colapsadas por las grasas saturadas.

Cogeré un trocito. Solo uno.

En cuanto la masa quebradiza toca mi lengua y la crema aterciopelada se desliza por mi paladar, algo dentro de mí se sacude.

Por todos los santos.

Es… perfecta.

Crujiente, ligera, con la cantidad exacta de dulzor. Cierro los ojos un instante, saboreándola, y cuando los abro, me encuentro con Vega mirándome desde la otra punta de la pastelería.

Tiene una ceja alzada y cara de haberle ganado una partida de ajedrez a Kasparov.

Mierda.

¿Me ha visto? No, imposible. Pero su expresión es sospechosamente triunfal.

Justo en ese momento, Rafael regresa, y yo me aparto hacia atrás con rapidez, disimulando, como si nada hubiera pasado.

Ya está. Misión cumplida.

Nadie, jamás, sabrá mi secreto.

Un par de minutos después, se presenta Loreta. Lleva gafas de sol a pesar de que estamos en el interior, y su abrigo blanco impoluto resalta sobre el fondo rústico del local. Ella es así: allá donde va, parece una estrella de Hollywood.

—Hey, Loreta —la saluda Rafael, mientras ella se agacha y me da un beso.

Se sienta y ojea el menú. Cualquiera diría que solo sirven sapos fritos, a juzgar por su cara.

—Desde luego, vaya sitio —dice, mirando a su alrededor con desdén—. No tienen ni una sola opción que se adapte a nuestra dieta. ¿Cómo puede ser que todavía existan lugares así?

Sonrío con amargura. Rafa, mientras tanto, tiene la boca llena de milhojas, y la mira, desconcertado.

—No lo sé —respondo, girando mi botella de agua entre las manos con inocencia—. Y este además acaba de abrir. Todo mantequilla, azúcar y harinas refinadas. No lo entiendo.

Rafael se traga el bocado y agita el dedo en el aire, diciendo que no.

—Si lo probarais, cambiaríais de idea al instante —dice, pinchando otro trozo de su desayuno.

Loreta lo mira con condescendencia, a él y a su creciente barriguita, y luego me dedica una mirada de complicidad. Le sonrío de vuelta. Últimamente, son raros los momentos en los que siento algún tipo de conexión con ella. Prácticamente se ha ido perdiendo, a causa de mi trabajo y de sus muchos compromisos sociales. Pero estas cosas aún nos unen.

Sacudo la cabeza, incómodo con la sensación.

—Rafael, ¿sabes que aquí iban a abrir una tienda de fitness? —comenta Loreta—. Nuestra amiga Cayetana y su prometido. Pero el

dueño de este local, un viejo loco, se negó a alquilárselo a ellos. En vez de eso, se lo dio a la tipa de la pastelería.

—Llevaba años cerrado —añade Rafa, y luego añade con nostalgia—. Antes había un Donut Bunker, ¿os acordáis? Fue una pena cuando lo cerraron. La de donuts grasientos que me zampé aquí, junto a esta misma ventana…

—¿Ves? Ese es el problema —dice Loreta, señalándole—. El azúcar os crea adicción. Si cerrasen todos estos locales, las consultas de los médicos estarían vacías.

—A lo mejor deberíamos soltarles unos cuantos ratones —comento con una media sonrisa—. Así cerrarían, podrían poner la tienda de fitness de Cayetana, y nadie tendría que volver a ir al médico.

Loreta suelta una carcajada. Me gusta cuando se ríe así, así que sigo con la broma. Y creo que todavía me siento culpable por haber probado esa milhojas a escondidas.

—Sería un servicio a la comunidad, ¿no os parece? —digo guiñándole el ojo.

Loreta y yo reímos. Rafael sacude la cabeza, porque no le hace gracia.

—La felicidad también es salud —dice, rebañando las últimas migas del plato—. Sara y yo comemos sano normalmente. Esto de aquí —Señala con la mano las vitrinas llenas de dulces tentadores—, lo consideramos comida *para el alma*, no para el cuerpo. Algún día lo entenderéis. Aún sois demasiado jóvenes, pequeños aprendices.

Técnicamente, soy solo once meses más joven que Rafael, aunque él aparente ser bastante mayor que yo.

Loreta se levanta y va al mostrador a pedir algo. Al rato regresa con un café solo, mira su reloj de diamantes —el que yo le regalé— y suspira.

—Bueno, Sebastián, ¿qué queríais de mí? No tengo mucho tiempo. A las once y media tengo hora para las uñas. Me las haré blanco nácar, así voy probando para la boda.

Rafael le explica de nuevo lo de Café Txanchullo, y Loreta nos mira como si se sintiera acorralada. Consulta el móvil un par de veces, en particular su número de seguidores. Cualquiera diría que

está perdiendo seguidores solo por *plantearse* hacer un vídeo acordado sobre nuestra empresa.

—Veré lo que puedo hacer —dictamina—. Tengo que pensar una manera de incluirlo en el *feed* sin que se note forzado.

—Claro. No hay que descuidar el… *feed* —dice Rafael asintiendo, aunque se nota que no tiene ni idea de a qué se refiere Loreta.

Entretanto, ella ya se ha levantado, y se está volviendo a poner el abrigo blanco.

—¿Nos vemos esta noche? —me dice—. ¿A qué hora vendrás?

Miro a un lado, indeciso.

—Pronto, espero.

—¿Antes de las nueve? ¿Me lo prometes?

Asiento, aunque no lo sé. Últimamente, siento que mi negocio, el sueño de mi vida, se me está escapando entre las manos. Trabajo hasta que no puedo más, con la esperanza de poder salvarlo.

Pero no puedo dejar que eso hunda mi relación con Loreta. Al final, lo perderé todo si no me esfuerzo por tener un poco más de equilibrio entre mi vida laboral y personal.

—Sí —respondo al fin—. A las ocho, sin falta.

Ella parece satisfecha.

—De acuerdo. ¿Pido sushi keto? ¿O mejor unos *ribeyes*?

—Lo que tú quieras, cariño.

Salimos los tres, y Loreta se despide con un beso rápido en la mejilla. Se marcha con sus tacones resonando en los adoquines de la acera. Su silueta esbelta se aleja entre la gente, con esa elegancia innata que siempre me atrajo de ella.

—¿Nos vamos? —dice Rafael, señalando hacia la oficina.

—Vamos, sí. Tenemos mucho que hacer.

Me doy la vuelta un segundo, sintiendo que alguien me observa.

Vega está apoyada en el mostrador y me mira con ojos entrecerrados. Sigue teniendo ese gesto triunfal; esa sonrisa satisfecha de "te pillé" que tenía antes.

Pongo los ojos en blanco y me giro para volver al trabajo, sintiendo una creciente inquietud.

Pero no es solo por lo de Café Txanchullo. No. Es más bien porque siento que antes no he sido del todo sincero con Loreta,

cuando hablamos de los pasteles de Vega.

Nunca lo admitiría en voz alta, pero esa milhojas no solo me ha gustado.

Me ha encantado.

Y daría cualquier cosa por poder comerme una entera.

7

Vega

El día, como de costumbre, empieza con una llamada de mi madre, quince minutos antes de la hora de apertura.

—Cariño, he puesto un cartel anunciando lo del curso de repostería en la asociación de vecinos —me suelta a bocajarro—. No te importa, ¿verdad?

Me sujeto el teléfono contra la oreja mientras saco una bandeja de *madeleines* del horno. Al oír la noticia, me olvido de usar una manopla, me quemo y suelto la bandeja de golpe.

—¡Au! —grito.

—¿*Mija*, estás bien? —pregunta mi madre al otro lado.

Aparte de la quemadura, siento que el estrés me estruja viva como una boa constrictor, pero no quiero decepcionarla.

—Solo me he quemado un poco —respondo, con la verdad atascada en la garganta—. Pero sí, claro. Lo del cartel está… *genial*. Seguro que tienes razón, y es justo lo que necesito.

Digo eso, pero por dentro estoy gritando: "¡Noooo!" Bastante tengo con llevar la pastelería yo sola, como para encima convertirme en profesora de repostería de un grupo de jubilados.

—Sé lo que estás pensando —insiste—. ¡Pero ya verás que te hará bien! Estás demasiado enfocada en el negocio, tienes que salir, relacionarte… Cuando llegas a la casa, ya ni hablas. Estás agotada. Necesitas algo que te distraiga.

Me vendría mejor un viaje a las Maldivas con todo pagado, pero entre su pensión y mis gastos de negocio nos llega justo para el bonometro, así que solo digo:

—De acuerdo, mamá.

La alarma del horno suena, avisando de que la siguiente tanda de pasteles está lista.

—Mamá, te dejo, tengo que abrir.

—Claro, claro, corazón. Yo me voy a dar un paseo con Toñi y Consuelo.

—Disfruta.

—¿Quieres venir esta noche a la cena de vecinos?

—Lo intentaré.

—Ya verás, va a ser fantástica. Charo ha dicho que va a traer champán del bueno. Me muero de ganas por probarlo. La última vez fue con tu padre, en ese viaje antes de que tú nacieras…

—Sí, sí, me acuerdo.

La detengo antes de que empiece a contarme sus batallitas de cuando era azafata, porque con los kilómetros que ha hecho en su vida, se me va a quemar todo.

—¡Ojalá sobre algún pastel para que nos traigas alguno, como la otra vez! —dice antes de despedirse.

Sinceramente, yo espero que no sobren muchos y que se venda todo.

Termino de sacar las últimas bandejas y lo expongo todo en sus vitrinas, a la vista de los futuros compradores.

Cuando abro la puerta, no hay nadie esperando fuera, pero no me preocupa. Las primeras horas suelen ser flojas. Tengo que comprar una de esas pizarras con patas y ponerla en la calle, anunciando que también hago café, no solo pasteles. A lo mejor podría poner también un altavoz que grite el menú a los cuatro vientos. ¿Y qué tal un cañón de *confetti* que llame la atención de los paseantes?

El día va avanzando, y resulta ser un viernes muy flojo.

No es el primero, pero hoy ocurre algo muy extraño.

Al principio no lo capto del todo, solo es una sensación… un presentimiento ominoso que me reconcome. Pero después de la *tercera vez* que alguien se asoma, frunce el ceño y se marcha sin pedir nada, lo veo claro: aquí algo no va bien.

¿Por qué entran y se van sin comprar nada?

Algunos se detienen fuera y sacan fotos de la pastelería, en particular del cartel con el nombre.

Dos chicas jóvenes se asoman, miran con el labio torcido, se hacen un selfi junto a la vitrina de dulces nostálgicos y después

salen, riéndose por lo bajo.

¿Pero qué puñetas está pasando? ¿Se han vuelto todos locos?

Cuando llega la noche, estoy de bajón total, y me ha sobrado casi todo.

Esta montaña rusa de clientes entrando y saliendo sin sentido empieza a afectar a mi estado de ánimo. ¿Es que huelo mal o qué?

Tomo el metro para regresar a casa, y me encuentro a mi madre en la cocina, llenando sus tápers como si tuviera que alimentar a una casa de colonias entera, y no a cinco o seis jubilados con acidez estomacal.

—¿Sabes que ya tenemos cinco inscritos? —me dice con una sonrisa de triunfo.

—¿Inscritos? ¿A qué? —pregunto, agotada.

—¿A qué va ser? ¡A tu curso de repostería francesa! ¿Es que no te emociona?

Dios. Se me había olvidado por completo.

—Ah… —intento sonar ilusionada, pero no me sale a esas horas —. ¿Y… quiénes son los alumnos?

—A ver, de momento son solo mis tres amigas, pero estamos a punto de convencer a…

Se distrae un momento, aplastando la ensaladilla con esmero para que quepa todavía más en el táper. Yo mientras tanto me dejo caer en una silla, decaída. Ya me imagino que no está a punto de convencer a un presentador de la tele, ni a ninguno de los Arguiñano.

—Sí, como te decía —continúa—, creo que podremos convencer también a Paco y a Günther.

—Pero si a ellos no les gusta cocinar…

—¡Y también ha llamado una jovencita del barrio! —exclama, mientras pone la tapa con gesto triunfal.

Eso sí me sorprende. Me pongo recta, con un poco más de interés. A lo mejor podría hacer alguna amiga de mi edad. A lo mejor el curso serviría para animar un poco a la juventud del barrio. A lo mejor…

—¿Quién es? —pregunto, intrigada.

—No lo sé. Llamó por teléfono cuando estaba con Toñi. Pregúntaselo a ella.

Bajamos al local de la asociación de vecinos y, como siempre, ya tienen la fiesta montada.

Las amigas de mi madre revolotean a mi alrededor, entusiasmadas con la idea del curso.

—¡Un brindis por la profe! —grita Charo.

—Tú solo buscas excusas para brindar —la reprende Consuelo, girándose el collar de perlas.

—Pues claro… ¡que la vida es corta! —responde Toñi por detrás, sacudiendo su cabellera violeta.

—¡Toñi! —la llamo—. Me han dicho que ha llamado también una chica para apuntarse. ¿Quién era?

Se encoge de hombros.

—No la conozco. Se llama Amina… Algo. Un apellido muy raro.

—¿Alguien la conoce?

Me giro hacia el resto. Todos se encogen de hombros.

—No la había visto en mi vida —responde Charo, llenando de nuevo su copa—. Pero dijo que se pasaría esta noche a saludarnos.

—¿Entonces, tú la viste?

—¡Yo sí! Era así… —Gesticula con las manos, sin soltar la copa—. Ni alta ni baja, ni gorda ni flaca, más bien morena…

—Gracias, Charo —ironizo—. Ahora sí que me hago una idea.

En ese momento, entra una chica que no aparenta más de diecisiete años, tecleando algo en su teléfono móvil. Su pelo es una masa de rizos apretadísimos, y lo lleva recogido en una coleta alta y abultada. Tiene la piel morena, pero llena de pequitas que parecen manchitas de tinta. Escanea la estancia, yendo de uno en uno, hasta que sus enormes ojos oscuros se clavan en mí con una mezcla de ilusión y timidez.

—Hola, soy Amina —se presenta y guarda el teléfono en el bolsillo trasero de los pantalones—. ¿Es aquí el curso de repostería?

Nos miramos entre nosotras.

—Pues… puede que sea aquí, pero no hemos empezado todavía —respondo—. Aún estamos concretando los detalles.

—Es que necesito saber el horario para ver si lo puedo compaginar con mis clases.

Le sonrío. Ya puedo ver a todos mis alumnos intergeneracionales, ayudándose entre ellos, pasándose la batidora mientras cantan canciones de *La casa de la pradera* y hacen castillos humanos con los niños y las ancianas en la cúspide…

De pronto, la chica se me queda mirando con una cara rarísima, casi como si me reconociese.

—Oye… ¿Tú no eres la de Dulce Sencillez?

Abro los ojos de par en par. ¿Soy famosa y no lo sabía?

—¡Sí, soy yo! —respondo contentísima—. ¿Has oído hablar de mi pastelería?

Amina baja la mirada y se retuerce las manos. ¿Qué le pasa? ¿Tiene que ir al baño?

—Sí, algo he oído.

Eso no suena muy bien.

—¿Qué has oído exactamente? —pregunto, cruzándome de brazos.

—Bueno… ¿No has visto el vídeo? —dice con voz entrecortada.

—¿Qué vídeo?

—Hay un vídeo viral por ahí…

Mi corazón da un vuelco. ¿Un vídeo viral? ¿Sobre mi pastelería? Pero… eso es bueno, ¿no?

—¡Déjamelo ver!

Amina se pone roja.

—Es que no me queda batería…

Levanto una ceja.

—¡Pero si estabas leyendo mensajes cuando entraste!

Se revuelve, incómoda.

—Eh… bueno…

Me acerco a ella, y me gustaría ser más alta para intimidarla, pero dejé de crecer a los trece y es lo que hay.

—Amina, si no me lo enseñas, te borro del curso.

La joven suspira, resignada, y teclea algo en el móvil. Luego me muestra la pantalla.

En el vídeo aparece una mujer de abrigo blanco y gafas de sol. La misma que vi el otro día con Sebastián y su socio.

"Esta pastelería es la personificación de todo lo que está mal en este mundo," declara a la cámara.

Van pasando imágenes de mis tartas en sus vitrinas, con etiquetas como:

> *«¡PELIGRO DE MUERTE! ALTO CONTENIDO EN GRASAS SATURADAS.»*
>
> *«SOLO BAJO TU PROPIO RIESGO: VENENO DE AZÚCAR REFINADO.»*
>
> *«¿TARTA DE GALLETAS REMOJADAS O BOMBA DE BOLLERÍA INDUSTRIAL? ¿HAY ALGUNA DIFERENCIA?»*

Aparece también una foto de mí de espaldas, y se ve mi vestido de lunares. Observo que el cinturón debería estar atado en un lazo, pero en vez de eso, lo voy arrastrando como la cola de una cebra.

Debajo de esa foto hay varios comentarios, que vienen a decir, en diversas variaciones:

«¿Por qué lleva la ropa de mi abuela?»

La cantidad de comentarios es demencial, y el vídeo ha sido compartido cientos de veces.

Hay gente dándole las gracias a la influencer por señalar con su dedo acusador "estos lugares que destruyen la salud pública, con una fachada de engañosa felicidad". Algunos le dicen: "Tu misión es admirable. Eres como un caballero andante, el San Jorge que mata a los dragones de la mala nutrición."

"Pero, además, mirad esto," dice la influencer, y en una esquina del vídeo aparece una foto de mi tarta favorita. "No sé qué es este mejunje, pero parecen galletas remojadas en leche con cacao. Ni

siquiera se mantenía firme en la bandeja… ¿son medusas muertas, varadas en la arena? De verdad, repulsivo."

Miles de comentarios se suceden debajo, aunque Amina, quizás por compasión, me aparta el móvil antes de que pueda leer demasiados:

> *«Hoy día, "pastelería boutique" es una tapadera para decir "tienda de venenos de acción lenta"»*
>
> *«Jajajaja, menuda bazofia, ¿qué es esa cosa? ¿Vómito de troll?»*
>
> *«A lo mejor vende galletas remojadas en leche para los usuarios de dentadura postiza.»*

Me estoy mareando.

Creo que me voy a caer al suelo.

Consuelo se me acerca y me palmea el hombro.

—Vaya tontería —dice—. No le hagas caso. A nosotros nos gustan. Saca las tartas, que no dejaremos ni una miga. Y, por cierto, todos estos dientes son míos.

—Esto lo han visto miles de personas —digo con un hilo de voz.

—Bah —replica mi madre—. Nadie ve esas tonterías.

Pues a lo mejor no lo ven, pero, de momento, a 39.498 personas les gusta.

39.499.

39.500…

Me alegra que a las amigas de mi madre les gusten mis dulces, pero sus palabras de aliento no me ayudan demasiado.

1) Todos sabemos que a tu madre y sus amigas siempre les va a gustar cualquier cosa que hagas, aunque sea un cubrerrollos de ganchillo para el papel higiénico.
2) Creo que no se dan cuenta del daño que puede hacer hoy día un solo vídeo malintencionado, porque tuvieron la suerte de crecer en un mundo sin internet.

—A mí me gusta ese vestido —susurra Amina—. Me encantan las faldas largas de vuelo. Creo que esa mujer es una idiota y una creída. ¿Se cree superior o qué?

Le devuelvo una sonrisa débil a la chica, mientras por dentro, empiezo a conectar los puntos.

Hasta hoy, la gente había empezado a entrar en la pastelería. Y, de pronto, lo único que hacen es asomarse a hacer fotos sin comprar nada.

Se sacan selfis, toman instantáneas de mis tartas, y luego se largan.

Ahora entiendo por qué.

Me he convertido en el hazmerreír de internet, gracias a esa bruja de abrigo blanco.

Esto es una pesadilla.

—¿Cuánto tarda un vídeo viral en desaparecer de la memoria colectiva? —gimo, pensando en voz alta.

A juzgar por la cara de Amina, debe de ser mucho.

Me paso las manos por el corpiño del vestido de hoy, azul marino con ribetes blancos. ¿Tan fea es mi ropa? Este lo compré en una tienda de segunda mano. Tenía dos agujeritos, pero los reparé con aguja e hilo, y pensaba que no se notaba. Pero… ¿y si se nota? ¿Y si todos me miran y piensan que soy una cutre, llevando ropa vieja con mordiscos de polilla remendados?

Una enorme ola de inseguridad me invade, y empiezo a dudar de todo.

A lo mejor debería cambiar.

Dicen que hay que aprender de las críticas. Sí, eso es. Las críticas nos ayudan a ser mejores, ¿no? Eso me decía siempre Elton.

Eso es. Debería de hacer caso de lo que esta masa ingente de personas anónimas de internet está diciendo sobre mí.

El local de la asociación de vecinos desaparece a mi alrededor. Me siento como si flotara en una nube de éter, sumida en una profunda experiencia de catarsis.

Sí, eso es. Dulce Sencillez es una buena idea, pero mi concepto inicial era erróneo. Pero aún estoy a tiempo. Acabo de empezar. Para

eso están las opiniones de los consumidores: para enseñarnos a darles lo que buscan.

A partir del lunes, mi pastelería va a cambiar. Voy a demostrar que soy una máster de la repostería francesa, y eliminaré todos los postres caseros. Esos, mejor, los dejaré para las cenas de vecinas. Voy a crear solo postres de alta cocina, y esa influencer petarda podrá poner todas las fotos que quiera, pero ninguna de mis tartas parecerá un "vómito de troll."

Ah, y voy a vestirme como si fuera un maniquí de Zara. Vaqueros, como todo el mundo. El uniforme de la sociedad. ¿Qué podrán comentar ante eso?

Yo soy Vega Soriano, y voy a sacar adelante mi negocio. Le devolveré el préstamo a mi madre, y no volveré a trabajar en cafeterías ajenas.

No sé qué se ha creído esta famosilla de tres al cuarto, pero no me sorprende en absoluto que sea amiga de Sebastián Montiel. Dios los cría, y ellos se juntan.

8

Sebastián

El sábado por la mañana, mis fantasías de dormir hasta tarde son arruinadas por una alarma insistente. Una que no es la mía, porque yo, sin duda, las apagué todas. Y también, porque yo nunca me despertaría voluntariamente escuchando relinchos de caballo.

—¡Vamos, pequeño holgazán! —me grita Loreta desde el vestidor, donde hileras interminables de bolsos y zapatos conviven con vestidos de marca y espejos de suelo a techo—. ¡Tenemos un millón de cosas que hacer hoy!

Abro un ojo con esfuerzo.

—¿Qué cosas? —pregunto, y me duele el solo hecho de tener que estar despierto—. Pensaba que era sábado.

—¡Pues por eso! Nos vamos a meditar y luego a desayunar en la terraza del Palace con Cayetana y William. Y después tenemos día de desconexión, ¿es que no te acuerdas?

Mi cerebro intenta procesar esa frase, pero la parte en la que "desconexión" incluye madrugar para desayunar con dos de los seres más plastas de la ciudad no termina de convencerme.

—Loreta, cariño… son las seis de la mañana —protesto apretando los párpados para evitar la luz ultrapotente que acaba de encender.

—¡Claro! —Da un par de palmadas al aire—. Pero tenemos sesión de meditación en grupo antes del desayuno. Ya sabes que Cayetana se toma muy en serio lo de meditar, desde que…

Se tapa la boca con ambas manos, como si mencionar en voz alta que su amiga tenía una adicción a las bebidas energéticas fuera a hacer aparecer una lata roja y azul sobre la mesita de noche.

Bostezo y miro por la ventana. El apartamento tiene unas vistas impresionantes, sí, pero para poder apreciarlas hace falta que haya algo de luz fuera. Lo cual no hay todavía, porque nadie se levanta a las seis un sábado que no trabaja, a no ser que sea masoquista. O el

novio de Loreta Caballero-Wright, cuya mejor amiga no duerme desde 2014 debido a las secuelas de su adicción a la cafeína en dosis industriales.

Me arrastro como un alma en pena, me echo encima una sudadera gris con capucha y consigo llegar hasta la cafetera. Compruebo que hay granos de café en el depósito y me preparo un café. No me atrevo a abrir los ojos del todo, porque la luz de la cocina es demasiado fuerte. Necesito esperar a que el aroma del brebaje de los dioses inunde mis fosas nasales y me indique que, contra todo pronóstico, hay vida en este planeta, aunque sea sábado a las seis de la mañana.

Mientras tanto, Loreta revolotea a mi alrededor como un colibrí hiperactivo y frota entre los dedos la tela de mi sudadera. Creo que no he pasado la prueba, porque dice:

—Ponte algo blanco, por favor. Ya sabes que para meditar se exige que vayas de blanco.

—Pensaba que se meditaba con los ojos cerrados —gruño—. Nadie va a ver el color de mi suéter.

—¡Por favor, Sebastián, no seas tozudo! Y piensa que después vamos al spa —exclama, sacudiendo la cabeza.

—¿Me voy a meter en el jacuzzi con camisa blanca y corbata?

Ella exhala. Me recuerda a mi madre cuando era pequeño, y me explicaba por qué no podía tomarme la leche con Cola-Cao en una copa de vino.

—Cariño, tú solo haz lo que yo diga, ¿entendido? —Me dice, y me lanza una camisa blanca de lino—. Yo entiendo más de estilo que tú. Si no fuera por mí, aún andarías por ahí con esos trajes de *prêt-à-porter* que usabas antes de conocerme. Y ahora sé bueno y ve a cambiarte.

Me muerdo la lengua, porque en una cosa tiene razón. Algo que me atrajo de Loreta en cuanto la conocí fue su impecable gusto para las cosas exquisitas. Quizás me convencí a mí mismo de que, si yo conseguía gustarle, podría también entrar a formar parte de su mundo.

Pero ahora, las cosas exquisitas me importan un bledo. Lo único que me gustaría hacer es volver a la cama, pero, al parecer, el genio

de la lámpara está de huelga.

***

Antes de las siete de la mañana, ya estamos en el coche. Mientras conduzco, Loreta repasa sus *likes* y comentarios con expresión de satisfacción.

—¿Qué tal los seguidores? ¿Siguen… *siguiéndote?* —le pregunto medio en broma.

Ella baja el móvil y me mira, ofendida.

—Sebastián, por favor. Sabes que este es mi trabajo. Habla de él con un poco más de respeto.

Considero recordarle que, para que algo sea un trabajo, debe *generar ingresos*. Pero es bastante temprano, y aún tengo que soportar una sesión de meditación y un desayuno con los dos pijos más exasperantes de Barcelona. Así que me callo y me concentro en las calles medio vacías.

Sobrevivo a la meditación. Al parecer somos hojas de tilo flotando en una galaxia de leche de burra cósmica, y yo no me había enterado. De vez en cuando, abro un ojo y confirmo que nadie más ha venido vestido de blanco. Lo siento como una pequeña victoria, aunque no sé muy bien cuál es el premio.

Cuando suena el gong final, somos libres de dirigirnos al Palace, donde nos espera el desayuno.

—He pedido la experiencia gastronómica matinal —me informa Loreta—. Incluye tostas proteicas de aguacate con caviar y zumo de guayaba. Y las fotos para Instagram con el skyline de fondo van a quedar muy *cool*.

Por un momento pienso que, después de todo, ha valido la pena levantarse solo por el menú y las vistas. Pero luego veo que Cayetana y William ya están allí, y mi alegría se desvanece.

—¡Ohh, pero si es la prometida! —dice Loreta, dándole dos besos a su amiga, aunque ambas tienen cuidado de no tocarse para no estropearse el maquillaje.

Cayetana agita la mano a doscientos mil kilómetros por hora. En su dedo huesudo hay un anillo de compromiso tan grande que

probablemente le vaya a provocar una lesión de dedo muy pronto, como no empiece a entrenar en el gimnasio. William, el novio, asiente en silencio. Esa es básicamente su única función en la relación, aparte de generar ingresos suficientes para que Cayetana pueda seguir sin trabajar el resto de su vida.

Nos traen el desayuno, y lo voy masticando despacio, tratando de evitar el contacto visual con Cayetana para que no me incluya en la conversación. Están hablando de su última escapada a Bali, de la nueva dieta del hueso de oliva y de lo mucho que odian el pollo de criadero (nada como la ternera alimentada con hierba). Yo sigo ahí, como un vegetal de forma humana, observando el sol entre los edificios por la ventana. Soy casi feliz, hasta que Cayetana menciona algo que hace que mi cerebro se reinicie por completo.

—Por cierto, Loreta, menudo exitazo ese vídeo que publicaste ayer, ¿eh?

Ella se hace la humilde, pero se le nota la autosatisfacción a la legua.

—Bueno, ya sabes… alguien tiene que levantar la voz, decir las verdades que otros callan.

—Eres una auténtica heroína —dice Cayetana, en tono melodramático.

Es justo en ese momento cuando mi cerebro, que sigue adormilado tras el madrugón, la sesión de meditación y soportar a Cayetana y William, detecta una anomalía en el ambiente. ¿De qué narices están hablando? ¿Loreta ha salvado el mundo… de qué?

—Perdón, ¿qué vídeo? —pregunto, entrecerrando los ojos.

Loreta se gira hacia mí, como si acabara de decir que no sé dónde está Zimbabue (ahora que lo pienso, ¿dónde está?).

—¿No lo has visto, cariño? —dice y suelta una risita, lanzándole una mirada cómplice a Cayetana—. Ya ves, cientos de miles de personas ven mis vídeos, pero mi *prometido* ni se molesta en abrir mi perfil…

Cayetana desbloquea su móvil (su fondo de pantalla es una foto suya con filtros) y me muestra el vídeo.

Y entonces empiezo a entender.

Reconozco la pastelería al instante.

En el centro de la imagen, Loreta habla a la cámara. A veces el plano cambia y muestra imágenes de Vega, de su mostrador, de sus vitrinas con *éclairs* y milhojas. Loreta explica, con el tono de una corresponsal de guerra en pleno campo de batalla, cómo este tipo de negocios "fomentan la obesidad y son una amenaza para la salud pública".

En la parte final del vídeo, Loreta incluso se burla de la ropa de la dueña y del diseño casero de las tartas, comparándolas con "galletas remojadas, tan repugnantes como medusas muertas en la arena".

Por todos los diablos.

Por mucho que yo apoye su afición por la comida sana, creo que esta vez se ha pasado de la raya.

—Loreta, cariño… —casi balbuceo, sin saber cómo plantearle la cuestión—. Esa pobre chica acaba de abrir. Se habrá dejado todos sus ahorros en esa pastelería. ¿No te parece que podrías hacerle daño con ese video?

Loreta frunce los labios, como si mi comentario le pareciera casi entrañable.

—¿Y qué? —replica, alzando las cejas—. Todos sabemos que ese tipo de alimentación es nociva. ¿Es que ahora vas a tomar pasteles cada día para desayunar, como tu amigo Rafael?

—No, pero tampoco es necesario aleccionar a los demás. Que hagan lo que quieran, ¿no crees?

—Estoy haciendo un servicio público —replica, testaruda.

—Eso no es ningún servicio público —repito en voz baja.

Cayetana y Loreta me miran como dos gatas a punto de saltar sobre mí con las uñas de punta.

—¡No digas tonterías, cariño! —dice Loreta, sacudiendo su rubia melena con un estudiado manotazo—. Además… —Hace una pausa para saborear el golpe de gracia—. Tú mismo lo dijiste. Espera, ¿cuáles fueron tus palabras textuales? "Deberíamos soltarles una plaga de ratones, y así Cayetana podría abrir ahí su tienda de fitness".

—¿Le han alquilado *mi* local? —chilla Cayetana—. ¡Eso no me lo habíais dicho! ¡Maldita zorra!

Loreta asiente, apesadumbrada

—No quería herirte —murmura Loreta—. Es increíble pensar que tú le ofreciste el triple al dueño, y aun así prefirió dárselo a esta donnadie. ¿Por qué? Ya os digo yo que el azúcar crea adicción y mata las neuronas…

—¡Se merecía tu vídeo, y más! —chilla Cayetana, todavía escandalizada—. Ojalá tuviera ratones también.

—Soy alérgico al pelo de ratón —comenta William, quien, al parecer, sabe hablar y todo.

—En fin, amorcito, que todo está bien, es un vídeo inocente hecho con intención de informar y ya está —añade Loreta, abrazándome por detrás de la silla.

Pero yo estoy tieso como un palo, y lo último que quiero ahora es un abrazo suyo.

Me siento como un despojo humano.

Había olvidado por completo ese comentario que hice, tan fuera de lugar. Lo dije para impresionar a Loreta. Para conectar con ella, aunque fuese criticando a otros… inventándome un enemigo común.

Pero ahora comprendo que eso, aunque lo dijera como una broma inocente, no estuvo bien, para nada.

Tampoco pensé que se agarraría a ese comentario y lo usaría como inspiración para arremeter contra esa pobre pastelera.

—¿Pedimos otro zumo verde? —propone Cayetana, y William asiente.

—Nos lo hemos ganado después de esta dura semana —comenta Loreta.

La miro, algo confundido. No sé qué ha hecho tan dura su semana. ¿Ir a pilates y grabar tres vídeos? Al menos, la chica de la pastelería se deja la piel cada día para ganarse el pan con su negocio.

Cayetana se ríe con una risita aguda y rebota en la silla como un perrito con cuello de muelle. Loreta mira el pedrusco de su amiga con anhelo, y William sigue masticando sus tostas de salmón con aguacate, sin intervenir más en la conversación.

Somos un grupo de privilegiados, disfrutando de uno de los desayunos más caros de la ciudad, con las mejores vistas, con los mejores prospectos para nuestra vida y nuestro futuro.

Pero yo, por primera vez en mucho tiempo, hoy preferiría no pertenecer a este grupo elitista con el que ahora mismo comparto mesa.

9
Sebastián

El lunes por la mañana me levanto con una misión clara: enmendar mi metedura de pata, pero a ser posible, de forma discreta.

Se me ha ocurrido una idea, pero necesitaré a Rafael. Si hay algo que se me dé bien, es apagar incendios de maneras creativas.

—¿Bajamos a almorzar? —le digo a Rafael, tocando con los nudillos en el marco de la puerta y asomándome a su despacho.

Lo encuentro con la cara pegada a la pantalla; creo que necesita renovarse las gafas. Levanta la vista del monitor y frunce el ceño.

—Uff, no sé si debería —dice—. Dejémoslo para mañana. Hoy tengo que salir lo más pronto posible, o Sara me reboza y me fríe vivo.

No. De eso nada.

Por una vez, necesito que baje conmigo a esa pastelería y me haga un pequeño favor.

—¿De verdad no te apetece una de esas tartaletas de frambuesa con crema pastelera por debajo? —Lo seduzco sin vergüenza alguna —. Son tan delicadas… se deshacen en la boca… Y la crema tiene una pintaza…

Rafael me mira como si acabasen de salirme antenas.

—Sebastián, ¿te encuentras bien? —Deja a un lado los papeles y me examina con recelo—. ¿Desde cuándo te gustan las tartaletas de frambuesa?

—Bueno, yo nunca dije que *no me gustasen* —me apresuro a responder—. Solo que no las como, porque sigo una dieta keto estricta…

—Ajá. —Rafael cruza los brazos—. Vale, dime la verdad. ¿Te ha enviado Sara para hacerme una foto comiendo tarta mientras ella limpia mocos en casa? ¿Para tener pruebas y deshacerse de mí de una vez por todas?

—¿Qué? —Se me escapa una risa—. ¡No, claro que no! Además, Sara está loca por ti. Lo cual no entiendo muy bien, pero…

Rafael bufa.

—Bueno, ¿entonces qué te pasa? ¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

Suspiro y me dejo caer en la silla frente a él.

Busco el perfil de Loreta en el móvil y le paso el vídeo.

El rostro de Rafael va cambiando a cada segundo que pasa, de sorprendido a horrorizado.

Cuando el vídeo termina y la voz aguda de Loreta queda silenciada, Rafael sigue mirando la pantalla como si acabara de presenciar las grabaciones de un crimen. Está claro que está pensando que Loreta es una criatura sin corazón, pero no se atreve a decirlo porque, después de todo, sigue siendo mi novia y, si consigo el anillo adecuado, también mi futura esposa.

—Lo sé —le digo—. Sé lo que estás pensando.

—No tienes ni idea de lo que estoy pensando —me corrige—. Creo que acabo de perder la poca fe en la humanidad que aún me quedaba.

—Se ha pasado un poquito, sí.

—¿*Un poquito*? ¡Eso es un atentado contra esa pobre chica, que no ha hecho nada a nadie! Y fíjate cuánta gente lo ha visto. ¿Cómo se le ocurrió a Loreta hacer algo así? ¿Es que está emparentada con la madrastra de Blancanieves o qué?

Me froto la sien, intentando encontrar las palabras adecuadas para que Rafael me ayude, pero sin criticar a Loreta demasiado.

—Loreta estaba… estaba defendiendo sus principios…

—¿Principios? —exclama Rafael—. Venga ya. ¡Eso es *bullying* puro y duro!

Abre los comentarios del vídeo y señala un par que incluyen las palabras "bazofia" y "vómito de troll."

—¿Acaso no conoces la regla de oro de las redes sociales, Sebastián?

Niego con la cabeza.

—Ni idea.

—"Si no tienes nada bueno que comentar, cierra el pico." —me adoctrina—. Es de primero de sentido común. Mira, ¿sabes qué? Voy a dejarle un comentario para contrarrestar ese horror.

Busca el post en su propio teléfono y teclea: *"Pues a mí me encantaban esos postres caseros. Creo que, si los probaseis, no criticaríais tanto."* Luego suspira, se recuesta en la silla y niega con la cabeza.

—Espero que la pobre chica de la pastelería no haya visto esto.

—Ya… yo también… —murmuro, pasándome la mano por la frente.

Rafael entrecierra los ojos.

—¿Ah, sí? ¿Desde cuándo te importa tanto lo que le pase a una pastelerilla de barrio, Sebastián?

En vez de contestar, echo un vistazo a la oficina en la que trabajamos. Se encuentra en un edificio exclusivo de Barcelona, repleto de muebles de diseño. Ese cuadro que hay detrás de Rafael lo compramos hace poco; lo pintó un tal Pablo Pinazo[2] que se está poniendo mucho de moda, y nos costó una fortuna. Vivimos rodeados de lujos y caprichos, pero eso no fue siempre así. Todo esto es fruto de nuestro trabajo; nosotros empezamos desde cero, igual que esa "*pastelerilla de barrio"* que no debería importarme, pero me importa.

—¿Recuerdas cuándo tú y yo estábamos empezando, y vendiste la moto para pagarte el primer viaje a Colombia? —le digo.

Rafael asiente, intrigado.

—Sí. Fue cuando trabajabas de lavaplatos —contesta con una sonrisa nostálgica.

—Pues supongo que me siento identificado —confieso al fin—. Después de todo, nosotros podríamos perderlo todo de golpe, por culpa de esos vídeos absurdos de Café Txanchullo, o cualquier otro idiota que se saque alguna tontería de la chistera. Ya es bastante difícil mantenerse en la cresta de la ola cuando las cosas van bien. Pero más difícil aún es salir a flote cuando eres un novato desconocido.

Rafael me observa en silencio. Luego entorna los ojos con suspicacia.

—¿Me estás diciendo que quieres ayudar a esa chica? —pregunta, ladeando la cabeza—. ¿La misma que vende pasteles que ni siquiera te has dignado a probar porque no usa ingredientes santificados? ¿Esa que hace un café demasiado cutre para tu refinado paladar?

Pongo los ojos en blanco.

—Soy selectivo con mi café, y tú también deberías serlo.

—Yo voy allí por los dulces *y por la compañía,* no por el café —me desafía—. Eso ya lo tengo aquí, y gratis.

—A ver. Deja que me explique —digo, levantando las manos—. Solo digo que me siento en deuda. Creo que debería compensarle por mi implicación en todo esto. Imagínalo como un trueque. Un… intercambio comercial. Algo discreto, silencioso, de modo que Loreta no pueda echármelo en cara más tarde.

Rafael me mira con escepticismo.

—Ahh, vale, estoy empezando a pillarlo. ¡Déjame adivinar! Necesitas mi ayuda porque en aquel concurso te portaste como un bruto con la pastelera, y ahora te da vergüenza acercarte directamente. ¿Cómo pudiste ser tan imbécil, por cierto?

—A ver, estaba representando un papel. Y esos pasteles eran pura nata, azúcar y grasa que desbordaba por todas partes. Yo acababa de empezar con Loreta la dieta keto, y aún estaba superando la abstinencia de azúcar y harinas… Supongo que se me juntó todo. Y ha pasado mucho tiempo desde entonces.

—Ya. Y claro, después de lo mal que la dejaste en ese concurso, no puedes presentarte en plan amiguete, ¿verdad? ¿Crees que se acuerda de que fuiste tú?

Asiento con una sonrisa tensa: pues claro que se acuerda. Aunque no lo diga, la forma en que me trata cada vez que me ve lo deja bien claro.

Rafael suspira. Pero luego sonríe, dejando claro que jamás supo decirle "no" a un amigo necesitado. Vuelvo a ver frente a mí al Rafael que vendió la moto, un tipo delgaducho, con melena y chaqueta de cuero, muy diferente de este. Un tipo que aún no tenía

tres hijos llenos de mocos, al que le brillaban los ojos cada vez que se nos ocurría una idea absurda y descabellada, como por ejemplo cruzar el océano sin dinero para ir a buscar el mejor café del mundo. Puede que su aspecto haya cambiado mucho, pero por dentro, sigue siendo el mismo.

—Bueno, entonces… —me inclino hacia él—. ¿Cuánto hace que no comes una buena tartaleta de frambuesa? Porque yo te invito a todas las que quieras…

Se cruza de brazos.

—Nada de tartaletas; no me vendo tan barato. —Puede decir lo que quiera, pero solo por su tono ya sé que lo he convencido. Me señala con un lápiz mordido y sin punta—. Sara y yo nos vamos a ir a pasar el día fuera, y tú vas a ir a mi casa a cuidarme a los críos mientras yo le meto mano en la cubierta de un crucero y bebo cerveza artesanal directamente del grifo, como si fuera el dios Baco.

Lo miro horrorizado (por lo de los críos, no por lo de meterle mano a su mujer), pero no ha terminado todavía:

—¡Ah! Y que sepas que te van a cubrir de babas y de bacilos, te lo contagiarán todo y estarás con fiebre una semana. Además, te obligarán a peinar muñecas mientras te estornudan encima. Y tú te dejarás, y les prestarás tu pañuelo para acelerar el proceso.

—Suena… maravilloso.

—Estás negociando con un hombre desesperado. No tengo nada que perder.

Resoplo, riendo a medias.

—Ya veo. Bien, vale. Lo que quieras. Aunque creo que estás abusando de mí.

Rafael chasquea la lengua, disfrutando de lo lindo.

—Y el almuerzo de hoy lo pagas tú, obvio.

Me tiende la mano, y se la estrecho con una fingida mueca de resignación. Luego, por si acaso, me froto la mano en el camal del pantalón, porque no sé cuándo fue la última vez que tocó a esos niños.

Cuando salimos juntos de su despacho, me siento como un idiota, aunque un idiota un poco más contento que cuando me

levanté. ¿De verdad acabo de invitarle a almorzar y encima ofrecerme como niñera de tres críos con gripe?

Pero hay una cosa que sí sé: voy a arreglar el entuerto que causé sin querer. Y Vega no tiene por qué enterarse de nada.



Cuaderno de Recetas de Vega

ÉCLAIRS

" Éclair " significa **relámpago** en francés. Algunos dicen que les dieron ese nombre porque son tan buenos que desaparecen en un instante: porque una vez los sacas del horno, apenas duran unos instantes en la mesa.

Para resumir: los éclairs *son pasteles de forma larga, pero de duración corta.*

Nota mnemotécnica: si se te olvida cuál de los cientos de dulces franceses es este, recuerda que tienen las mismas cualidades que Elton, y que la mayoría de mis ex.

10
Vega

Desde que la amiguita de Sebastián Montiel decidió convertirme en el objetivo de sus burlas internáuticas, muy poca gente entra para consumir, y la tarta de galletas se me queda entera en la bandeja. Ahora, cada vez que la miro, veo una medusa varada y ennegrecida, pudriéndose en la arena. Gracias, imbécil del abrigo blanco. ¿Sabes qué? Me la voy a comer entera, y así se acabará el problema.

Cuando termino, me siento en una de las mesas vacías y saco una libreta. Voy a hacer un balance de la situación, o, lo que es lo mismo, a averiguar cuánto me estoy arruinando exactamente, y si podré devolverle a mi madre ese préstamo antes del Apocalipsis.

Entre unas cosas y otras, hace ya un mes que abrí, pero de momento hay poco que celebrar. Han sido cuatro semanas de agotamiento absoluto, regentando el negocio yo sola, haciendo malabares con las cuentas para poder comprar ingredientes frescos y con tanta cafeína en la sangre que, si hoy me hicieran un análisis, apuesto a que saldría marrón de mis venas. Hasta hace poco, lo más agotador eran las mañanas, cuando debía terminarlo todo a tiempo para abrir, y luego empezaba el torbellino de clientes pidiendo café con pastas para desayunar.

Hoy, en cambio, podría pasearme desnuda por el local y nadie se daría cuenta.

Pero no pasa nada. Yo puedo con todo. Es más, se me ocurre inmediatamente un plan de choque, y lo anoto en el cuaderno:

> *Primero: eliminación de la vitrina de dulces nostálgicos. Las "medusas muertas en la arena" y las "galletas remojadas*

de la abuela" se van fuera. Au revoir.

Segundo: a partir de ahora, ropa mundana y genérica. Modelito de hoy: minifalda vaquera y camiseta negra. A ver qué pueden decir contra eso.

Como sigue sin entrar nadie y aún me sobra tiempo, porque he horneado todo lo que tenía que hornear, suspiro y empiezo a hacer una lista de ingresos y gastos, recordando lo que aprendí en la academia de pastelería:

GASTOS:

- ☐ Alquiler del local
- ☐ Luz, agua y gas
- ☐ Harina
- ☐ Azúcar
- ☐ Mantequilla…

¿Qué más? ¡Odio tanto estas cosas!

Muerdo el lápiz y miro hacia la pared, donde cuelgan unos cubos metálicos con helechos que compré en un bazar para darle un aire más refinado al local. Las hojas largas y verdes caen de un cubo al otro, como en esos jardines verticales que salen en las revistas.

Sinceramente, estoy muy orgullosa de mi obra. Más aún porque conseguí colgarlos yo misma. Como no sabía usar un taladro, el señor tan amable de la ferretería me vendió unos clavos que se pegan a la pared con pegatinas de doble cara, y resisten hasta cincuenta kilos. Y esos cubitos con macetas no pesan ni cinco, así que es ideal. Son perfectos, sí.

Aunque… ¿hace cuánto que no los riego?

Dejo la libreta sobre la mesa y me levanto. Los cálculos pueden esperar; de todos modos, no hace falta un máster en finanzas para saber que mi cuenta bancaria hace eco.

Me acerco a los helechos y busco la etiqueta con las instrucciones de riego. Nada.

Levanto un helecho, sacándolo del macetero enganchado a la pared. Lo miro por debajo. Cero información. ¿Dónde estará ese cartón con la descripción de la planta? Con mi suerte, seguro que está en el más alto de todos. Voy a subirme a algo. Cojo una de las sillas plegables y salto encima, mientras oigo la voz de mi madre resonando en mi cabeza:

"Nunca te subas a una silla plegable."

Bueno, mamá también decía "*Nunca vuelvas a llamar a Elton, los ex deben permanecer ex para siempre",* y mira. Ahí está ella, que se casó con papá después de romper con él dos veces porque no creía en una relación a distancia con un océano de por medio. Así que tampoco es que ella sea un referente infalible.

Me pongo de puntillas, pero, aun así, no llego al helecho más alto. Intento estirarme un poco más… solo un poquito más… y ya casi alcanzo el último helecho cuando suena la campanita de la puerta y me giro para ver quién es.

—¡AAAAH!

La silla decide plegarse y me traga como un cocodrilo hambriento.

Todo sucede en un segundo:

Mis pies pierden contacto con la base.

Los helechos caen sobre mi cabeza como una peluca verde y salvaje.

Intento agarrarme a los cubos que quedan, pero al parecer eso de que los clavos adhesivos resistían cincuenta kilos es una falacia, porque me agarro de dos y me los llevo por delante, y juro que yo no peso cien kilos. Quizás sesenta y cinco o setenta, a lo sumo, pero cien no, de eso nada.

Me preparo mentalmente para aterrizar en el suelo en una pose nada decorosa, con aspecto de chamán en trance y delante de quienquiera que acabe de entrar. Pero antes de que mi trasero haga contacto con las baldosas, unas manos firmes me sujetan de la cintura.

—¿Pero qué…?

Al levantar la cabeza, me encuentro el rostro de Sebastián Montiel. Me sostiene con unos brazos firmes como ramas de roble,

como si fuera una manzana recién caída del árbol. Por el calor que siento en las mejillas, yo sí que debo de parecer una manzana ahora mismo.

Lo miro, azorada. Sus labios están a un par de centímetros de los míos. Su perfume es suave, cítrico y terroso. Y su abrazo es cálido, reconfortante y… y solo entonces comprendo que llevo un helecho sobre la cabeza, tierra por toda la cara y que las malditas minifaldas vaqueras cubren mucho menos que un vestido de los años cincuenta cuando una termina despatarrada como una araña de patas largas.

Por detrás, con cara de científico estudiando el apareamiento de los orangutanes, está Rafael, completamente callado.

Me quito el helecho de la cabeza con todo el orgullo que soy capaz de fingir y sacudo el trasero para señalizar al idiota que acaba de cogerme al vuelo que me suelte y me deje en el suelo. Él me deposita sobre las baldosas con sumo cuidado, fingiendo que no me ha visto las bragas en primer plano y que los trozos de tierra que me ruedan por el rostro forman parte de mi maquillaje.

—Te pongo lo de siempre, ¿verdad? —digo como si nada, y señalo una hilera de botellas de agua que guardo fuera de la nevera solo para él.

Sebastián sacude la cabeza.

—No —dice escuetamente.

—¿No? —repito, confundida—. ¿Entonces, qué? ¿Agua… con gas?

—No. Me gustaría probar algo de lo que preparas. Algo de comer.

Lo miro, de pie junto a una de las mesas. Lleva uno de esos trajes entallados a la perfección, y sus ojos grisáceos observan la masa de plantas rotas, tierra negra y maceteros de aluminio abollados que se expande a su alrededor.

—¿Perdona? —le digo, pestañeando—. Es broma, ¿verdad?

—No, en absoluto. Me gustaría probar algo. ¿Acaso no se puede?

—¿Para enviarle fotos a tu amiga y que haga otro vídeo? —le digo, desafiante.

Casi diría que se ha puesto colorado por debajo de esa barba tan bien recortada. Mira hacia el suelo. ¡Ajá! He dado en el clavo, eso es. Le he pillado. ¡Maldito Montiel! Estos ricos se creen que son los

dueños del mundo, y nos pueden pisotear como cucarachas. ¡De eso nada!

—No, no es para eso —dice, tras un breve carraspeo—. Aunque, en lo que se refiere a ese tema, creo que no fue de buen gusto lo que hizo. Te pido disculpas en su lugar, si te ha molestado.

—¿Molestado? ¿MOLESTADO? —grito sin darme cuenta—. ¡Qué va! ¡Solo ha dejado de entrar la gente, pero nada más! —A estas alturas, mi voz ya debe de sonar histérica, pero las palabras salen solas—. ¡Ah, no! Sí que entran… ¡para hacerse fotos en *la pastelería de los horrores!* Pero no os preocupéis. Ya he quitado todos los postres caseros de la vitrina. ¡Se acabaron las "medusas muertas en la arena"! Es más, ¡fuera de la carta!

Cojo un boli y empiezo a tachar la tarta de los menús, como una posesa. Creo que he perdido un pelín el control.

Ellos me miran, paralizados.

Justo en ese momento me doy cuenta de que llevo la falda girada, con el botón delantero en un costado, lo que seguramente no me da un aspecto muy amenazador mientras grito y hago estupideces sin pensar. Pero si me pongo a girarme la falda delante de esos dos creo que solo empeoraré las cosas. Recobro la compostura como puedo, tratando de no pensar en la falda, ni en la hoja de helecho que veo de reojo y sospecho que me ha enganchado en la coronilla.

Sebastián suspira y alza la mano para que me detenga. Yo suelto una bocanada de aire de golpe y me voy al mostrador dando zancadas.

—Bueno. Entonces, ¿qué os pongo? —pregunto, esforzándome por sonar medio amable.

—Está bien —dice Sebastián finalmente—. Lo entiendo. Una botella de agua, por favor.

Se sienta a una de las mesas, y elige adrede una de las sillas que se encuentran de espaldas al mostrador. Su amigo duda un momento antes de sentarse. Se queda frente a mí, mirando las vitrinas.

—Entonces… ¿ya no hay tarta de galletas? —dice con tristeza—. A mí me gustaba.

Se me escapa una media sonrisa. Cada día estoy más convencida de que Rafael es un buen tipo.

—No, lo siento —me disculpo—. Vamos a dejar de hacerla por ahora. Al parecer, su sola existencia amenazaba a la salud pública de media ciudad, según algunas… "personas". —Luego suavizo el tono, tomo aire y me esfuerzo por volver a ser yo, la Vega dulce y amable, la que siempre soñé que regentaría este local, y no una loca desquiciada que le grita a la gente—. Pero he preparado croissants caseros. Desde cero. He hecho el hojaldre yo misma y están deliciosos. Te lo puedo garantizar porque ya me he comido tres mientras esperaba a que entrase alguien.

Rafael sonríe suavemente.

—Ponme uno, entonces —dice Rafael con un poco más de alegría —. Aunque espero que pronto vuelvas a preparar los dulces de antes.

—Lo dudo mucho —respondo, y le lanzo una mirada de odio a Sebastián, que está enfrascado en mirar la calle vacía por la ventana.

Es culpa suya. Suya y de su maldita amiga. Si él no hubiera venido, ella tampoco habría encontrado mi pastelería, ni se habría ensañado conmigo.

Sirvo el desayuno de Rafael y los dejo con sus cosas. Me pongo a barrer en silencio y luego recojo mi libreta y la cierro con un golpe sonoro.

Cuando termino, me voy a mi sitio detrás del mostrador, con toda la dignidad que se puede reunir cuando tienes helechos en la cabeza, la falda del revés y un negocio vacío al que la gente ya solo va a hacerse fotos para memes.

11

Vega

Sebastián se termina su botella de agua (sin vaso, claro) y se larga sin despedirse. ¡Idiota! Solo me lanza una de esas miradas extrañas que, si no supiera bien quién es y cómo se las gasta, pensaría que es una disculpa. Pfff… Como si ese hombre supiera lo que es disculparse. Seguro que piensa que, con esa escueta frase de perdón, ya estamos en paz por lo del vídeo de su amiguita.

Cuando mi archienemigo desaparece, es como si el viento se llevase un enorme nubarrón de tormenta. Su socio se queda un rato más, leyendo un periódico de papel, cosa que ya nunca veo estos días. Cuando termina, se me acerca y me trae los platos sucios al mostrador.

—Este croissant era, posiblemente, el mejor que he probado en mi vida —me dice, mostrando un plato tan limpio que podría volver a usarlo y nadie se enteraría.

—Gracias. Estaba aún calentito cuando te lo serví.

Rafael me mira y se queda ahí sin marcharse. ¿Está tratando de decirme algo? Por favor, que no esté enamorado en secreto de mí, que ya tengo bastante con las visitas aleatorias de Elton.

—Oye… —empieza, y se detiene.

Ay madre. Que me quedo sin mi único cliente fiel.

—¿Sí…? —digo, algo asustada.

—Verás, en Cafés Montiel tenemos una oferta este mes.

Me quedo patidifusa. No me digas que ha venido a venderme sus productos. Pues sí que se parece a Elton, pero no en lo que yo pensaba.

—No tengo presupuesto para café de lujo, pero gracias —respondo rápidamente y sonrío, porque tampoco quiero enemistarme con alguien que me compra todos los días.

Rafael sacude la cabeza.

—No, no es eso. Tenemos una oferta de… de prueba gratuita para negocios como el tuyo. Te prestaríamos un molinillo, una cafetera profesional y… —Se lo piensa, como si no se acordase bien —. Sí, también el suministro necesario para un mes de café gourmet. Todo totalmente gratis.

Entrecierro los ojos y doy un paso atrás. Esto me suena a cuando me llaman de mi compañía de teléfono ofreciéndome "¡Un móvil nuevo GRATIS!" pero luego, misteriosamente, siempre termino pagando el triple.

—Vale. ¿Dónde está la trampa? —le digo con sospecha, cruzándome de brazos.

Rafael alza las manos, algo ofendido.

—¡No hay ninguna trampa! Sería cortesía de Montiel. Quiero decir… de *Cafés* Montiel.

Sí, ya tengo claro que no sería cosa de Montiel en persona. Es más; está claro que Rafael ha esperado a que Sebastián saliera, porque él seguro que no habría donado ni un mísero grano de café a un negocio que "promueve el colesterol alto y causa obesidad".

—¿Y no os debería nada? ¿Ningún contrato de permanencia, ni letra pequeña vendiéndoos mi alma?

—Nada. Palabra de motero.

Lo miro con escepticismo.

Lleva gafas doradas, una corbata torcida y camisa de puntitos con bolsillo a un lado.

—¿Eres motero? —pregunto arrugando la nariz.

—Sí.

Su respuesta suena casi como si me estuviera desafiando.

—¿Y dónde tienes la moto?

Desvía los ojos, azorado.

—Bueno… la vendí. Y ahora mi mujer no me deja, por si me caigo y eso. Pero soy motero… en el corazón.

Se palmea el pecho mientras lo miro de reojo. Parece un tipo legal, y la oferta es tentadora, aunque el juramento sea dudoso.

—De acuerdo —acepto, y le echo una mirada protectora a Fátima, mi cafetera vintage—. Pero usaré mi propia cafetera. Ya estoy acostumbrada a ella, y nos llevamos bien.

—Como veas. Si te parece bien, enviaré a un empleado esta tarde y que te lo monte todo. ¿Tendrás espacio?

Señalo la vitrina vacía a mis espaldas.

—En cuanto quite esta vitrina de tartas caseras, tendré espacio de sobra. Puedes traerme una nave espacial, si quieres.

Rafael asiente, algo apesadumbrado, y luego se marcha.

Durante la mañana entra algún que otro cliente, pero la afluencia es tan pausada que me da tiempo a sacar de nuevo la libreta de la contabilidad.

Diosss cómo odio hacer cuentas. Ya me dijeron que ser autónoma sería un infierno, pero no me planteé que, además, tendría que calcular mis gastos yo sola.

O, al menos, recopilar las facturas y enviárselas al contable.

Y lo haría, pero creo que he perdido la mitad. ¿El de la leche me dio factura? Yo creo que no… Y los tickets del supermercado me llegan al email, pero, ¿a cuál…?

Como siempre, enseguida se me ocurre algo más divertido con lo que procrastinar, y consigo evitar de nuevo esta tarea tan desagradable.

—¡Uy, pero si el miércoles empieza el cursillo de repostería francesa! —me digo a mí misma—. Tengo que pensar en el contenido. Sí. Es sumamente importante.

No lo es, pero nadie puede detenerme.

Paso la página, súbitamente entusiasmada, y dejo la contabilidad bien oculta. Empiezo a hacer una lista de materias para mis alumnos:

Sesión 1: Introducción y bases fundamentales

- *Historia breve de la repostería francesa.*
- *Ingredientes básicos.*
- *¿Cómo montar claras?*
- *Receta fácil del día: ~~¿Tartaletas de fruta con crema pastelera?~~ CRÈME BRÛLÉE.*

Sonrío. ¡Esto sí que se me da bien!

No es casualidad que aprobara las asignaturas de economía copiando de Pierre Thibault. ¡Pero en "Postres clásicos franceses" saqué matrícula de honor!

Pienso en mi madre y sus amigas amasando la masa quebrada y comiéndose los restos directamente del bol. Ya me las imagino: Charo intentando echarle brandy a escondidas mientras Toñi multiplica la receta por catorce con esa mente que parece una calculadora. Un calorcito nostálgico me sube por el cuerpo. Me gusta esa visión. Quiero hacerla realidad.

Voy apuntando más ideas para el programa del curso y mientras, sin darme cuenta, voy comiendo profiteroles de la bandeja que tengo al lado. Uno tras otro, van desapareciendo, como si fueran cacahuetes. Añado más recetas a la lista, con cuidado de que la dificultad sea creciente. Creo que diez sesiones serían suficientes para mostrarles un poco de todo. Si hiciéramos una por semana, eso serían… ¿Dos meses y medio?

Una vez tengan claros los puntos básicos, podremos pasar al merengue y al chantilly, y después a las *madeleines*… Me pregunto si podría enseñarles también a hacer masa *choux*, para poder montar unos buenos *éclairs*… ¿Demasiado difícil? Y seguro que a Consuelo le encantaría saber hacer los profiteroles de chocolate; son sus preferidos.

De pronto, me siento tan ilusionada que tengo que llamar a mi madre inmediatamente.

—¡Mamá, diles a las "chicas" que empezamos este miércoles! —anuncio, y antes de que me dé tiempo a arrepentirme, añado—: Cerraré antes los miércoles, y así podremos hacer el curso a las siete de la tarde. ¿Qué te parece?

Mi madre suelta un gritito.

—Ohhh, ¡me parece padrísimo! ¡Bien hecho, *mija*! Pero… ¿este miércoles? ¿Mañana, tan pronto?

—¡Claro! ¿Qué problema hay?

—No tenemos nada preparado… ¿Dónde piensas dar las clases?

—¡Aquí, en la pastelería!

—Pero hija, les queda muy lejos…

—Que cojan el metro. Aquí tengo todos los hornos y batidoras profesionales. Además, puede que con ello se corra la voz sobre la pastelería. ¡Espero que venga alguien más! ¡Ojalá se apunte mucha gente… sea quien sea!

De repente, suena la campanita de la puerta. Me doy la vuelta y ahí está Elton, creyéndose John Travolta en *Grease*.

Vale, Universo, cuando dije "quien sea" creo que no fui del todo clara. Elton no. Por favor. Volveré a formular mi deseo: "Ojalá que se apunten personas normales, como por ejemplo…"

—¿A qué tengo que apuntarme, muñeca? —me dice Elton, interrumpiendo mi manifestación.

Lleva el casco de repartidor bajo el brazo y me guiña el ojo mientras come chicles de nicotina.

Aprieto los dientes y murmuro a mi madre:

—Mamá, tengo que colgar. Acaba de entrar una plaga de garrapatas. —La oigo gritar que las rodajas de limón repelen a esos bichos, pero creo que no va a funcionar con uno tan grande—. ¡Luego hablamos!

Cuelgo y aparto el móvil con un suspiro.

—¿Qué? —le digo a Elton, desafiante—. ¿Has venido a por más *churritos* para tus clientes? ¿O a venderme recargas para la pipa de la paz?

Suelta un resoplido.

—Venga, *Veguita*. —Arjjj odio tanto ese mote—. Sabes que tus churritos me los comí yo. Pero no he venido por eso. He venido a traerte en bandeja una oportunidad de despegar en la vida.

Pongo los ojos en blanco y señalo a mi alrededor.

—Esta pastelería *es* mi oportunidad en la vida, si no lo has notado.

—Yo solo noto que está más vacía que mi cajón de los calzoncillos limpios.

Resoplo.

—Acaban de irse todos. Tendrías que haber visto cómo estaba hace media hora, cuando los oficinistas estaban desayunando.

—Ya —dice, dejando claro que no se lo cree—. Claro que sí, muñeca. Pero mira, mira esto. —Saca el móvil, un iPhone 27 por lo

menos, con trece cámaras o más—. Este experto de YouTube acaba de predecir la criptomoneda que superará a Bitcoin antes de fin de año. Se llama *Centralized Anonymous Cash Alternative,* y está a precio de ganga.

—¿Qué? —pregunto confundida por tantos palabros sin sentido.

—Sí, las siglas son *C.A.C.A.-Coin* y ahora mismo está a 753 euros solamente. De aquí a diciembre valdrá un millón. ¡Telita marinera!

Parpadeo. Algunas cosas nunca cambian.

Y no me refiero a la volatilidad del Bitcoin.

—A ver si lo he entendido… —digo, cerrando el cuaderno con la planificación de mi curso y mirándolo a la cara—. ¿Tu plan es venderme… C.A.C.A.?

—¡Exacto! —exclama con entusiasmo—. Y como sé que no eres buena con las finanzas, te propongo que me des los ahorrillos que tengas por ahí y yo te los invierto, por una comisión mínima.

Por suerte no puede leer mi mente, porque moriría envenenado.

—Elton. ¿Estás alucinando o qué?

—Veguita, esta vez es REAL. Este tío sabe lo que dice. Tendrías que ver las fotos del Ferrari que sube al Insta…

Silba con admiración, y luego se muerde el labio.

—Largo de mi pastelería —gruño—. Y, además, ¿para qué quiero yo un Ferrari? ¡Ni siquiera tengo carnet de conducir!

—Vale, vale. No te lo diré más, ya sé que las inversiones no son lo tuyo. No todos estamos hechos para ser ricos, pero no te lo tengo en cuenta. Te quiero igual, nena, aunque seas financieramente analfabeta.

—Fuera.

Lo empujo hacia la puerta, pero es como intentar mover un frigorífico.

—Oye, ¿qué tal si vienes esta noche a ver una peli en mi casa? —Cambia de estrategia de repente—. Como amigos. Solo eso. Netflix, manta y comida china. Prometo no hablar de negocios. Seré bueno. Sabes que puedo serlo cuando quiero.

—No te creo.

—Vega, por favor. Sabes que he sido muy bueno contigo, muchas veces.

Suelta el casco sobre el mostrador y, por una vez, deja de hacer esas caras raras que, en su cabeza, lo vuelven irresistible, pero en realidad lo hacen parecer un mandril en celo.

Así, relajado, despojado de su lado vanidoso y algo delirante, vuelve a ser el chico que conocí en el Carpi Café al llegar a Barcelona.

El chico de los pedidos, vulnerable y gracioso. El que me cubría en el café cuando me tocaban turnos dobles y tenía que llevar a mi madre al médico, durante su convalecencia. El que me hizo reír muchas veces, y me embaucó con sus fantasías de grandiosidad porque las contaba con tanta convicción que era casi imposible no creérselas.

Me muerdo el labio.

En una cosa tiene razón: la pastelería no va bien. Y casi no tengo vida social. ¿Realmente sería tan escandaloso cenar comida china en su sofá y ver una peli juntos? Sería bueno socializar con alguien que no esté jubilado, si no otra cosa.

—Venga, preciosa… —insiste—. Sabes que juntos éramos invencibles. Y sigues muy sola aquí, en la ciudad… Solo sales con tu madre. Eso no puede ser.

Sus palabras me remueven por dentro. Sus ojos me recorren con intensidad, pero esta vez sin pretensiones. Recuerdo perfectamente cómo era estar entre esos brazos con olor a aftershave "Brisa Marina" de primer precio del supermercado. Quizás no fuera el hombre perfecto, pero era algo.

—Me lo pensaré —digo al final, sin mucha convicción, y sus ojos relucen, oliendo la duda en mi voz como un tiburón olfatea la sangre.

Justo en ese momento vuelve a sonar la campanita. Aparecen tres repartidores con camisetas de Cafés Montiel, empujando sacos de café y una cafetera para hostelería ENORME.

—Entrega para la señorita Soriano —dice uno—. ¿Dónde le ponemos esto?

—Parece que tiene un admirador secreto —comenta otro con una risita maliciosa.

A Elton casi se le cae la cara del shock al oír eso.

—Perdona, ¿quién dices que envía eso? —les pregunta, con celos mal disimulados.

—De parte del jefazo —dice uno, con mala cara—. ¿Me decís dónde ponerlo o qué? Esto pesa un huevo. Y yo soy informático, no repartidor a domicilio.

¿Me han enviado a un informático a traerme una cafetera? ¿Qué narices está pasando aquí? ¿No tenían un programa especial de pruebas de café para pequeñas empresas? Pues parece que yo no soy la única con una organización pésima.

Y, hablando de organización, ahora que lo pienso, no he apartado aún la vitrina vacía. Me he entretenido programando el cursillo de repostería y se me ha olvidado.

—¿Tenéis sitio para la cafetera o no? —dice un repartidor, o sea, un informático—. Porque es bastante grande. Si no os cabe, nos la llevamos.

—Tengo que hacer hueco —digo improvisadamente, y señalo la más grande de mis mesas—. Dejadla ahí encima y ya la pondré en su sitio más tarde.

Los chicos se miran entre sí, dudando.

—¿Tú sabes cuánto pesa esto? —pregunta uno.

Pongo los brazos en jarras.

—Creedme, he movido cosas más pesadas.

Incluso conseguí sacar a Elton de mi vida, y no conozco a nadie más pesado que él.

A Elton le suena el móvil, pero cancela la llamada en vez de contestar.

—Anda, sigue trabajando, Elton, que tus clientes deben de estar ya famélicos —le digo, agitando la mano para que se vaya—. Y tu jefe debe de estar ya de los nervios.

(Como yo).

—¿Así que tienes un admirador secreto que te envía regalos de miles de euros y no me lo habías dicho? —me espeta, contrariado.

—¿Y a ti qué te importa? Yo puedo aceptar regalos de quien quiera.

Frunce el ceño, pero no se atreve a contradecirme.

—¿Entonces vendrás a ver la peli o no?

—Ya veremos. Pero, ahora, vete de una vez, que aquí empieza a faltar espacio.

Elton se pone el casco y se dirige hacia la puerta arrastrando los pies, con aspecto de no querer marcharse todavía. Al final, justo antes de salir, se da la vuelta y me mira, levantando la visera.

—Oye, Veguita, una cosa más —dice con tono casual—. Si ves a tu *admirador secreto,* el millonario, ¿podrías preguntarle si le interesa invertir en *C.A.C.A.*?

12

Vega

Anochece fuera, y yo sigo tratando de descifrar todas esas facturas, y descubrir si he ganado algo en el último mes, aparte de cinco kilos de peso. Me da vueltas la cabeza de tanto mirar números. Y, además, todo apunta a que las cosas no van bien, aunque sea incapaz de calcular cuánto exactamente.

La cafetera nueva sigue donde la dejaron los repartidores, dominando la pastelería desde su mesa. Intenté moverla antes, pero fue como tratar de empujar una montaña. No hubo manera. Así que aquí sigo, rodeada de papeles, con las piernas hormigueando de tanto rato que llevo sentada y migas de bizcocho por todas partes, como prueba de mi atentado contra la operación bikini.

Miro el reloj; pronto será hora de cerrar. Pero todavía podría entrar alguien, así que dejo la puerta abierta, por si acaso, y me froto los ojos.

Siento que me pesan muchísimo los párpados. Bostezo. Me estiro. Me apoyo en la mesa y...

Me despierto sobresaltada y doy un grito.

Alguien me está tocando el hombro con suavidad.

Parpadeo y veo una figura borrosa inclinada sobre mí.

—¿Vega?

—¿Elton? —murmuro, medio dormida—. Ya te he dicho que no quiero tu caca…

Parpadeo un par de veces más y la imagen se aclara. No, no es Elton. Es...

—¡Tú! ¿Qué haces tú aquí?

Sebastián Montiel está de pie junto a la mesa, con el ceño fruncido y la corbata algo más floja que por la mañana. Se ha inclinado hacia mí y esos ojos de acero casi parecen preocupados. Aunque seguro que es una ilusión mía.

Me incorporo rápido y tropiezo con mis propios zapatos de tacón, tirados de cualquier manera debajo de la silla.

—Perdona por asustarte —dice, posándome una mano en el antebrazo—. Vi la luz encendida, y estabas tirada sobre la mesa, con cosas desparramadas por todas partes, y pensé que te había pasado algo…

Se detiene en seco, como si se arrepintiese de haber dicho eso.

—Estoy bien, gracias —respondo, buscando torpemente los zapatos con los pies aún descalzos.

Él me observa y asiente poco convencido, pero no insiste. En lugar de eso, mira la mesa llena de papeles y migas.

—Es tarde. ¿No vas a cerrar?

Suspiro, demasiado cansada para mantener las barreras alzadas tanto rato.

—No. Bueno. Casi. Estaba revisando las cuentas y me quedé dormida. Ni siquiera sé qué hora es.

Sebastián mira sus dos relojes. Primero el digital. Luego el otro. Porque sigue llevando uno en cada brazo, como el rarito que es.

—Son casi las nueve —declara, tras un concienzudo estudio de los minutos, segundos y microsegundos en cada uno.

—¿Sabes que es muy raro usar dos relojes? —le digo sin poder contenerme.

Una pequeñísima sonrisa asoma por la comisura de sus ojos.

—Es una larga historia —responde.

Luego echa un vistazo a la cafetera nueva, la observa con expresión inescrutable y vuelve la vista hacia mí.

—¿No te la instalaron mis chicos?

—Ah, sí, se ofrecieron, pero les dije que ya la movería yo. Necesitaba mover una vitrina primero.

Sebastián asiente lentamente. Parece que está conteniendo una risa. Muy gracioso.

—Te ayudaré a colocarla —dice, y se quita la americana, colgándola en el respaldo de una silla y asegurándose de que queda bien recta y planchada.

—No hace falta —replico.

—Lo haré de todos modos.

Y, antes de que pueda protestar, se arremanga la camisa, dejando a la vista unos bíceps de infarto, y se pone manos a la obra.

13
Sebastián

Termino de trabajar tarde, pero en vez de tomar el ascensor hasta el garaje subterráneo donde me espera mi coche, salgo a la calle. Y no porque me apetezca pasear, pero es que necesito comprar comida.

Loreta lleva todo el día en casa, pero está ocupada haciéndose fotos con un bote de crema de cacahuete para un post y no ha tenido tiempo de preparar nada. Y yo tengo tanta hambre que me comería un rinoceronte entero, cuerno incluido.

Decido dejarme caer por el Asador Argentino en busca de algo para llevar, y de camino paso por la pastelería.

Noto que la luz sigue encendida y me acerco. A través del cristal, veo a Vega desplomada sobre una mesa, con la cabeza apoyada sobre un brazo en un ángulo extraño. Tiene la boca entreabierta, y sus cabellos oscuros y ondulados se desparraman por encima de un montón de papeles y un plato vacío, que se encuentra al borde de la mesa, a punto de caerse.

Algo en mi pecho se encoge.

¿Le habrá pasado algo?

¿Y si se ha desmayado? ¿Y si necesita un médico?

Me quedo plantado en la acera, dudando. Debería seguir mi camino. No es asunto mío lo que pase con Vega. Es una persona adulta, lo más probable es que no sea nada; costumbres raras de chicas raras que llevan ropa estrafalaria y duermen en lugares insólitos, como los gatos.

Pero la puerta está entreabierta.

Y, por alguna razón, la idea de que cualquier desconocido pudiera entrar y robarle el dinero de la caja, o algo peor, me inquieta más de lo que debería. Siento una horrible presión en el esternón solo de imaginarlo.

Respiro hondo y empujo la puerta. La campanilla rompe el silencio del interior. Ella no se mueve.

—¿Vega?

No reacciona. Me acerco y le doy un leve toque en el hombro.

—¿Elton? —murmura, medio dormida, y añade algo ininteligible.

Me detengo.

¿Elton? ¿Quién demonios es Elton?

Vega parpadea y, al verme, se incorpora de golpe. Se frota los ojos, sacudiendo la cabeza como si intentara despertarse. Sus mejillas tienen marcas por las anillas de la libreta y tiene el pelo revuelto. Todo eso le da un aire extrañamente pacífico, encantador y vulnerable. Ni siquiera parece estar a punto de clavarme un cuchillo pastelero en cuanto me dé la vuelta, o de meterme una mano en la batidora.

Noto que la cafetera de Cafés Montiel sigue en su caja, en un rincón. Cuando le pregunto, dice que puede moverla sola, pero está claro que eso es imposible, así que me arremango y me dispongo a hacerlo yo. Espero que me sirvan de algo todas esas horas que paso en el gimnasio.

Ella me observa con una mezcla de escepticismo y desconfianza, pero no protesta. Creo que está semiinconsciente; es la única explicación.

—Primero hay que quitar la vitrina —dice, señalando una neverita de cristal que reposa sobre el mostrador.

—Déjamelo a mí.

Agarro la vitrina y la llevo al almacén. Pan comido.

Cuando vuelvo, Vega sigue con los brazos cruzados, como si estuviera evaluando si realmente necesita mi ayuda o sería más divertido verme hacer el ridículo.

Rompo la caja de la cafetera con un par de tirones y me posiciono para levantarla.

—Sujétala de ese lado —le indico.

—Pero si acabas de decir que…

—Tú solo mantenla recta, para que no se vuelque. Yo cargo el peso.

Pone los ojos en blanco, pero obedece.

—Venga —digo—. A la de tres. Una, dos y…

Intento levantarla con un gruñido gutural, pero la cafetera ni se inmuta.

Vega suelta una carcajada.

—Un momento, por favor —digo, rascándome la cabeza.

—¡Esto pesa más que un muerto! —exclama—. No vamos a poder. Llama a tus esbirros. Que vuelvan mañana.

Aprieto los dientes.

De eso nada.

Esto acaba de convertirse en una cuestión de honor. He dicho que puedo, y podré.

Resoplo, me remango más la camisa y pruebo otro ángulo. Se me escapan sonidos guturales. Esta vez, entre los dos, conseguimos moverla unos centímetros, y la máquina se separa de la mesa.

—¡No la sueltes! —grito, sintiendo que me va a estallar la vena del cuello.

—¡Si ni siquiera la estoy sujetando! —replica ella, y me muestra las dos manos libres.

—¡Pues entonces sujétala, maldita sea!

Dando pasitos cortos y dolorosos, logramos colocar la cafetera en su sitio.

Cuando terminamos me aparto, cubierto de sudor y con la camisa pegada al pecho. Vega tiene un mechón húmedo sobre la frente, y se lo aparta con aspecto cansado, pero satisfecho. Me mira, sin aliento, y me dedica un pulgar alzado.

—Buen trabajo, *Montiel* —dice, aunque su tono es mucho menos afilado que de costumbre.

—Buena *cooperación*, sí —la corrijo.

Nos quedamos mirándonos, recuperando el aliento, y ella sonríe mientras se enjuga el sudor.

De pronto tengo la sensación de que ha dejado caer un poco sus barreras. No siento esa típica muralla de odio y rencor que siempre erige cuando yo estoy cerca. Sé que lo hace solo conmigo, porque he visto cómo trata al resto de gente que entra en su negocio: a Rafael, por ejemplo. Con ellos es dulce y atenta. Pero conmigo no, porque a mí, claramente, me odia.

—Gracias por el café gratis —dice de repente—. Dada la situación actual, me vendrá bien, la verdad.

Señala la mesa cubierta de facturas. También hay una libreta abierta llena de tachones, y una calculadora al lado.

—Ah, no me des las gracias a mí, eso es una cosa de la empresa —digo con aire indiferente—. ¿A qué te refieres con eso de la situación actual? ¿Es que no os cuadran las cuentas? —le digo suavemente, observando su rostro por si le molesta la pregunta.

Pero no parece molesta, solo agotada. Sacude la cabeza y mira hacia otro lado.

—No, no *me* cuadra nada. Aquí no hay "os". Soy solo yo, y no tengo ni idea de qué estoy haciendo mal. Solo sé que no hay beneficio, ni siquiera antes de que…

Antes de que Loreta publicase el vídeo.

Vega no lo dice. De nuevo, no usa la oportunidad para lanzarse a mi yugular, aunque podría. Esto me sorprende, y me hace sentir aún más en deuda con ella.

Solo deja la frase a medias y se derrumba sobre una silla, agotada, frente a su libreta cuadriculada.

—Mira —dice, señalando una pila de papeles manchados de aceite—, aquí están todas las facturas que he podido encontrar. Pero esto es un auténtico caos. Hay demasiadas. Y, aun así, me falta la mitad. ¿Cómo se supone que voy a descubrir el error entre todos estos números indescifrables?

Niego con la cabeza y miro a mi alrededor de nuevo, pero esta vez con mi mentalidad de empresario conectada.

Observo las vitrinas. Algunas bandejas todavía están llenas hasta la mitad. Otras están prácticamente vacías, y decido centrarme primero en esas, en busca de pistas. Me acerco y leo en voz baja los nombres de los pasteles y los precios.

—¿Qué haces? —me pregunta, intrigada— ¿Calcular tu esperanza de vida si te comieras tres de esos?

—No —le respondo serio, ignorando la broma—. Solo creo que estás buscando tu respuesta en el lugar equivocado.

Me fijo en una bandeja casi vacía y señalo la etiqueta con el precio.

—Esos parece que se venden bien, ¿no? Solo quedan dos.

Ella asiente.

—Sí, los *macarons*. Parece que son los favoritos en el barrio.

—Ya veo. ¿Y cuánto vale uno?

—Pues… no sé… van al peso…

—De acuerdo. Pésalos.

Ella bufa, pero lo hace. La observo por detrás. Tiene una figura bonita, redondeada y suave, abrazada por esa falda vaquera que le viene ligeramente pequeña.

—Casi veinte gramos —anuncia, recogiendo el *macaron*. Está a punto de comérselo, pero luego me mira, duda y lo devuelve a la bandeja.

—Teniendo en cuenta el precio de tu tabla, que es para cien gramos, este *macaron* debe de venderse por… ¿cincuenta céntimos?

Se encoge de hombros.

—¿Y a cuánto compras la almendra molida?

Me analiza de arriba abajo, con cara de sospecha.

—¿Esto es un examen sorpresa?

—¿Lo sabes o no?

—No sé… ¿Doce euros el kilo? ¡No me acuerdo! Compro muchas cosas.

Cierro los ojos y cuento hasta tres.

—¿Lo sabes o no?

—No sé, supongamos que son doce. Luego lo compruebo.

—Bien. En ese caso, estás vendiendo estos *macarons* prácticamente al precio de coste de los ingredientes. Sin ganancia.

Ella parpadea.

—¿Pero qué dices? ¡Eso es imposible!

—No estás sumando el gasto de electricidad, tu trabajo ni el alquiler. Básicamente… estás regalando esos *macarons* a la gente que entra.

Ella me mira, y su expresión de furia comienza a suavizarse, sustituida por la duda.

Se sienta, coge un boli y la calculadora y se pone a hacer cálculos como una posesa. No sé si está multiplicando el precio por el peso…

o diseñando un reactor nuclear. De pronto alza la vista, se acerca la libreta a la cara y me mira.

—Anda —susurra, incrédula—. ¡Pues es verdad!

Asiento.

—Llevo un buen rato diciéndotelo.

—Tenía que comprobarlo por mí misma. He aprendido a no fiarme del primero que pasa.

Abro la boca, escandalizado. Yo no soy el primero que pasa. Pero luego la cierro. Porque quizás, para ella, sí lo soy.

—En fin —le digo—. Creo que repasar los precios de coste y de venta sería un buen inicio. Creo que eso te ayudaría mucho.

—Es cierto —admite, y parece estar teniendo una revelación divina—. La verdad, cuando abrí tenía tantas cosas que hacer que puse los precios un poco a boleo. Miré cuánto valían las cosas en la competencia e hice lo mismo.

—Claro, pero quizás el proceso en otras tiendas es más industrializado, o usan materiales más baratos, o…

—Sí, sí. Lo entiendo. —Agita la mano, dejando claro que no quiere escuchar mis peroratas financieras. Luego, para mi sorpresa, sonríe con calidez y añade—: ¿Pero sabes, Montiel? Aunque me sorprenda a mí misma, tengo que reconocer que me alegro de que te hayas pasado por aquí esta noche. Me has ayudado mucho.

Le sonrío, algo conmovido por este raro gesto de apreciación por su parte.

—Ha sido un placer. Si quieres que miremos el resto de productos, podría…

Pero su atención ya no está en mí. Mira la pantalla de su móvil, y aunque trata de disimularlo, noto que frunce el ceño.

Atisbo un nombre en la pantalla: *Elton*. El mismo nombre que susurró al despertar. Hay varias llamadas perdidas y mensajes sin responder de esa misma persona.

—Da igual, ya es muy tarde —dice. Luego me observa de reojo y ladea la cabeza, como si la pregunta fuera casual, como si no le importara en absoluto—. Además, tendrás que volver a casa con tu amiga… ¿novia?

Me cruzo de brazos, evaluándola. Casi diría que tiene curiosidad por saberlo. Claro que no se me ocurre ningún motivo para ello.

—Técnicamente, es mi prometida —la corrijo.

O lo será en cuanto Loreta deje de debatirse entre un diamante corte esmeralda o uno redondo de dos quilates, y yo encuentre el valor para montar ese show de pedida de mano con su padre que ella tanto desea.

Pero bueno, más o menos, es mi prometida.

Supongo.

Creo…

…Me temo.

Vega carraspea y asiente con rapidez, como si no le interesara en absoluto, aunque sus dedos tamborilean sutilmente sobre la mesa.

—Pues nada, nos vemos mañana. Tendré lista tu botellita de agua.

—Si quieres puedo volver mañana por la tarde cuando salga de trabajar, y repasamos los productos uno a uno.

Ella niega con la cabeza, demasiado rápido.

—Uff, no. Mañana por la tarde, no. Tengo algo importante que hacer.

—Ningún problema —respondo, encogiéndome de hombros.

Soy lo bastante mayorcito para entender una indirecta. Recojo mi americana y me la pongo, ajustando los puños. Camino hasta la puerta, pero justo antes de salir, algo me hace detenerme.

Me giro.

—Vega…

Ella levanta la mirada.

—¿Sí?

Abro la boca… pero no sé exactamente qué quiero decir.

¿Que deje de vender sus *macarons* al precio de una almendra? ¿Que tenga cuidado con tipos que la llaman doce veces en una noche? ¿Que yo realmente podría ayudarla, si tan solo me dejara?

Pero nada de eso es asunto mío.

Yo ya tengo bastante con mis propios problemas. Ya he hecho suficiente para compensarla por el vídeo de Loreta.

Respiro hondo y niego con la cabeza.

—Nada. Buenas noches, Vega.

Y salgo deprisa, antes de que me vuelva loco del todo y cambie de opinión.



Cuaderno de Recetas de Vega

MACARONS

Los *macarons* son galletitas dulces rellenas y ojo, NO SE PARECEN A LOS MACARRONES italianos. Por eso, aunque a mi madre le parezca una idea fantástica, y aunque su forma recuerde a una hamburguesa en miniatura, no se les añade tomate, ni queso, ni orégano.

Los *macarons* son caprichosos y volubles. Hay días que te salen mal y te hacen rabiar… como ciertas personas. Luego, al siguiente, se vuelven dulces y perfectos (pero no debes confiarte y pensar que ya los dominas, porque entonces vuelven a la carga de nuevo).

Ventajas/Inconvenientes:

- Lo bueno de los *macarons*: para hacerlos no se necesita saber matemáticas.
- Lo malo: al parecer, si quieres vivir de venderlos, sí que hay que ser buena con las matemáticas, después de todo.

14

Vega

Tras la visita nocturna de Sebastián, y su ayuda con la cafetera y el precio de mis *macarons*, me marcho a casa sintiéndome un poco aturdida.

Regreso en el metro, y durante el viaje me sorprendo pensando en lo amable que ha sido Montiel esta noche. ¿Pero por qué lo habrá hecho? ¿Se sentía culpable? ¿Intentaba compensarme por lo que hizo su novia... perdón, *prometida*? (!!!). ¿O simplemente es de esos tipos que tienen que demostrar al mundo que son los mejores en todo, incluso en ayudar a ineptas como yo a no arruinarse con su negocio?

Pero, bien mirado, no estuvo nada arrogante. Solo se arremangó la camisa (y vaya brazos, por cierto), se puso manos a la obra y se esforzó como un ayudante de primera. Ni una queja, ni un solo "yo en tu lugar lo habría hecho mejor". Casi me pareció como si me entendiese. Como si fuese capaz de ponerse en mi lugar. Como si… hubiera estado en el mismo lugar que yo antes.

Estoy tan distraída que se me olvida responder a los mensajes de Elton en todo el trayecto. Y eso que esta tarde casi me había convencido de que ir a su casa a cenar y ver una película no era tan mala idea. Pero bueno. Me dormí, y ahora es demasiado tarde para ir a ninguna parte.

Al llegar a casa me la encuentro desierta; mi madre debe de estar en su habitación, dormitando con la tele puesta. Ni siquiera ceno, porque aún estoy empachada después de comer dulces para desayunar, comer y merendar. Me voy directa a la cama, porque mañana tengo que levantarme otra vez a las cuatro.

***

A la mañana siguiente recupero mi rutina, aunque ya no me visto con ropa vintage, ni preparo la tarta de galletas. Aun así, a primera hora sigue sin entrar demasiada gente.

Ojeo la cafetera nueva, pero no sé ni dónde está el botón para encenderla. Menos mal que no quitamos a Fátima, y puedo hacerme un buen café para despejarme.

Mientras doy los primeros sorbos, me descubro a mí misma pensando en Montiel otra vez. Recuerdo su oferta de pasarse después del trabajo para ayudarme con los precios de mis productos, y quizás con la contabilidad. Quizás me precipité al decirle que no. Si hubiera estado un poco más despierta (y hubiera tenido un poco menos de orgullo) le podría haber propuesto otro día, en vez de responder "no" a secas.

Pero bueno, da igual. Puedo preguntárselo luego; seguro que bajan a desayunar.

Sobre las diez de la mañana aparece Rafael, y me descubro a mí misma sonriendo y alisándome la camiseta con disimulo. *No es que tenga ganas de ver a Sebastián,* pero necesito preguntarle si su oferta iba en serio.

Pero, para mi decepción, esta vez Rafael entra solo. Me quedo mirando la puerta como una idiota, esperando a que entre también Sebastián, pero Rafael la cierra tras él y se acerca tranquilamente al mostrador, a echarles un vistazo a los postres del día.

—¡Veo que has instalado la cafetera nueva! —exclama entusiasmado, admirando el nuevo aparato—. ¿Qué tal va?

—Pues…

Miro el mamotreto gigante que ahora ocupa el espacio de mi vitrina de dulces caseros. Ni siquiera me he leído las instrucciones todavía.

—Va genial, gracias —respondo brevemente, y me pongo delante de la máquina para que no se dé cuenta de que está todavía precintada.

Rafael asiente satisfecho y observa los postres.

—¿Qué me recomiendas hoy?

Abro la boca, pero mi cerebro sigue ocupado con un único pensamiento:

¿Dónde demonios está Sebastián Montiel? ¿Justo hoy que lo necesitaba, no viene? Seguro que se asustó después de ver el desastre de mi negocio. A lo mejor pensó que el agua que compro no es lo suficientemente pura, y teme intoxicarse.

—¿Sabes qué? —dice Rafael, cansado de esperar mi respuesta—. Ponme un trozo de tarta Tatin. Tiene un aspecto delicioso.

—Claro —respondo automáticamente—. Siéntate, te lo llevo a la mesa.

Le corto su pedazo de tarta, aunque mi mente está ausente, aún dándole vueltas a lo de Sebastián.

Y entonces, como si despertase, me doy una palmada en la frente. ¿Pero qué estoy haciendo? ¿A mí qué me importa dónde se haya metido ese tipo? Si no vuelve, mejor. De todos modos, solo pedía agua, y su novia se burló de mi pastelería. Mejor que deje la silla libre para alguien que consuma, ¿no?

—¿Todo bien? —me pregunta Rafael cuando le llevo su plato—. Te noto distraída.

—Sí. Solo me estaba preguntando…

Noto que Rafael me mira con un brillo travieso en los ojos. ¿Me está leyendo la mente? Decido no decir nada de Sebastián.

—Nada. Que aproveche. Lleva manzanas Golden, se caramelizaron estupendamente…

—¿Ibas a preguntar por Sebastián? —dice con una sonrisita.

—¿Eh? ¿Quién? ¡Ah, ni siquiera me había dado cuenta! Pues es verdad, no está. ¿Se ha ido a bañarse en leche de burra ecológica? ¿O ha cogido el moquillo de su chinchilla con pedigrí?

Rafael se ríe.

—No, qué va. Tenía una comida con un periodista. Pero te envía saludos.

—¿Montiel me envía saludos a mí?

Pestañeo, incrédula.

¿Qué se contesta cuando alguien te envía saludos a través de otra persona? ¿Le devuelves los saludos a través del otro? ¿Mandas una paloma mensajera? Ante la duda, decido ignorarlo.

—Bueno, voy a seguir atendiendo, que se me forma cola —le digo a Rafael.

La cola es de exactamente una persona, pero él asiente, cooperando con mi fantasía de un local a rebosar.

El resto de la mañana se me pasa volando. Parece que los efectos del vídeo de los infiernos están empezando a mitigarse, y tras las doce entran un par de personas que no he visto antes. La mayoría se van contentísimos, y muchos prometen volver.

Mientras tanto, me aseguro de no volver a cobrar los *macarons* a precio de coste, tal y como me aconsejó Sebastián.

Argh. Qué rabia me da que ese hombre, el mismo que me hizo perder el concurso, el mismo que trajo aquí a esa bruja influencer, tuviera razón. Pero debo reconocerlo. Esta vez, y como excepción, estaba en lo cierto, por mucho que me cueste aceptarlo.

15
Vega

Por la tarde, Montiel sigue sin aparecer. Pero yo tengo otras cosas que hacer, de todos modos. Cierro un poco antes y me marcho a la asociación de vecinos. Al final, mi madre me ha convencido de que dé la primera clase allí. Así podré consultarle al grupo si tienen posibilidad de desplazarse hasta Dulce Sencillez para las clases subsiguientes.

Cuando salgo del metro, camino a saltitos hacia el local donde me esperan mis "alumnos", sintiendo una burbujita de ilusión que me crece en el pecho. Nunca he sido profesora de nada, aunque creo que se me daría bien. Soy paciente, práctica y tengo buena mano tratando a la gente. Quizás no sea buena con los números, pero nadie hace pasteles mejor que yo.

Al pasar junto al parque veo a los dos chicos jóvenes de la otra noche. Parece que no se hayan movido del sitio; siguen ahí, con los pies encima de un banco, fumando junto a su motocicleta aparcada y con cara de aburrimiento.

Les echo un vistazo rápido. A plena luz del día, ni siquiera parecen tan terribles. Son solo dos adolescentes normales y corrientes, con ese extraño corte de pelo que llevan ahora todos los de su edad y que parece un mullido nido de pájaros rapado por debajo.

En la puerta del local me espera Amina, la chica de pelo rizado y pecas que ya conocí la otra noche. Pero esta vez la acompaña una rubia de pelo corto, también de su edad.

—Vega, esta es Laia —me dice, presentándome a su amiga—. Le gustaría apuntarse también, si no te importa.

—¡Claro! Bienvenida, Laia. ¿Sabes hacer tartas?

Laia se sonroja.

—No mucho —responde—. Pero para eso estamos aquí, ¿no?

Mientras saludo a las dos chicas, siento como si una mirada se me clavara en la nuca. A decir verdad, no es una, sino dos. Son los dos chicos de la moto, que han apagado sus cigarrillos y nos observan con los cuellos estirados y cara de pánfilos.

Me doy la vuelta, un poco molesta, y les grito con los brazos en las caderas.

—¡Eh, vosotros! ¿Se puede saber qué miráis? ¿Es que tengo monos en la cara?

Ambos nos dan la espalda y fingen no haberme oído.

—A ver —les grito de nuevo—, si queréis uniros al cursillo, aún quedan plazas. Pero dejad de husmear, que parecéis dos antenas parabólicas.

Para mi sorpresa, se miran entre ellos y se acercan con andares desganados. Llevan los pantalones con la cintura tan baja que se les ve el elástico de los calzoncillos, con una marca falsa en letras grandes. Noto que los dos tienen casi la misma cara. Deben de ser hermanos. O, incluso, gemelos. Por la forma en que ocultan las manos en los bolsillos al caminar, podrían guardar una pistola ahí dentro.

Ay, madre.

Creo que acabo de invitar a dos gánsteres a nuestro grupo. Dos gánsteres fotocopiados.

Amina y Laia se miran con cara de escepticismo.

—¿De qué es el cursillo? —pregunta uno de los adolescentes, aunque está mirando a Amina, no a mí.

Siento que esta es mi oportunidad. En cuanto oigan de qué va se irán, y ya no tendré que ser profesora de gánsteres de barrio.

—De repostería francesa —contesto, desafiante, y para mayor efecto, añado—: Dulces delicados. Tartitas decoradas. Figuritas de azúcar.

Se miran un instante y se encogen de hombros. Uno asiente, y el otro hace un gesto rapero con la mano.

—Mola. ¿Cuánto vale?

—Vega es voluntaria de la asociación de vecinos —responde Amina en mi lugar—. Lo hace gratis, para mejorar el barrio. Lo cual

es una gran labor, que *los alumnos deberían saber apreciar* —dice, no sin cierto retintín.

—Aprecio mucho las tartas, gracias —responde el otro chaval—. Podría *apreciar* una cada día sin problemas.

Sacudo la cabeza, preguntándome si esto ha sido una buena idea. ¿Dos adolescentes pasotas en mi curso de pastelería francesa?

Lo único que me consuela es pensar que no van a durar ni cinco minutos batiendo claras de huevo. Se les cansará la mano y se irán otra vez a fumar al parque. Apuesto a que no aguantan hasta el final de la primera sesión.

Pero ahora los he invitado, porque no sé quedarme callada cuando debo, así que entran con nosotras al local de la asociación. Dentro ya nos espera mi madre, con sus amigos los jubilados.

Charo, como de costumbre, ya se pasea por el bajo con un tazón de Nescafé que, obviamente, contiene cualquier cosa menos café. Consuelo y mi madre están haciendo crochet, y Toñi está buscando una estación de radio de su agrado, mientras Günther y Paco juegan al parchís como de costumbre.

—Hola chicos, gracias por venir —los saludo, pero Günther no me oye, porque se quedó sordo cuando estaba en el ejército—. ¡He dicho que hola! —le grito, agitando los brazos.

Paco le hace una seña a Günther, y este enciende el audífono apretando un botoncito tras su oreja.

—Hoy daremos la clase aquí, pero a partir de la semana que viene lo haremos en la pastelería —explico—. Así podréis usar herramientas profesionales, y habrá suficiente espacio en el horno para todo lo que preparéis.

Mi madre me mira, feliz, y asiente con la cabeza.

—Estas son Laia y Amina, y estos dos de aquí son…

Me doy cuenta de que todavía no sé ni cómo se llaman esos dos chicos.

—Kevin y Brayan —se presentan—. Somos hermanos. Vivimos en esta misma calle.

—Genial. Bienvenidos. Y ahora, si os parece, puedo empezar con una breve introducción. ¿Alguien sabe qué es lo que diferencia a la pastelería francesa del resto?

Amina levanta la mano

—¿Sí, Amina?

—Pues... ¿la mantequilla? —responde, con timidez—. ¿Poner muchísima mantequilla en todo?

—¡Bravo! —respondo riendo—. No podría haberlo explicado mejor. ¿Y alguien podría decirme los nombres de algún dulce típico de la repostería francesa?

Günther levanta la mano con entusiasmo, como si estuviera en un concurso de preguntas y respuestas.

—¡Der Apfelstrudel! —exclama con seguridad.

Mi madre carraspea. Toñi, Charo y Consuelo se miran entre ellas con expresión divertida.

—Günther, cariño, el strudel es alemán —le dice Consuelo con dulzura.

—Ah… *perro es muy bueno* —responde él, sin inmutarse, y se retoca el audífono—. ¿Cuál *erra* la pregunta?

Amina vuelve a levantar la mano.

—Los *macarons* son un postre francés popular —dice con seguridad.

—¡Correcto! —asiento—. Para quien no lo sepa, son esas galletitas hechas con harina de almendra, claras de huevo y azúcar glas. Yo las hago en varios colores y sabores. ¿Alguien más sabe alguno? —Me giro hacia los gemelos—. Venga, vosotros dos, decid algo, que estáis muy callados.

Brayan y Kevin se miran con cara de hastío, pero, para mi sorpresa, al final Kevin se encoge de hombros y dice:

—Eh… ¿croissants?

—¡Sí! Muy bien.

—Pfff, eso no cuenta, *bro* —refunfuña Brayan—. Todo el mundo conoce los croissants.

—Pues entonces, dime otro tú —le reto con una ceja alzada.

Brayan piensa un segundo, chasquea la lengua y suelta, con un acento francés que me deja tiesa:

—¿Crème brûlée?

—Pues… sí. ¡Perfecto! —aplaudo, perpleja—. ¿Me la describes?

—Crema de vainilla con una capa de caramelo crujiente encima. Se puede quemar con soplete, o en el horno.

Enarco las cejas, sorprendida.

—Muy bien, Brayan. ¿Algo más que hayáis probado? ¿Laia?

—¿Los palos de Jacob? —pregunta la joven, dudando.

—¡Muy bien! Supongo que te refieres a los *éclairs*, ¿no? Esos pastelitos alargados hechos con pasta *choux*, rellenos de crema y cubiertos con chocolate.

Mi madre me mira con orgullo, y yo noto que me estoy divirtiendo más de lo que esperaba. Y lo mejor de todo es que el grupo parece bastante animado y participativo.

Saco la pizarra blanca y un rotulador, y me pongo a la cabeza de la mesa larga en torno a la cual se han sentado. Dejo el móvil en la mesa, justo al lado de mi madre.

—Bueno, ahora que sabemos de qué va esto, me gustaría empezar explicándoos un par de conceptos básicos —digo—. Además, os daré una lista de materiales para que sepáis lo que traer el próximo día…

En ese momento, mi teléfono empieza a vibrar sobre la mesa, y yo le hago un gesto a mi madre para que lo ignore.

—Bien —continúo—, como os estaba diciendo, me gustaría que os hicierais con un delantal, un rodillo de amasar y…

Otra vez, el teléfono vibra como loco.

¿Quién narices será?

Mi madre se agacha y se ajusta las gafas sobre la nariz. Se pone el teléfono delante de la cara y luego lo aleja todo lo que le da el brazo.

—Aquí dice… ¡Elton! —anuncia—. ¿Quieres que conteste?

—¡No! Ya le llamaré más tarde. Sigamos con el curso, por favor.

—¿Elton no es ese chico ese con el que salías? —dice Consuelo con tono de sospecha—. ¿El que intentaba vendernos seguros de decesos? ¿Sepulcros o no sé qué?

—¡No eran sepulcros, eran *criptas!* —la corrige Charo, rellenando su tazón con más vino.

Toñi, la ex profesora de matemáticas, se está partiendo de la risa mientras tanto.

—¡Cripto-monedas, tontorronas! —les dice, llevándose las manos al pelo morado.

—¿Pues qué acabo de decir yo? —protesta Charo—. ¡Criptas!

—¿No pensarás volver a llamarle, verdad? —pregunta Consuelo, algo horrorizada—. Era un pesado de campeonato.

Exhalo y tapo el rotulador. ¿Se puede saber qué es esto? ¿Vamos a debatir mi vida privada en terapia de grupo?

—Pues no sé, ya me lo pensaré —respondo, tirando balones fuera —. ¿Seguimos con los materiales de cocina?

—Ese chico nunca me gustó —comenta Charo, bebiendo un poco de su "Nescafé"—. No llegará a nada en la vida.

—Era un fantasioso —añade Consuelo—. Como mi cuñado.

—Mi dulce preferido es la Tarta Selva Negra —anuncia Günther a voz en grito.

Obviamente es el único que no estaba prestando demasiada atención al debate público sobre mi ex.

Mientras tanto, Elton vuelve a llamar.

—¿Sabes qué? Voy a contestarle —dice mi madre, dando una palmada sobre la mesa.

Me congelo.

NO.

POR FAVOR, NO.

Pero es demasiado tarde. Todos los alumnos, incluyendo a los dos gánsteres que hablan francés, se arremolinan en torno a mi madre para escuchar.

Mi madre pone el altavoz.

Ayuda.

—Elton, *mijito*, ¿por qué sigues llamando a mi hija? ¿No habían terminado?

—¿Señora Guadalupe? —dice Elton, confundido—. ¡Qué alegría escucharla! ¿Tuvo tiempo de revisar los papeles que le imprimí sobre cómo mejorar su jubilación con activos digitales?

—¿Qué idioma habla ese chico? —pregunta Consuelo frunciendo el ceño—. ¿De qué país dijiste que era?

Los gemelos se miran torciendo el labio.

—Yo le colgaría —dictamina uno (creo que es Brayan, pero no estoy segura porque se han cambiado de sitio).

Su hermano, ni corto ni perezoso, aprieta el botón rojo, poniendo fin a mi humillación pública.

Exhalo, algo aliviada, y luego me lanzo a apagar el teléfono.

—Y ahora, ¿podemos continuar?

Pero es inútil. La clase se ha convertido en un gallinero. De pronto, todos tienen que opinar sobre mi vida amorosa como si fueran tertulianos de un programa de cotilleo.

Bueno, todos menos Günther, que sigue absorto en su discurso sobre los *Pfefferkuchen* que hacía su madre en Baviera.

De pronto, la voz de mi madre resuena entre el barullo, y capto un nombre conocido.

—Mi hija tiene muchos pretendientes mejores. Hasta el dueño millonario de Cafés Montiel va todos los días. ¡Y él ni siquiera puede comer pasteles! Creo que es celíaco o algo así. El hombre va solo para verla, obviamente.

La miro de reojo. ¿Perdón?

—Mamá, ¿de qué conoces tú a Sebastián Montiel?

Ella se encoge de hombros, como si fuera lo más normal del mundo.

—Lo escucho hablar con su socio cuando voy a hacer crochet a la pastelería. Parece un hombre honrado y trabajador. Ojalá encontraras uno así.

¿Yo, con un pijo estirado como Montiel?

Me tomo un segundo para procesar la idea.

Ella no sabe que fue culpa de Montiel que perdiera aquel concurso de repostería, un par de años atrás. Ni menos aún, que su novia me dejó sin clientes durante casi una semana.

—Desde luego, mamá, se nota que no conoces a Montiel —respondo con un suspiro, y luego doy un par de golpes fuertes en la mesa con el rotulador, para captar la atención del resto—. ¡Venga, chicos! ¡Sigamos con la clase!

16
Sebastián

He quedado a comer con Isaac, mi amigo el periodista. Bueno, técnicamente, es amigo de Loreta, pero es uno de los pocos que no tienen un palo incrustado en el culo, e hicimos migas desde el principio. Y hoy, más que nunca, necesito su ayuda.

Isaac trabaja para un periódico de actualidad, y tiene contactos en todas partes. En particular, es *muy amigo* de la directora de un suplemento semanal de cocina y gastronomía… y un empujoncito en ese campo me vendría de perlas para contrarrestar lo de Café Txanchullo, considerando que Loreta sigue empeñada en hacer solo publicaciones "que le salgan del corazón".

Menos mal que yo no voy a trabajar solo *cuando me sale del corazón*, porque ahora mismo ella no estaría en clase de equitación, sino currando para pagarse esos gustos tan exquisitos que yo financio.

Isaac llega tarde al restaurante. Hemos quedado cerca de la estación de Sants, porque está a punto de salir de viaje. Se presenta con su chaqueta informal, sin corbata y con la mochila negra del portátil como único equipaje. Me estrecha la mano con su típica sonrisa de guaperas y sabelotodo.

—Montiel, cuánto tiempo sin verte —dice—. Menos mal que encontraste un hueco para saludar a un viejo amigo antes de que tenga que volver a Madrid.

Sonrío.

—¿Qué tal todo por allá?

—Congelándonos. En Madrid la primavera es traicionera. Aunque no tanto como en Zaragoza…

—¿No te vienes de vuelta a Barcelona?

—Me lo estoy pensando, la verdad. Hay cosas que me gustaría dejar atrás en Madrid, y creo que ha llegado el momento. Estoy muy

quemado en el periódico… Pero bueno, háblame de ti. ¿Cómo te va? ¿Dice Loreta que os casáis? Qué calladito te lo tenías, chaval…

¿Loreta va por ahí contándoselo a todo el mundo? ¿Pues no decía que se lo preguntase primero a su padre?

—Pues… todavía no es oficial —murmuro, sacudiendo la mano en el aire—. Pero supongo que se lo pediré pronto. Solo estoy esperando al momento adecuado.

Isaac resopla.

—Si ella es la adecuada, el momento adecuado es cualquiera —dice con los ojos entrecerrados.

—Eh… sí. Claro —respondo, porque no termino de desenredar esa frase filosófica que acaba de soltarme. Mi cabeza está enfocada en cosas más importantes, como la que estoy a punto de proponerle —. Supongo que sí… Bueno, dime, ¿todavía sales con esa chica del suplemento de gastronomía, o…?

Isaac sacude la cabeza, algo tristón.

—No, qué va. No funcionó. Éramos demasiado diferentes. Era muy supersticiosa, algo rarita, y tenía un altar muy raro en su casa.

—Vaya, qué lástima… Pero bueno, un altar no es tan malo, ¿no?

—Tenía una estatua negra con cuernos y le ponía velas cada día.

—Ah… ya veo.

Entrecierra los ojos.

—Pero cuéntame qué necesitas, porque seguimos siendo amigos. Me debe muchos favores.

Sonrío. Siempre ha sido un hombre listo.

Creo que voy a poder convencerlo de que me haga ese reportaje. Y tal vez… tal vez una cosita más, visto que hoy está de tan buen humor.

***

Después de comer con Isaac, él se va a tomar su tren, y yo regreso a la oficina. Antes de eso hago rápidamente un pedido en el supermercado online. En teoría, Loreta prometió hacerlo, pero ha vuelto a olvidarse, por enésima vez. Estoy harto de quedarme sin desayunar día sí, día no. Le envío un mensaje, para avisarle:

«Cariño, esta tarde pasará el repartidor a subirnos a la compra. Estarás en casa, ¿verdad? He puesto tu número de teléfono como contacto. Bss, S.»

Al entrar en la oficina, me encuentro a Rafael gritándole a alguien por teléfono. Se oye desde el pasillo.

—¿Cómo que se ha perdido el cargamento entero? ¡Son doscientos sacos de café especial, no una lata de sardinas! —le espeta a alguien, con la cara roja de frustración.

Me quedo en la puerta, observando. Unos minutos después, Rafael cuelga y se masajea las sienes.

—¿Es el envío que salió de Cartagena? —pregunto cuando se gira a saludarme.

Asiente.

—Necesitamos ese café. Y rápido. La tienda de Tarragona está sin stock desde hace una semana.

—Lo sé. Llamaré a nuestro contacto en la aduana. No te preocupes. Lo encontraremos.

Rafael suspira, agotado.

—No puedo más —confiesa—. Es como si nos hubieran echado una maldición. ¿Algo más puede ir mal? Primero lo de Txanchullo. ¿Y ahora, esto?

Le palmeo el hombro.

—Bueno, al menos tengo una buena noticia. Isaac va a convencer a su amiga del suplemento semanal de que haga un reportaje sobre nosotros, con la historia de la empresa y fotos de nuestros productores. Creo que eso terminará de solucionar lo de Café Txanchullo.

—Algo es algo. Anda, siéntate. Tómate un café conmigo y cuéntame qué más te ha dicho el periodista.

—Poca cosa. Tenía prisa por irse. Cogía un AVE para volver a Madrid. Ah… y creo que ha roto con su novia.

—¿Con cuál?

—No sé, una espiritista o algo así.

Rafael me mira de reojo.

—Algunos tiran la toalla en cuanto las cosas no salen como esperaban…

—¡Rafael! Por lo visto estaba como una cabra.

—Ya, pero Isaac lleva ya cinco chicas en dos años. Y, por cierto, hablando de chicas, *la pastelerilla de barrio* te echó de menos durante el desayuno —dice con tono travieso, frotándose la cabeza recién afeitada—. Me preguntó por ti.

Frunzo el ceño.

—Lo dudo. Me odia desde lo del concurso. Creo que nunca se olvidará de eso.

—Ya. —Rafael se encoge de hombros—. Pero, aun así, parecía decepcionada de que no estuvieras.

Resoplo.

—Seguro. Debe de ser deprimente perder a un cliente *tan bueno* como yo.

Rafael se ríe y se levanta a preparar café con la máquina que tiene detrás del escritorio. Regresa con dos *espressos* y me tiende el más lleno.

—Aquí tienes.

Lo olisqueo.

—¿Colombia Supremo afrutado? —intento adivinar.

Él asiente.

—Con notas de caramelo. Este es el nuevo.

Doy un sorbo y suspiro. Esto sí que es un buen café, y no esa agua turbia de calcetín que sirven por ahí.

El placer del café se diluye un poco cuando me llega la respuesta de Loreta al teléfono:

> *«¿Cómo se te ocurre pedir la compra sin preguntarme antes? Esta tarde voy a estar grabando vídeos y necesito silencio absoluto. ¡NO puedo ser interrumpida por el timbre ni por llamadas de repartidores del supermercado! CAN-CE-LA-LO.»*

Tomo aire lentamente y cierro la notificación. Está bien. Luego comprobaré si estoy a tiempo de cancelar el pedido. Mejor me paso

por el súper antes de regresar a casa y compro yo mismo lo que necesite. De todos modos, prefiero ir en persona. Y no es porque quiera pasar por la pastelería a ver cómo le va a Vega con lo de los precios, ni mucho menos.

—Por cierto —dice Rafael, como si me leyese la mente—, creo que deberías pasarte por la pastelería cuando tengas un rato.

Levanto una ceja, sorprendido. Dejo el móvil bocabajo sobre la mesa y vuelvo a coger la taza.

—¿Por qué dices eso?

—Porque *tu amiga* ni siquiera ha sabido desprecintar la cafetera que le prestaste.

Cierro los ojos.

—¿Me estás tomando el pelo? Y, que quede claro, Vega no es mi amiga. Es solo una… *antigua conocida*. Por circunstancias bastante desgraciadas, como bien sabes.

—Lo que tú digas. —Rafael suelta una carcajada—. Pero venga, Montiel, admítelo. Te mueres por ir a hacer el *Superman* un rato y enseñarle cómo funciona todo. Anda que no te encanta eso de rescatar damiselas en apuros… Te conozco como si fueras mi hermano.

Exhalo, largo y tendido.

—Menuda estupidez —murmuro, apurando el resto del café de un trago—. Eso no es verdad.

Pero, maldita sea.

A lo mejor Rafael tiene razón. Y, aunque no lo admita en voz alta, no me importaría echarle una mano a esa chica con su negocio. Al menos, eso es algo que se me da bien, y a todos nos gusta que alguien valore nuestro esfuerzo.

17

Vega

Al día siguiente, me levanto de un humor fabuloso, todavía flotando en la satisfacción de mi cursillo de pastelería. Todo salió de maravilla, a excepción quizás de la llamada en grupo con Elton.

Salgo a las calles de Barcelona antes de que despierte la ciudad, cuando aún huele a asfalto húmedo y a noche de primavera, y las farolas proyectan sombras alargadas sobre las aceras vacías.

Me encanta este momento del día: me recuerda que tengo una misión humilde, pero esencial. Hay gente que se queda en vela para atender urgencias en los hospitales. Otros reparten abrazos gratis en la boca del metro. Y yo, por mi parte, preparo abrazos en forma de croissants recién horneados y café calentito. Y creo todos estos métodos son válidos, y hacen del mundo un lugar mejor.

Llego a la pastelería y subo la persiana. Su sonido metálico, para mí, es como una banda sonora que anuncia que "ahora sí que empieza la mañana". Cierro la puerta por dentro y respiro hondo. Aunque la tienda está vacía y en penumbra, el olor a mantequilla y crema pastelera nunca desaparece del todo.

Aún no he vuelto a colgar los helechos que me cayeron en la cabeza la semana pasada. De momento, he improvisado: los he dejado sobre la repisa de la ventana y he colgado una guirnalda de luces LED doradas de clavo a clavo. Algún día aprenderé a usar un taladro. Está escrito en mi libreta, esa llena de tachones.

Miro por la ventana. Barcelona duerme, pero no seguirá así por mucho tiempo. En dos horas, las aceras estarán llenas de gente con prisa y el edificio de oficinas de enfrente se convertirá en un hormiguero de gente trajeada.

Aunque, ahora que me fijo… ya hay luz en una ventana del segundo piso.

Y hay alguien de pie junto al cristal.

Entorno los ojos.

¿Ese no es Sebastián Montiel?

Está ahí, con una taza de café en la mano, mirando directamente hacia mi pastelería.

Nos quedamos un momento así, en silencio, separados por la distancia y el cristal. Me saluda con la mano. Algo desconcertada, le devuelvo el gesto, sintiéndome torpe. Sin saber por qué, le sonrío.

Y juraría que él también a mí.

Pero, antes de que pueda confirmarlo, se da la vuelta y desaparece.

Sacudo la cabeza.

Qué hombre más raro.

Me quito la chaqueta, me pongo el delantal y me lavo las manos. Entro en el obrador, enciendo las luces y los hornos, y pongo la radio: música antigua pero bailable, para infusionar mis dulces de alegría y entusiasmo. Algún día les contaré este truco a mis alumnos, aunque dudo que funcione con los bodrios que escucha Consuelo.[3]

Empiezo por meter al horno lo que dejé listo ayer y luego me pongo manos a la obra con los croissants, que suelen ser la estrella de la mañana. Me dejé la masa preparada antes de irme, así que puedo pasar directamente a hacer el hojaldre. Empiezo estirando la masa en una lámina fina y luego la voy plegando con mantequilla una vez tras otra, mientras canto al ritmo de Doris Day. En la escuela de hostelería, mucha gente odiaba hacer hojaldre, por lo trabajoso que es. Pero a mí me encanta. Es como meditar, pero mucho más productivo y divertido.

Cuando el hojaldre está listo, lo dejo reposar y saco del horno los otros pasteles. Pruebo una esquina rota… ¡perfectos! Luego regreso a mi hojaldre y lo corto en triángulos. Lo enrollo, lo pinto con huevo y… *¡Voilà!* Hora de fermentar. Mi obra maestra está en proceso. Mientras, paso al siguiente proyecto: *financiers* y mis (pronto) famosos *macarons*.

La hora de abrir llega entre mis canciones retro y el olor a masa dulce recién horneada. Cuando por fin coloco la última bandeja en el

mostrador y abro la puerta, para la gente normal el día acaba de comenzar. Yo, sin embargo, llevo ya varias horas a mis espaldas.

Los dos primeros clientes entran enseguida, atraídos por el aroma a pasteles recién hechos.

El resto de la mañana pasa volando entre atender, hornear, servir cafés y recordarme a mí misma que debería beber más agua y comer menos profiteroles.

Sebastián y Rafael no bajan a almorzar. Qué raro. ¿A lo mejor se han buscado otro sitio a donde ir?

Pero entonces, ¿por qué me sonreía por la ventana? Ahora que lo pienso, a lo mejor no me estaba sonriendo, sino que se estaba burlando de mí: "Mira a esa pastelera paupérrima en su hábitat natural, rodeada de helechos mustios, con harina en la punta de la oreja y cara de no haber dormido en tres días."

Sacudo la cabeza y vuelvo al trabajo.

Miro los *macarons*: ¡casi no quedan! Y eso que les subí el precio. A la gente le da igual y los siguen comprando. Me pregunto qué más podría mejorar. Miro el mostrador en busca de respuestas.

¡Los croissants, claro que sí!

Intento hacer números mentalmente. El resultado no tiene sentido, pero hay algo que sí que sé con seguridad: esos chiquitines llevan mucha mantequilla de calidad, harina de fuerza, azúcar, sal, levadura fresca, leche, huevos… y tiempo. Madre mía, tantísimo tiempo… Si los hago a mano, con todo el proceso tradicional, no pueden costar poco más de un euro, como en esas cafeterías de franquicia. Pensándolo bien, debería hacer algo al respecto.

Tomo el bolígrafo, resuelta.

Es hora de ponerle un precio justo a mis *abrazos de mantequilla.*

Abro el cuaderno y apunto en una página nueva: "Precio de los croissants". Luego escribo: "coste de la mantequilla: ___".

No tengo ni idea de cuánto me está costando la mantequilla, y ahora mismo no sé dónde está la última factura. Quizás por eso, mi cerebro se distrae con la primera mosca que pasa. No quiero ponerme a buscar precios. Sin embargo, se me ocurre algo diferente. Algo que sé que no debería hacer.

Miro el móvil.

Un pensamiento, tan tóxico como irresistible, se cuela en mi cabeza.

¿Qué habrá pasado con ese vídeo que hizo la *influencer* sobre Dulce Sencillez? ¿Seguirá teniendo comentarios? ¿Habrán aparecido otros?

Intento resistirme. De verdad.

Duro exactamente tres segundos.

Abro la aplicación y tecleo #DulceSencillez.

Y ahí está.

El vídeo maldito.

Tantas visualizaciones que ni *La guerra de las galaxias.* Pero no es el único; más gente ha subido fotos. Me leo los comentarios uno a uno (habrá como 827, y mi salud mental me ruega que no lo haga). Muchos se burlan o critican, en particular mi tarta de galletas y mis brochetas de plátano y fresa:

> *«Postres de parvulario.»*
> *«Para eso me pelo un plátano y lo pincho en un palo.»*
> *«¿Dulce Sencillez? Más bien Dulce Mediocridad".»*

Uf. Por una parte, me alivia haber dejado de hacer mis postres caseros. Pero por otra… echo de menos ese toque alegre y personal que hacía que mi pastelería no fuese solo otra más en la ciudad. La "vitrina de dulces nostálgicos" era algo totalmente mío, creado entre mi madre y yo, que nadie más tenía en Barcelona. En cambio, ahora solo preparo cosas serias. Me salen realmente bien, aunque es algo totalmente mecánico: solo sigo las recetas de la escuela, que han sido probadas y testadas durante siglos.

Voy bajando, y me encuentro dos comentarios que me dejan pensativa.

Uno es de un tal @Rafaeldelcafé79:

> *«Pues a mí me encantaban esos postres caseros. Creo que, si los probaseis, no criticaríais tanto.»*

El otro es de alguien llamado @Aminameimportatuopinión (mi nuevo héroe anónimo):

> *«Yo echo de menos la tarta de galletas, lástima que durase tan poco. Ahora es solo una pastelería más. Está bien, pero antes tenía alma.»*

Suspiro, algo emocionada.

A ese le gustaba mi vitrina de tartas caseras…

Ojalá todos los clientes pensaran así. Pero, ¿qué son dos reseñas positivas entre 800 negativas? Está claro lo que piensa la mayoría.

Ay, qué duro es ser criticado en público.

Jamás pensé que para exponer mi talento y mi trabajo necesitaría también tener los nervios de acero.

Por un instante, siento la tentación de mandar a todos a freír espárragos, y hacer solo lo que me pide el corazón.

Pero no puedo. No me atrevo.

No quiero volver a exponerme, preparando cosas que causan polémica y que hacen que se burlen de mí en masa.

Apago la pantalla y me guardo el móvil en el bolsillo de los vaqueros. Porque ahora, además, uso pantalones vaqueros. Ya ni siquiera tengo ganas de ponerme mis vestidos de Betty Boop. Después de tanto *cyberbullying*, me da vergüenza hasta mirarlos en el armario.

Mi madre va a tener razón con su teoría del apocalipsis digital. Según ella, pronto todos llevaremos gafas de realidad virtual a diario, nadie comerá galletas de verdad, y yo tendré que dedicarme a dibujar hologramas de pasteles en el metauniverso. Pero estaremos todos delgadísimos de comer solo hologramas, lo cual es una ventaja.

Me meto otro profiterol en la boca. Hay que aprovechar mientras son de verdad.

Unos golpecitos en el cristal de la puerta me hacen dar un respingo.

¿Quién demonios será a estas horas?

18
Sebastián

Salgo tarde del trabajo, pero antes de regresar a casa me detengo en el supermercado asiático al final de la calle, en busca de mi desayuno de mañana. Me hago con un buen cargamento de huevos, aguacates y leche de coco. Lo pago todo, pero luego doy la vuelta y decido añadir también pechugas de pollo precocinadas y setas shiitake para la cena, ya que no me apetece pedir comida de restaurante otra vez. Preferiría algo más simple y casero, para variar.

Regreso hacia el aparcamiento con mis bolsas. Podría usar la entrada lateral, pero un imán invisible me lleva de vuelta por la calle principal, por la misma acera donde se encuentra Dulce Sencillez.

Hoy tampoco he bajado a almorzar; estábamos demasiado ocupados buscando el cargamento de café que se perdió en ruta desde Colombia. Me pregunto si, dentro de un par de meses, empezarán a aparecer peces rapidísimos con sobredosis de cafeína, o ballenas con insomnio que se tragarán barcos de un bostezo.

Me asomo disimuladamente a la ventana de la pastelería, y al principio pienso que Vega ya se ha marchado, porque no veo a nadie. Pero la persiana sigue subida, y se ve una luz tenue al fondo.

Me acerco a la puerta, y entonces la veo: está agachada detrás del mostrador, rebuscando algo por debajo.

Doy un par de golpecitos en el cristal y, al instante, me mira. Sonrío un segundo, recordando que hace dos días que no la veo, y casi echo de menos sus insultos pasivo-agresivos. Pero enseguida me pongo serio, me enderezo y carraspeo para disimular la sonrisa.

—Está cerrado —anuncia, como si no fuera obvio—. Pero si vienes a por tu botella de agua, te la he reservado en ese rincón. Tienes suerte, porque con la avalancha de clientes de hoy, casi se matan por hacerse con ella.

—Gracias. Nadie sirve un agua más… transparente que la vuestra.

—*Mía.* Soy solo yo. Ya te lo dije.

Miro alrededor, y por primera vez, me cala la enormidad de que ha conseguido montar todo esto ella sola. Está sacando adelante un negocio solo con sus dos manos, día y noche.

Sinceramente, me parece alucinante.

Increíblemente admirable.

No es fácil empezar de cero, pero menos aún, cuando trabajas en solitario. Ni siquiera yo, cuando fundé Cafés Montiel, habría llegado a lanzarme si no hubiera sido por Rafael, que se ofreció a acompañarme en el primer viaje de investigación cuando le expliqué mi idea, que por entonces sonaba descabellada. Al final le pusimos mi nombre a la marca, pero solo porque él se apellida García, y eso no habría sido demasiado memorable.

—Deberías contratar a algún ayudante —le sugiero a Vega.

Ella abre la boca y se la cubre con la mano, en un gesto de sorpresa fingida.

—¿No me digas? ¡No se me había ocurrido! —Se rasca la cabeza con teatralidad—. Ah, pero hay un problema… ¡Es que los ayudantes cobran!

Me siento un poco estúpido por mi comentario. Seguramente, eso ya lo había pensado ella sola.

Señalo la cafetera gigante, que sigue ahí, reluciente, con los cacillos aún envueltos en el precinto de plástico transparente.

—Si quieres te puedo ayudar a poner en marcha ese monstruo. No te cobraré por ello, y acepto botellas de agua en pago.

Vega me dedica una sonrisilla torcida, y se ahueca un poco el pelo, recogido en un moño desordenado.

—Bueno, si no es mucha molestia…

—Ninguna en absoluto. Y si quieres, te enseño a usarla. —Señalo las instrucciones, que siguen en la bolsa también—. ¿O te las has leído ya?

Resopla.

—Mira, yo no tengo tiempo de leer libros de instrucciones…

Por la forma en que contesta, con ese tono defensivo, sospecho que sí habría podido hacerlo, pero no tuvo ganas.

Asiento, me acerco a la máquina y la enchufo. Luego quito el precinto, enciendo el molinillo y echo un vistazo a las bolsitas de café que le entregaron el otro día.

—Vaya. ¿No te dieron el Colombia Supremo? Es mi preferido. En fin, da igual. Haremos este, 100% arábica. Tampoco está mal.

—¿Qué diferencia hay?

—Es el más suave de todos, y lo cultivamos en las montañas, en zonas más altas de tierra volcánica.

Me mira intrigada, casi como si le interesase.

Yo abro la bolsa y echo los granos de café en el molinillo.

—Aquí eliges si quieres la molienda fina, gruesa o media —explico, mostrándole el botón.

Frunce el ceño. Se pone a mi lado, y noto que no usa colonia, pero aun así huele a galletas, mantequilla y mermelada. Es el aroma más delicioso que he olido nunca, y supera a todos los perfumes de lujo del mundo.

Sacudo la cabeza. Pero, ¿en qué estoy pensando? Ella sigue hablando del café, pero yo me he perdido.

—Hojeé vuestro folleto, pero no conseguí entender por qué todo eso es tan importante —está diciendo. Luego mira con cariño su vieja cafetera, una Faema vintage preciosa, pero con aspecto de haber lidiado muchas batallas en su larga vida—. Fátima me hace la vida muy fácil: solo hay que apretar el botón y el café sale. No hay que hacer un máster antes.

—Eso… sí, está muy bien —digo—. No es que la otra sea mala. Pero las mejores cosas en la vida suelen ser las que cuestan un poco de esfuerzo.

Caramba. Ya parezco Isaac con su filosofía de galleta de la suerte.

Cargo el café molido en el cacillo y lo ajusto en la cafetera. Luego lo saco y la invito a que pruebe a hacerlo ella misma. Nuestros dedos se encuentran sobre el mango, pero aparto la mano deprisa.

—Aquí puedes elegir si quieres un *espresso*, un café largo, o lo que sea.

Le señalo las tacitas dibujadas sobre la máquina, mientras intento mantener el pulso firme. Vega aparta mi mano para ver mejor las teclas, y siento sus dedos suaves y cálidos sobre el dorso de mi mano. Luego me mira de reojo.

—Eso es igual que en la mía.

—Bien. Entonces haz un café con leche. Así pruebas también a hacer espuma.

—Soy capaz de hacer espuma de leche. He trabajado en varias cafeterías antes.

—¿Pero sabes que si te pasas de temperatura se vuelve amarga?

Me suelta una mirada rápida con esos ojos negros como la noche. Por un momento, parece desconcertada, pero al instante su gesto cambia.

—Pues claro que lo sabía —me suelta—. Mejor que tú, que ni siquiera tomas leche. Tiene colesterol, y pelos de vaca, y no sé qué más.

—Pelos de vaca… —murmuro, incrédulo, sin poder contener la sonrisa que se me escapa—. Menuda ocurrencia…

Empujo hacia ella la jarrita de inox. Está tan cerca que el aire entre nosotros parece volverse más denso, conectándonos de una manera invisible.

Vega mete la jarrita bajo la punta de la lanza de vapor.

—¿Lo ves? —dice desafiante—. Soy capaz de calentar leche. ¡Sorpresa!

—Sí, pero espera. Si lo pusieras así… —susurro, y tomo su mano entre mis dedos para ajustar el ángulo de la jarra.

Vega aprieta el botón y la gira un poco, pero lo hace demasiado rápido y se le forman unas burbujas enormes. Le quito la jarra, deteniéndome un instante de más con mi mano sobre la suya, y tiro la leche al fregadero, bajo su mirada afrentada. El calor de su brazo contra el mío es un recordatorio de lo cerca que estamos. Trago saliva.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunta, cruzándose de brazos.

—Hay que girar la jarra más despacio. Queremos airearla, pero solo lo justo. Mira.

Sus ojos siguen cada movimiento como si lo analizase. Tras unos segundos, le muestro el resultado: una espuma de leche perfecta, que he aprendido a hacer tras años de práctica y demostraciones.

—¡Es lo mismo que he hecho yo! —protesta Vega, frustrada—. Yo creo que esta máquina me tiene manía. Le caigo mal.

Me aguanto la risa, aunque me cuesta.

—No es que le caigas mal; es solo que deberías… —Me inclino ligeramente, sacando un café largo. Luego vierto la espuma encima y le tiendo la taza con una sonrisa de provocación.

—¿Solo debería *qué?* —pregunta desafiante, mirando el café con leche sin tocarlo.

Sonrío de lado.

—Solo deberías hacerlo bien.

—Eres insoportable.

—Gracias.

Le lanzo una mirada divertida mientras me apoyo en la barra, disfrutando de ese momento relajado entre nosotros. Ella me da un leve empujón con el codo, pero yo me quedo quieto, observándola. Por un instante, un pensamiento absurdo cruza mi mente. Su cercanía, su mirada desafiante…

Y entonces me doy cuenta: Vega es sexi. Increíblemente sexi. Sin saber cómo, me estoy imaginando cómo sería su trasero debajo de los vaqueros, y qué habrá debajo de esa camiseta, y algo comienza a despertarse en mis pantalones…

—¿Hola? —dice Vega, dando una palmada—. ¿Sigues ahí?

Tomo aire y siento una ola de calor que me sube por las mejillas. ¿Pero qué puñetas acaba de pasarme?

Aparto la mirada de ella y me limpio las manos en un paño blanco.

—Pues nada —le digo, sintiéndome incómodo de pronto—. Ahora ya sabes cómo funciona. Por si algún día *Fátima* quiere tomarse vacaciones.

—Genial. —Vega pestañea y se aclara la garganta, casi como si me hubiera leído los pensamientos—. Supongo que debería darte las gracias.

—Definitivamente.

Me mira con sospecha, pero también con curiosidad. Casi como si esperase alguna sugerencia de *cómo* agradecérselo. Luego añade:

—Y supongo que debería decirte que la gente sigue comprando *macarons*, aunque haya subido el precio.

—No me extraña. Son fantásticos —digo sin pensar.

Se acerca de golpe, y de repente, su rostro está a dos dedos del mío. Me quedo paralizado, sin entender lo que está a punto de hacer.

La tensión en mi pecho crece, y por un segundo pienso en Loreta, en el hecho de que estoy aquí, en una tienda cerrada, con esta mujer hermosa que me odia, o quizás no, y está cerca, tan cerca... solo con ella. Mis pensamientos se nublan, y es como si el tiempo se detuviese. Pero entonces, Vega me da un par de golpecitos en el hombro, mientras con la otra mano finge usar una lupa sobre mi ojo.

—¿Eres Sebastián Montiel, o el alienígena que lo ha abducido? —pregunta, y da una vuelta a mi alrededor, como si yo fuera una estatua en el museo.

No tengo ni idea de qué está hablando.

Doy un paso atrás, confundido por el giro que ha dado la conversación, aunque sonrío un poco ante su actitud juguetona.

—¿Se puede saber de qué hablas? ¿Qué alienígenas?

—¿Cómo narices te atreves a afirmar que mis postres son fantásticos, si nunca has probado ninguno?

Se pone los brazos en las caderas, con aire beligerante.

—En realidad, sí que he probado algunos —digo, y me arrepiento al instante.

Su cara se ensombrece.

Creo que, al igual que yo, acaba de recordar el concurso de tartas, y las palabras horribles que pronuncié sobre sus tartaletas de vainilla con fruta en aquel momento.

Era solo parte del guion; en realidad estaban deliciosas, por mucho que me pese. Pero si se lo dijera ahora, sonaría a mentira piadosa.

—Ya —dice secamente—. Pues entonces, con más razón. Ambos sabemos lo que opinas de mis dulces. En particular, ciertas

tartaletas.

También podría confesar que he probado más cosas suyas, y que todo fue celestial. Por ejemplo, esa milhojas de crema que le robé a Rafael del plato mientras hablaba por teléfono con Sara... Era crujiente, ligera, con el dulzor justo… pero no voy a ponerme en evidencia de esa manera. Tengo mi honor, después de todo.

—Bueno, está claro que a la gente le gustan —digo, intentando arreglarlo.

—Sí, *a la plebe*, ¿verdad? —Su tono se vuelve sarcástico—. ¿Cómo dijiste en aquel programa? ¿"Opio para las masas"?

Me quedo cabizbajo un instante, recordando las palabras que salieron de mi boca en esa emisión televisiva. Un suspiro escapa de mis labios, pero rápidamente me repongo. No hay mucho que pueda hacer ahora, años después.

Busco mis bolsas de la compra con la mirada, sintiendo que necesito escapar de esa pastelería cuanto antes.

—Tengo que irme, se… Se me va a descongelar el pollo. Esto… buenas noches —digo, con más frialdad de la que quisiera.

Abro la puerta.

Camino hacia el coche a paso rápido, con la cabeza llena de pensamientos encontrados. Me gustaría pensar que ver a Loreta al llegar a casa será un alivio, que su presencia me dará algún tipo de consuelo, pero la verdad es que ni siquiera tengo ganas de regresar, ni de oírla hablar de sus vídeos, sus seguidores y sus malditos anillos.

Pensándolo bien, quizás vaya al gimnasio; no cierra hasta las once.

En este momento, no sé qué hacer conmigo mismo, ni cómo arreglar todo lo que hice mal en el pasado, y que ya no tiene vuelta atrás.



Cuaderno de Recetas de Vega

MILHOJAS

Los milhojas no tienen mil hojas (igual que los ciempiés NO tienen 100 pies), pero aun así requieren muchas capas de paciencia.

Dicen que la paciencia es una virtud … y que el hojaldre perfecto solo se logra con tiempo y precisión. También dicen que tratar conmigo requiere un nivel sobrehumano de paciencia. Pero, sinceramente, el Sr. Montiel no se queda atrás.

Ayer logró sacarme de quicio hasta el límite. Si fuera un postre, definitivamente no sería un milhojas: sería algo como un croissant relleno de crema de chorizo. Atractivo por fuera, pero por dentro … una sorpresa desagradable. A menos que te guste mucho el chorizo, claro. En ese caso, felicidades: has encontrado a tu media naranja. O a tu medio croissant. O lo que sea, pero que sepas que eres un rarito.

19
Vega

Sebastián no vuelve a aparecer por la pastelería, aunque Rafael sigue bajando de vez en cuando y me cuenta que están muy ocupados resolviendo problemas internos en Cafés Montiel.

A cada día que pasa, más me arrepiento de haber sido tan sarcástica con Sebastián cuando vino a ayudarme. Después de todo, pasó por la pastelería después del trabajo, en vez de dirigirse a casa e ignorar mis dificultades. Lo hizo con la intención de ayudarme, y eso es mucho más de lo que hace la mayoría de la gente.

Porque, seamos realistas.

Llevo ya casi dos meses regentando Dulce Sencillez, y nadie me ayuda con esto. Lo sabía desde el principio, y lo acepté, pero es un peso muy grande para cargarlo sola sobre mis espaldas, y algunos días me siento sobrepasada y con ganas de mandarlo todo al garete.

Sí, tengo el apoyo moral de mi madre, y al grupo de repostería, que va avanzando y ya es capaz de montar claras y hacer merengue (todos menos Günther, que se pasó la última sesión tratando de hablar con sus hijos por videollamada, a voz en grito y en alemán).

Hoy miércoles me he planteado un reto: voy a enseñarles a hacer *madeleines*. Ya tengo las bandejas y las mangas pasteleras preparadas. Me da muchísima ilusión ver cómo les salen, y, sobre todo, me muero por ver su cara cuando las prueben al final de la clase.

Kevin y Brayan llegan los primeros y aparcan las motos frente a la puerta.

—*Ye* —me dicen por saludo, levantando la mano para que les choque los cinco.

Yo les devuelvo el saludo, un poco torpe.

—Esto… *¡ye!* —digo, suponiendo que es la respuesta correcta—. ¿Venís preparados? Hoy hablaremos del equilibrio entre crujiente y tierno en las galletas, y aprenderemos técnicas para dar forma y decorar…

—Vega, no es por nada, pero esa pared está llena de clavos medio despegados —comenta Brayan, señalando el lugar donde, semanas antes, se encontraban mis macetas metálicas con helechos —. Me parece que esa guirnalda de luces LED está a punto de caerle en la cabeza a algún cliente tuyo.

—Nah —respondo quitándole importancia—. No te creas. Lleva ahí ya un tiempo, y no se despega… Mira…

Me acerco a enseñárselo y me callo de inmediato, porque tiene razón. La mayoría de los soportes adhesivos están a punto de desprenderse de la pared. ¿Cincuenta kilos de resistencia, en serio? Cuando vuelva a ver al de la ferretería, se va a enterar…

—Si quieres, yo te los cuelgo —se ofrece Kevin—. ¿Tienes herramientas?

—Sí, claro. Báscula, termómetro, soplete, batidora…

—¿Taladro?

Sacudo la cabeza.

—Ah, no. De esas, ni una.

—Tranqui. Cojo la moto y voy a casa a por el mío. ¿Necesitas que te arregle algo más?

Pestañeo.

¿Acaban de entrar dos ángeles con los calzoncillos por fuera, y no me he dado cuenta?

—Pues bueno… Ya que os ponéis… Ahí tengo unos cuadros por colgar, y las puertas de los armarios del obrador están bastante torcidas. Una ya ni cierra. Y bueno, la cadena del váter gotea, pero…

—*No problem* —dice Kevin—. Esto está más que controlado. Nosotros nos encargamos.

Desaparece con un petardeo de su moto trucada, y su hermano se acerca a quitar la guirnalda, antes de que se estrelle contra el suelo y se rompan las bombillas.

—¿Entonces hoy hacemos *madeleines*? —comenta Brayan mientras enrolla el cable—. Mola.

Le explico el plan del día, y mientras, van llegando los demás. Charo planta una garrafa gigante de vino en el mostrador, y empieza a sacar tazas para llenarlas. Mi madre reparte los delantales, y Toñi me pide la receta para ir pesando los ingredientes para cada uno (es su tarea preferida).

—¡Os he hecho a todos gorritos de cocinero de ganchillo! —exclama Consuelo, sacando una bolsa llena de gorros psicodélicos que parecen cualquier cosa menos gorros de cocinero.

Entretanto, Kevin regresa con una pequeña caja de herramientas. La pone sobre una mesa y empieza a sacar tacos, alcayatas y brocas.

—¿Dónde te los cuelgo? ¿Aquí te va bien? —pregunta, señalando la pared. Yo asiento, y él llama a su hermano—. ¡Brayan, ven aquí! Sujétame esto.

Consuelo los observa, admirada, y se acerca a inspeccionar su trabajo con ojo crítico.

—Chicos, no sabía que se os daba tan bien el bricolaje —comenta.

—Kevin está estudiando un módulo de Fabricación y Montaje —aclara Brayan—. Le encanta hacer agujeros.

Consuelo se frota las manos.

—¿En serio? ¿Y no podríais venir un día a mi casa? Se me están cayendo los armarios de la cocina.

—Pues claro, Consuelo —dice Kevin, montando la broca sobre el taladro—. Cuando quieras.

—¿Y a mí no podríais ayudarme a bajar un mueble viejo al contenedor? —se suma Toñi—. Vivo casi al lado de Consuelo…

Los gemelos se miran, y Brayan sacude la cabeza, reprendiéndola con la mirada.

—Está bien, iremos también a tu casa.

Amina lo mira fijamente, y hay algo de orgullo en la mirada. Orgullo y… ¿cariño? Me pregunto si no fue ella el motivo de que Brayan se uniera al curso. Sin duda la miraban a ella ese día, no a mí.

Sonrío.

Quizás no fue tan mala idea invitar a estos dos "gánsteres" al grupo de repostería.

—Por cierto, Vega —me dice Laia, mostrándome el móvil—. Enhorabuena por el reportaje que te hicieron este fin de semana en el suplemento gastronómico del periódico.

—¿Reportaje? ¿Qué reportaje?

Me acerco a mirar y me muestra la foto de un artículo breve. Parece una columna en una revista. Menciona Dulce Sencillez, diciendo que aquí puedes disfrutar de "auténticos dulces franceses, sin viajar a París".

—Guau —digo asombrada—. ¡No tenía ni idea de esto! No sé cómo me habrán encontrado.

—¿En serio? —Laia se ríe—. Mi madre compra el diario cada domingo, y cuando vi el nombre de tu pastelería le hice una foto. ¡Me alegré muchísimo por ti!

No tengo ni idea de cómo se le ha ocurrido al suplemento gastronómico hacer esta columna sobre mi negocio, pero es una noticia fantástica, y espero que sirva de promoción para la pastelería.

Cuando Kevin y Brayan terminan de hacer agujeros y cuelgan las macetas, los demás me ayudan a barrer el suelo. Todo queda como nuevo, casi mejor que el día de la apertura.

—Gracias, chicos —digo, abrazando a mis dos gánsteres, que huelen un poco a tabaco—. Sois los mejores.

—Qué va. La mejor eres tú, chiquilla —me dice Charo, acercándose por detrás con la escoba—. No sabes lo bien que nos lo pasamos contigo. ¡Venga, un aplauso para la maestra!

De pronto, todos a mi alrededor irrumpen en un aplauso, y siento que se me van a saltar las lágrimas de la emoción.

Miro por la ventana para que no se den cuenta de que tengo los ojos vidriosos, y justo en ese momento pasa por la acera Sebastián.

Nuestras miradas se cruzan, y él se detiene un momento a observarme, con aire nostálgico. Intento limpiarme las lágrimas para que no se dé cuenta. Como tengo los ojos enturbiados, no estoy segura de verlo, pero me parece como si también él se uniera mudamente al aplauso, desde la distancia.

Es imposible saberlo porque, un instante más tarde, desaparece sin dejar rastro.

20
Sebastián

Ver a Vega de nuevo, después de varios días, me deja con un extraño sabor de boca: algo entre irritación conmigo mismo y una nostalgia absurda.

Pero sé que son tonterías; me dejó bien claro lo que piensa de mí. Todavía me guarda rencor, y no la culpo.

Es tarde; camino hacia el coche de vuelta a casa, balanceando las llaves en el dedo índice.

Entro en el garaje y pienso en cómo, cuando estoy tomándome un café en la oficina, termino caminando hasta la ventana y mirando hacia abajo sin querer. No sé por qué, pero me relaja observarla moverse como una hormiguita por la pastelería. Está siempre ocupada, con las manos llenas de bandejas y platos, o charlando con algún cliente.

Arranco el coche. Espero que le funcione bien la cafetera nueva. Rafael me ha dicho que la usa a diario. Y de momento no ha explotado.

Por mi parte, he estado hasta el cuello con el negocio, rastreando el cargamento de café perdido como Indiana Jones en busca del Arca, encadenando reuniones con marketing hasta la madrugada y tratando de recomponer lo que la mala suerte está intentando hacer pedazos.

Sorteo el tráfico de Barcelona mientras pienso en lo fácil que es perder la buena reputación, y lo condenadamente difícil que resulta restaurarla. Un solo vídeo público, o un comentario desconsiderado, escrito sin pensar, pueden hacer más daño del que uno imagina.

Ojalá la gente se detuviera a pensar en eso antes de publicar tonterías envenenadas.

Pero bueno. Por fin estoy en casa, y puedo dejar atrás todo eso, hasta mañana por la mañana.

Aparco en el sótano y subo en ascensor hasta nuestro ático. Bueno, técnicamente es mío, pero desde hace un par de años lo comparto con Loreta.

Apenas cruzo la puerta, me recibe el sonido de una noticia de prensa rosa. Loreta está en el centro del salón, mirando la pantalla del móvil. Aún lleva su ropa de pilates y una coleta lisa y estirada, y bebe agua de coco de una copa aflautada.

—¿Qué te ha parecido mi último post? —pregunta al verme, alzando la copa en saludo—. ¿Has visto el comentario de Cayetana?

Dejo la bolsa del portátil en una silla y echo un vistazo alrededor. El salón, con su planta abierta que conecta con la cocina, parece haber sido arrasado por un tornado. Hay cajas de comida china amontonadas en la mesa de centro, ropa de Loreta desperdigada por los sofás y su maquillaje se encuentra extendido por la mesa del comedor, junto con los focos y los trípodes que usa para grabar. En la cocina, la encimera está invadida por restos de fruta y verdura, y la licuadora, con los restos resecos de algún brebaje verde, me dice que debe de haber engordado siete gramos y ha vuelto a una de sus dietas raras.

—Hola, cariño —respondo, inclinándome para darle un beso breve en los labios—. No me ha dado tiempo a mirar tus publicaciones todavía.

Loreta suspira con dramatismo y señala la nevera.

—Te he dejado batido de kale bio, por si tienes hambre. Ya sabes que en abril toca *detox* primaveral. Nada de cenas copiosas.

Lo único que he comido en todo el día son dos barritas de proteínas y siete cafés sin leche. Obviamente, estoy deseando engullir un poco de agua de ciénaga refrigerada para terminar bien el día.

Abro la nevera en busca de algo para cenar que se encuentre en estado sólido, pero solo veo fruta. Maldita sea, ni que fuéramos gorriones.

—Cariño, ¿te suena haber visto los dos solomillos que compré ayer? —pregunto, rebuscando en el cajón de las verduras.

—Ah, sí, me los comí al mediodía.

—¿Qué? ¡Pero si los iba a hacer para cenar!

—Ya, pero como comprenderás —replica con voz cansada—, necesitaba algo reconfortante que me diera ánimos para empezar con la dieta *detox*.

Por todos los diablos, esto es el colmo. ¿Otra vez me quedo sin cena?

Abro el congelador y encuentro una bolsa de gambas congeladas, que acto seguido lanzo en el microondas bajo la mirada reprobatoria de Loreta.

—Voy a hacerme una ensalada de aguacate con gambas —le aclaro, porque me mira como si estuviera haciendo sopa con mis zapatos—. ¿Quieres?

Sacude la cabeza mientras yo me dispongo a pelar mis aguacates.

—No, gracias. Ya te he dicho que estoy de detox. Y, además, me siento un poco decaída.

Suspiro. Quizás soy un poco desconsiderado con ella a veces. Si lo pienso, se pasa la mayor parte del día en ese apartamento, surfeando las redes o chateando con sus amigas, y yo no le dedico suficiente atención. Me siento culpable por ello. Trabajo demasiado y la estoy descuidando.

Dejo los aguacates a un lado, me limpio las manos y me siento a su lado en el sofá, frente al enorme ventanal que muestra el skyline de Barcelona de noche. La vista es preciosa. Me pregunto por qué no me siento más a menudo a admirarla, aquí, con ella.

—¿Qué te pasa, cariño? —le pregunto, apretando su mano entre las mías—. ¿Has tenido un mal día?

Niega con la cabeza. Sus ojos se endurecen de pronto, y alarga la mano hacia la mesa de centro. Debajo de todas las cajas de comida para llevar vacías hay una pila de libros y revistas. Coge la primera y me la tiende.

—He visto el suplemento de gastronomía del domingo —dice a secas.

Asiento.

—Sí, gracias a Isaac nos han hecho un artículo a doble página muy beneficioso. Creo que está ayudando un poco, aunque los resultados de estas cosas son difíciles de medir…

Loreta resopla, abre la revista sin decir nada y me señala un artículo más pequeño. Se trata de una columna en una esquina, sin fotos. Es la que escribieron para Dulce Sencillez, a petición mía.

—Me refería a esto —dice con mala cara.

Me encojo de hombros.

—Es un artículo sobre una pastelería —digo como si nada.

—¡Sebastián! —grita furiosa—. ¡Sé perfectamente cuál es! He hablado con Isaac. Me ha dicho que comisteis juntos y que fuiste tú quien les pidió que lo escribieran. —Se gira hacia mí, con los ojos vidriosos de rabia contenida—. ¿Por qué, Sebastián? ¿Por qué? ¡Ese lugar va en contra de todos nuestros principios alimenticios!

Tomo aire. No puedo creer que esto esté sucediendo de verdad, y menos a estas horas, y con el hambre que tengo.

—Es cierto —admito—. Yo se lo pedí.

Loreta me mira con absoluta incredulidad, y noto que está a punto de explotar de nuevo, así que alzo la mano para que me deje hablar.

—Esa chica trabaja día y noche para sacar adelante su pequeño negocio. El vídeo que publicaste la hundió bastante, así que pensé que le debíamos una compensación.

—Yo estaba haciendo una gran labor, ¡ya oíste a Cayetana y a William! No solo eso: ¡usaste a un amigo mío para ayudar a una… vendedora de azúcar! ¡A una pastelera!

La palabra *pastelera* suena igual que *prostituta* en sus labios.

—Loreta, por favor. Es una persona, como tú y como yo, luchando por ganarse la vida. Creo que te pasaste un poco, y estaba tratando de remediarlo.

—¡Es una minorista de grasas saturadas! ¡Una embozadora de arterias!

Deja la copa vacía en la mesa, con un estruendo. Inspiro hondo, poco impresionado por su drama.

—Cariño, entiendo que quieras llevar una vida sana, pero creo que esto se te está yendo de las manos…

Loreta se pone tensa. Su rostro, normalmente pálido, está rojo de furia.

—La vida keto es la razón de ser de mi perfil de Insta, ¿no lo entiendes? ¡Yo, Loreta Caballero-Wright, soy la personificación de la vida cetogénica y del triunfo de las proteínas!

Me levanto porque el estómago me está rugiendo y veo que esta discusión no nos va a llevar a ninguna parte. Empiezo a cortar mi aguacate en silencio, añadiéndole tomates cherry, queso feta y las gambas descongeladas. Un chorrito de aceite de oliva y, al menos, podré acallar el hambre.

Loreta me sigue, se apoya en la encimera y me mira con rencor.

—No puedo creer que te dé igual todo esto —dice con un resoplido—. Y, ¿sabes qué más pienso?

No contesto, pero sé que va a decírmelo de todos modos.

—Pienso que deberíamos hacer lo de los ratones. Fue idea tuya, el primer día que entraste en esa pastelería, y creo que fue la mejor que has tenido en mucho tiempo.

Alzo las cejas y la empujo suavemente para que me deje llevar el plato a la mesa.

—No tengo ni idea de a qué te refieres —digo mientras aparto su set de grabación para hacerme un hueco.

Ella se queda de pie junto a la mesa, mirando mi ensalada con algo que parece envidia.

—¿De verdad no te acuerdas? —Resopla—. ¡Hombres! No recuerdan los cumpleaños, ni tu helado preferido, ni siquiera lo que dijeron hace un par de semanas.

—Tu cumpleaños es el diecisiete de marzo —la interrumpo—. Y te gusta el helado de crema de cacahuete.

Suelta un gruñido, y crispa los nudillos sobre el respaldo de la silla que hay frente a mí, todavía de pie.

—¡Da lo mismo! —exclama—. El primer día que fui a esa pastelería, tú dijiste que lo mejor que podría ocurrir era que tuvieran una plaga de roedores y les cerrasen el negocio. ¡Que podríamos incluso soltarlos nosotros, para hacer un servicio a la salud pública! ¡Para que Cayetana pudiera por fin abrir su tienda de fitness!

Ah, pues ahora que lo dice, me suena un poco.

—Digo muchas tonterías a veces —comento, pinchando un trozo de queso feta—. No es preciso que te las tomes todas en serio.

—¡Sebastián! —Su voz se quiebra, como si estuviera a punto de llorar—. ¿Tú… tú me quieres?

—Yo… —dudo un instante.

¿La quiero?

¿O estoy con ella porque fantaseaba con un estatus social que nunca tuve, y la experiencia de pertenecer a una "familia de bien"?

Por suerte, no me deja terminar la frase.

—Si de verdad me quieres, ¡vamos a hacerlo!

—¿Hacer qué?

—Vamos a soltarle una plaga de ratones. Hazlo por mí. Para demostrarme que te importo más que ella.

Dejo caer el tenedor sobre el plato de cerámica, y el ruido nos sobresalta a los dos.

—¿Te has vuelto loca o qué? Pero si solo la conozco de vista. ¿Cómo me va a importar más que tú?

—Rafael dice que vas a verla muchas veces.

—¡Voy a hacerle compañía a Rafa, y bebo agua mientras él come tarta!

Los ojos de Loreta, azules y llorosos, me miran casi con súplica.

—Sebastián, por favor. Hagámoslo juntos. ¡Será divertido! Conseguiré ratones de laboratorio y los soltaremos en los baños. Y cuando todos los clientes salgan corriendo, y los de sanidad por fin cierren ese antro de carbohidratos refinados, nos reiremos juntos de esos pobres ingenuos que no entienden de nutrición.

No se ríe. No es una broma.

—No te lo tomes a mal, Loreta, pero si lo estás diciendo en serio, creo que deberías de ver a un terapeuta. Si quieres, podemos ir juntos, y…

Loreta golpea la mesa con ambas manos, haciendo temblar los trastos sobre ella.

—Debería darte vergüenza —escupe, con el rostro crispado—. Yo, que acepté salir contigo, aunque fueras un don nadie. Yo, que tengo un apellido con solera y me merecía a un hombre con clase, con propiedades, educado en el extranjero… Pero, en cambio, te acepté a ti, a pesar de todas tus carencias, a pesar de que naciste en un barrio bajo y llegaste a trabajar de lavaplatos. ¿Y ahora me tratas

así? ¿Te burlas de mis principios, te niegas a hacer lo único que me haría feliz?

Sacude la cabeza, horrorizada, aunque no tanto como yo después de lo que acaba de decirme.

No tengo palabras. Estoy en shock.

—Sebastián, lo nuestro ha terminado —anuncia, y se deja caer en el sofá, sollozando—. ¡Mi padre tenía razón, los nuevos ricos no son de fiar! Y pensar que estuve a punto de casarme contigo… ¡Vete! ¡Vete donde no pueda verte!

Sigo ahí, helado, incapaz de procesar todo lo que ha ocurrido en los breves minutos que tardé en preparar una ensalada y comerme un tomate.

—¡Vamos, vete! —repite entre lágrimas.

—¿Puedo terminarme la cena, al menos? —pregunto en mi estupor.

—¡Largo de aquí! —grita.

Esto es increíble.

Primero me insulta de todas las maneras posibles, y ahora me echa de mi propia casa.

Pero la veo tan mal, llorando, hecha un ovillo, que me da pena y no soy capaz de protestar. Esperaré a que se calme. Hablaremos mañana.

Exhalo, cojo la mochila con mi portátil y la miro, abrumado por su reacción exagerada.

—Está bien —digo en voz baja—. Siento que pienses todas esas cosas de mí, pero me alegra que me lo hayas dicho ahora, y no después de habernos casado. O, peor aún, después de tener hijos juntos.

Cojo un par de cosas del dormitorio, las meto en la bolsa del gimnasio y luego regreso al salón, de camino a la puerta.

—Por cierto, Loreta —digo—. Me voy, si es lo que quieres. Pero te pediría, si no te causa mucha incomodidad, que vuelvas a vuestra *mansión familiar* en cuanto puedas. Puede que sea un nuevo rico sin clase, pero, por desgracia para ti, este es *mi* apartamento, y me gustaría seguir usándolo.

21

Vega

Hoy mi madre viene a la pastelería a desayunar y de paso me ayuda a vigilar la zona de cafetería en las horas punta. Se sienta en un rincón con sus labores, y yo voy sirviendo a la gente que entra.

Sobre las nueve y media la afluencia se calma un poco, y aprovecho que ella está ahí para dar un salto rápido al supermercado de la esquina. He visto en internet una receta de *madeleines* con té *matcha* y tartaletas de hojaldre con mango. Nunca antes había visto *madeleines* verdes, pero la idea me tiene intrigada. Quiero probar a hacerlas, y tiene que ser *ya*.

—Por cierto —dice mi madre, levantando la vista del ganchillo—. Para que sepas, Günther y Paco se borraron de tu cursillo. Pero no te vayas a enojar con ellos.

Me detengo en seco, con el bolso en la mano y a punto de cruzar la puerta.

—¿Qué? ¿En serio? Pero si se lo estaban pasando de maravilla.

Mi madre se encoge de hombros.

—Pues no sé. Günther pensaba que íbamos a hacer buñuelos de calabaza y churros. Dice que no vale la pena aprender a hacer dulces franceses, porque aún está enfadado por la guerra franco-prusiana.

—¿Eso no fue hace doscientos años?

—¡Ni idea, hija! Pero déjalos. Que jueguen al parchís. Nosotros nos divertiremos igualmente, ¿no crees?

Me invade una ola de decepción e inseguridad. ¿Se borran ya, tan pronto? Tanto esfuerzo invertido, y parece que a los alumnos no acaban de gustarles mis lecciones.

A lo mejor debería cambiar de enfoque. Pensaré en ello esta tarde, después de cerrar. De momento, voy a ver si consigo el té matcha.

—¿Me cuidas la pastelería un momento? —le digo a mi madre.

—Claro, mija, si entra alguien, yo me encargo. En un ratito vendrá también Charo, así que vete tranquila, que nosotras atenderemos a quien entre.

Se queda en la mesa del rincón, haciendo crochet y enviando mensajes a sus amigas para reservar un viaje conjunto en verano. Han decidido irse de vacaciones a Palma de Mallorca y, si algo admiro de ella, es su carencia de miedo a volar y su talento para encontrar viajes baratos.

Mientras voy caminando hacia el supermercado, me suena el móvil. Estoy a punto de ignorarlo porque es un número desconocido, y últimamente me acribillan a publicidad. Pero al final descuelgo por si es el de la harina, que debería haber venido ayer, pero me dejó colgada.

—Quisiera hablar con el dueño de la pastelería Dulce Sencillez —saluda una voz femenina.

Ay, madre. Siento que el estómago me aprieta. ¿Me han demandado por no vaciar las papeleras del baño? ¿Se me ha olvidado pagar algún impuesto y voy a ir a la cárcel?

—Esto… sí… soy yo. ¿Por qué?

—Le llamo del *Canal Once* de televisión. Hemos visto el artículo sobre su local en el *Suplemento Gastronómico Nacional* y nos gustaría incluirla en un reportaje sobre locales gourmet de España.

Me detengo en seco en medio de la acera.

—¿Perdón?

—Nos gustaría concertar una cita para visitar su pastelería, grabar su trabajo y hacerle una breve entrevista para el programa.

—¿Grabar mi trabajo? ¿Para la televisión nacional?

—Así es. ¿Le vendría bien el próximo día quince?

Me río porque es lo único que me sale. Estoy demasiado sorprendida. Es una reacción nerviosa.

—Ah… ¡pues creo que sí! Tendría que mirar el calendario, pero…

La chica me confirma que me llamarán mañana para acordar una cita concreta, y yo no puedo parar de sonreír mientras sigo mi camino.

De pronto, es como si el sol brillara más fuerte.

¿Un reportaje en la tele? ¡Un reportaje en la tele! Esto es lo mejor que podría haberme pasado. ¡Es un auténtico milagro!

Con una sonrisa tonta en la cara, entro en el supermercado y deambulo entre los pasillos. Casi ni me acuerdo de a qué he ido. Ah, sí, el *matcha*. Avisto la sección de tés, alucinando con la cantidad de variedades que tienen en esta tienda.

Mientras estoy ahí agachada, buscando mi té *matcha* en polvo por los estantes más bajos, oigo pasos que se acercan por el pasillo contrario y una voz al teléfono. Me quedo quieta al reconocerlo: es Sebastián.

—Sí, ya lo sé… —dice, con tono resignado—. Quizás debí haber sido más paciente y haber tratado de dialogar… No, no, claro… Lo entiendo.

Pausa. Silencio.

—Pero ahora me ha echado de mi propia casa y ni siquiera sé cuándo piensa marcharse. Le escribí un mensaje y me bloqueó en vez de contestarme. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Dormir en tu sofá hasta que se le pase la depresión y me deje volver a mi propia cama? ¿Poner un batido verde de cebo en el rellano, a ver si sale?

Más silencio.

—Gracias, Rafa. Menos mal que puedo quedarme con vosotros mientras esto se resuelve. No, claro que no me molesta que Luca me haya despertado poniéndome yogur de fresa en el ojo. Lo que me molesta es que Loreta me haya descartado así, como si lo nuestro no le importase en absoluto, como si estos años no hubieran significado nada para ella…

Me quedo congelada en mi escondite improvisado, sintiéndome terriblemente culpable por estar escuchando algo que, claramente, no debería. En ese momento, unos zapatos brillantes aparecen frente a mi nariz. Levanto la cabeza y ahí está Sebastián, mirándome con el teléfono en la oreja.

—Rafael, tengo que colgar —dice, y unos segundos después, se guarda el móvil en el bolsillo del traje.

—¿Buscando algún té? —le pregunto, y me apoyo en una estantería para levantarme—. Te lo digo porque en Dulce Sencillez

tenemos unos muy ricos, y los servimos en teteras de porcelana monísimas.

Él me observa con cara de pocos amigos.

—Buscaba algo para desayunar, pero gracias.

Echo una ojeada a su cesta, en la que lleva un bloque gigantesco de tofu crudo, algo que parece carne en conserva y una bandeja de kumquats.

—*No es que sea experta en gastronomía* —digo con cierto retintín —, pero eso no parece un desayuno muy convencional.

—Probablemente no, pero, como seguramente has podido escuchar, estoy acampando en casa de mi mejor amigo por motivos de extrema necesidad. Y en su nevera solo hay batidos de chocolate en brik, *nuggets* de pollo y plátanos en descomposición.

Arrugo la nariz.

—Suena incluso peor que las tartaletas de frambuesa que preparé para ese concurso, ¿eh?

Sebastián exhala y cierra los ojos, como si esta conversación le pesase más que la cesta de la compra.

—Tus tartaletas estaban deliciosas —murmura.

Me quedo mirándolo con los ojos abiertos de par en par.

—Pero si tú…

—Es verdad. Lo estaban.

—¡Eso no tiene sentido! Dijiste que eran opio para las masas, y que…

—Me hicieron firmar un acuerdo de confidencialidad, así que, técnicamente, esto que te estoy diciendo podría meterme en problemas —confiesa, rascándose la nuca—. Pero no me parece justo que vivas creyendo que hiciste algo mal. El jurado tenía órdenes de que ganara Nuria Lara. Es hija de un famoso, y a la cadena le interesaba la publicidad. Si hubiera sido por calidad, habrías ganado tú. Pero ya sabes cómo van estas cosas. O deberías saberlo.

Me quedo boquiabierta.

El pasillo de los tés desaparece, y solo quedamos ahí Sebastián y yo; sus ojos grises clavados en los míos, su rostro, con esas ligeras

arrugas en las comisuras de los párpados, transmitiendo total sinceridad.

Un segundo antes, estaba eligiendo té para hacer un experimento divertido. De pronto, mi percepción entera del universo se ha puesto patas arriba.

Ni siquiera sé cuánto tiempo permanezco en esa postura, pero solo me muevo cuando él me pone una mano en el hombro.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta.

Me froto los ojos, sin importarme que se me corra la máscara de pestañas.

—Sí. Pero creo que necesito algo dulce.

Asiente.

—Si te soy sincero, yo también.

Abro la boca, pero la vuelvo a cerrar.

Han pasado demasiadas cosas insólitas en una sola mañana. Y cuando todo parece ir demasiado bien, siempre tengo la sensación de que algo terrible está a punto de llegar.



Cuaderno de Recetas de Vega

SOUFFLÉ

El problema del soufflé es que, por mucho que batas las claras a punto de nieve y sigas la receta al pie de la letra, a veces se hunde en el horno sin motivo aparente.
Y lo peor es que no hay garantías. Puedes hacerlo todo bien y aun así … ¡puf! ***Au revoir, cher soufflé.***
Curiosamente, pasa lo mismo con los hombres. Así que aquí van unos consejos prácticos para ambas cosas:

- Si quieres que todo vaya bien, hazle el menor caso posible.
- No lo mimes demasiado, no lo toques, no interactúes, no establezcas contacto visual.
- Si todo esto falla y el soufflé, aun así, se le baja, siento decirte que vas a tener que empezar con otro. **Los soufflés casi nunca merecen una segunda oportunidad.**

22

Vega

Sebastián y yo salimos del supermercado, cada uno con su compra, caminando bajo el sol primaveral de Barcelona.

La sensación es extraña. Como si fuéramos viejos amigos que han quedado a almorzar juntos, pero con una duda flotando entre nosotros, como esos glaseados que no acaban de asentarse, y chorrean por un lado cuando menos te lo esperas.

—Eres consciente de que no tengo nada sin azúcar ni harina en la pastelería, ¿verdad? —le digo, para asegurarme de que he entendido bien lo que dijo antes.

Sebastián esboza media sonrisa, de esas que lo vuelven atractivo e insoportable a partes iguales.

—Tranquila. Por un día que tome azúcar, no voy a morirme. Además, Rafael lleva semanas picándome para que pruebe tus tartas. Creo que hoy tengo una buena excusa. Lo necesito.

Pobre hombre. No quiero preguntar demasiado, pero puedo imaginar lo sucedido. La chica del abrigo blanco que hizo el post de Instagram lo ha puesto de patitas en la calle.

Yo, en su lugar, me comería una pastelería entera. Es más; cuando rompí con Elton, me zampé tantos *macarons* de cappuccino que estuve dos días sin pegar ojo por el subidón de azúcar y cafeína. Y eso que corté yo.

Al entrar en Dulce Sencillez nos encontramos a Charo en el mostrador. Lleva en la mano una botella de brandy que no recuerdo haber visto nunca, y parece una bruja haciendo pociones mientras prepara dos carajillos alegremente.

—¡Bienvenida, maestra! —me saluda—. ¿Quieres un *café con sorpresa?*

Coge los dos vasos y se encamina a la mesa, donde mi madre sigue con su ganchillo y me saluda con la mano, escaneando a

Sebastián por el rabillo del ojo.

—Eh, no, gracias, Charo. Prefiero evitar ese tipo de "sorpresas" mientras trabajo.

—Tú te lo pierdes —dice encogiéndose de hombros y luego brinda con mi madre.

Sebastián me sigue hasta el mostrador y comienza a ojear los dulces con el ceño fruncido. Creo que es la única persona del mundo que no sonríe al ver chocolate. Es rarísimo.

De pronto, noto que me sudan las manos. Siento una presión enorme: es como si el día del concurso se estuviera repitiendo, y estuviese a punto de juzgar el único dulce mío que probará en toda su vida.

Entra una chica joven con traje, seguramente de alguna de las oficinas cercanas, y mientras tanto Sebastián sigue concentrado frente a las vitrinas.

Atiendo a la clienta. Cuando esta se marcha, Sebastián sigue ahí, calculando algo mentalmente. Lo observo, expectante.

—¿Has decidido ya?

—No lo sé, la verdad —confiesa—. No suelo comer carbohidratos. Esto es… demasiado difícil.

Arrugo la nariz. ¿Qué puñetas es demasiado difícil? No entiendo nada. Pero él se endereza y sacude la cabeza.

—Sabes qué… —dice—, ponme un café de Colombia. Solo eso, por el momento.

Mi alma de pastelera llora un poco por dentro, pero asiento sin decir nada más. Seguro que es mejor así. Al menos, no tengo que sufrir mientras decide su veredicto.

Sebastián se sienta en una mesa cerca de la de mi madre y Charo, y se pone a contestar mensajes en su teléfono.

Mientras le preparo el café, entra también Rafael. Se acerca y me mira con una sonrisa cómplice.

—Oye, Vega, tengo una petición especial.

Dejo el café, intrigada. Espero que no sea una proposición indecente, porque Rafael es muy majo, pero definitivamente no me van los hombres casados, calvitos y con tres hijos.

—¿Qué clase de petición? —pregunto con cautela.

—¿Me podrías preparar una tarta de galletas para llevar?

Sacudo la cabeza lentamente.

—Uff, qué va. Ya te dije que no está en el menú. Lo siento mucho.

—Sí, pero sigues sabiendo prepararla, ¿no?

—Pues claro —respondo, riendo—. No es algo que se olvide fácilmente.

—Eso mismo pienso yo. Es una tarta inolvidable, y es una lástima que hayas dejado de hacerla.

No respondo. ¿Es que no sabe por qué dejé de hacerla? Pues debe de ser el único en la ciudad.

—Es para mis hijos —explica Rafael—. El domingo, mi mujer y yo vamos a coger un catamarán por la Costa Brava. Pasaremos un día romántico juntos, después de mucho tiempo. Y don Sebastián Montiel, aquí presente —Señala a su amigo, que alza la vista del móvil con expresión de sospecha y, sin duda, afina el oído—, se ha ofrecido a hacer de niñera. Así que pensé que una tarta podría ayudarle a calmar a las fieras. Si es lo bastante grande, les durará lo suficiente para que no destrocen la casa en nuestra ausencia.

Se ríe y canta la famosa canción de la película de Mary Poppins sobre añadir un poco de azúcar para hacerlo todo más fácil. Yo me giro hacia Sebastián, desconcertada.

—No sabía que se te diesen bien los niños.

Él suspira y alza las manos en un gesto de rendición. Se levanta y se acerca a donde estamos nosotros.

—Mi máxima experiencia con niños es… no sé… ¿haber sido uno, hace décadas?

Rafael suelta una carcajada.

—Como Loreta no te deje volver a casa pronto, vas a convertirte en experto antes de lo que piensas.

Algo dentro de mí grita: "¡No vuelvas con esa bruja! ¡No vuelvas!", pero lo acallo inmediatamente, porque no es asunto de mi incumbencia.

—Lo dudo —murmura Sebastián, alargando la mano para coger el café que acabo de prepararle.

—¡Pues a mí me encantan los críos! —digo sin pensarlo demasiado—. He cuidado niños desde que era adolescente. Me ganaba un dinerillo haciéndolo y, después, me fui a Francia de *au pair* para pagarme la escuela de pastelería.

—Una chica con recursos —dice Rafael, asintiendo con admiración—. Creo que deberías ir con Sebastián y echarle una mano. ¿Tú qué opinas, Sebastián?

Los dos nos miramos, y Sebastián enarca una ceja.

—Supongo que Vega tendrá cosas mejores que hacer un domingo —contesta él.

Siento que me sonrojo. Intento asentir con naturalidad, como si estuviera de acuerdo. Claro, tengo planes. Planes importantes. Como… eh… organizar el trastero, o probar a echarle té *matcha* a todas las recetas que conozco…

Pero entonces, mi madre, que usa bastón, pero no está sorda, decide unirse a la conversación.

—¡No te creas! —grita desde su mesa—. Siempre se queda en casa viendo películas en blanco y negro y haciendo bizcochos. Le haría bien salir. ¿No, Vega?

Por Dios, qué vergüenza. Me gustaría derretirme en el suelo como una figurita de chocolate bajo el sol de agosto.

—Mamá, lo decían en broma —murmuro, apartando la vista.

—Para nada —insiste Rafael—. ¡Es una idea genial! No me fío mucho de dejar a Sebastián con mis hijos un día entero. Temo por mi casa.

—Gracias por tu confianza —replica Sebastián, sarcástico—. Recuerda que muchas veces me has dejado a cargo de la empresa entera, y eso es mucho más peligroso.

—¿Lo ves? —dice Rafael, señalándolo con aire triunfal—. Se nota que nunca ha cuidado niños.

—Ahí te doy la razón —añade Charo, terminándose su carajillo con una risotada.

Miro a Sebastián, esperando que me saque de esta. Que confirme que todo fue una broma, y que nadie espera de mí que vaya a cuidar a tres niños que ni siquiera conozco…

…con él.

Pero Sebastián solo sonríe y se encoge de hombros.
Y yo acabo de meterme en un buen lío.

23

Vega

El domingo por la mañana me despierto a la misma hora de siempre. Parpadeo, miro el techo y siento que la realidad se desploma sobre mí como un piano cayendo desde el piso de arriba.

Hoy no tengo que ir a trabajar, por desgracia.

No, es mucho peor: tengo que cuidar a tres niños…

Con Sebastián Montiel.

Busco a ciegas el teléfono en la mesilla, con la esperanza de que todo haya sido una pesadilla absurda inducida por sobredosis de tartaletas. Pero no. Nada. Lo pone en mi calendario, y no hay ningún mensaje de Sebastián diciendo que todo fue una broma. Solo hay tres textos de Elton, que, por la cantidad de mayúsculas y emojis incoherentes, claramente fueron enviados en plena noche de fiesta. Dicen cosas como:

> *«VEGA. Escúchame. Tú eres lo más IMFFORTANTE de mi vida.»*

(¿Imffortante?). Es la primera vez que me alguien me dice que soy importante, o, mejor dicho, *"imffortante".* El siguiente es aún mejor:

> *«Necesito que me prestes 500 euros. O mejor 1000, si eres lista. Es para una inversión SEGURA. Esta vez sí. Que sí que sí. Nos vamos a Miami, baby.»*

No sé si soy lista, pero no pienso prestarle nada. Y no quiero ir a Miami. Entre otros motivos, porque en este momento no tengo ni un céntimo. Y porque tengo miedo a los cocodrilos, y en una revista leí que allí había muchos.

El último tampoco está mal:

> *«C.A.C.A.- Coin es el futuro de las criptos. Es un secreto, un INSIDER TIP, pero te lo cuento solo a ti, porque te amo,* Vejita.»

Mis ojos se detienen en las dos últimas palabras: ¿Te amo? Claro que no sé si se refiere a mí, o a "Vejita". Y si su amor es tan valioso como la CACA-coin, vamos apañados.

Ay, Elton.

Nunca cambiará.

Que conste que eso de "Te amo" es muy tentador, y estoy a punto de contestarle, pero me controlo.

De todos modos, a estas horas estará durmiendo como un tronco, y luego se levantará con resaca y ni siquiera se acordará de haber escrito todos esos despropósitos.

Tengo que preparar la tarta de galletas que le prometí a Rafael. Pero antes, café. Para ser sincera, las cápsulas ya no me saben igual desde que probé el de Cafés Montiel. Es caro, pero la diferencia es innegable. Maldita sea. Ser rico debe de ser fantástico. Pero a mí aún me falta un poco, así que meto la cápsula y me aguanto.

Me ato el delantal y me entrego a mi momento favorito del día: los amaneceres batiendo claras, remojando galletas, derritiendo chocolate con un toque de canela… Canturreo bajito mientras trabajo. En mi cabeza suenan los Platters, y Frank Sinatra.

Me encanta preparar dulces mientras los demás duermen. Fantaseo con su cara cuando despierten y los encuentren recién hechos. La tarta crece al tiempo que despunta el sol, mientras yo mezclo felicidad con mi batidora, y la decoro con la manga pastelera.

Eso es lo que da sentido a mi vida: mi mayor razón de existir. Mi único amor eterno.

Ojalá todo en la vida fuera tan fácil de endulzar.

Cuando termino, la tarta va a la nevera, y yo, a la ducha.

Me cuesta decidir qué ponerme. No sé por qué me preocupo, porque obviamente me da igual lo que piense de mí Sebastián. Creo.

Descarto mis vestidos retro tras recordar los memes crueles de internet. Al final, opto por vaqueros y camiseta blanca. En mi cabeza, ese es el look que me vuelve anónima y socialmente aceptable. Es como una capa de invisibilidad.

Me miro en el espejo y me da pereza existencial solo de verme, tan corriente y anodina. Al final no puedo soportarlo: rescato del cajón un pañuelo rojo con lunares blancos y me pongo un lazo enorme en la coleta. Vale. Ahora sí. Unos aretes y al menos pareceré, remotamente, alguien con un poco de personalidad.

Cuando vuelvo a la cocina, mi madre ya se ha levantado. Hago unos crêpes y desayunamos juntas, mientras ella me observa con astucia.

—¿Entonces vas a salir? ¿Pasarás todo el día fuera, con tus amigos de la pastelería? —pregunta untando mermelada en una crêpe.

—Bueno… —murmuro, tamborileando los dedos en la mesa.

—Es muy guapo ese Sebastián, ¿no?

—Pues no sé. No me he fijado.

—Nooo claro… Bueno mija, tú cocínale algo rico, que ya sabes que el amor entra por el estómago.

—Mamá, no estoy interesada en Sebastián. Y, además, que se cocine él solo. Ya es mayorcito, y encima, sigue una dieta rara que excluye todos los alimentos que dan alegría.

Mi madre alza la vista de su café con leche, escandalizada.

—¿Por qué alguien haría algo tan absurdo?

Me encojo de hombros.

—Ojalá lo supiera, mamá.

Hay muchas cosas que no entiendo de Sebastián Montiel, y esta es solo una de ellas.

A las ocho en punto, suena el timbre. Cojo la tarta, la meto en una tartera y me despido de mi madre con dos besos.

Al bajar por la escalera me encuentro un coche aparcado en la puerta, ocupando media acera. Probablemente es el más caro que ha pisado mi barrio desde que se fundó. No tengo ni idea de la marca, pero es negro, enorme y tiene una curiosa forma de… ¿huevo de Pascua?

Sebastián está fuera del vehículo, esperándome, como si fuera un galán de cine clásico. Hoy no lleva traje; solo una camiseta negra que se le ajusta al pecho, y unos pantalones casuales.

Me acerco a abrazarle, pero él me tiende la mano antes de que llegue. Se la estrecho, sintiéndome rara ante tanta formalidad.

—Estás muy guap… —Se aclara la garganta y deja la frase a medias, visiblemente azorado—. Quiero decir, bonito… lazo. —Exhala y señala la tarta—. ¿Has hecho la tarta que te pidió Rafa? Genial.

Sonrío de medio lado. Casi diría que está nervioso.

—Gracias por recogerme —digo.

—No iba a dejarte ir en metro hasta allí.

Le dedico una mirada burlona mientras me abre la puerta del coche como si fuera el chófer.

—¿Eres consciente de que cojo el metro, mínimo, dos veces al día?

—Lo sé —responde con un suspiro mientras espera a que me siente—. Pero no me hace gracia. Hay gente muy rara ahí abajo.

Dice "abajo" como si cada mañana me montase en el tren del inframundo, directa a los brazos de Caronte.

—Todo el mundo coge el metro en Barcelona, Montiel.

Me mira con expresión indescifrable, pero no replica. En lugar de eso, cierra mi puerta y da la vuelta para subir al coche.

—¿A dónde vamos? —pregunto.

—A Sant Cugat.

Levanto las cejas y asiento con apreciación: ya me imagino la escena: barrio bien, casa con jardín. Perro de raza, posiblemente. Piscina, seguro. Alarma conectada con la policía. Si no la apagas y te levantas a beber agua, te encuentras a un segurata detrás de la nevera.

—Guau —comento—. ¡Qué zona tan guay! Pero allí no llega el metro, ¿eh? Hay que ir en cercanías. Lo sé porque una vez hice un catering para unos arquitectos en esa zona. Gente *muuuy* pija.

—No está mal. —Se encoge de hombros—. Pero prefiero vivir en la ciudad. Odio los atascos por la mañana, y estoy harto de pasarme la vida en el coche.

De pronto recuerdo que vive con Rafael y su familia desde que Loreta lo puso de patitas en la calle.

—¿Todavía no te han devuelto tu apartamento? —pregunto con cuidado.

Niega con la cabeza.

Se hace un largo silencio mientras salimos de la ciudad, cruzamos un túnel y volvemos a salir a la autopista de Montserrat bajo el sol dominical.

Mientras él conduce, yo no paro de pensar en el pobre Sebastián, expulsado de su propia casa por su ex. Me pregunto por qué se lo permite. ¿Es más blando por debajo de la coraza de lo que quiere admitir?

—Es muy incómodo, ¿no? —pregunto, pensando en voz alta.

Él suelta una risa forzada.

—La verdad es que es un poco raro, sí. Tú y yo, aquí solos… Casi diría que Rafael estaba tratando de hacer de Celestina. Menuda encerrona.

Lo miro de reojo y necesito un momento para comprender el malentendido.

—Me refería a que… debe de ser un fastidio vivir con la familia de Rafael, acostumbrado a tener tu propia casa —explico.

Me parece que se pone un poco rojo.

—Ah, eso.

Sebastián carraspea y fija la vista en la carretera. Noto que los músculos de su cuello se han tensado, pero cuando habla, su voz suena suave y casual.

—Sí, bueno, al menos en casa de Rafael hay mucho espacio, y el sofá es cómodo. Es una buena casa, no tiene nada de malo. —Se lo piensa y añade—: Excepto los niños. Está llena de niños. Te lo advierto.

Se me escapa una risilla.

—Gracias por la alerta —respondo con solemnidad—. Me doy por avisada.

Esta vez no sonríe con los labios, pero sí con los ojos. Lo observo con curiosidad, estudiando su perfil algo duro, con la nariz grande y recta, pero con un punto bien disimulado de humor y sensibilidad. Lo esconde bien, pero creo que lo tiene. Oculto. Muy bien oculto.

Es extraño estar así, sentados juntos en el coche, y tenerlo tan cerca. En la pastelería lo he mirado muchas veces, cuando él no se daba cuenta; pero es solo porque no entran muchos tan bien vestidos, o con tan buen porte como Sebastián. Pero tenerlo a dos palmos de mí; poder oler su perfume tan de cerca… esto es completamente nuevo. Es sorprendentemente agradable.

—Por cierto —le digo—. ¿Sabes que me llamaron de la tele? Quieren hacer un reportaje sobre Dulce Sencillez. ¿Puedes creértelo?

Sebastián se gira, apartando un instante la mirada del tráfico, y su cara está llena de asombro.

—¿En serio? ¡Qué buena noticia!

—¡Lo sé! No tengo ni idea de cómo pudo ocurrírseles, pero es genial. Aunque estoy un poco nerviosa. Si esto sale mal, será el golpe de gracia para mi pastelería.

—No saldrá mal —me asegura—. Es imposible. Ya verás.

Sonrío con ironía ante su seguridad.

Claro, a él siempre le ha ido bien en los negocios. Supongo que no sabe, o no recuerda, cómo es empezar con nada; vivir con la cuenta a cero durante meses, esperando el día en que el verde supere al rojo, y haya bastante para algún capricho. Si es que ese día llega, claro. Conozco muchas historias de gente que cierra en menos de un año.

Pero yo no seré una de ellas.

No después de luchar tanto tiempo por conseguir lo que he conseguido.

Sebastián enciende la radio, y no hablamos mucho más durante el resto del viaje.

Sin embargo, noto que me mira a menudo, sin decir nada. Y es como si este momento de silencio nos hubiera unido mucho más que

todas nuestras conversaciones anteriores.

24
Vega

Sebastián aparca el coche frente a una casa con valla alta de cipreses, y al cruzar la puerta del jardín nos reciben Rafael y Sara: ella es una mujer delgadísima y morena, vestida con ropa de estilo ibicenco y con cara de sufrir estrés crónico. Él está exactamente igual que siempre, pero ha sustituido sus camisas raras por un polo Lacoste y mocasines.

—Os he dejado la comida hecha para los nenes. Aseguraos de que solo coman eso, que necesitan vitaminas —nos grita Sara, tras besar a tres niños que no paran de hablar a la vez—. Portaos bien, ¿entendido? —añade, y sus ojos se detienen en concreto sobre la niña, que creo que es la mediana.

—No lo dice por nosotros, ¿verdad? —le susurro a Sebastián, y él sonríe.

Luego Sara nos mira, y parece dudar, con un pie fuera y la mano crispada sobre la manija de la puerta.

—Vamos, cariño, o perderemos el catamarán —dice Rafael, tirando suavemente del brazo de su esposa.

—¿Estáis seguros de que queréis hacer esto? —nos pregunta ella, todavía clavada en el sendero de piedra, en medio del césped.

Sebastián no dice nada, pero el pánico en su cara es evidente.

—¡Claro que sí! —digo, porque ahora no hay vuelta atrás, y seguro que esos dos se merecen un día romántico para disfrutar solos—. Podéis iros tranquilos, los niños están en buenas manos.

—No… si lo decía por vosotros —ríe Rafael—. Venga, Sara, vámonos antes de que se arrepientan. —Antes de salir nos saluda con la mano y grita, de manera muy poco alentadora—: ¡Buena suerte, chicos! ¡Intentad sobrevivir y que no se queme la casa!

—Qué exagerado, ¿no? —le digo a Sebastián al oído en cuanto el sonido del motor desaparece calle abajo.

Él se encoge de hombros, murmura "Ya veremos" y se agacha a saludar a los tres niños: Luca (4), Aurora (6,5) y Manel (8). Los tres guapísimos, bien peinados, y con ropa de marca en miniatura.

La niña nos mira con cara de estar planeando un asesinato, y solo puedo rezar por que no sea el mío. Luca y Manel revolotean en torno a nosotros, gritando "¡Tío Sebastián, Tío Sebastián!" y lanzándonos bloques de Lego.

Sonrío. Es extraño ver a este hombre, normalmente tan serio, en un entorno tan familiar y distendido. Creo que, hasta hace poco, pensaba que había crecido de una espora, o que vivía aislado en una cámara insonorizada llena de barritas proteicas.

No había imaginado esta faceta suya.

Mientras Luca y Manel se llevan dentro a Sebastián para montar un barco pirata, Aurora se queda observándome. A juzgar por su cara, podría ser Nerón atrapado en el cuerpo de una niñita por una mala pasada de la reencarnación.

—Vamos a jugar a las cocinitas —me ordena.

—Genial —digo, fingiendo que soy yo quien controla la situación —. Se me da bien cocinar. Te enseñaré a hacer pasteles.

—Ven a mi casa —dice en tono autoritario.

La niña me señala un árbol grande, al otro lado del jardín, sobre el cual han instalado una preciosa casita de madera, a la que se accede por una escalerilla de mano.

Ella trepa por la escalera en tres segundos, y yo la imito como buenamente puedo. Tengo un poco de miedo a las alturas, pero tampoco voy a dejarme superar por una niña de seis años. Trato de no mirar hacia abajo y subo peldaño a peldaño, hasta llegar a la inestable plataforma de madera que hay frente a la casita. Espero que esto esté diseñado para el peso de un adulto. Un adulto que come muchos, pero que muchos profiteroles.

—Entra ahí —dice Aurora, mostrándome una preciosa cocina en miniatura—. Friega los cacharros y, mientras tanto, yo bajaré a por barro para hacer una tarta de chocolate.

La niña desaparece, y yo me quedo ahí, algo encorvada porque el techo es demasiado bajo para mí, fingiendo lavar una olla limpia con un estropajo invisible y un grifo del que no sale agua.

Cuando la pierdo de vista, dejo la olla a un lado y me pongo a admirar el fantástico jardín de Rafael y Sara. Visto por el ventanuco de la casita de madera, es un sitio idílico, con plantas cuidadas, sin una hoja seca y césped inmaculado. Algunos árboles están en flor, y un aroma dulce y primaveral flota en el aire.

Me sumerjo en una fantasía en la que mi pastelería se vuelve famosa, y vendo tantos *macarons* que consigo abrir tres más por toda Barcelona, y luego por toda España. Ah, espera… ¡Mejor por toda Europa! Me pregunto si, cuando tenga diez pastelerías de fama mundial, Sebastián seguirá negándose a probar mis dulces y todavía se traerá su propio café cuando baje a desayunar.

Espero un buen rato, disfrutando de mi maravilloso *Cuento de la lechera*, hasta que empiezo a sentir ganas de ir al baño.

La niña sigue sin aparecer.

¿Es que ha ido a buscar el barro al Mar Muerto, o qué?

Salgo de nuevo a la plataforma elevada y miro hacia la piscina, al otro lado del jardín. Aurora está acomodada en una tumbona, con unas gafas de sol que la hacen parecer la mala de una película sobre divas de Hollywood… en miniatura.

—Aurora, ¿ya no quieres jugar? —le pregunto desde arriba.

Ella sonríe y niega con la cabeza.

—Me apetecía tomar el sol.

—Pero… ¿no querías que hiciésemos una tarta?

—Me lo he pensado mejor. Me gustan más las de verdad. Las de barro son para bebés.

Miro hacia abajo.

Un momento: ¡no está la escalera!

—Aurora, ¿te has llevado la escalera? —le grito, mientras me empieza a entrar un poco de vértigo.

Ella se encoge de hombros.

—Se habrá caído del viento —dice con total inocencia, y luego añade, para mayor efecto—: Yo no he sido.

—Aurora, dame la escalera, por favor.

—¿Qué escalera?

Maldita sea. Y encima Sebastián se ha llevado mi bolso a la casa, y el móvil está dentro. ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Imitar el sonido de una sirena antiaérea? ¿Dibujar un SOS gigante con bellotas, para que lo vean desde el cielo?

—Aurora, tengo que hacer pipí. Necesito bajar YA.

—Si es urgente, puedes usar el florero.

—¿QUÉ?

—Está encima de la mesa.

Un momento, ¿acabo de ser secuestrada en un árbol por una niña de seis años?

Miro de nuevo hacia el suelo. La altura no es mucha, pero bastante más que la mía de pie. Reconozco también que nunca fui la más alta de la clase. Ni la más ágil.

Vale, voy a bajar. Puedo hacerlo.

Yo puedo con todo.

Me pongo en cuclillas junto al borde y luego asomo la punta de un pie.

Ay, Dios mío. Me voy a matar. No quiero terminar mis días espachurrada bajo una casita de árbol. Soy demasiado joven, y tengo que pagar las deudas de la pastelería. Si no, le dejaré un buen marrón a mi madre.

Bajo un poco el pie, y me resbalo.

Me quedo colgando con una pierna abajo, y la otra enganchada como puedo de la plataforma. Me agarro con ambos brazos de un palo, en la postura menos elegante del mundo y con mi enorme trasero en pompa para deleite de Aurora.

—¡Socorro! ¡Sebastián!

A mi llamada, la puerta se abre de golpe, y Sebastián aparece corriendo, seguido de los dos niños.

—¿Qué haces ahí subida? —me pregunta.

—Estoy intentando bajar, ¿es que no lo ves?

—¿Y no podrías haber usado la escalera, como la gente normal?

—¿Vas a ayudarme o me tiro?

De pronto siento una mano firme sobre mi gemelo, que tira de mí hacia abajo.

—Ponte sobre mis hombros. Yo te sujeto.

Me ayuda a bajar la otra pierna, y sin saber cómo, acabo montada a caballito sobre los hombros de Sebastián Montiel, como una niña en la cabalgata de los Reyes Magos.

Esto no es nada raro.

Para nada.

—Qué buena vista —comento—. Así que esto es lo que se siente cuando eres alto. He estado perdiéndome muchas cosas…

—¿Te bajo o quieres que antes de dé un paseo?

Me río entre dientes, y Sebastián da un par de pasos. Luego da un saltito y relincha, mientras los niños disfrutan de lo lindo.

—¡Yo también, tío Sebastián! —dice Luca, algo celoso.

Me río, y él se agacha con cuidado. Luego me bajo y ruedo sobre el césped junto a él. Sebastián me da la mano y me ayuda a levantarme, y su rostro queda justo frente al mío. Observo sus iris, que a la luz del día se ven verdes más que grises, aunque a veces, cuando viene a la pastelería tarde y está ya oscuro, parecen negros. Tiene unos ojos preciosos, profundos, que parecen hervir de todas las palabras que no dice.

Entreabre los labios y me mira fijamente.

Yo hago lo mismo y permanecemos así, en ese instante cristalizado, con el sol de la mañana brillándonos en el pelo, rodeados por el aroma de la hierba, aún húmeda por el rocío de la noche.

De pronto, Aurora exclama, con tono quejumbroso:

—¡Tengo hambre!

Y Manel añade:

—¡Caballito, tío!

Los tres niños se ponen a gritar a la vez, y yo me tapo las orejas. Es como si en vez de tres, hubiera trescientos.

—Esto es peor de lo que pensaba —digo—. Ahora entiendo por qué Rafael sugirió que viniese yo también.

—Te lo dije. Esto es un infierno.

—Bueno, a partir de ahora estaré preparada.

—Ya veremos. La próxima vez, si puede ser, intenta que no te secuestre una niña de primaria, ¿vale? —me dice.

Pongo los ojos en blanco como si eso fuera una tontería, pero por dentro no lo tengo tan claro.

Faltan muchas horas hasta que vuelvan los padres, y no sé cómo voy a sobrevivir a este día.

25
Sebastián

Cada minuto que pasa, valoro más la paciencia infinita de mis padres soportándome durante veinte años en su casa. Aunque, bien mirado, mi peor pecado era encerrarme en mi habitación a hibernar, sin dar señales de vida durante horas. Mi comportamiento era casi angelical, al menos, comparado con secuestrar a un adulto en una prisión elevada a dos metros del suelo.

Tras el pequeño problemilla con la casa del árbol, entramos de nuevo en la casa, en busca de algo que comer para esos niños tan ruidosos.

Sara ha vuelto a la carga con uno de sus mejunjes indescriptibles, esos que intenta hacer pasar por comida mientras Rafael distrae a sus hijos con dibujos animados.

Se lo explico a Vega, pero no parece entusiasmada.

—No me gusta la idea —sentencia—. Las pantallas no son buenas para los niños. Es mejor ganarse su respeto razonando.

Estoy de acuerdo con ella, pero solo porque no pienso acercar mi móvil último modelo a este puré verdoso con sospechosas bolitas (¿eso es arroz?) que parecen más que capaces de obstruir la cámara y el altavoz de una sola salpicadura.

Vega remueve el táper con resignación y lo reparte en tres platos hondos. Su contenido viscoso desprende un tufillo inquietante a col fermentada.

Si yo tuviera cuatro años, vomitaría solo de verlo.

Pero como ya tengo unos cuantos más, al menos puedo fingir que no tengo hambre.

—Vuestra madre dijo que os había preparado esta sopita con mucho amor, para que toméis muchas vitaminas… —explica Vega.

—No me gusta —gruñe Manel sin probarla, y se cruza de brazos.

—Puaj —corrobora Luca desde su trona.

—Niños, las verduras son muy sanas, y os harán crecer… ¡Así de altos! —canturrea Vega con un bailecito.

Luca empieza a hacer pucheros, y Manel sale corriendo por el pasillo.

—Eso es diarrea verde de vaca —añade Aurora, por si no nos había quedado claro.

Vega sale corriendo detrás de Manel.

Cuando regresa, el niño está sonriendo, y Vega tiene cara de haber perdido la pelea.

—Voy a pedir una pizza —me susurra, con la mirada desesperada de quien ha visto cosas horribles.

—¿Qué fue de eso de "ganarse su respeto razonando"? —le digo en voz baja, sintiéndome un poco juguetón.

Me manda callar con un gesto furioso.

—Son tres contra dos. Para casos desesperados, medidas desesperadas.

Vega se inclina hacia los niños con una sonrisa conspiradora. Consigue que vuelvan a sentarse a la mesa, lo cual es un gran logro, en mi opinión.

—Os propongo un trato —anuncia en voz baja, como si les contase un secreto—. Os coméis cinco cucharadas de esta deliciosa sopa cada uno y, mientras tanto, nos traerán una pizza GIGANTE. ¿Qué os parece?

—¡PIZAAAAAA! —grita Luca, agitando la cuchara en el aire. Una lluvia de puré decora la pared con un nuevo mural abstracto.

—Pero hay una condición —añade Vega, bajando aún más la voz —. La pizza será un secreto. No podréis decírselo a vuestros padres, ¿entendido?

Aurora, con la seriedad de una señora mayor, se yergue en su silla.

—Mi papá dice que siempre hay que contar la verdad. Y que, si un adulto nos dice que algo "no se lo contemos", entonces seguro que es súper importante contarlo.

Vega se queda pensativa, con cara de quien acaba de ser derrotada por la lógica aplastante de una adversaria imbatible.

—Vaya, pues… tu padre tiene razón. Es un buen consejo. Pero, entonces, solo puedo daros sopa, supongo. Es lo que dijo mamá.

—Demasiado tarde, *tita Vega*. Ahora ya nos has contado tu secreto. Vas a ir al trullo igualmente.

Vega tiene cara de espanto. Creo que se está tomando todo esto demasiado en serio. O a lo mejor se está preguntando dónde ha aprendido Aurora esa palabra.

Me interpongo entre Vega y la maquiavélica pequeña con tirabuzones negros de muñeca, y saco el teléfono para buscar la pizzería más cercana con servicio a domicilio.

—Voy a pedir esa pizza —digo, desafiando a Aurora—. Y le decís a vuestra madre que he sido yo. Me da totalmente igual lo que opine.

Vega me sonríe.

—Ohh, *¿el tío Sebastián* va a comer harina refinada cubierta de queso fundido? —me dice, frunciendo la nariz en burla.

—No voy a comer pizza, listilla.

Vega enarca una ceja.

—Ya veremos —replica desafiante.

Cuando llega el repartidor, un delicioso aroma a masa, queso derretido y pepperoni invade toda la casa. Vega separa los triángulos con lentitud, mirándome fijamente a los ojos mientras la mozzarella se estira hasta dimensiones insólitas de una manera casi sensual. Menuda pinta… y más cuando ella lo hace.

Luego reparte la pizza entre los tres niños; coge un pedazo y se lo mete en la boca, con un sonido casi orgásmico que me despierta todo tipo de instintos que llevo toda la mañana anestesiando.

—¿Seguro que no quieres? —pregunta con la boca medio llena y tono de falsa inocencia—. Esto está *de muerte.*

Sacudo la cabeza y me sirvo un plato de quinoa que me sobró de ayer, porque aparte de eso, en la nevera de Rafael solo quedan yogures azucarados y sopa de vómito de rana.

Cuando terminamos de comer, Vega les propone a los niños ver la televisión, y todos parecen estar de acuerdo (¡incluso Aurora!). Se sientan en los sofás en torno a la pantalla y Vega les deja elegir la

película. Aurora baja las persianas, oscureciendo el salón para que parezca un cine.

Cuando Vega le da al "play", es como si hubiera desconectado a los niños. Se quedan ahí, mirando los dibujos animados en silencio, con una atención tan absoluta que empiezo a entender por qué Rafael preferiría vender su coche y hacer autostop hasta el trabajo antes que cancelar el Canal Infantil.

—¿Te quedas aquí a verla con ellos? —le pregunto a Vega, aunque deseo que responda que no.

Ella sacude la cabeza y sonríe.

—Creo que no hará falta.

—Vamos al jardín —propongo—. Hace un día fantástico. Podemos conectar la cámara-niñera y vigilarlos desde allí.

Nos escapamos al jardín de puntillas, con la sensación de estar cometiendo una travesura. Al salir, la potente luz de la tarde nos ciega por un momento. Pestañeo, tratando de habituarme a la claridad después del salón oscurecido. Vega sale justo después de mí, se tropieza y se agarra de mi brazo. Por algún motivo, no llega a soltarse. Sigue caminando así, cogida de mí, y yo no hago nada por apartarla. Su tacto es cálido y firme, y su brazo encaja bajo el mío como si siempre hubiera debido estar ahí. A cada paso, su cadera está más cerca de la mía, y su aroma a magdalenas recién hechas lo inunda todo.

Llegamos a una pérgola cubierta de jazmines que hay en la parte trasera de la casa. El aire huele a flores y a hierba recién cortada. Un rayo de sol se filtra entre las hojas y tiñe su piel canela con destellos dorados. Es hermosa cuando está en su pastelería, en su pequeño mundo de cuento de hadas; pero aquí fuera es simplemente divina, como una ninfa bajo el sol, rodeada de flores y con las nubes como único techo sobre nuestras cabezas.

—Tenías razón —comenta ella, tomando asiento pegada a mí en el banco de madera—. Esta casa es muy grande. Y preciosa.

Asiento, sin poder dejar de observar el jugueteo nervioso de sus manos sobre el regazo, y el brillo misterioso de sus ojos oscuros.

—Es preciosa, sí. Aunque ahora, lo es más aún.

Ladea la cabeza. La brisa hace ondear los mechones que escapan, rebeldes, de su pelo atado con el lazo rojo de lunares.

—¿Qué quieres decir? —pregunta haciéndose la despistada.

De pronto pierdo la carrerilla, y me siento un estúpido por lo que acabo de decir: seguramente ha sonado como los versos vacíos de un típico donjuán, del tipo que una chica así habrá escuchado ya miles de veces.

—Nada —respondo, apartándome unos centímetros—. Tonterías.

Pero Vega se arrima más a mí, con aire travieso, y empieza a hacerme cosquillas en el costado.

—Vamos, señor Montiel, señor super-serio Montiel, confiesa: ¿por qué *ahora lo es más?*

Se me escapa una pequeña risa.

—Lo sabes. No me hagas decirlo.

—Yo no sé nada —replica—. Solo sé que te niegas a probar mis postres.

—Porque, si los probase, jamás podría parar. Solo comería eso, y me convertiría en una bola enorme de colesterol y azúcar, y rodaría hasta el mar desde la punta del Tibidabo, para quedarme ahí para siempre, flotando como una boya.

—Pero serías una boya feliz —dice con tono desafiante.

Me río un poco con disimulo.

—Eres bajita, pero tenaz —comento.

—Y tengo razón. Siempre la tengo.

—Nadie es más feliz solo por comerse un pastel. Yo sé que no lo sería.

—¿No? —responde, irguiéndose—. ¿Y entonces, qué te podría hacer más feliz, señor sabelotodo?

Mi cuerpo reacciona antes que yo. Se me escapa una pequeña risa.

No sé qué se apodera de mí en ese momento, pero simplemente no puedo más.

El aire entre nosotros parece volverse más denso, cargado de algo que nos envuelve y nos encierra en una burbuja. Dejo de oír los pájaros, el murmullo lejano de los dibujos animados en la casa, el mundo entero. Solo queda ella.

Su camiseta blanca sube y baja con su respiración, cada vez más acelerada. Mis ojos recorren la línea de su clavícula, la curva de su cuello, los pechos bajo la tela y la boca entreabierta, como si me esperase.

—Esto —murmuro, y mi voz suena más ronca de lo que esperaba —. *Esto* me haría feliz.

Ella no se mueve. Su aliento roza mi piel, y el calor de su cuerpo me llama.

No sé quién cierra el espacio entre nosotros, si ella o yo. Pero cuando nuestros labios se encuentran, una explosión de calor me recorre de pies a cabeza.

Vega gime contra mis labios; es solo un sonido suave y entrecortado, pero suficiente para que me desmorone y pierda la conciencia de dónde estamos, o qué estamos haciendo.

La tomo por la cintura y la atraigo hacia mí con desesperación, apartando unas hojas de jazminero que se interponen entre nosotros. Ella enreda los dedos en mi cabello y se pega más a mí hasta dejarme sin aliento. Su piel huele a vainilla y canela, y su cuerpo encaja contra el mío como si estuviera hecho a medida.

Mis manos suben por su espalda, quemando cada centímetro de tela que se interpone. Cierro los ojos, con el sol en el rostro. Ella arquea la espalda, y su beso se vuelve más urgente, más necesitado.

Si me besa así una vez más, juro que no respondo de mis actos.

Creo que voy a disolverme entre esos brazos con olor a vainilla, cuando de repente…

—¡Tengo pipí! —grita Luca, mientras corre por el jardín sujetándose los pantalones—. *¡Pipíííí!*

Nos separamos de golpe, y Vega se levanta de un salto, roja hasta las orejas.

Yo sigo ahí, en el banco, con la cabeza dándome vueltas y el cuerpo acelerado.

Voy a necesitar un momento. O dos. O, a lo mejor, me lanzo directamente a la piscina, si está lo bastante fría.



Cuaderno de Recetas de Vega

FONDANT DE CHOCOLATE

Me refiero a esos bizcochitos con un centro de chocolate líquido.

Morder un fondant de chocolate por primera vez es como probar pura magia derretida; un bocado celestial, inigualable, el mejor de tu vida hasta el momento.

Es como un beso inesperado bajo los jazmines; como tocar el cielo con los labios …

Pero el fondant de chocolate es efímero. El centro se enfría; la masa se reseca y todo desaparece demasiado rápido.

O peor, justo cuando estás disfrutándolo, aparece un niño gritando que tiene pis, y toda la magia se va por el desagüe.

26

Vega

El resto del día con los hijos de Rafael transcurre con relativa normalidad, pero yo casi ni me doy cuenta porque estoy en trance. Después de la película, regresamos a la gigantesca y luminosa cocina, y allí enseño a los niños a hacer magdalenas con pepitas de chocolate.

Sebastián se nos une, y puede que sea magnífico como crítico gastronómico o importador de cafés, pero no sabe ni batir un huevo sin que se le derrame por toda la mesa. Le quito de la mano el batidor de varillas, lo empujo a un lado y le enseño cómo hacerlo bien, ante la mirada divertida de los niños.

—Mira. Así —le digo, cansada de ver cómo remueve los huevos en vez de batirlos, y luego añado en voz baja—. No es por nada, pero a Luca le han quedado mejor que a ti, y tiene cuatro años.

—Al menos yo no he intentado esconder las cáscaras en el tubo de la aspiradora, ni me he restregado la yema por el pelo —protesta, entrecerrando los ojos.

Sonrío a medias al imaginar a Sebastián tratando de atascar la aspiradora de Rafael con huevos. O, mejor aún, la cara de Rafael cuando descubriese el olor. Sacudo la cabeza y regreso a la receta y a mis pequeños alumnos, aunque mi cerebro sigue atrapado bajo aquella pérgola del jardín, con el sol filtrándose entre las hojas y sus labios devorando los míos.

Mi cuerpo está pesando harina y derritiendo mantequilla, pero mi mente sigue allí, reviviendo ese beso.

Sobre las ocho y media hemos conseguido que los tres niños cenen y yo les leo un cuento de buenas noches, mientras Sebastián limpia el caos que hemos dejado en la cocina.

Rafael y Sara llegan un segundo después de que se duerma Aurora, aunque afirmaba no tener sueño y juró que se chivaría a su

padre por obligarla a irse a la cama sin darle gominolas antes. No sé por qué, pero creo que esa norma se la había inventado.

Los padres entran, con las mejillas sonrosadas después de pasar el día al sol, y exploran su propia casa con aire desconcertado. Creo que les cuesta creerse que hayamos sobrevivido, que la casa esté más limpia que cuando llegamos y que, encima, los niños ya estén durmiendo.

—Aquí hay demasiado silencio —murmura Sara, dirigiéndose a la escalera para vigilar los dormitorios—. ¿Seguro que no se os han escapado?

—Manel estuvo a punto, pero conseguimos sobornarlo para que se quedase —comenta Sebastián.

Me guiña el ojo, y yo le sigo el juego, diciendo:

—Sí, le prestamos las llaves de tu coche. Le encantó darse una vuelta por la urbanización.

Sara pone cara de espanto, pero Rafael se ríe a carcajadas.

—Sois buenos, muy buenos —dice—. Deberíais montar algo juntos. —Luego finge sorpresa y añade—. Ah, no, que Sebastián ya tiene una empresa conmigo. Entonces, mejor no.

—A lo mejor podrían asociarse para… otras cosas —propone Sara, quitándose las sandalias de tiras y cambiándolas por unas pantuflas de ositos.

Siento que me sonrojo; es casi como si esos dos sospechasen lo ocurrido en el jardín.

Busco mi cárdigan de punto, tejido por mi madre en todos los colores del arcoíris. Me lo echo por los hombros y luego recojo mi teléfono y mi bolso, dispuesta a salir.

—En fin, ¡volved cuando queráis! —dice Sara con una sonrisa, y luego se gira hacia Sebastián—. Aunque, ahora que lo pienso, tú vuelves aquí a dormir, ¿no?

Sebastián frunce el labio, disgustado.

—Eso parece —responde—. Voy a llevar a Vega a su casa, pero luego tendré que abusar de vuestra hospitalidad una noche más, si no os importa.

—En absoluto —dice Rafael—. Luca necesita a alguien para ponerle yogur en el ojo mañana por la mañana.

Subimos al coche, y por fin volvemos a estar solos.

Sebastián arranca, pero está callado como una tumba. No pronuncia ni una palabra al respecto. Es como si el beso no hubiera ocurrido. ¿Habrá sido una alucinación? ¿Estaré volviéndome loca?

Saco el teléfono y miro las novedades, pero sin fijarme en lo que estoy leyendo. Le contesto a mi madre que todo ha ido bien, y que voy de camino.

Sebastián pone la radio, igual que a la ida, pero no sé por qué, ahora me molesta más que un insulto. Es como si no quisiera hablar conmigo. Sí, seguro que es eso.

Sigue sin hablar y estoy a punto de explotar, pero tampoco sé qué decirle.

Todavía siento el calor de sus manos en mi cintura, y su respiración contra mi cuello.

Cada vez que pestañeo, las luces de la carretera se funden en manchas rojas y amarillas, y revivo el instante exacto en que él susurró en mi oído que yo podía hacerle feliz, y me besó como si llevase semanas deseándolo.

Los árboles pasan borrosos a nuestro lado, tan borrosos como mis pensamientos. Si este beso no significó nada para él, creo que voy a volverme loca.

—¿Giro por esta o por la siguiente? —pregunta Sebastián, sacándome de mis pensamientos.

Regreso al momento presente y miro a mi alrededor. Estamos ya en mi barrio, con sus edificios viejos de ladrillo, y sus balcones-trasteros con aires acondicionados, armarios de PVC y ropa tendida.

—Por aquí está bien —murmuro—. Y luego a la derecha.

—Por supuesto.

Detiene el coche en una esquina, muy cerca de mi portal.

Mi mano se queda congelada sobre la manija de la puerta del coche, sin desear abrirla y marcharme, pero sabiendo que no tengo más remedio, ni excusa alguna para quedarme.

—Entonces, ¿los de la tele irán a grabarte el martes? —me pregunta, sacándome de mi silenciosa incertidumbre.

Asiento con la cabeza, extrañada de que se ponga a conversar justo ahora. ¿Es que no ha tenido suficiente tenido tiempo por el

camino?

—Pasado mañana, sí —respondo, evitando sus ojos—. Tengo muchas cosas que preparar hasta entonces… la pastelería debe estar impecable. Necesito hornear suficientes pasteles para todos los que vengan, y también para los clientes habituales. Creo que mañana no voy a dormir mucho… —comento con una risa algo triste.

Sebastián asiente. Su mano se posa sobre la mía, comprensiva.

—Todo irá bien. Tú puedes con esto —me dice, y luego se acerca a mi rostro desde su asiento.

No sé por qué, pero me echo hacia atrás por instinto; quizás porque es todo nuevo, y por mucho que anhele el sabor de sus labios, tenerlo tan cerca todavía es una sensación extraña.

Todo ocurre en tan solo un segundo.

Sebastián nota mi vacilación y se aparta de golpe; son tan solo unos centímetros, pero suficientes para romper el momento. Me besa en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios, pero sin llegar a tocarlos. Ese beso tan casto me quema. Contengo las ganas de lanzarme sobre él, desabrochar su camisa y meter la mano dentro de esos pantalones de corte perfecto.

—Mejor será que te vayas a dormir —me dice—. Descansa hoy, que luego no vas a poder dormir mucho, hasta que pase lo de la tele.

—Claro —digo, casi atragantándome de pasión frustrada.

Salgo del coche, cerrando la puerta lentamente.

Camino hacia el portal arrastrando los pies, y él me espera, asegurándose de que entre antes de marcharse.

Justo en ese momento, aparece un repartidor con moto. Lleva un ramo de rosas sujeto contra el manillar, y aparca delante de mi casa, haciendo eses.

Se baja de la moto, se quita el casco…

Oh, no. Otra vez Elton.

Me tiende las rosas y se arrodilla frente a mí, oliendo a cerveza barata.

—¡Vega! —me dice—. ¿Dónde has estado todo el día? Tu madre me dijo que habías salido con otro… ¿no es cierto, verdad?

—¡Eso no es asunto tuyo!

—Pero muñeca, no contestabas al teléfono y me preocupé. No paré hasta que me dijo a qué hora volverías. Te eché tanto de menos…

Lo miro con el ceño fruncido, apartándome lo máximo posible.

—Elton, estás borracho. Fuera de mi portal.

—¡Fue por la preocupación! —Luego me tiende las rosas, implorante—. Por favor, acéptalas y me iré. Fui a comprarlas para ti… Me costaron una fortuna.

Lo último que quiero es aceptar esas flores, pero él las aprieta contra mi pecho, y las recojo por instinto, antes de que se estrellen contra el suelo.

—Vale. Ya las tengo. Ahora vete, pero mejor ve andando, que no estás para conducir.

Me doy la vuelta, girando el dedo contra la sien para dejarle claro a Sebastián que ese tío está chiflado, y que no tengo nada que ver con él.

Pero Sebastián ya se ha marchado.

Me quedo ahí, con unas rosas que no quiero entre las manos, y un exnovio arrodillado que mañana, con la resaca, ni se acordará de todo lo que me ha dicho.

27

Vega

Me levanto muy temprano, dispuesta a limpiarlo todo y a empezar con los preparativos para la visita de la tele. Estoy tan nerviosa que me tiemblan las manos mientras froto cada superficie de la cocina, incluyendo el dorso de las asas de las puertas, y otros sitios donde jamás pensé que pudieran acumularse el polvo y la grasa. Horneo, limpio y repaso el suelo mientras espero a que se hagan los primeros croissants de la mañana.

Todo cuidado es poco. Necesito que esto sea un éxito. Si sale mal, ya puedo colgar para siempre el cartel de cerrado.

Abro un poco más tarde, porque estoy demasiado ocupada con los preparativos. Tengo las mejillas sonrosadas, el pelo desordenado y el delantal arrugado, pero no me importa. Ya habrá tiempo de planchar delantales esta noche, cuando regrese a casa y todas las masas estén listas en la nevera. Si es que regreso a dormir, claro. Ya he avisado a mi madre.

Los primeros en entrar son unos chicos de las oficinas cercanas. Me parece que trabajan para Sebastián y Rafael: creo que son los que me trajeron la cafetera. Me saludan y les devuelvo el saludo. Hablo con ellos, aunque ni siquiera sé de qué, porque mi cabeza está en mil sitios diferentes, pero no aquí.

Mi cabeza está pensando en lo de la tele.

Y en ese beso de ayer por la tarde.

Y en las flores de Elton, o, mejor dicho, en la cara de mi madre cuando las vio. Se creyó que eran de Sebastián, y se emocionó. Tuve que explicarle la verdad, y de paso decirle que jamás volviese a darle información sobre mí a Elton, porque está como una cabra. La perdoné enseguida, claro. Para compensarme me ayudó a

desmenuzar las rosas, así podremos usar los pétalos como ambientador en los baños de la pastelería.

El local empieza a llenarse. No doy abasto a servir pasteles. Casi todos los que entran me suenan de algo, aunque de vez en cuando aparecen caras nuevas.

Por ejemplo, entran dos chicas rubias con gafas de sol. Una no para de moverse, como si tuviera un pincho en el trasero, y lleva un anillo con un diamante más gordo que el iceberg del Titanic. La otra me recuerda un poco a la exnovia de Sebastián, esa que hizo el vídeo maldito. Pero dudo que sea ella. Lleva un bolso gigante, y es difícil ver su cara, porque se cubre el pelo con un pañuelo y lleva unas enormes gafas de sol. Pero estoy segura de que esa mujer jamás volvería a entrar en mi negocio. Ya dejó bien clara su opinión sobre mis productos.

La del anillo se acerca y me pide dos cafés (uno descafeinado). Cuando habla, parece que la hayan puesto a velocidad doble. Se los preparo y sigo con lo mío. Al rato se marchan, y la mesa vuelve a llenarse enseguida.

Veo a Rafael y Sebastián cruzar la calle por la ventana. Mi corazón da un saltito al verlo a él. Siento una extraña alegría que me invade, y el recuerdo del beso se vuelve más nítido.

De pronto, una pareja de turistas abre la puerta. Yo me doy prisa y coloco un cartel de "Reservado" sobre la mesa preferida de Sebastián y Rafael, porque es la única que queda libre.

Tengo el local a tope, pero necesito hablar con Sebastián a solas. Sé que una pastelería a rebosar, a hora punta de la mañana, no es el mejor sitio para hacerlo, pero no puedo esperar. Tiene que ser hoy, ¡ahora!

Voy a aclarar las cosas con él, o al menos le voy a pedir que almorcemos juntos. Necesito saber si está jugando conmigo, si el beso de ayer fue solo un capricho pasajero o si su interés es genuino. A mi edad, y en mi profesión, una no tiene tiempo para juegos de adolescentes. No, señor. Yo soy una mujer seria.

—Qué ajetreo tienes hoy —me dice Rafael, mirando a su alrededor.

—Eso parece —respondo, intentando sonreír mientras finjo ordenar una bandeja de pasteles, aunque en realidad estoy mirando a Sebastián de reojo mientras habla por teléfono con alguien—. Y vosotros, ¿qué tal? ¿Los niños se despertaron contentos?

—Me han dicho que están deseando que vuelva la tita Vega con el tío Sebastián —bromea, guiñándome un ojo.

—Venga ya... es broma —replico.

—No, no, en serio —insiste Rafael—. Aurora mencionó algo sobre jugar contigo en la casita del árbol. Al parecer, fue su parte preferida del día.

Esbozo una sonrisa forzada, como si no tuviera ni idea de a qué se refiere.

—No sé... jugamos a muchas cosas —digo, porque reconocer que su hija me dejó atrapada en un árbol me da un poco de vergüenza.

Rafael elige un milhojas y se marcha a su sitio, y mientras, Sebastián sigue hablando por teléfono, sentado a la mesa.

Veo que cuelga, pero sigue escribiendo en su móvil. Le hago un gesto con la mano, indicándole que se acerque. Él responde con un leve movimiento que significa, sin duda: "Un café, por favor".

Pero no. No quiero hacerle un café. Le hago otro gesto más claro, indicándole que debe venir. Llegados a este punto, esto parece un juego de mímica. Pero voy a ganar yo.

Él se levanta de mala gana, casi como si le diera pereza estar a solas conmigo. No sé por qué, pero creo que eso es una mala señal.

Pero no importa. Yo soy fuerte. Soy una mujer segura de mí misma. Ya no me dejo aplastar por cualquier cosa, ni por cualquier hombre, por guapo y elegante que sea, ni por bien que bese. Nada de eso.

Sebastián llega hasta el mostrador. Lleva un traje de chaqueta azul marino y camisa blanca.

—Buenos días —dice con su voz grave, en tono algo seco—. ¿Querías algo?

—Yo… sí.

Se hace el silencio. De pronto ya no me siento tan valiente ni tan resuelta, y no sé cómo plantearle mi pregunta.

—Ya vi que estabas muy solicitada anoche —comenta Sebastián.

Me cuesta un instante saber de qué habla. Ayer solo estuve con él y con los niños, y más tarde, con mi madre. Ah, bueno, excepto… Suelto un resoplido al entenderlo todo.

—¿Te refieres a Elton? ¿El de la moto? —Por su cara me queda claro que sí—. Es solo mi ex. Es un poco pesado, pero totalmente inofensivo.

Sebastián se encoge de hombros, como si no le importase.

—Claro. No es asunto mío, por supuesto.

Su respuesta me hace sospechar que no quiere tener nada conmigo. De ser así, no le daría igual.

—¿Qué ibas a preguntarme? —dice, mirando sus dos relojes.

—Yo…

Pero no puedo. No es un buen momento. Tengo miedo de su respuesta, y veo que está de un humor pésimo.

—Tengo que ir a hacer unas llamadas urgentes —dice, cansado de esperar—. Tráeme un café cuando puedas, por favor.

Luego se da la vuelta, a punto de regresar junto a Rafael. Me hormiguea el cuerpo entero de los nervios; no puedo dejar que lo haga. Tengo que hablar con él ahora, pero no delante de su amigo. Si no lo consigo, explotaré del estrés, y tendré que volver a limpiar toda la pastelería.

—Oye, Sebastián… —digo, alargando el brazo para detenerlo—. Necesito que hablemos un momento. Es sobre… lo de ayer.

—¿Lo de ayer?

¿En serio se está haciendo el tonto? Me dan ganas de sacudirlo para quitarle de encima esa máscara de hombre frío y desinteresado que ha vuelto a ponerse. ¡Odio tanto este juego! ¿Me va a obligar a que continúe hablando de ello, sin darme ninguna pista? Pero ahora ya he empezado, y no tengo más remedio que sacar pecho y terminar la frase.

—Sí, lo de ayer —repito con toda la seguridad que me sale—. Me gustaría saber… qué te pareció.

Cuando por fin lo digo suena torpe, casi infantil.

Siento una vergüenza horrible, pero ya es demasiado tarde. Ya se lo he dicho.

Sebastián abre la boca para contestar, pero duda. Está a punto de decir algo cuando un grito agudo retumba por la sala. Tres mujeres se levantan de golpe, golpeando el suelo con sus tacones, y se suben a sus sillas.

—¡Ratones! ¡Ratones! —gritan, señalando algo pequeño y peludo que corretea como un bólido por el suelo.

Dios mío. ¡Hay cinco! No, seis. ¡Ay, madre, hay más de veinte! Es una marea de ratoncillos pequeños y blancos, de ojos rojos, como los que se usan en los laboratorios. Están por todas partes, subiéndose a los pies de los clientes o metiéndose por las rendijas. Es como si alguien hubiera hecho explotar una bala de cañón llena de ratones en medio de la pastelería.

—Pero ¿qué es esto? —grito horrorizada.

No sé qué hacer.

Lo primero que se me ocurre es levantar todas las bandejas y ponerlas en algún lugar elevado, pero eso da totalmente igual, porque todos han salido corriendo y sin pagar. Oigo gritos de "¡Ratones, ratones!" o, peor aún: "¡Llamen a Sanidad!".

El revuelo es espantoso, pero no dura mucho. En cuestión de minutos, la pastelería está casi vacía y parece el escenario de un bombardeo: sillas volcadas, comida en el suelo y ratones apiñados bajo las mesas, comiéndose las sobras con avidez.

Sebastián me mira. Yo le miro. Y hay algo en sus ojos que parece reconocimiento, casi como si se hubiera esperado esto. Yo no entiendo nada. Tengo ganas de llorar. De pellizcarme y descubrir que todo fue solo un sueño.

—Dios mío, ¿qué voy a hacer? —murmuro, sujetándome en el mostrador para no desmayarme.

En menos de veinticuatro horas tendré aquí a los de la tele. Esto es peor que el meteorito que acabó con los dinosaurios.

28

Sebastián

Esto ha sido cosa de Loreta.

Tiene su firma por todas partes. No necesito pruebas, ni verla con las manos en la masa (o en la jaula de los ratones) para saberlo con total certeza.

Cuando la pille, le voy a…

Sacudo la cabeza. No le voy a hacer nada y lo sé. Y ahora mismo, Loreta es lo de menos. Mi prioridad es resolver este desastre. Porque esto es un desastre, y me siento responsable.

Otra vez.

—No te preocupes, lo resolveremos a tiempo —le digo a Vega, intentando mantener la calma.

—¿Que no me preocupe? —Me mira con los ojos desorbitados—. ¿Cómo vamos a resolver *esto?* ¡La tele llegará en menos de veinticuatro horas y filmarán mi pastelería desierta, destrozada y LLENA DE ROEDORES! ¡Va a ser mi ruina! ¡Me van a cerrar el negocio! O, peor aún… ¡voy a ir a la cárcel por ser una amenaza a la sanidad pública!

—Vega, escúchame…

Pero ella no me escucha y se echa las manos a la cabeza.

—Jamás podré pagar todas las deudas en las que me he metido para abrir este negocio. ¿No te das cuenta?

Respira acelerada, las manos temblorosas. Y, por primera vez desde que la conozco, veo verdadero pánico en sus ojos.

—Cálmate —repito, con voz firme, y me agacho para enderezar una de las sillas caídas—. Lo arreglaremos.

—¿Cómo? —suena casi histérica.

Buena pregunta. Para ser sincero, nunca he lidiado con una invasión de ratones, pero no puede ser peor que sobrevivir al día de

navidad con la familia de Loreta.

Un ratoncillo pasa corriendo, con un trozo de tarta en el morro. Vega suelta un grito y se agarra del mostrador con los nudillos crispados.

—Vamos a ver… —digo lentamente, mientras Rafael trata de dar caza al animal, sin éxito—. Primero, tenemos que averiguar de dónde han salido. Si encontramos el origen, podremos acabar con la plaga más rápido.

—¡Han salido del mismísimo infierno! —gime ella con voz lastimera—. ¡Y están… POR TODAS PARTES!

—¡No, no! Seguro que solo había un par, y ya se han escapado todos hacia la calle.

En ese preciso instante, tres ratones más salen en tromba desde el obrador y se esconden en un resquicio, por detrás de la pared de los helechos.

Uf. Pues parece que no se han ido todos.

Vega emite un sonido ahogado y abre la boca como si estuviera a punto de gritar de nuevo, pero no le sale nada.

—Oh, Dios mío… —susurra finalmente, como si no le quedase aliento—. Esto es mi pesadilla hecha realidad.

—Escucha —digo, acercándome a ella y colocando las manos firmemente sobre sus hombros—. Te ayudaré… *Rafael y yo* te ayudaremos.

Rafael, que es el único cliente que no ha salido corriendo (aparte de mí) hasta ahora ha estado observándonos con los brazos cruzados. Cuando lo menciono frunce el ceño, con cara de "¿Perdón? ¿Qué voy a hacer… qué?".

—Bueno… —empieza a decir, y ya sé lo que viene—. Ya sabes cómo se pone Sara cuando llego tarde…

—¡Rafael! —le corto, alzando un poco la voz.

Se endereza como un soldado en formación.

—Claro, Sebastián. Solo dime por dónde empezamos.

—No lo sé, pero no puede ser muy distinto de cuando tuvimos esa plaga de gorgojos etíopes.

—¿Estás proponiendo meter la pastelería entera en una cámara de CO_2? —pregunta Rafael, frunciendo el ceño.

—Bueno, era un ejemplo. Habrá que pensar algo distinto. Algo que los espante.

—Podríamos ponerles los vídeos de Loreta en bucle —propone Rafael tan tranquilo.

Vega lo mira con cara de asesina. Miro con severidad a Rafael, riñéndole por su broma desconsiderada, y él se encoge de hombros.

—¿Qué? Con las personas funcionó. Ahuyentó a todos los clientes.

—¡Esto es una catástrofe! —grita Vega sin hacerle caso. Se ha agachado frente a las tablas de madera que cubren una sección de pared y está metiendo una cucharilla por un resquicio—. Caben por cualquier rendija. Necesitaremos semanas para sacarlos a todos. Si es que no se reproducen antes.

—Entonces, más vale que empecemos ya mismo —le digo—. ¿Dónde tienes los utensilios de limpieza?

Señala débilmente la trastienda, y yo asiento.

—Tráelo todo. Vamos a ordenar esta sala, y luego pasaremos a ver cómo están el obrador y el baño.

—Uf, ya os lo digo yo —anuncia Rafael—. Acabo de mirar ahí detrás y es como si un terremoto lo hubiera arrasado todo.

Gracias, Rafael. Ese comentario es justo lo que necesitábamos para mantener la calma.

Vega se acerca con escoba y recogedor. Se queda ahí de pie, con la mirada perdida, observando con impotencia los trozos de pastel de crema y la nata restregada por el suelo, arrastrada por las suelas de los clientes que salieron huyendo.

Durante unos segundos, los tres guardamos silencio, contemplando la magnitud del desastre. Cuando el tráfico de fuera se detiene por el semáforo en rojo, se oye claramente el rascar de los ratoncillos escondidos en los huecos. Este local tan antiguo tiene más grietas ocultas de las que uno podría imaginar. Para un ratón, debe de ser como un parque de atracciones.

—¿Los oís? —dice Vega, y se deja caer, cabizbaja, en una silla, usando la escoba como bastón para sujetarse—. Como quede uno, solo uno, y lo graben las cámaras… *Eso sí* que se va a hacer viral.

Me agacho junto a ella y le tomo las manos con suavidad. Las tiene frías, lo cual es insólito.

—No quedará ninguno —digo, frotándole los dedos para calentarlos—. Vamos a limpiar el suelo para que no les quede nada que comer. Luego revisaremos todos los puntos de entrada y pondremos raticida. Encontraremos el sitio por el que se han metido aquí, y lo taponaremos. ¿Entendido?

Asiente con aire distraído, como un robot. Su mandíbula está tensa, y su rostro ha perdido el color que le suele dar la cercanía de los hornos.

—Voy a llamar a mi madre —dice suspirando—. Tengo que decirle que no me espere para cenar.

—Aún falta mucho para la cena —replico.

Me mira con los ojos entrecerrados.

Bien pensado, aquí tenemos trabajo para muchas horas.

Vega se excusa un momento para llamar por teléfono y, cuando regresa, nos ponemos manos a la obra. Empezamos por recoger los restos de comida, con el almacén cerrado para que no se cuelen más ratones entre los productos alimenticios. Luego movemos todos los muebles, apilamos sillas, y limpiamos las superficies a fondo.

Revisamos la boca de los desagües y tuberías, y los tapamos con trapos viejos. Envío a Rafael a la ferretería, y vuelve con masilla para sellar todas las grietas de las paredes y los zócalos, y una trampa para ratones ecológica.

—Me dijeron que era mejor no usar veneno —explica—. Al parecer, el matarratas y la comida no son del todo compatibles… ¿Os acordáis del caso de esa mujer que le ponía raticida a su marido en el café todas las mañanas…? —Vega y yo lo miramos en silencio, esperando el final de la historia. Él se encoge de hombros—. Ella está en la cárcel y él está muerto. Pero nosotros no vamos a terminar así, porque tenemos… ¡La trampa ecológica!

—Muy alentador —comenta Vega, que seguramente ya se está imaginando los pasteles de la cárcel. Seguramente no son muy

buenos, y los hacen con harina infestada de polillas.

Coge el tubo de masilla y se pone a leer las instrucciones. Parece desbordada, y siento ganas de abrazarla, de envolverla en mis brazos hasta que recupere esa actitud luchadora que tanto me gusta de ella.

Pero luego recuerdo al imbécil que la esperaba anoche en su portal, arrodillado con un ramo de rosas. ¿Su ex? No parecía un ex, precisamente. Pero fue estúpido por mi parte el asumir que una mujer así no tendría más pretendientes.

Nos pasamos horas limpiando y sellando grietas, pero siguen saliendo ratones de los lugares más insospechados. A veces es como si aparecieran por arte de magia, y ni siquiera sabemos de dónde.

Las horas pasan deprisa, y hago lo que puedo por contestar llamadas del trabajo desde la pastelería. Pronto se hará de noche, y ni siquiera hemos encontrado el foco de la plaga.

El cebo ecológico que compró Rafa en la ferretería es ignorado olímpicamente por los ratones. Seguramente tienen la panza llena de tarta, y después de probarla, no están dispuestos a comer cosas peores.

Está oscureciendo cuando Vega se va un momento al baño, y la oigo soltar un gritito de júbilo desde allí.

—¡Venid! ¡Venid aquí! —nos llama.

Rafael y yo la encontramos sujetando la tapa de la papelera, un cesto grande de mimbre para tirar las toallitas de papel con las que los clientes se secan las manos. Dentro hay una jaula vacía, con la puerta abierta.

—Estaba oculta debajo de un montón de servilletas —dice Vega —. Me extrañó que la papelera estuviera tan llena, teniendo en cuenta que cuando todo sucedió, muy pocos clientes habían usado el baño. Así que la volqué y… ¡bingo!

—¡Bravo! —exclamo—. Buen hallazgo.

—Sí, bueno —responde con pesar, dejando caer la jaula junto al lavabo—. Por fin sabemos cómo llegaron hasta aquí. Pero ahí dentro no queda ninguno. Ahora los tenemos metidos por todos los huecos del local, y son ya las tantas.

—Ya, hablando de eso, me ha llamado Sara y… —protesta Rafael.

Me basta fulminarlo con la mirada para que se calle y vaya a buscar la masilla de nuevo.

—Voy a ver si hay agujeros para sellar detrás del váter —dice obediente.

De pronto, Vega se queda quieta.

—Esperad… —murmura—. Tenemos la jaula. Y tenemos el cebo que ha comprado Rafael…

—Sí, funciona de maravilla —comento y me asomo al cubículo, donde Rafael está arrodillado frente al inodoro—. Oye, ¿crees que te devolverían el dinero?

—¡No! —replica Vega, como si fuera Sherlock a punto de desvelar un caso—. *Ellos* no quieren ese cebo. No lo quieren porque… ¡han comido toneladas de tarta y pasteles!

—¿O sea, que la solución es esperar a que les entre hambre otra vez? —pregunta Rafael, mirando el reloj.

—No me refiero a eso. Pero la trampa nos sirve. No la devuelvas.

Sus ojos brillan. Recoge la jaula del suelo y señala su interior.

—¡Necesitamos comida más sabrosa! —exclama—. Si les damos mis dulces, puede que los atraigamos. Y luego podemos volver a meterlos en su jaula, y soltarlos lejos de aquí.

Por primera vez en horas, suena optimista, así que no contradigo su plan, por absurdo que suene eso de cazar ratones con pasteles.

Buscamos migajas, trozos de galleta y todos los restos de bollería que quedan por los estantes. Luego dejamos la jaula en el centro de la sala principal, con parte del botín dentro. Ponemos varios rastros de cebo que convergen en la trampa, y luego nos sentamos en el suelo a esperar.

Vega apoya la cabeza en mi hombro, y al rato su respiración se vuelve pausada. Se queda dormida esperando.

El tiempo pasa, pero nada ocurre.

—Creo que no va a funcionar —me susurra Rafael, con voz cansada.

Sacudo la cabeza, apesadumbrado. Yo también pienso lo mismo, pero, ¿qué otra cosa podemos hacer? Es muy tarde, estamos agotados, y ya no quedan más rincones que limpiar.

Seguramente deberíamos volver a casa, pero eso sería igual que abandonar a Vega a su suerte y condenarla a un desastre mediático frente a la tele.

Pero entonces…

El silencio se rompe.

Oigo unas patitas rascando.

Llevamos tanto tiempo ahí quietos, que quizás los ratones creen que nos hemos ido.

Me llevo el índice a los labios para que Rafael guarde silencio.

Y, de repente, empiezan a salir criaturas blancas y peludas de los rincones más inverosímiles. ¿De verdad cabe un ratón por ahí?

Pero ahí están: uno. Dos. Cinco. Diez… ¿todos?

Van husmeando los rastros de comida que les hemos dejado, y caminan en fila hacia la jaula, como guiados por el mismísimo flautista de Hamelín.

Le doy un suave codazo a Vega para que se despierte.

—Mira eso… —murmuro.

Ella observa la procesión de roedores con la boca abierta, conteniendo un grito de asombro. De pronto, están todos dentro.

La miro y nos ponemos de acuerdo, solo con los ojos.

Es el momento. Ahora o nunca.

Vega se pone en pie de un salto y corre a la jaula.

—¡Os tengo!

Con un movimiento rápido, empuja a los dos últimos ratones dentro y cierra la puerta con un clic.

Los animalitos se apelotonan, subiéndose unos encima de otros y chillando, rodeados de restos de tarta.

Nos miramos: exhaustos, sudorosos, cubiertos de harina y quién sabe qué más. Fuera está amaneciendo, y estoy aturdido del cansancio. Pero… ¿Lo hemos conseguido?

—Madre mía —dice Rafael—. ¡Somos unos malditos héroes!

Vega se ríe. Casi histérica, me coge por la cintura y se pone a bailar a mi alrededor. Yo solo me dejo llevar, agotado mientras la adrenalina se disipa de golpe.

Cuando Vega se detiene a recuperar el aliento, la abrazo y nos quedamos así unos minutos. Nadie habla; estamos demasiado

cansados para nada más.

En la calle, la oscuridad de la noche ha dado paso a la claridad de la mañana temprana. Son más de las seis. En dos horas, yo debería estar en la oficina… Y muy pronto, Vega debería abrir su pastelería.

Estoy hecho polvo. Mi traje está arruinado. Tengo manchas en la camisa y me siento como si hubiera dormido en un contenedor.

Me vuelvo hacia Vega.

—Necesito cambiarme —digo, con voz ronca, tomándole la mano y apretándola.

Ella asiente, pero su expresión ha cambiado. Su mirada triunfal se ha desvanecido, y de nuevo se le ve decaída.

—Vete, anda —murmura, frotándose los ojos—. Ya habéis hecho suficiente. Yo me quedo aquí. A ver si consigo preparar algo antes de que vengan todos.

Claro. Eso no lo había pensado.

Ella tiene que abrir, pero sus estantes están vacíos.

Me da un suave empujoncito.

—Idos, por favor.

Dudo. Me siento mal dejándola sola, pero ya no hay mucho más que podamos hacer. Puede que sepamos limpiar u organizar cosas, pero hornear pasteles está fuera de nuestras habilidades.

—¿Estás segura?

—Sí… —Suspira y se suelta de mi mano—. Haré unas torrijas con pan duro, o crêpes, o lo que sea. Algo se me ocurrirá.

Suena bastante desalentada.

Supongo que eso no es lo que había planeado para su gran aparición en la tele. Todos esos años de estudio y práctica para dominar la repostería francesa, y ahora solo le da tiempo a hacer unas crêpes… Miro alrededor. No hay nada listo, y hemos tenido que tirar todo lo de ayer.

—Venga —nos ordena—. Necesitáis una ducha. Ya me habéis ayudado bastante. Os estaré eternamente agradecida.

Yo asiento, y salimos de la pastelería algo angustiados. Rafael se va a su casa con prisa, pero yo me despido y me dirijo lentamente hacia el parking, en busca de mi coche. Camino de mala gana, con una sensación extraña en el pecho. Siento que me estoy marchando

cuando no debería; como si hubiera podido hacer algo más, pero no sé verlo.

Esta vez no voy a dormir a casa de Rafael. No; me dirijo a *mi* casa, que después de todo es mía. Y, además, me he hartado de rehuir a Loreta. Quiero verla, cara a cara; que se atreva a confesarme lo que ha hecho sin mostrar un ápice de culpa. Si de verdad ha sido ella, es incluso peor de lo que yo pensaba.

Conduzco por inercia, girando sin pensar en las calles correctas. A cada minuto que pasa, mi furia hacia Loreta va creciendo; he estado tan ocupado estos días que no había tenido tiempo de pensar en eso. Pero ahora, solo en el coche, estoy que exploto. Subo en el ascensor y abro la puerta sin llamar. Desde el recibidor suelto un grito, para que sepa que he llegado:

—Ha sido cosa tuya, ¿verdad?

Doy un portazo y entro dando zancadas.

No hay respuesta.

La luz del salón está apagada. La mesa sigue cubierta de restos de comida para llevar, revistas y cáscaras de pistacho. Pero ella ya no está.

Camino despacio, casi esperando verla salir de algún rincón con una sonrisa de suficiencia.

Tampoco está en el dormitorio.

Lo único que encuentro es un papel sobre la encimera. Solo contiene un mensaje:

> *«Una dama siempre se retira con fuegos artificiales. Disfruta de tu aburrida vainilla, yo prefiero los sabores que dejan huella. Bon appétit, Sebastián.»*

Me quedo mirando el papel, y una rabia sorda empieza a latirme bajo las costillas.

Años compartiendo cama, planes, batidos proteicos… ¿y al final se va así? Una explosión por puro ego. Una venganza disfrazada de despecho.

Loreta ha desaparecido, pero las consecuencias de su pequeña "traca final" siguen aquí.

Y alguien va a tener que limpiar las cenizas.

29

Vega

El tiempo sigue avanzando sin piedad, y no hay nada que pueda hacer para detenerlo.

Cuando llega la hora de abrir, lo único que tengo son crêpes, crème brûlée… y nata montada para decorarlo todo.

He trabajado con lo poco que pude encontrar en el único sitio abierto a las siete de la mañana: el bendito supermercado asiático de la esquina, que no parece cerrar nunca.

Los clientes habituales no dicen nada. Me miran, miran las crêpes y asienten complacidos. No parece importarles el cambio de menú. Los aceptan, contentos.

El problema es que ni siquiera tengo suficiente para todos, y los estantes están ya medio vacíos. He puesto masa a fermentar, pero tardará al menos una hora más. Y olvídate de hacer hojaldre. No hay tiempo de plegar la masa.

Y cuando llegue la televisión...

No tendré nada que valga la pena.

Quiero llorar. Soy como un zombi detrás del mostrador, vestida igual que ayer, y tapando las manchas con el único delantal limpio que me quedaba. No sé cuántos cafés habré tomado, pero me tiembla el pulso como si estuviera en una peli de suspense y esta fuera la escena del desactivado de la bomba. En un momento dado me doy cuenta de que estoy sacando dos cafés a la vez, uno de la supercafetera y otro de Fátima. Los dos son para mí.

Cuando por fin hay un momento de calma, le devuelvo las llamadas a mi madre. Ha llamado ocho veces mientras yo me esforzaba por mantener esto a flote en medio del apocalipsis.

—¿Qué tal, hija? —dice en cuanto descuelgo—. ¿Ya te deshiciste de esos ratones?

—Creo que hemos conseguido contener la plaga —digo con un suspiro, pero no consigo sonar alegre.

—Sabía que podrías. ¡Tú puedes con todo! Eres hija mía. Pero debiste dejar que fuera a ayudarte.

Me la imagino con su cadera de titanio, su bastón y su determinación inquebrantable, tratando de atrapar ratones con una escoba. Pobrecita. Ya tiene bastante con sus dolores y sus noches de insomnio. No podría haberle hecho algo así. Y tampoco habría servido de mucho.

—Está bien, mamá. Lo hemos conseguido. Sebastián se quedó a ayudarme.

—Ese Sebastián es un buen partido, ya te lo digo yo.

—Sí, supongo —mascullo, demasiado agotada para procesar lo que sea que siento por Sebastián ahora mismo.

La verdad es que se quedó aquí como un campeón. Bueno, él y Rafael, aunque lo de Rafael no sé si fue del todo voluntario o más bien fue por lealtad a su amigo.

—Luego nos pasamos a verte mis amigas y yo. Para apoyarte cuando vengan los reporteros —anuncia mi madre.

Casi escupo el café.

—¡No, no! Mamá, mejor quedaos allí, y ya os mandaré fotos.

—Pero, mi niña…

—Que no, que no hace falta —insisto, empezando a sentir sudor frío ante la imagen de mi madre y su escuadrón de amigas invadiendo la pastelería.

—¿Has conseguido preparar algo especial para la prensa? —pregunta, tan avispada como siempre.

—Sí —miento descaradamente—. Muchísimas crêpes.

—¿Solo eso? ¿Y los *éclairs*? ¿Y tus renombrados *macarons*?

—Ahora está de moda el minimalismo. Tú no lo entiendes.

A regañadientes, acepta quedarse en casa. Pero no le hace ni pizca de gracia.

A las diez en punto, aparecen Sebastián y Rafael, puntuales como un reloj. Justo en ese momento, recibo un mensaje de la gente de la tele.

«No cierres ni hagas nada especial. Queremos una escena real, que todo tenga el aspecto más natural posible.»

Traducción: Me están pidiendo grabar mi pastelería en pleno apogeo ratonístico.

—¿Cómo estás? —pregunta Sebastián nada más entrar.

—Bien, todo va viento en popa, como puedes ver —le digo fingiendo indiferencia.

Mi local huele a desinfectante en vez de a chocolate, tengo las estanterías vacías, y lo único que puedo servir son crêpes con nata, aunque tampoco muchas, porque se me están terminando. Sí, todo va a pedir de boca.

Sebastián me dedica una sonrisa cansada.

—Ojalá supiera hornear postres. Me habría quedado contigo para hacerlos juntos.

Por su tono sé que es sincero, y eso me calienta el pecho por dentro con una llamita de afecto. Quizás no todo esté mal en el mundo, después de todo. Quizás aún haya esperanza para la humanidad. Y para mí… y para mi pastelería.

—Gracias, Sebastián —respondo, bajando la mirada para evitar la intensidad de la suya—. De verdad. Esperemos que me dejen preparar algo en directo. Eso podría salvar el día.

Antes de que pueda procesar lo que siento, o darle las gracias de alguna forma un poco más efusiva, una furgoneta con el logo de la cadena de televisión Canal Once aparca en la acera.

De ella bajan dos cámaras y una presentadora con un minivestido y tacones más afilados que una aguja de repostería, de esas que en la escuela usábamos para eliminar burbujas en el caramelo. La mujer se coloca justo debajo del cartel donde pone «Dulce Sencillez – Repostería Tradicional Francesa».

—Colocaos por aquí —les dice a los cámaras—. No, ahí no, ese no es mi perfil bueno. Grabadme desde el otro lado. ¡Vamos, zánganos!

Abro la puerta y salgo a donde están ellos, rezando para que todo termine rápido y sin víctimas.

—Hola, soy Vega, la dueña —digo con mi mejor sonrisa—. También podéis grabar dentro si queréis.

La presentadora asiente con desgana y se mira el reloj.

—Tenemos quince minutos, así que haremos un plano del cartel, otro de los escaparates de dulces y luego te haremos un par de preguntas mientras finges poner cosas en bandejas.

—¿QUÉ? ¿Solo quince minutos?

Allá van mis esperanzas de cocinar algo en directo.

—Señora —me dice un cámara desde dentro—. ¿Dónde tiene las vitrinas con el género? Estas están todas vacías.

—¿No ibais a grabar mientras trabajaba? —le pregunto a la presentadora, y me sale un gallo de pura desesperación.

—Cambio de planes. Nos han llamado para rodar en un restaurante con tres estrellas Michelin. Será el plato fuerte del programa.

—Casa Mireia —aclara el otro cámara.

Oh, Dios mío, ¿voy a compartir programa con Casa Mireia? ¿Seremos como el yin y el yang de la gastronomía? ¿El poli bueno y el poli malo?

—¡Vamos, moved el culo! —dice la presentadora dando palmas—. Hay que darse prisa, que luego nos toca ir hasta la frontera con Francia, y esta noche he quedado.

No puede ser. No, no, ¡no!

—Pero… ¿por qué no me cancelasteis el reportaje? —pregunto en estupor—. No me habría importado que vinieseis otro día, con más tiempo para preparar algo frente a las cámaras.

Miro a Sebastián y Rafael con desesperación.

—Pues eso mismo dije yo —responde la de la minifalda, encogiéndose de hombros—. Pero tu amiguito, quienquiera que sea, se puso pesadísimo y dijo que teníamos que incluirte en el primer programa que se emitiese. Que era "súper–urgente".

—¿Mi amiguito? ¿Qué amiguito?

—Si no lo sabes tú, yo menos. —Se encoge de hombros—. Además, fue mi jefe quien habló con él. Yo solo soy una mandada. ¡Zánganos, el trípode frente al mostrador! ¡Vamos, vamos, que os pesa el trasero!

—¿Se os ocurre quién puede haber insistido tanto para que me grabaran? —pregunto, corriendo para seguirle el ritmo a la presentadora.

—Mi jefe dijo que ese tío era más pesado que un vendedor de criptomonedas. —Mientras habla, se arregla el maquillaje con un espejito de mano—. Es todo lo que sé.

Mi cerebro hace clic.

¡Criptomonedas!

¿Elton?

Pero… ¿cómo es posible?

¿Quizás conoció a algún famosillo mientras repartía comida con su moto? ¿Será algún rarito de esos a los que sigue por YouTube?

Pero antes de que pueda resolver ese enigma, los tres de la tele ya están dentro, apuntando con la cámara directamente a mis estanterías… más vacías que los estantes de papel higiénico durante la pandemia.

Estoy acabada.

¿Qué hago? ¿Y si imprimo fotos de tartas y las pego en las vitrinas? ¿Se notaría en las grabaciones?

Aunque, espera…

¿Qué es ese alboroto fuera?

Me giro y a través de la ventana que da a la calle, veo a mi madre, cargando en una mano una bandeja gigante cubierta con paños blancos, mientras con la otra se apoya en el bastón. Detrás de ella vienen sus amigas, Charo y Toñi, y también Amina y Laia, todas con bandejas.

¿Qué es esto?

Entran en fila, como si estuvieran ejecutando un despliegue militar. Unos segundos después aparecen Brayan y Kevin, empujando un carrito con ruedas repleto de cajas de cartón blanco.

—Somos los ayudantes de Vega —anuncia mi madre—. Hemos llevado todo esto que ella ha preparado esta mañana a asar al horno de al lado, porque el suyo no funciona. Abran paso, por favor.

Los de la tele tienen que apartarse porque el escuadrón de repostería está colocando bandejas en las estanterías con eficacia marcial.

Eclairs. *Madeleines*. Tartaletas de arándanos… hasta un increíble *croquembouche* digno de una boda francesa, con cientos de profiteroles rellenos de crema pastelera, formando una pirámide perfectamente alineada que han estabilizado con caramelo derretido.

Esto es impresionante.

Son todos los dulces que yo les he enseñado a preparar durante el cursillo, y mucho más. Los han cocinado exactamente como lo habría hecho yo, siguiendo mis recetas y usando mis trucos. Ni yo misma encuentro la diferencia.

Estoy tan orgullosa de ellos que se me saltan las lágrimas.

—Pruebe esto —dice mi madre, ofreciéndole un *macaron* de pistacho a la presentadora.

La chica lo coge, lo muerde… ¡y gime de placer! Sebastián se gira hacia mí, yo me pongo roja, y ambos contenemos la risa.

—Dios mío —dice la presentadora con la boca llena, tapándosela para no salpicarnos de migas—. ¡Esto es una maravilla celestial! ¡Un bocado divino!

Luego gira en torno a sí misma, observando con incredulidad a todos los recién llegados.

—¿Todos estos son empleados tuyos? —pregunta, asombrada.

—Bueno, ellas son… —empiezo a decir, pero mi madre me empuja hacia atrás y sonríe con superioridad.

—¡Por supuesto! —dice—. Pero no trabajamos todos a la vez. Hacemos turnos rotativos. Es una gran jefa. Nos da muchísimas vacaciones. ¡Y nos paga un buen billete! Todo el mérito de los dulces es suyo. Son sus recetas secretas.

Ahí está: por eso dicen que "madre no hay más que una".

La presentadora asiente. Mi madre ha captado su interés por completo. Siempre era ella la que hacía la demostración de seguridad durante el despegue, y se le nota la experiencia.

—¡Recetas secretas! —exclama la presentadora del Canal Once—. ¡Me encanta! Zánganos, apuntad eso. Que lo diga la voz en off del narrador, durante la toma en la que voy caminando por la acera.

Charo me guiña el ojo, y Amina me da la mano por detrás de la espalda. Al fondo, Sebastián sonríe, y ayuda a Laia a distribuir los

dulces por las estanterías, que ya no están vacías, sino repletas de pasteles maravillosos que huelen a gloria.

Y así, mi pequeña y dispar comunidad me salva del desastre.

El reportaje es un éxito.

Los reporteros se quedan mucho más de quince minutos, y me da tiempo a mostrarles mi truco secreto para que las *madeleines* no pierdan la forma al sacarlas del horno.

No sé cómo es posible, pero termina siendo una mañana perfecta.

Los de la tele se marchan, seguidos por mi grupo del curso de repostería y luego Rafael, al que le dejo llevarse todos los milhojas que quiera en agradecimiento.

Al final, solo queda Sebastián, apoyado en el mostrador, sujetando un trapo y quitando las migas que han quedado atrás.

Cierro la puerta y giro el cartel de "Cerrado". Me da igual que sea martes, y que sea apenas mediodía. He tenido suficiente por hoy, y me he merecido un descanso.

Sebastián me mira.

—Enhorabuena —dice—. Ha salido genial; te lo merecías. Trabajas muy duro.

—Yo… gracias. Sin vosotros… sin ti, no habría sido posible.

—Un placer. —Mira sus dos relojes, como de costumbre—. Bueno, supongo que debería irme. Ya está cerrado.

Pero no suena como una afirmación. Parece más bien… una pregunta. Una con trampa.

—Quédate —digo firmemente.

Su expresión cambia, se suaviza. Apoya un codo en el mostrador y ladea la cabeza, con esa sonrisa que me derrite los nervios.

—¿Quieres que me quede a limpiar? —propone—. Puedo quedarme esta tarde, sí… El suelo está lleno de harina, y puede que encontremos algún ratón rezagado…

Niego con la cabeza, muy despacio.

—No me refería a limpiar.

Sebastián traga saliva y se afloja la corbata como si de pronto le apretase.

—¿Entonces…?

—¿Tú qué crees? —respondo, atrapada por sus ojos de acero.

—¿Terminamos… lo de la otra tarde en el jardín? —me dice, titubeando.

Asiento. Y añado:

—Pero esta vez, sin niños gritando.

Sebastián sonríe: una sonrisa lenta, deliciosa… tentadora.

—¿Y con postre? —pregunta, juguetón.

—Con doble postre.

—¿Fondant de chocolate?

—Y tarta Ópera. Con *todas* sus capas.

Y sin decir nada más, bajo la persiana.

30

Vega

Sebastián suelta el trapo y me coge en brazos, y yo envuelvo su cintura con mis piernas. Me río, recordando el día en que me llevó a caballito, y él me lleva a cuestas hasta el obrador, cerrando la puerta al entrar. Aparta los boles de la encimera de acero con un gesto de la mano, y estos tintinean en protesta, amontonados en un rincón de golpe.

Me coloca sobre la superficie suave y fría, y toma mi rostro entre sus manos, acercándolo al suyo mientras me devora con los ojos, de pie frente a mí.

—¿Recuerdas eso que me preguntaste? —dice con voz ronca—. ¿Justo antes de la plaga de ratones?

Trato de hacer memoria, pero mi mente está nublada por las ganas de besarle, y esperemos que algo más.

—No sé de qué me hablas —respondo con voz temblorosa.

—Me preguntaste qué me había parecido lo del otro día, en la pérgola de los jazmines.

Asiento, recordando aquel catastrófico momento.

—Creo que querías saber si me gustó… —insiste.

Asiento de nuevo, casi con miedo de su respuesta.

Sus labios se pierden por detrás del lóbulo de mi oreja. Gimo y echo la cabeza hacia atrás, mientras él besa mi cuello. Ladeo la cabeza para buscar sus labios, y noto que tiene azúcar glas por el pelo. Sonrío y me muerdo el labio inferior. Me aprieta contra sí todavía más fuerte, y puedo sentir que me desea tanto como yo a él.

Me echo hacia atrás, y unas bandejas se caen al suelo, pero ninguno de los dos les hace caso.

No puedo más. Agarro su cabeza y la aparto de mis pechos, donde su nariz ha anidado sin saber cómo. Mientras Sebastián me

sostiene por la cintura, lo beso con el hambre contenida de todos estos días, y él me devuelve el beso.

Su mano se pierde por detrás de mi cuello y desata el delantal. Luego intenta lo mismo con los botones de mi camisa, pero son diminutos, y se traban al sacarlos. Me río. Me la quito entera por la cabeza, quedando en sujetador enfrente de él. Sebastián me admira y se relame los labios lentamente, como si me saborease a distancia. Mientras tanto, yo pongo las manos sobre su cinturón, pasándolas antes por el volumen creciente que se encuentra apenas unos centímetros más abajo.

—La respuesta es no —murmura, aunque yo hace un buen rato que he olvidado la pregunta—. Me preguntaste si me había gustado, y la respuesta es no. No me gustó. *Me encantó.* Y me gustaría pasarme el resto de mi vida besándote, y haciendo el amor contigo, aunque sé que eso no es posible, porque a veces tendremos que trabajar, y comer… y hacer pasteles, y vender café…

Me río en silencio y le doy una palmadita en la nuca. Luego le quito el cinturón con un tirón decidido, y lo atraigo hacia mí.

—A ti no te gustan mis pasteles —susurro en su oído, mientras sus manos se pierden entre mis pechos y su cadera se acerca a la mía.

—A mí me gusta todo lo tuyo —responde, y después ya no nos queda aliento para decir nada más, porque nos fundimos en un abrazo apasionado en el fondo de la pastelería oscura y cerrada.



Cuaderno de Recetas de Vega

TARTA ÓPERA

La tarta ópera es una obra maestra de capas que combinan a la perfección.

Antes de empezar, es importante que estén bien húmedas (se recomienda usar almíbar ***de café***). Una humedad adecuada las prepara para el siguiente nivel de placer.

La base es un bizcocho de almendra, bien firme, capaz de sujetarlo TODO.

Cuando el bizcocho está listo, hay que deslizar sobre él una capa sedosa de crema de café, extendiéndola con ahínco, con un masaje sensual, y terminar con un buen chorro de glaseado hasta que las capas se fundan una con la otra en una unión tentadora y perfecta, como dos cuerpos que se encuentran, se superponen y se hunden el uno en el otro hasta llegar a ese aplauso final que todos esperamos en un auténtico y delicioso … espectáculo de ópera.

31

Vega

Despierto sin saber muy bien dónde estoy, ni qué hora es.

Durante unos segundos me dejo arrullar por el silencio, hasta que el techo desconocido, una lámpara ultramoderna y el aroma a café que flota en el aire me devuelven a la realidad: estoy en casa de Sebastián. Y probablemente son las cuatro... o las cinco de la mañana.

Me siento desorientada, pero no por la hora: anoche nos acostamos temprano, aunque la tarde fue de todo menos tranquila. Sexo desenfrenado primero en la pastelería (un lugar nada ergonómico para tales cosas, por cierto) y luego aquí, donde por fin tuvimos espacio, privacidad… y una superficie mullida, sin bandejas de horno debajo.

Alargo la mano hacia la mesilla. Sobre esta ha dejado solo un reloj: el analógico.

Sacudo la cabeza, recordando cómo anoche se quitó los dos. ¡Los dos!

Cuando le pregunté por qué no le bastaba con uno, él lanzó el digital sobre la alfombra sin miramientos y murmuró:

—Ese ya no lo necesito. Pertenecía a una vida en la que fingía ser alguien que no era.

Sonreí, justo cuando se quitaba el otro, más antiguo, con cuidado y lo dejaba junto a la lamparita.

—¿Y ese? —pregunté, con la cara hundida en su pecho.

—Ese me lo compré con mi primer sueldo decente. Me recuerda de dónde vengo.

Ahora, mientras lo observo dormir con el pelo revuelto y las sábanas cubriéndolo a medias, no puedo evitar pensar en sus dos relojes como en sus dos vidas: la de antes, hecha de esfuerzo, pero también de máscaras postizas... y esta que podría empezar ahora,

en la que podría permitirse ser quien es realmente y bajar la guardia de una vez por todas.

Murmura en sueños; debe de estar agotado. No me extraña; es muy temprano para la gente normal. Pero mi cuerpo tiene la costumbre de despertar a esta hora. Y, encima, hemos pasado muchas cosas en tan solo dos días: primero una plaga de ratones. Y luego... bueno. Digamos que lo celebramos *como es debido*.

Aquello fue digno de un sonoro *Ooh La La!*

Cuando pensaba que Sebastián era un estirado, era porque no tenía ni idea de lo que había bajo la superficie de ese hombre tan serio y callado. No lo había visto pasar la noche en vela, arremangado y sujetando una escoba por puro altruismo, ni tampoco había visto su mirada de admiración cuando se marcharon los de la tele, tras un reportaje que salió incluso mejor de lo esperado.

En fin, no voy a despertarlo; necesita descansar. Pero yo, en cambio, no puedo permitirme más vacaciones. He tenido el local cerrado casi todo el lunes y el martes, y hoy además tengo la última sesión del cursillo de repostería (aunque, claramente, mis alumnos ya han superado a su maestra).

Me visto, salgo de puntillas y salgo del lujoso apartamento sin hacer ruido.

Busco la boca de metro más cercana. Esto es algo que me encanta de las ciudades con metro: no importa que no hayas estado nunca en cierta calle, porque siempre puedes llegar a donde necesites uniendo los puntos. Lo hacía en París mientras estudiaba, y lo sigo haciendo ahora, en Barcelona.

El tren va casi vacío. Cierro los ojos y apoyo la cabeza contra el cristal, fantaseando con el reportaje de la tele, y lo que sucedió después entre cuencos de nata y rodillos de amasar.

No me puedo creer que todo haya salido tan bien. Aunque, como siempre que las cosas van bien, el gusanillo de la duda vuelve a atacar. Seguro que se presenta algo inesperado.

O no.

A lo mejor esta vez las cosas están empezando a irme bien definitivamente. Ya es hora, de todos modos.

Voy directamente a la pastelería, y subo la persiana de Dulce Sencillez en la calle aún oscura y vacía. Me cambio de ropa; por suerte mi madre ayer trajo ropa limpia, aparte de pasteles. Me pongo el delantal y no puedo parar de sonreír.

Hoy toca empezar de cero, porque ayer no dejé casi nada preparado. En el obrador, todavía no huele a mantequilla ni a masa fermentada. Pero en un par de horas giraré el cartel de "Abierto", y esta vez no habrá solo crêpes: tengo tiempo, tengo ganas de trabajar y mis niveles de estrés por fin están bajo control. Enciendo el horno, agarro la batidora y empiezo a mezclar, amasar y dar forma a mis sueños de harina y azúcar. Hoy no voy a hacer croissants; no hay tiempo para el laminado del hojaldre, y no pienso usar uno congelado. Por el momento, descarto también las tartas, aunque puedo hacer alguna más tarde, cuando se calme el revuelo de las primeras horas. Pero me pongo a hacer *choux*, lenguas de gato, *sablés* y un par de bizcochos sencillos.

Voy midiendo los ingredientes a toda velocidad, y en la radio de fondo suena *Yesterday* de Los Beatles: canto mientras trabajo, esforzándome por ignorar que la canción parece estar haciendo eco de ese presentimiento que cada vez se hace más grande en mi pecho: la sensación de que lo bueno, lo dulce… a menudo se desmorona sin avisar y se convierte solo en un recuerdo…

¡Qué bajón, por favor!

Mejor cambio la emisora.

No necesito este tipo de negatividad en mi vida.

El reloj avanza veloz, pero mis manos también. Hoy ni el tiempo podrá conmigo. Amaso, relleno, horneo… y, ahora sí, la pastelería empieza a llenarse de los característicos aromas dulces que tanto me gustan: mantequilla, chocolate, vainilla y masa al horno.

Quizás no haya empezado la semana con muy buen pie, pero hoy voy a abrir con normalidad, y sé que los clientes se marcharán con una enorme sonrisa.

Los primeros en entrar son unos chicos que trabajan en una obra de rehabilitación cercana: ellos madrugan casi tanto como yo. Entran con sus chalecos reflectantes y sus pantalones reforzados, manchados de cemento y pintura.

—Ayer volviste a cerrar pronto, ¿eh? —me pregunta uno, creo que se llama Iorghu.

—Es que vino la tele a hacernos un reportaje —le digo con tono confidencial—. Pero no se lo digáis a nadie todavía. ¡Es un secreto!

Los chicos me miran con aprecio, y se van a su mesa a disfrutar de su desayuno recién hecho.

Los observo, satisfecha.

Este es mi negocio.

Esta es mi vida.

Todo está yendo de maravilla, y nada puede estropear esta felicidad que he construido con mis propias manos y mi esfuerzo de muchos años…

La canción de Los Beatles resuena en mi cabeza; se me ha pegado el estribillo.

Una mujer entra en la pastelería, y me quedo helada al reconocer sus facciones: gafas de sol gigantes, gabardina de diseño y tacones vertiginosos.

Es ella.

La ex de Sebastián.

Se me encoge el estómago, y mis ojos se desvían hacia el cuchillo de cortar tarta, detrás de mí sobre el estante. Que me sujeten, o no respondo de mis actos.

—¿En qué puedo ayudarle? —pregunto con frialdad, fingiendo no reconocerla.

Como saque el móvil y se ponga a grabar, le estampo una tarta en la cara.

—Venga, pastelerilla —me dice al llegar al mostrador—. Deja de hacerte la tonta, que de eso no tienes ni un pelo. Sabes perfectamente quién soy.

Se quita las gafas y me observa con unos ojos helados y azules. Dios mío, es perfecta. Tiene la piel de porcelana. Es como una de esas muñecas de proporciones imposibles, pero en forma humana. Seguro que los cirujanos plásticos usan su nariz de modelo cuando operan a la gente.

—¿Quería usted un café? —digo, ignorando la provocación—. ¿O preferiría probar las lenguas de gato?

—Las lenguas de gato te irán bien para cazar todos esos ratones, seguro —comenta, apoyándose en el mostrador con languidez.

Siento la furia creciendo en mi interior como un torrente a punto de romper un dique. No puedo más. No quiero causar una escena delante de mis clientes, pero esto es demasiada desvergüenza.

—Fuiste tú, ¿verdad? —mascullo entre dientes, con la voz temblando de furia.

Loreta suspira y contempla mis galletas con la nariz arrugada, como si la vitrina estuviera llena de cacas de perro, y no pasteles.

—¿Qué más da quién fuera? —responde—. La mano ejecutora es lo de menos… Lo importante es quién ideó el plan, ¿no crees?

—Entiendo. Entonces fuiste tú. Maldita niña de papá engreída, te crees mejor que todos los demás, ¿verdad?

—No me has entendido —replica con suma paciencia—. Puede que yo dejara esa jaula de ratones en el baño, pero nada de eso se me ocurrió a mí. La idea fue de otra persona. Alguien que está de mi parte, y lleva mucho tiempo tratando de hundirte desde dentro. Alguien que, al parecer, estaba dispuesto a hacer cosas increíblemente atrevidas solo por conseguir que este antro de colesterol desapareciese del mapa del barrio.

Suelto un bufido. ¿Pero qué balbucea esta loca?

—Resopla todo lo que quieras —dice con suficiencia—. Hasta la idea de mi vídeo fue suya. Estábamos ahí sentados. —Señala una mesa junto a la puerta—. Y entonces él dijo: "Ojalá cerrasen este sitio y nuestra amiga Cayetana pudiera abrir por fin su tienda de fitness en esta ubicación tan top".

—Menuda tontería —replico—. Debería echarte a patadas de mi negocio. —Me giro hacia el cartel de "*Reservado el derecho de admisión*", que compré la primera vez que vino Elton, pero nunca he puesto en práctica—. Es más, ¿ves ese letrero? Pues, a partir de ahora, tú, tus ratones y tu culo de niña rica sois *personas non gratas* en esta pastelería. *C'est bien compris ?*

La mujer se encoge de hombros con tanta elegancia que le lanzaría un tenedor, y me da la espalda.

Y ya está.

Se marcha.

Me he deshecho de ella para siempre.

Toma ya, Universo. No todo va siempre mal.

Esta vez he ganado yo…

Antes de salir, Loreta se gira y me saluda desde la puerta.

—Puedes echarme si quieres —dice tranquilamente—. Pero lo de los ratones fue idea de Sebastián, no mía. Y, si no me crees, puedes preguntárselo. Verás entonces quién te ocultó cosas, y quién se limitó a cumplir órdenes de la persona a quien amaba.

32

Vega

Ni siquiera espero a que los pasos de esa zorra desaparezcan calle abajo, o a que su silueta de Barbie, con sus pendientes de diamantes brillando bajo la luz matinal, se difumine tras la ventana.

¿Cómo se atreve a decir esas cosas?

Estoy segura de que miente. No la conozco, pero todo en ella grita falsedad, impostura y un deseo inagotable de aparentar algo que no es.

Puede que sea rica, guapa y tenga un gusto exquisito para la ropa, pero yo tengo algo que ella no tiene: INTEGRIDAD.

Respiro hondo y ojeo rápidamente las mesas. Me acerco a los chicos de la construcción y me agacho junto a la suya.

—Chicos, ¿os vais a quedar un rato más?

Iorghu mira su reloj y asiente.

—Sí, nos quedan diez minutos de pausa. ¿Por?

—¿Podríais vigilarme un poco la caja? Tengo que hacer una llamada urgente. Estaré en el obrador si pasa algo.

—Claro, Vega, ni te preocupes. —El más corpulento de ellos cruza los brazos—. Si alguien intenta robarte un solo *macaron*, se las verá con nosotros.

Sonrío, halagada. Estos chicos cada vez me caen mejor.

Cojo el teléfono y me encierro en el obrador.

Busco el nombre de Sebastián en la agenda. Hace poco que está ahí, y creo que nunca le he llamado. Me resulta incómodo que la primera vez sea para esto, pero no me siento capaz de esperar a que baje a tomar café. Necesito hablar con él. Ahora. Si no aclaro las cosas y consigo calmar mi mente, me pasaré el resto de la mañana montándome películas inverosímiles, y seguramente, sin motivo.

Contesta al segundo tono.

—Dame un minuto —dice en voz baja—. Estoy en una reunión.

Oigo sus pasos y una puerta cerrándose.

—Vale, ahora ya estoy solo en mi despacho —anuncia—. Dime, ¿estás bien? ¿Qué tal tu mañana?

Suena contento, y su voz fluye por el altavoz como caramelo fundido. Las piernas me flaquean un poco al escucharlo, y más aún, al recordar su cuerpo desnudo bajo las palmas de mis manos.

Me apoyo en la mesa de acero inoxidable, junto a unos moldes de magdalenas sin fregar, y cierro los ojos.

—Sebastián...

Ni siquiera sé cómo plantearle esto. Seguro que es una tontería. Pero…

—¿Sí?

—Verás, ha venido alguien a la pastelería. —Noto cómo su silencio se vuelve alerta al otro lado de la línea—. Era… tu ex. Loreta.

Sebastián suelta un bufido.

—No me puedo creer que haya vuelto a molestarte. No sé qué le pasa últimamente, creo que debería ir a terapia…

—Ya... —Hago una pausa—. Bueno, vino para decirme algo… Algo que me ha dejado pensativa. Solo me gustaría hacer una pequeña comprobación. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto. Puedes preguntarme lo que quieras.

—¿Me prometes que me responderás la verdad?

—Vega, yo nunca te mentiría.

—¿Seguro?

—Seguro.

Trago saliva.

—Loreta ha dicho que fue ella quien soltó los ratones, pero que la idea fue tuya. Y que también fuiste tú quien le dio la idea para el vídeo, el día que desayunasteis aquí, juntos. Dijo que tú habrías preferido que abriesen una tienda de fitness en vez de mi pastelería. Al parecer, una amiga vuestra quería también este local.

El silencio al otro lado es tan largo que me empiezo a preocupar.

Finalmente, Sebastián se aclara la garganta.

—Vega... Puedo explicarlo.

Oh, no. Esa es la peor respuesta posible.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto, sintiendo una ola de frío que me recorre la espalda.

—Verás... Es posible que... bromeara con lo de los ratones. Y sí, es posible que la idea de soltarlos en la pastelería fuera inicialmente mía, pero, cuando lo hizo de verdad, yo…

Siento que el suelo del obrador tiembla. No sé si son los muebles que se tambalean o mi cabeza dando vueltas, pero la sensación es horrorosa.

—¿Me estás diciendo que Loreta decía la verdad? ¿Que fue idea tuya? —digo, con la voz rota.

—Vega, lo dije en un momento en el que...

—¡La idea fue tuya! —repito, pero esta vez mi voz no es mía. Es un grito de rabia—. Espera un momento, ¿y has dicho también que sabías que fue ella quien soltó los ratones? ¿Lo sabías, pero fingiste todo el tiempo no tener ni idea de quién podía ser el culpable?

Sebastián intenta dar explicaciones, pero yo ya no estoy escuchándole. Mi cerebro está encajando todas las piezas, y no me está gustando nada el resultado de este puzle.

Recuerdo su actitud durante aquel concurso y su desinterés por probar mis dulces desde el primer día que abrí… La manera en que parecía que jamás contendríamos la plaga de ratones a tiempo, a pesar de su "ayuda". Por suerte se me ocurrió ponerles un cebo. Seguro que le dio muchísima rabia cuando mi plan salió bien… Maldita sea, ¡todo cuadra!

Él ha estado intentando hundirme. Y luego se acostó conmigo para hacerme creer que no estaba implicado. ¡Dos por uno!

¿Cómo he sido tan idiota?

¿Cómo ha podido ser tan retorcido?

Seguro que aún sale con Loreta, y después de hacer el amor juntos se sientan en la cama y se burlan de mí, de mi ingenuidad y de mis pasteles que parecen medusas muertas.

—No me lo puedo creer —le escupo al teléfono—. ¿Cómo esperas que confíe en ti si me ocultas cosas tan importantes?

—Vega —dice Sebastián—, no estaba tratando de ocultarte nada, es solo que… no quería empeorar las cosas. Es cierto que le dije a

Loreta lo de los ratones, y en ese momento, quizás pensaba que una pastelería era lo peor que podían poner enfrente de mi oficina. Pero ahora que te conozco todo es diferente. Ahora que he visto cómo trabajas, cómo te esfuerzas, lo buena que eres en tu oficio… yo te admiro muchísimo. Me alegro mucho de que el dueño se negase a darle ese local a Cayetana.

—Claro, me admiras tanto que nunca has probado ninguno de mis dulces. *Ni uno solo.*

De pronto, lo veo todo cristalino. Esa es la confirmación final.

—No lo he hecho porque sigo una dieta keto muy estricta para mantenerme lo más sano posible, y...

—¿Sabes, Sebastián? —le corto, con frialdad—. La salud no está solo en el cuerpo. También está en la mente. Y siento decirte que tanto tú como Loreta estáis enfermos de gravedad, aunque tengáis la piel fresca como una lechuga. Lo vuestro no tiene cura.

Aprieto el botón de colgar con rabia y lanzo el teléfono sobre la mesa de acero. El golpe resuena por todo el obrador.

Me siento perdida. Aunque ahora, al menos, todo tiene sentido.

Ese presentimiento que tenía en el estómago desde que me levanté era por esto. En el fondo, mi subconsciente sabía que Sebastián no era de fiar. Me dejé engañar. Me dejé llevar por su cara bonita y sus palabras de miel.

Maldita sea. Qué estúpida he sido.

Y, como si el universo estuviera disfrutando de mi desgracia, el siguiente cliente en entrar es la gota que colma el vaso.

Oigo el motor de la moto de Elton, y lo veo aparcar en la acera, pegado a la ventana, aunque le he pedido miles de veces que no lo haga porque estropea la vista a los clientes.

Entra con su casco bajo el brazo y esa sonrisa ladeada de siempre.

—Hola, muñeca. ¿Te gustaron mis rosas?



Cuaderno de Recetas de Vega

FINANCIERS

Los financiers son pastelitos de almendra cuya forma y color recuerdan a los lingotes de oro. Eran los preferidos de los banqueros y ricachones del siglo XIX: gente con mucho dinero, pero poco tiempo para dedicarlo a minucias como disfrutar de la buena comida … o a ser buena persona.

Obviamente, los financiers están hechos de masa, y no de oro. Como dice el dicho: "no es oro todo lo que reluce".

Pues no.

No lo es.

No hay que fiarse de las apariencias, ni de los hombres con dinero que se te arriman y parecen demasiado amables sin motivo.

Y no voy a volver a comer financiers nunca, que quede claro.

33

Sebastián

Cuando Vega cuelga, estrello el teléfono contra la mesa, tan fuerte que casi rompo la pantalla. Maldita sea. ¿Cómo he podido meterme en un lío de estas proporciones? ¿En qué momento decidí ser un idiota profesional?

En ese instante entra Rafael en mi despacho. Se le ve contento y despreocupado, con su café en la mano y la típica sonrisa de quien sabe algo que los demás no.

—Oye, buenas noticias —dice a modo de saludo—. Hemos encontrado el cargamento que se perdió de camino desde Cartagena. ¡Al final no estaba perdido! Estaba en Irlanda, lo confundieron con una partida de pienso para ovejas. Pero ya viene hacia aquí.

Lo miro y se encoge un poco. Creo que tengo cara de querer estamparle la cafetera en la cabeza al primero que entre, y es el único candidato.

—¿Te pasa algo? —pregunta, alzando una ceja—. Las ovejas irlandesas están bien, si eso te preocupa.

—Sí. No —respondo secamente.

—¿Sí o no? Porque tienes cara de estar a punto de cometer un asesinato y espero que no sea el mío. Oye… ya sé que os dejé solos con mis hijos, y que a veces pueden ser un poco agotadores, pero no creo que eso justifique mi muerte… ¿verdad?

Da otro paso atrás, teatralmente alarmado.

—Rafael, no estoy para bromas —gruño—. He metido la pata hasta el fondo.

—Venga, Sebas, ¿qué has hecho esta vez? ¿Te has comprado otro coche absurdo para impresionar a la familia de Loreta? —Entrecierra los ojos, fingiendo pensar—. ¿No? Vale… entonces, ¿qué?

¿Has decidido llevar tres relojes en vez de dos, porque ayer llegaste tarde al gimnasio?

—Rafael, escúchame. ¿Recuerdas lo de los ratones?

Él frunce el ceño.

—A ver, dame un segundo… Ah, sí. Mis lumbares todavía se acuerdan bastante bien, gracias a la fantástica noche que pasé el lunes, frotando suelos y tapando grietas en esa pastelería. ¿Por qué lo preguntas?

Me mira con sospecha, y yo trago saliva.

—No me refiero a ese día, sino antes. ¿Recuerdas cuando quedamos con Loreta en la pastelería? Cuando estábamos intentando convencerla de que hiciera un vídeo, para contrarrestar lo de Café Txanchullo.

—Menudo marrón aquel —asiente—. ¿Cómo olvidarlo? Aunque casi mejor que no lo hiciera. Pero sí, sigue.

Respiro hondo. Me cuesta hasta pronunciarlo.

—Bien. Si haces memoria, ese día… quise hacerme el gracioso y… bueno, comenté que habría que hacer que cerrasen esa pastelería porque los pasteles llevaban azúcar y harina refinada. Al parecer, dije que eso sería "un servicio a la sanidad pública", o algo así… E hice la broma de que soltar una plaga de ratones sería la forma más rápida de lograrlo.

El rostro de Rafael se contrae en una mueca de incredulidad y desaprobación. Está claro que, ahora sí, se acuerda de todo eso.

—Tío, a veces eres lo peor. Te lo he dicho alguna vez, ¿no?

Me señala con el dedo, acusador.

—Escúchame —le digo—. Loreta le ha contado todo eso a Vega. Le ha dicho que infestarle la pastelería de ratones fue idea mía. Y luego Vega me ha llamado para confirmar si era verdad.

—Pero tú lo has desmentido todo, ¿verdad? —su tono ya no es de broma.

Miro la mesa, prístina y vacía, a excepción de mi Mac último modelo.

—No podía mentirle. Y la verdad es que se me ocurrió a mí. Eso era cierto. Quién sabe, es posible hasta que Loreta me grabase diciéndolo, siempre está tecleando algo en el móvil.

Rafael se pasa una mano por la cara y suelta un suspiro.

—Ufff, Sebastián… Te has metido en un buen lío. Pero no sé qué decirte. Fue una mala idea sugerirle eso a Loreta, sabiendo que está majareta. ¿Por qué tuviste que hacer esa broma de mal gusto?

—No lo sé —murmuro.

Pero sí que lo sé, y Rafael lo entiende antes de que lo diga.

—Porque querías impresionar a Loreta. Porque siempre quisiste encajar con su gente de alta alcurnia, y demostrar que eras parte de su tribu. Porque te sentías inferior a ellos y pensabas que, si te parecías lo suficiente a ellos, te aceptarían como uno de los suyos.

Asiento, avergonzado.

Rafael se cruza de brazos.

—Escucha, Sebastián. Separarte de Loreta ha sido la mejor decisión que has tomado en tu vida. Y eso que has tomado muchas buenas, como abrir esta empresa —dice, señalando nuestras modernas oficinas en pleno centro de Barcelona—. Pero por fin te estás dando cuenta de que no necesitas aparentar nada. Llegaste hasta aquí por tu cuenta, empezando desde cero. Eso tiene muchísimo más mérito que cualquier enchufado al que su papi millonario le presta la pasta para que juegue a ser empresario. Para mí, lo que tú has hecho vale mil veces más que todo lo que tienen *ellos*.

Asiento. Lo sé. Lo sé de sobra. He desperdiciado demasiado tiempo intentando impresionar a gente cuya opinión debería darme igual.

—Pero —continúa Rafael, señalándome como un profesor en clase—, ahora tus actos han salpicado a una persona inocente. Tus comentarios han hecho más daño del que pensabas.

Me remuevo en la silla.

—Pues sí.

Rafael se encoge de hombros.

—Bueno, pues cruza la calle, entra en esa pastelería y explícale lo que ocurrió, y cómo te sientes. Es lo que hace la gente normal. Es muy fácil. Solo tienes que abrir la boca y hablar.

—Lo sé, pero… —Hago una pausa. Lo que tengo que decir pesa tanto que casi tengo que arrastrarlo fuera de mi boca—. No creo que

baste con soltarle cuatro palabras bonitas. Le he fallado. Le he mentido. No puedo simplemente presentarme, pedirle un café y fingir que todo sigue bien entre nosotros. Creo que la conozco un poco, y si lo intento me lanzará el rodillo de amasar a la cabeza. Además, me lo merezco.

Rafael me mira y exhala con impaciencia.

—La gente no va por ahí lanzando rodillos de amasar.

Levanto una ceja.

—¿Has conocido a Vega?

Él hace una mueca.

—Vale, puede que tengas razón. Pero si crees que las palabras son poco, cómprale flores. Con Sara siempre funciona.

Sacudo la cabeza. Algo me dice que, con Vega, eso tampoco servirá.

Ella es diferente. Ama lo casero, lo hogareño, las cosas hechas a mano. No quiere gestos vacíos, ni flores de invernadero: quiere esfuerzo real. Le encantan los dulces, el trabajo manual, lo que uno crea con sus propias manos…

¿Le hago un florero de barro?

Mientras tanto, Rafael sigue con su perorata, completamente ajeno a mi tormenta mental.

—Tío, tienes dos opciones: tragarte tu orgullo y pedirle perdón, o quedarte aquí, solo, en esta oficina, rumiando lo idiota que has sido. Tú decides.

Lo miro.

Miro la puerta.

Miro mi móvil, con la pantalla ya apagada, donde antes ponía su nombre. Me gustó verlo ahí. Me alegré de que me llamase.

Y de repente lo tengo claro. Sé exactamente lo que tengo que hacer.

—Rafael, ¿me acompañas a un sitio esta tarde?

—¿La opción de decir "no" se contempla?

—Ya sabes la respuesta.

—Y tú sabes cuántos fines de semana vas a cuidar a mis hijos, ¿verdad?

Asiento.

—Los que haga falta.

Ni siquiera son tan malos, comparados con un futuro sin la única mujer que vale la pena.

34

Vega

—¿Cierras a mediodía? —me pregunta Elton con tono embaucador —. Porque venía a proponerte algo divertido…

Los chicos de la obra me miran con la mandíbula apretada, como esperando a que les asegure que Elton no es peligroso antes de marcharse de vuelta al trabajo. Les hago un gesto con el pulgar. Iorghu asiente, más tranquilo, y empiezan a recoger sus cosas.

—No lo sé, Elton. Tengo mucho trabajo. Tengo que hacer masa para hojaldre, dejarme los brioches preparados para más tarde y también me gustaría...

Paro en seco al darme cuenta de que me falta el aliento. El estrés de los últimos días me ahoga, y llevo un buen rato conteniendo la respiración sin querer.

Elton me mira y sacude la cabeza, como si se hubiera esperado esa misma respuesta.

—Escúchame —me interrumpe—. Trabajas demasiado, llevas mucho estrés encima, gatita. ¿Por qué no vienes a comer conmigo? Tengo muchas novedades interesantes. Podríamos ponernos al día.

Lo miro, dudando. No sé si debería hacerlo. Ya ha ocurrido mil veces: me convence, la cosa parece ir bien, pero al final, siempre termina estropeándolo todo con algún comentario fuera de lugar… o pidiéndome dinero.

—No sé, Elton. Siempre acabamos discutiendo, y lo sabes.

—Creo que deberías darme una oportunidad como amigo —insiste—. Me he estado esforzando mucho por cambiar. Nunca me haces caso, pero Vega, fíjate, yo soy el único que ha estado apoyándote desde que llegaste a Barcelona. ¿Recuerdas cuando trabajábamos en el Carpi Café juntos? Yo siempre estaba ahí. Fui yo quien te sujetó la cabeza sobre el váter cuando cogiste el virus del

estómago y vomitaste durante tres días seguidos. ¿Es que no te acuerdas?

Se me escapa una sonrisa amarga al recordar aquellos días tan sumamente desgraciados.

Hoy no tengo un virus del estómago, pero también tengo ganas de vomitar después de lo que acaba de ocurrir.

—Me acuerdo, sí, y te lo agradezco. Y, la verdad, hoy no me siento mucho mejor que entonces —murmuro, más para mí misma que para él.

—¿Es por el tipo ese del cochazo? —me pregunta—. ¿Ese que te dejó en el portal el otro día y va por ahí regalando cafeteras? Menudo presumido. Ese tipo de gente no es como nosotros. ¡Nosotros somos luchadores, Vega! A ellos se lo dan todo hecho. Anda, cuéntame qué te ha hecho, ¿quieres que vaya a darle una paliza? ¿Le llevo una hamburguesa remojada en pis de gato?

—¡No, no! —exclamo, antes de que se venga arriba—. No quiero hablar de eso.

Y menos con Elton. Es un latoso y no parará de darme la brasa con eso el resto de mi vida.

De pronto, me surge un pensamiento de la nada. Recuerdo cuando vinieron los del Canal Once, y hablaron del benefactor misterioso que insistió para que me incluyeran en ese reportaje cuanto antes. Según lo describió la presentadora, era "Más pesado que un vendedor de criptomonedas".

¿Y si fue Elton, después de todo?

Tengo que averiguarlo. Si es así, no puedo ser una desagradecida y echarlo del local con cajas destempladas.

—Oye —le digo con tono casual—. ¿Sabes que van a hacer un reportaje sobre mi pastelería en la tele?

El rostro de Elton se transforma muy lentamente en una sonrisa, que casi parece falsa. Eso solo puede significar dos cosas: o no se alegra en absoluto, o ya lo sabía y está fingiendo sorpresa, porque fue él quien lo organizó todo.

—¡Qué bien! —dice con entusiasmo forzado.

—¿Por qué pones esa cara? ¿Es que ya lo sabías? —le pregunto, y su expresión se vuelve cada vez más rara—. ¿Conoces a alguien

que trabaje en la tele?

Elton se encoge de hombros, como si su red de contactos fuera tan infinita que ya hubiera perdido la cuenta de cuántos presentadores y productores de televisión tiene en su agenda.

—Claro, conozco a muchos *influencers*, sigo a todos los *youtubers* que mueven la pasta… Eso ya lo sabes. Yo siempre les recomiendo a todos tu pastelería. Siempre hablo bien de ti, nena.

Frunzo el ceño, y de pronto me siento en deuda con Elton.

Él ha estado esforzándose por mí; va por ahí haciéndome publicidad gratis, y gracias a su diarrea verbal yo voy a salir en la tele. Creo que debería ser amable e ir a comer con él como amiga, al menos.

—Vale, comamos juntos más tarde —digo, y me giro a saludar a unas chicas que suelen bajar a por pasteles todos los días a esta hora—. Tengo que volver al trabajo, pero ¿te va bien a la una y media?

Elton asiente, ilusionado, y luego se marcha. Yo sigo atendiendo el resto de la mañana. A la hora del desayuno, solo baja Rafael, pero de Sebastián no hay ni rastro. Sinceramente, me siento aliviada de no tener que enfrentarme a él en persona.

—Vega, por cierto —me dice Rafael, y me parece que me está mirando con pena, lo cual me revienta hasta extremos insospechados—. Mis hijos dijeron que les había encantado tu tarta de galletas. Vuelve a ponerla en el menú, anda. La gente se está perdiendo lo mejor de tu arte.

—No sé, Rafael —respondo, tomando aire mientras le sirvo una selección de varios dulces en un plato bien grande—. Creo que no es buen momento para hacer cambios. Ahora mismo, estoy dudando de todo.

—Si es por lo de Sebastián... —me dice, comprensivo—. Creo que él…

¿Es que hoy todo el mundo va a preguntarme por Sebastián, o qué?

—No quiero hablar de Sebastián. Si quiere decirme algo, que me lo diga él en persona.

—En eso tienes razón —dice Rafael con tono críptico, y se marcha asintiendo hacia su mesa.

La mañana pasa volando, con el sonido de la campanita del horno y las conversaciones de los clientes como banda sonora. No paro de ir de un lado a otro, sacando bandejas de delicias recién hechas, limpiando mesas, haciendo cafés y cobrando.

Necesito personal, urgentemente.

Y ya tengo a alguien en mente, o más bien, a dos personas. Pero aún tengo que ver si ellas se atreven a subirse a este barco en pleno oleaje, y si me llega el presupuesto para todo.

***

Por fin, es la una de la tarde. Cierro la puerta y giro el cartel de "Cerrado". Respiro profundamente. Necesito una pausa más que el oxígeno del aire. O que el chocolate. Bueno, tampoco nos pasemos.

Elton está fuera esperándome, montado en su moto. Gira el puño del acelerador por el simple placer de hacer ruido, y a mí me entra un poco de vergüenza ajena. Hasta Kevin y Brayan han superado esa fase de vacilar con la moto, y, además, la de ellos no es de reparto.

—Súbete que te llevo —me dice Elton, con una sonrisa cálida.

—Pero si solo tienes un casco... —le respondo, aún dudando.

—Tú sube de paquete y ponte el mío. Yo no lo necesito, si solo vamos a la vuelta de la esquina —me contesta despreocupado.

No me encanta la idea, pero acepto. Total, si nos pillan, la multa será para él. Y el pobre casco tampoco tiene mucho que proteger dentro de su cabeza.

Paso una pierna por el estrecho sillín y me subo a la moto, intentando ignorar la vocecilla de mi conciencia que grita que ojalá esta comida no acabe en una boda con Elton, cinco hijos raperos y todos mis ahorros invertidos en alguna estafa de criptomonedas.

35

Vega

Me esfuerzo por dejar mis pensamientos negativos a un lado y hago lo posible por disfrutar del viaje. Pero el asiento de atrás de una moto de Broom-Broom-Food no es particularmente cómodo, a no ser que seas una mochila térmica. El espacio es tan reducido que me veo obligada a abrazar a Elton con todas mis fuerzas, y creo que él piensa que lo hago por cariño, pero es solo porque temo por mis rótulas.

Por suerte, el trayecto dura apenas unos minutos. Elton y yo nos sentamos en un kebab repleto de repartidores, todos con la misma camiseta que él, o parecida.

—Nosotros, los del gremio, sabemos dónde tienen la mejor comida —me dice, guiñándome un ojo.

Sonrío.

—Eso sí que me lo creo.

—¿Cómo lo quieres? —me pregunta.

—Sin cebolla —respondo.

—¿Y la salsa?

—Elígela tú, que eres el experto.

—Bien, salsa yogur y salsa picante. Ahora vas a ver lo que es bueno. Espera.

Elton se levanta, habla con el *donerista* y vuelve con unos kebabs que, honestamente, tienen un aspecto delicioso, y un aroma tan intenso que te tumba de espaldas. Llevo años sin probar uno. Seguramente, desde que dejé de salir con Elton. Pero el primer bocado es absolutamente glorioso. Me siento como una adolescente rebelde y hambrienta, devorando comida rápida sin ningún tipo de remordimiento.

—Tenías razón —confieso, mientras saboreo como si no hubiera un mañana—. Esto está de vicio.

—¿Ves? Te lo dije —responde con una sonrisa triunfante—. Este sitio debería llamarse "Salada Sencillez", ¿qué te parece? No, espera: voy a abrir uno yo, con ese nombre, y lo pondré al lado de tu pastelería. Primero irán a mi restaurante a por el kebab, y luego tú les harás el postre. ¡Seremos la pareja ideal!

Me río, imaginando esa imagen tan absurda.

Cuando voy por la mitad del kebab, me ha hecho reír al menos tres veces. Su simpatía, y esa energía de chico malote, mezclada con algo de inocencia, siempre consiguen atraparme. Si es que no tengo remedio.

—Por cierto, ¿todavía te duran las rosas? —me pregunta de pronto—. ¡Me costaron una pasta en la gasolinera!

Me muerdo el labio, sintiéndome un poco culpable al recordar la forma en que mi madre y yo nos ensañamos, desmenuzando esas flores como si estuviéramos haciendo un conjuro para mantener a Elton alejado. Por cierto, creo que no funcionó.

Le sonrío de vuelta; no tiene por qué saber lo que ocurrió en realidad.

—Se las comió el pulgón —respondo con pesar.

—Vaya… —Se le ve algo triste—. Pero bueno, no importa. Ahora voy a poder comprarte muchísimas más, cuando despegue mi nuevo negocio.

Pongo los ojos en blanco.

—Por favor, no empieces otra vez con lo de las cripto-cacas esas.

—¡No! ¡No es nada de eso! Esta vez se trata de un negocio físico. Algo real, con máquinas, con trabajo manual.

Oh, esto sí que no me lo esperaba.

¿Estoy oyéndolo bien?

A lo mejor, eso de montar un kebab no iba en broma. ¿A lo mejor está pensando de verdad en alquilar un local cerca del mío, y crear una cadena juntos? No sé si me entusiasma mezclar repostería francesa con kebabs, pero… ¿por qué no? Sería un tipo de fusión muy original, desde luego.

—He dejado lo de las criptos —confiesa, mirándome fijamente—. Ese tipo al que seguía era un farsante; hasta ha cerrado su cuenta

después de la hecatombe y ahora lo busca la Interpol. La C.A.C.A. coin se fue a la mierda…

Me gustaría poder decir que estoy sorprendida, pero el nombre ya daba bastantes pistas.

Pero me callo, porque "ya te lo dije" es lo último que cualquiera quiere oír cuando te está contando sus penas.

—En fin, tenías razón —continúa—. Cayó un poquito el precio. Un 99%, para ser exactos. Pero no estoy preocupado, porque tengo mi curro con la moto, y ahora voy a montar algo en el garaje de un amigo. Va a ser la leche.

—Vaya, Elton —le digo, sorprendida pero contenta de escuchar que está tomando decisiones más sensatas—. Me alegra mucho que estés pensando en algo más serio. Ya era hora de que salieras de ese mundillo, porque solo te daba dolores de cabeza. ¡Has dado un gran paso! Si necesitas ayuda, yo acabo de pasar por todo eso de montar un negocio, y te ayudaré en lo que pueda… y sepa.

Él se acerca, pone su mano sobre la mía, y con un gesto extrañamente profundo, dice:

—Qué maravilla, pollita mía. Eso es. Voy a montar algo como lo que estás haciendo tú. Ahora tengo un plan de negocio mucho mejor, y me encantaría compartirlo contigo. Pedirte consejo… Beber de la fuente de tu sabiduría.

Cuando dice eso, empiezo a sospechar que hay gato encerrado. Sobre todo, cuando se inclina hacia delante y me planta un beso grasiento en los labios. Me deja sabor a kebab con mayonesa, y también a la cebolla que, a propósito, no había pedido.

Estoy a punto de levantarme y dejarlo ahí plantado, pero dudo.

Quizás Elton no es tan malo.

Se ha esforzado siempre por mí.

Está trabajando por cambiar.

Me está pidiendo ayuda y consejo.

Y luego están todas esas veces que me sujetó la cabeza mientras vomitaba… Bueno, en realidad fueron solo dos, y solo aguantó un minuto porque luego le dieron náuseas a él y salió corriendo, y vomitó en el pasillo, y tuve que arrastrarme hasta allí a cuatro patas y limpiar el desastre. Pero bueno… No es mala persona.

Simplemente ha estado dedicándose a las cosas equivocadas, y juntándose con gente que no debía. Pero todos cometemos errores, ¿no?

Y luego está lo de la tele.

Sin él, sin sus contactos y recomendaciones, no habría sido posible.

Es más: tengo que darle las gracias como es debido.

—Bueno, ¿y a quién conoces en la tele? —le pregunto, dando un buen bocado de kebab para evitar que me bese de nuevo hasta que me sienta preparada.

—No sé, ya te lo he dicho. Están por ejemplo esos *youtubers* de criptomonedas a los que sigo, y alguno que otro más.

—Sí, ya, pero debiste de hablar con alguien en concreto, ¿no? ¿Alguien del Canal Once, supongo?

—No sé, Vega, yo hablo con mucha gente. —Cambia de tema, como si no quisiera hablar de eso—. Por cierto, ¿qué haces después del trabajo? ¿Te vienes a mi casa a ver una peli? Acaba de salir Mandíbulas Sangrientas. Da un miedo que te cagas.

—Esto… no sé a qué hora terminaré; hoy tengo cursillo con el grupo.

—Deberías dejar de trabajar gratis para esa gentuza —me suelta —. Son una panda de jubiletas y gorrones. Que te paguen, o nanai de la China.

—*Esa gente* son mis amigos, y me salvaron cuando vino la tele y no tenía ni un pastel preparado. Te agradecería que no hablases así de ellos.

—¡Pero qué amigos ni qué tonterías! ¿Cuatro viejas y un par de adolescentes que no saben qué hacer con sus vidas? Ninguno es de tu edad. Y qué pesada estás con eso de la tele, ¿no? Para ya. No es para tanto.

—¡Sí que es para tanto! —grito, cada vez más nerviosa—. Además, no has contestado a mi pregunta. ¿A quién conoces en el Canal Once?

—¿En el Canal Once? A nadie —Se ríe, alzando las manos sin entender—. ¿Por qué iba a conocer a alguien en el Canal Once?

Cierro los ojos.

Así que no fue él, después de todo.

Maldita sea.

He vuelto a equivocarme. Pero entonces… ¿quién fue?

—Da igual —le digo, mirando el reloj. Me queda tiempo de sobra para volver a la pastelería, pero de pronto ya no tengo ganas de seguir ahí sentada—. Mejor hablemos de ese negocio nuevo que dices que vas a empezar en el garaje de tu amigo, que se me está haciendo tarde… ¿En qué consiste exactamente?

—Justo de eso quería hablarte —me dice, retornando a su personalidad más encantadora—. Voy a comprar un montón de ordenadores.

Alarga el brazo y me aprieta las manos con los dedos todavía aceitosos del kebab.

—¿Ordenadores? —pregunto, porque no me esperaba eso—. Entonces, ¿os vais a dedicar a la informática? ¿O es para una oficina?

—No, no, nada de eso. Vamos a dedicarnos a la minería de criptomonedas. Ahí es donde está la pasta gansa. No hay que comprarlas, ¡hay que fabricarlas! ¡La madre de Pere paga la electricidad, y nosotros cosechamos los beneficios! Es un negocio redondo.

Me llevo la mano a la frente.

—Elton, ¿sabes qué? Creo que tengo que irme ahora mismo.

—¿Te has dejado el horno encendido o algo? Si quieres te llevo por el carril bus. Llegaremos antes. Y ya seguimos hablando esta noche.

—No. Y no puedo cenar contigo esta noche. Además, creo que… no deberíamos vernos más. Tú y yo somos demasiado distintos.

—Pero, Vega, si lo dices por lo de mis servidores de minería, esta vez es un negocio de verdad. Un negocio físico. De ladrillo y cemento, como los que te gustan a ti.

—Elton, has hecho lo mismo cientos de veces. Y sé lo que viene después. Me pedirás dinero, yo te lo prestaré por compromiso, tú lo perderás y me dirás que estás desolado, que no te lo esperabas. Entonces discutiremos, y después de unos meses volverás con rosas, y empezará la misma historia por quinta vez consecutiva.

—Si estás pensando que te voy a pedir dinero para comprar esos ordenadores, estás muy equivocada —dice, ofendido—. Solo iba a pedirte que comprases unos cuantos a nombre de tu empresa… Pero solo porque tú puedes desgravarte el IVA, y te salen más baratos que a mí.

Me levanto, dejando el kebab a medias.

Ahora sí. He tenido suficiente.

—Elton, lo siento, pero está claro que hay cosas que nunca cambian… como tú. Sin embargo… —Recojo mi cárdigan de punto y me lo echo sobre los hombros—, sin embargo, hay otras que sí. Como yo. Y creo que he cambiado demasiado para poder seguir quedando contigo. Adiós, Elton. Y borra mi número de una vez.

Tomo mi bolso y me voy, dejando atrás sus sueños de grandeza y sus promesas vacías.

Si la vida me ha enseñado algo, es que el kebab con mayonesa no es un buen sabor para un beso.

Y que prefiero volcarme en mi curso, mis amigos y mis pasteles, que perder el tiempo con este tipo de hombres, que solo traen decepciones.

36
Sebastián

No me cuesta mucho encontrar la calle. Lo que me cuesta es aparcar a esa hora de la tarde.

Todo está lleno, y las plazas son tan pequeñas que parece que, si no tienes un coche de Scalextric, lo único que puedes hacer es dejarlo en un paso de cebra y rezar, o resignarte a aparcar en doble fila. Para ilustrar ese pensamiento, una señora empuja un coche que bloquea el suyo. Lo han abandonado sin freno de mano, para que los demás puedan salir de esos huecos donde no sé cómo pudieron meterse. Al parecer, este Tetris vehicular es completamente normal y aceptable aquí, en el barrio de Vega.

Y yo, con mi coche más caro que un piso, con más sensores que el museo del Louvre, termino encajándolo en un hueco prohibido y tan estrecho que voy a tener que salir de perfil. Llama bastante la atención, comparado con el parque móvil predominante. Pero no hay otra opción. Necesito hacer esto.

Rafael, como mi Sancho Panza particular, va sentado en el asiento del copiloto, y tiene cara de estar hasta las narices de mis ocurrencias.

Jamás tendré un amigo mejor, soy consciente. Le pido que espere en el coche para evitar que se lo lleve la grúa. Él asiente, resignado, y se pone a hacer sudokus.

Luego pongo el GPS y voy caminando hasta mi destino, que se encuentra en una planta baja llena de grafitis mal borrados.

La persiana está subida, y lo que veo dentro no me convence ¿De verdad es aquí? Eso, más que una asociación de vecinos, parece un almacén de trastos viejos. Y, además, no hay ni un alma. ¿Aquí da Vega sus cursos de repostería?

Al fondo diviso a dos tipos jugando al ajedrez. Uno lleva un aparato de audición. El otro parece extranjero, y tiene el pelo tan

rubio que es casi blanco.

—Disculpen —les digo—, estoy buscando el cursillo de repostería de la Asociación de Vecinos.

El tipo rubio me mira, susurra algo en un idioma que no entiendo y luego me señala con el dedo hacia la calle.

—No es aquí, joven. Eso es en la pastelería de Vega.

—¿En la pastelería? —repito, sin poder creerlo.

—Sí, sí —dice, mirando el reloj—, y llegas tarde. Empieza en diez minutos.

Maldita sea.

¿Por qué pensé que era aquí?

Ella siempre hablaba de la Asociación de Vecinos, y creí que…

En fin, da igual.

No hay tiempo para eso.

Vuelvo al coche con cara de derrota, le hago un gesto a Rafael y vuelvo a lanzarme al tráfico como si mi vida dependiera de ello. Y, en cierto modo, es así. Porque si no llego a tiempo a ese curso, mi plan se irá al garete.

—¿Se te ha estropeado el reloj digital? —pregunta Rafael, señalando mi muñeca desnuda—. El que te regaló Loreta.

Sigo mirando el mapa, pero niego con la cabeza.

—No. Ya no lo uso.

Él me lanza una mirada rápida, de esas que lo dicen todo.

—Vaya, vaya… ¿Quieres decir que ese reloj sencillo, el que usaba el Sebastián que conocí antes de Cafés Montiel, es suficiente?

—Lo es —respondo, y por el rabillo del ojo veo cómo Rafael asiente, como si acabara de confirmar una teoría largamente sostenida.

No dice nada más. Pero su sonrisa de "ya era hora" lo dice todo.

Aparco en la acera frente a Dulce Sencillez, en vez de ir al garaje de la oficina. Me bajo con un nudo en el estómago y corro hacia la pastelería, sin esperar a Rafa.

La puerta está cerrada.

Toco. Nada.

Toco otra vez. Nada.

Por fin, la madre de Vega aparece al otro lado.

—¿*Mijo*, es usted? —me dice, con una mezcla de sorpresa y paciencia.

—¿Es aquí el curso de repostería? —pregunto, sintiéndome el idiota del grupo.

—Sí, sí, pero esta es la última clase. ¡Hoy hacemos el *croquembouche*! Mejor, apúntate a la próxima edición… si es que Vega quiere organizar otra.

Aun así, me abre la puerta, y entro a toda prisa.

La zona de cafetería está desierta, pero al fondo, en el obrador, se ve luz y se escuchan risas y voces.

Cruzo la puerta de esa estancia, donde hace un par de días se materializaron varias de mis fantasías.

Y entonces los veo.

Hay un montón de personas de diferentes edades, moviéndose como hormigas en su hormiguero, todos con delantales y unos curiosos gorros de cocina tejidos a mano. Al instante, todas las cabezas se giran hacia mí, y me siento como si hubiera irrumpido en la boda equivocada.

Y ahí está ella.

Vega.

Hermosa como siempre, en el centro de la acción. Es como una emperatriz, en su reino de azúcar y harina.

A los demás les da igual mi presencia y siguen con lo suyo, batiendo y amasando cosas, pero ella se queda quieta, paralizada. Igual que a mí se me detiene el mundo al verla.

De golpe, mi cabeza repasa todos los errores que he cometido en el último mes: las tonterías que dije, y también las cosas que no dije.

Cómo la he herido.

Y cómo fui un idiota.

Pero fui un idiota con las intenciones más sinceras del mundo.

—Disculpad la interrupción —digo, aclarándome la garganta—, pero esto es importante.

—Un momento, ¿este no es el tío que ideó lo de los ratones? —pregunta un adolescente con los pantalones tan bajos que están a punto de caérsele.

—Es él, me acuerdo de su cara —responde otro que se le parece muchísimo—. Estaba cuando vino la tele.

A partir de ahí, las miradas del grupo cambian, y se vuelven afiladas como cuchillos.

Vega me fulmina con los ojos.

—Estoy ocupada, Sebastián.

—Lo sé. Pero necesito darte… mostrarte algo… No os mováis de ahí. Vuelvo enseguida.

Salgo disparado a la calle. Rafael, que ya me conoce, no pregunta. Sigue ahí, montando guardia. Juntos sacamos del maletero una caja enorme, la llevamos dentro y la depositamos encima de una mesa, ante las miradas curiosas de todos, que han dejado de preparar sus pasteles para venir a ver el espectáculo.

—¿Qué es eso? —pregunta Vega, cruzándose de brazos.

Respiro hondo.

—Quiero pedirte perdón —digo, sin más preámbulos.

Un murmullo recorre la sala, y yo me giro hacia los alumnos de Vega, con los brazos abiertos.

—Sí, fui yo quien le propuso a Loreta lo de los ratones —reconozco en voz bien alta.

Un grito ahogado se extiende entre ellos.

—La idea fue mía —admito, bajando la mirada—. Fue una estupidez. Quería impresionar a alguien que ni siquiera valía la pena. Pero me equivoqué. Ojalá no lo hubiera dicho, y no hubiera causado tantos problemas. Y, como prueba de arrepentimiento, te he traído esto…

Abro la caja.

Vega suelta un grito, aunque no parece de emoción.

—¿Qué es este… horror? —pregunta, conteniendo la risa.

Ambos nos asomamos y miramos dentro.

En teoría, eso es *una tarta casera.*

O, al menos, lo que queda de ella.

Aunque creo que es una mala señal que tenga que preguntármelo.

Claro que está torcida, y parece la Torre de Pisa. El glaseado está chorreando por un lado, y bajo él se transparenta en algunas zonas

el bizcocho, quemado por fuera y crudo por dentro.

—Es… mi bandera blanca —respondo, frotándome la frente.

—Solo es blanca por el lado izquierdo —comenta una señora de pelo morado.

—Toñi, ya cállate y deja que el muchacho hable —la reprende la madre de Vega.

—Intenté hacer una tarta, pero es dificilísimo —confieso.

Ahora sí, surgen varios murmullos de aprobación.

—No me salió muy bien, pero al menos conseguí demostrar una cosa —añado—. Tu trabajo vale muchísimo, y no lo puede hacer cualquiera. Esta pastelería es una joya del barrio. Muy pocos tienen tu don, Vega, y tu negocio hace feliz a mucha gente. Ojalá lo hubiera entendido antes.

Y, por fin, Vega sonríe. También deja el rodillo de amasar a un lado, lo cual me tranquiliza bastante.

—Fui un idiota —continúo—. Pero un idiota profundamente enamorado.

Silencio absoluto. Ella aparta la mirada, pero yo me muevo un poco para poder seguir viendo su cara.

—Necesito que lo sepas —le digo—. Y también quiero que sepas que me encantaría probar todos tus pasteles. Pero estás en tu derecho de lanzarme esta tarta gigante a la cara, si te parece que llego tarde, y no merezco esta oportunidad.

Vega arquea una ceja.

Claramente, no se esperaba esto.

Ni yo, la verdad. No era así como lo había planeado.

Todos guardan silencio, y ella no parece terminar de decidir lo que va a contestarme. Sigue ahí, impasible, y a mí me duele la mandíbula de tanto apretarla, esperando su respuesta.

Rafael carraspea al fondo.

—Como él no va a decirlo nunca, lo haré yo —dice—. Escucha, Vega. Creo que, antes de responderle aquí a mi amigo, es importante que sepas que fue idea suya lo de prestarte la cafetera, y que no se trataba de ningún programa de promoción de nuestra empresa, ni nada parecido. Y también fue Sebastián quien te

consiguió el artículo en el suplemento gastronómico del periódico, y…

—¿Y también lo de la tele? —pregunta la madre de Vega, juntando las manos con emoción.

—Esto… sí —confieso, mirándome las puntas de los zapatos—. También. Pero eso da igual.

—¡Ay, mírenlo nada más! ¡Guapo, listo y modesto! —grita la madre, y todos los demás asienten.

Entonces, por fin, Vega da un paso y se acerca a mí. No me da tiempo a reaccionar. Me lanza los brazos al cuello y me besa, enfrente de todos, mientras en el obrador resuena un suspiro colectivo, seguido de un aplauso que me hace sentir más ridículo que nunca, pero también más feliz que nunca.

—Bienvenido —me susurra Vega al oído—, a mi curso de repostería para principiantes.

Mientras todos vuelven a aplaudir, ella añade, como si nada:

—Aunque hay una condición para poder formar parte.

—¿Una condición? —pregunto, desconcertado.

—Sí —sonríe—. Debes comprometerte a preparar SOLO cosas que hagan felices a la gente. Y hay dos ingredientes obligatorios. ¿Quién los sabe?

Una chica con rizos levanta la mano.

—¿Azúcar y mantequilla? —pregunta, ante la mirada embelesada de uno de los chicos más jóvenes.

—Eso también, Amina —responde Vega con voz dulce—, pero me refería a otros dos: el amor y el buen humor.

—Claro que sí —respondo con la voz quebrada—. Acepto.

La abrazo y cierro los ojos. Quizás nuestra relación empezó con mal pie, y he sido peor que un bizcocho con sal o una magdalena con anchoas. Pero estoy dispuesto a volver a ser un poco más yo, y no lo que los demás esperaban de mí.

Durante años perseguí el lujo. Pensé que la felicidad olía a volante de cuero, a ostras con champán y a los perfumes exquisitos de las mujeres de alta sociedad a las que perseguía como un sabueso. Creí que la vida perfecta era la de los hoteles de cinco

estrellas y las cenas en restaurantes con menús degustación y mil platos diminutos.

Pero ahora estoy aquí, con harina en el pelo, glaseado en la camisa y la mujer más maravillosa del mundo entre mis brazos. Y he descubierto que la verdadera riqueza no está en los círculos exclusivos ni en los apellidos rimbombantes.

Está en una cocina donde el horno siempre está encendido, en una mesa con migas de croissant y tazas de café compartidas, y en estos besos que saben a vainilla y a hogar.

Siempre quise ser rico.

Y ahora, por fin, lo soy.

Cuaderno de Recetas de Vega

CROQUEMBOUCHE

El Croquembouche es una torre de profiteroles rellenos de crema, unidos con hilos de caramelo crujiente. A simple vista, puede parecer una simple torre de bolitas, pero en realidad, es la prueba de que lo bueno, lo que realmente vale la pena, lleva tiempo y esfuerzo.



Si una parte no está bien construida, o si falta caramelo, la torre se derrumbará como un castillo de naipes. Pero si está hecho con amor, resistirá cualquier sacudida.

A veces hay que aceptar que el proceso es complicado. Pero, cuando la obra esté completa, sabrás que todo valió la pena.

No todos los postres son fáciles de hacer, pero cuando construyes las cosas sobre una base sólida, el resultado siempre es adorable.

Y el sabor es todavía más dulce, porque sabes cuánto te ha costado lograrlo.

37

Vega

Los últimos meses han sido una locura. Pero de las buenas. Desde que Amina y Laia se unieron al equipo, por fin tengo un poco de tiempo libre. No solo he dejado de trabajar hasta las mil, sino que también he empezado a salir con Sebastián y, lo más difícil de todo, a creer que las cosas pueden salir bien sin que se tuerzan en el último momento.

Hoy es mi cumpleaños, así que he colgado el delantal y he dejado la caja registradora en manos de Amina. Por primera vez en mucho tiempo, me voy a permitir respirar un poco. La pastelería está a tope, cada día más, pero como Amina y Laia me están cubriendo, me he dado permiso para tomarme el día libre. El plan es sencillo: paseo por el mercado de Sant Antoni, comida en una taberna antigua y acogedora, y como colofón, un maratón de películas antiguas *en casa*. En casa de Sebastián, para ser concretos, aunque últimamente, se ha vuelto también la mía.

Esto de tomarme vacaciones es completamente nuevo para mí, pero creo que podría acostumbrarme.

Amina y Laia, por fin, tienen su primer contrato fijo, a media jornada, aquí en Dulce Sencillez. Una trabaja por la mañana y la otra por la tarde, y así lo compaginan con sus estudios: una estudia cocina, y la otra, turismo. Pero hoy han hecho una excepción y se han ofrecido a cubrirme juntas, para que pueda regalarme este pequeño descanso.

—Vega, ven a ver esto —dice Amina, de pie frente al mostrador, mirando la pantalla del móvil.

Noto un brillo sospechoso en sus ojos. No sé si es de entusiasmo o de pura travesura.

Me acerco, intrigada.

—¿Qué pasa? —pregunto, sin quitarle la vista de encima.

Estoy empezando a conocerla: aunque a primera vista parezca tímida, cuando coge confianza es un torbellino. Y cuando pone esa sonrisa, sabes que algo gordo se avecina.

—Mira —dice, pasándome el móvil—. Es un vídeo algo antiguo… Lo acabo de encontrar por casualidad.

La pantalla muestra a Loreta, de quien hacía tiempo que no oía hablar (lo cual es maravilloso). Ahí está, frente a su SUV nuevo, chillando y corriendo en círculos, mientras una horda de ratones empieza a salir del maletero, uno tras otro, como si fuera una máquina de lanzar pelotas de tenis.

—Pero ¿qué…? —grito, sin entender—. ¿Por qué le salen ratones del coche?

Amina no puede parar de reír.

—Pregúntale a tu madre y a sus amigas qué hicieron con la jaula de los ratones que cazasteis.

—Pues… si te soy sincera, no tengo ni idea de dónde terminaron —admito, aún atónita, mientras me dejo caer en una silla—. Me dijo que iban a soltarlos en la naturaleza, en algún sitio apartado.

Amina se seca las lágrimas de la risa.

—Parece que se lo pensaron mejor y le devolvieron los ratones a su dueña.

Lo peor de todo esto es que, por mucho que lo intento, no me siento ni un poco culpable. Ni siquiera me da una pizca de pena.

—Se lo merecía —dice Amina—. Por su culpa dejaste de hacer tus postres especiales, con lo buenos que están. La línea "Dulces Nostálgicos" está arrasando esta semana. ¡La tarta de galletas vuela en cuanto la sacamos!

Sonrío. Después del reportaje de la tele, el negocio empezó a ir muy bien, y decidí que era hora de volver a instalar mi vitrina de postres caseros. Luego a Sebastián se le ocurrió que podíamos lanzar líneas para personas con dietas diferentes. Y la idea fue buenísima, y empecé a vender aún más.

—Por cierto —digo, reordenando unas tartas en el mostrador—. ¿Cómo van los dulces nuevos? ¿Qué te parece la línea keto?

Amina sonríe con cara de "no me lo puedes preguntar en un momento mejor".

—No está nada mal. Pero mis preferidos son los dulces para celíacos… ¡madre mía! He probado los croissants sin gluten y están tan buenos que iba a comerme uno entero mientras tú no mirabas.

Me río.

—Cómete todos los que quieras. A mí me encantan los nuevos *macarons* para diabéticos, por cierto —comento—. Ni siquiera se nota la diferencia.

—¡Lo sé! Vienen de toda la provincia a buscarlos, ¡qué locura!

Al fondo, en el obrador, diviso a Laia con cara de concentración, montando una tanda de *religieuses* de café. Laia tiene un pulso envidiable, y de las tres, es la que mejor decora con la manga pastelera.

—¡No entres! —me advierte Amina—. Tiene tu tarta a medias, y no quiere que la veas hasta que esté terminada.

Sonrío y contemplo mi pequeño negocio, que cada día se va volviendo más grande, y me siento flotar de felicidad. Es raro y maravilloso ver cómo todo funciona. La pastelería siempre está llena. Las cosas van bien con Sebastián. Y yo, además, por fin tengo algo de tiempo para disfrutar de todo eso.

—Tengo ganas de probar a hacer la tarta de limón con base de harina de almendras —digo, cogiendo un *petit choux* con disimulo—. Si usamos merengue suizo sin azúcar, podríamos adaptarlo a varias dietas con necesidades especiales.

Amina asiente, emocionada. Esta chica es pura creatividad, y sé que ya está pensando en el próximo postre rediseñado con el que va a dejar boquiabierto a más de uno. Me ha ayudado muchísimo con las nuevas recetas, y eso que ahora tiene que compaginar el trabajo con los estudios… y su incipiente relación con Brayan.

—Por cierto, ¿has visto a Sebastián? —pregunto, mirando la hora —. Se iba al aeropuerto a recoger a su amigo Isaac, pero prometió volver pronto.

—¿Isaac, el periodista que te consiguió el artículo en ese suplemento de cocina?

—Sí, por lo visto se muda de vuelta a Barcelona. Va a trabajar en una serie de artículos sobre videntes farsantes, o algo así…

—Pues a Cassandra que no me la toque, que es buenísima.

—¿Te refieres a Cassandra, esa que hacía media jornada en el Carpi Café?

—Sí. Siempre que tengo dudas de novios voy a verla, y me dice cosas que te quedas de piedra de lo acertadas que son. El otro día le pregunté por uno… ¡Ni te imaginas lo que me dijo, qué locura!

Pestañeo, un poco escéptica. ¿Le habrá preguntado por Brayan? No sé qué pensar. Yo creo en la harina tamizada, los huevos bien batidos y el horno precalentado a la temperatura perfecta. Los milagros, mejor a Lourdes. Pero si a Amina le gustan esas cosas, no voy a ser yo quien le quite la ilusión.

—Anda, mira quién ha vuelto —dice Amina en ese instante, señalando hacia la puerta.

Llega con camisa y sin corbata, y con esa sonrisa suya que derrite el hielo más rápido que el sol de verano.

—¡Vega! —exclama Sebastián—. Acabo de tener una idea genial.

Me acerco a él y lo beso. Lleva una carpeta llena de papeles impresos y la agita en el aire.

—Escúchame. He estado haciendo cálculos —dice, hablando deprisa por la emoción contenida—. Y tienes que ampliar el negocio.

—¿Te refieres a abrir otra pastelería?

—¡Sí! A la gente le encanta lo que haces. Además, muy pocos hacen dulces especiales, como los tuyos.

Hace una pausa y me mira de arriba abajo.

—Y por cierto… me encanta que vuelvas a llevar esos vestidos vintage que usabas cuando te conocí. Te quedan de maravilla, y te hacen ser más… tú.

Sacudo la mano, restándole importancia al cumplido. Pero me alegra que lo haya notado. Dejé de usarlos por el vídeo de Loreta, pero ahora hace tiempo que ya no miro las redes sociales, y ha empezado a darme igual lo que pueda publicarse sobre mí o sobre mí negocio. Evito leer tonterías de pseudo-críticos gastronómicos, que, de todos modos, jamás habrían sido mis clientes. Huyo de la gente que publica barbaridades solo para llamar la atención… como, por ejemplo, Loreta Caballero-Wright.

Entiendo que jamás podré hacer feliz a todo el mundo, porque no todos entendemos la felicidad de la misma manera. Para mí, para mi

gente, la felicidad son también los caprichos inocentes, y los pequeños placeres dulces de la vida.

Ahora ya solo me importan mis clientes, mis amigos y mi equipo. Los que están conmigo cada día, y hacen que todo esto valga la pena. Y de momento son muchos, así que no veo razón para cambiar mi forma de hacer las cosas, mientras funcione.

—Entonces, ¿qué? —insiste Sebastián—. ¿Nos lanzamos? Sería una buena fecha para empezar: ¡el día de tu cumpleaños!

—Pero… yo no puedo regentar dos pastelerías a la vez.

Sebastián sonríe.

—Estaba pensando más bien en cinco, pero…

Le doy una palmada cariñosa en el pecho, apartándolo en broma.

—Estás loco. Eso es imposible.

Me mira con esa intensidad suya, la misma que hace que todo parezca posible.

—Nada es imposible… si lo hacemos juntos.

Sacudo la cabeza, divertida.

—Creo que es una locura, pero me parece bien —digo sin pensarlo ni un segundo—. Pero solo si me prometes que no soltarás ratones en las nuevas pastelerías.

—Eso, mejor, se lo dejo a tu madre.

Algo en su tono me dice que también ha visto el vídeo del coche de Loreta, y estallamos en una sonora carcajada.

Y así, entre risas, besos y pasteles, me siento feliz: las cosas están yendo bien, y nada apunta a que vayan a dejar de hacerlo. Por fin puedo disfrutar de hacer lo que me gusta, de este negocio que sigue creciendo y de nuestro dulce amor… con sabor a vainilla.

No te vayas todavía: ¡tengo un regalo de despedida!

Descarga GRATIS los contenidos extra de Amor con sabor a vainilla. ¿Te has quedado con ganas de más? **¿Quieres probar las tartas de Vega, o ver fotos de sus dulces?**

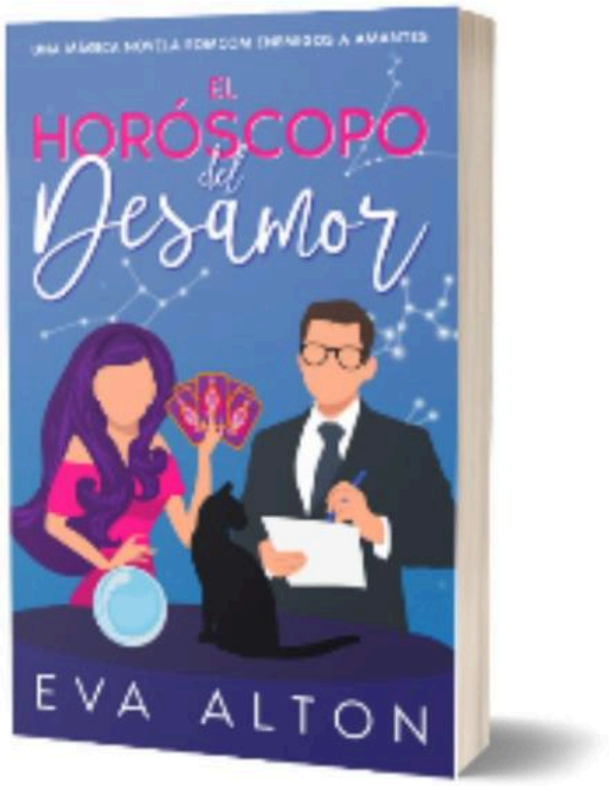
Te he preparado unos cuantos extras, incluyendo:

- La receta secreta de la tarta de galletas de Vega.
- Las fichas de postres franceses con fotos, por si no conoces alguno de ellos.
- La playlist "*Oldies & Vainilla*", con las canciones que suenan en la pastelería.

Consigue el contenido extra:

http://subscribepage.io/vainilla

Y no te pierdas el siguiente libro, ***El Horóscopo del Desamor,*** donde conocerás a Cassandra, una vidente algo farsante que trabaja a tiempo parcial en el Carpi Café, y volverás a encontrarte con Isaac, el periodista dispuesto a desenmascararla que va a terminar dudando de todo… hasta de sus principios.



UNIVERSO CARPI CAFÉ

Amor a pie de página
Amor en construcción
Mi compañero de piso imperfecto
Amor con sabor a vainilla
El horóscopo del desamor



Nota de la Autora

No te voy a mentir: desde el principio me propuse escribir un libro que te hiciera la boca agua al leerlo. Pero, al final, fui yo quien acabó pasando un par de meses horneando bizcochos, porque cada vez que me sentaba al teclado y buscaba información sobre repostería francesa, sentía una irrefrenable necesidad de tener un dulce al lado… solo para meterme en el papel, claro.

Espero que, al llegar al último capítulo, tengas la sensación de haber visto, olido y probado todas las maravillas que prepara Vega en su obrador.

Cuanto más escribía sobre chocolate fundido, mantequilla y harina de almendras, más claro veía el paralelismo entre la cocina y el amor (y más hambre me entraba, para qué engañarnos).

Me documenté mucho: libros de recetas, webs, documentales sobre pastelería francesa… Yo soy más como Sebastián, que tiende a cambiar los ingredientes por capricho, con la esperanza de hacer los dulces "más sanos". Pero Vega no. Vega es de las que siguen la receta al pie de la letra, y solo se atreven a añadir un ingrediente propio, aunque muy importante: *el amor.*

Pensé en ese dicho de que "el amor entra por el estómago". Pero en el caso de Sebastián, eso era el triple de difícil, porque él no podía (o no quería) comer nada de lo que preparaba Vega. Ahí estaba el reto: ¿cómo podría una pastelera enamorar a alguien que odia el azúcar?

A la hora de crear a Sebastián, al principio consideré darle un trabajo "serio" y algo aburrido, como corredor de bolsa o consultor financiero (si te dedicas a eso y te parece divertido, te envío mis más sinceras disculpas… y mi más sincero asombro). Pero luego pensé que necesitaba algo más interesante, algo que lo conectara con Vega sin ser exactamente lo mismo. Así surgió la idea de una empresa de cafés especiales, gourmet, de comercio justo. Algo digno de un tiquismiquis elegante y un poco maniático como él.

Lo curioso es que, cuando terminé el libro, ¡descubrí al menos dos empresas que hacían exactamente lo mismo! Como por arte de magia (o más bien por la magia de las cookies, que, no lo olvidemos, también son *galletas*), empezaron a salirme anuncios de café sostenible. Supongo que el algoritmo pensó que era una clienta potencial tras tanta búsqueda sobre caficultura y tuestes éticos.

Me divertí mucho riéndome de las manías de Loreta y Sebastián, pero siempre desde el cariño. Respeto profundamente a quienes cuidan su alimentación y llevan un estilo de vida saludable. Creo que es importante preparar la comida en casa con ingredientes poco procesados y naturales. Pero también pienso que la felicidad no está en los extremos (frase de mi madre… *¡hola, mamá!).* Al final, lo esencial es mantener a raya el estrés, enfadarse menos y disfrutar de las pequeñas cosas. Porque, seamos sinceros, ¿de qué sirve ser tan estrictos si eso te convierte en alguien tan amargado como Loreta?

La madre de Vega, Lupita, requirió un esfuerzo extra. Puede que sea, junto a sus amigas, mi personaje favorito. Lupita Hernández, nacida en Ciudad de México y de orígenes humildes, soñaba con volar. Un día consiguió hacer realidad su sueño, se convirtió en azafata y se pasó muchos años cruzando el Atlántico. En uno de esos viajes conoció al padre de Vega, un mecánico de aviones del Aeropuerto del Prat… y así fue como se quedó en Barcelona para siempre.

Pero tenía un problema creando a Lupita: ¡sus diálogos! Por suerte, mi buena amiga Eva Rojano, también escritora, me ayudó con eso, y así creamos a este personaje tan divertido y entrañable.

Y hablando de personajes divertidos, casi me dejo uno…

A veces, en nuestras novelas se cuelan pedacitos de nuestra vida, reimaginados y tergiversados. En esta ocasión, fue en forma de una niñita de aspecto angelical llamada Aurora. Me ocurrió algo parecido a esa escena en la casita del árbol, muchos años atrás. Estaba cuidando a una niña pequeña (que permanecerá anónima), y aunque no terminé atrapada en un árbol, me ató a una silla con una cuerda mientras "jugábamos". Me quedé ahí, sin poder desatarme, gritando para que algún adulto viniera a rescatarme. Es una historia

verídica. Alguien vino a salvarme, pero todavía me estoy recuperando psicológicamente (quizás este libro haya sido parte de la terapia).

Y, aunque en esta historia no pasamos por el Carpi Café (soy consciente de que es solo el lugar donde Vega trabajó al llegar a Barcelona y donde conoció a su ex, Elton), pensé que esta novela debía formar parte del universo de la serie, por muchos motivos que seguro sabrás reconocer si has leído los otros volúmenes. Siempre es divertido saber qué va ocurriendo con el resto de personajes, aunque sea solo de pasada. Me hace sentirlos vivos. Son ya parte de la familia.

En fin, espero que hayas disfrutado de esta historia, y que te hayan entrado ganas de leer la siguiente. En el próximo libro conocerás a Cassandra, una vidente que no cree del todo en sus poderes, y se verá obligada a tratar con Isaac, un periodista que trata de desenmascarar su farsa. Prepárate para un viaje mágicamente accidentado con una buscavidas sin remedio, tarotista romántica y experta en meterse en líos.

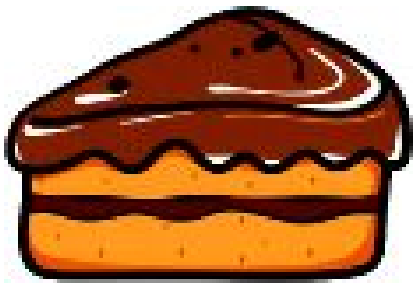
Ah, y antes de irte: si te ha entrado antojo de probar algo al estilo de Dulce Sencillez, te invito a descargar la receta de la famosa **tarta de galletas nostálgica de Vega** (el enlace lo encontrarás al final del libro). Te enviaré también **un montón de fotos de dulces franceses**, para que sepas cuál es cuál. Pasa las páginas hasta el final para encontrarlo.

Y si quieres sentirte como Vega cuando horneaba sus pasteles, aquí te dejo las canciones que ella escuchaba (y yo también, mientras escribía el libro). Este enlace te lleva a una lista de Spotify, que puedes escuchar aunque no instales la app.

Banda sonora de Amor con Sabor a Vainilla: canciones antiguas, alegres, nostálgicas y románticas que son como un bizcocho esponjoso de la abuela:

Esto es todo por ahora.
Te envío abrazos de mantequilla, con un toque de vainilla,

Eva Alton



Si te gusta lo que escribo, eres bienvenida/o a mi grupo de lectores. También puedes suscribirte a mi lista de correo para recibir noticias y ofertas especiales.

Grupo de lectores en Facebook:
https://www.facebook.com/groups/evaalton

Lista de correo:
https://subscribepage.io/evaaltonemail

PD: Te invito también a leer mis otros libros:

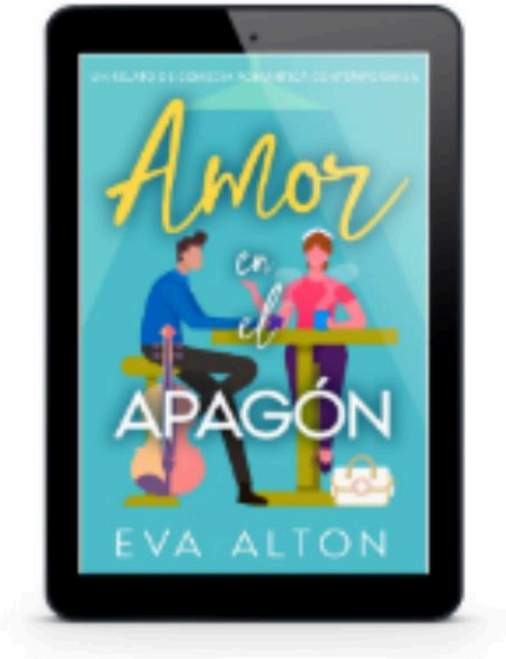
- ☐ Serie ***Historias de Amor y Café***: puedes empezar leyendo Amor a pie de página, o continuar con ***El horóscopo del desamor.***

- ☐ Serie ***Los Vampiros de Emberbury***: empieza con ***La bruja extraviada*** (también hay un pack de 4 libros titulado ***Los Vampiros de Emberbury*)*.*
- ☐ Serie ***Las Brujas de Ibiza***: empieza con ***Iris, Hechizo de Sangre,*** y continúa con ***Selena, Luna de lobos.***
- ☐ Fantasía histórica: ***Notas Ocultas*** es una novela mágica que entrelaza la Guerra Civil con fantasmas, viajes por Europa y la búsqueda de un tesoro perdido.

Un regalo para mis lectores

Si aún no lo tienes, te invito a leer **gratis** *Amor en el apagón,*

Una historia romántica breve, exclusiva solo para suscriptores del club VIP de Eva Alton.



Una noche oscura y un apagón en Barcelona llevan a Sophie y David a encontrarse en el Carpi Café.

Lo que empieza como una pausa tranquila se convierte en una chispa de amor inesperada.

Únete al club VIP y recibe
***Amor en el apagón* gratis.**



https://subscribepage.io/evaaltonemail

Índice

Banda sonora de la novela

Prólogo

Cuaderno de Recetas de Vega

1

2

3

4

Cuaderno de Recetas de Vega

5

6

7

8

9

Cuaderno de Recetas de Vega

10

11

12

13

Cuaderno de Recetas de Vega

14
15
16
17
18
Cuaderno de Recetas de Vega
19
20
21
Cuaderno de Recetas de Vega
22
23
24
25
Cuaderno de Recetas de Vega
26
27
28
29
30

Cuaderno de Recetas de Vega

31

32

Cuaderno de Recetas de Vega

33

34

35

36

Cuaderno de Recetas de Vega

37

Nota de la Autora

Un regalo para mis lectores

---

[1] La historia de Sophie se cuenta en Amor en el apagón.

[2] Para saber más sobre la historia de Pablo, el pintor, y cómo llegó a hacerse famoso, puedes leer su historia en "Mi compañero de piso imperfecto."

[3] Este capítulo se lee mejor escuchando al mismo tiempo las canciones de la banda sonora del libro.